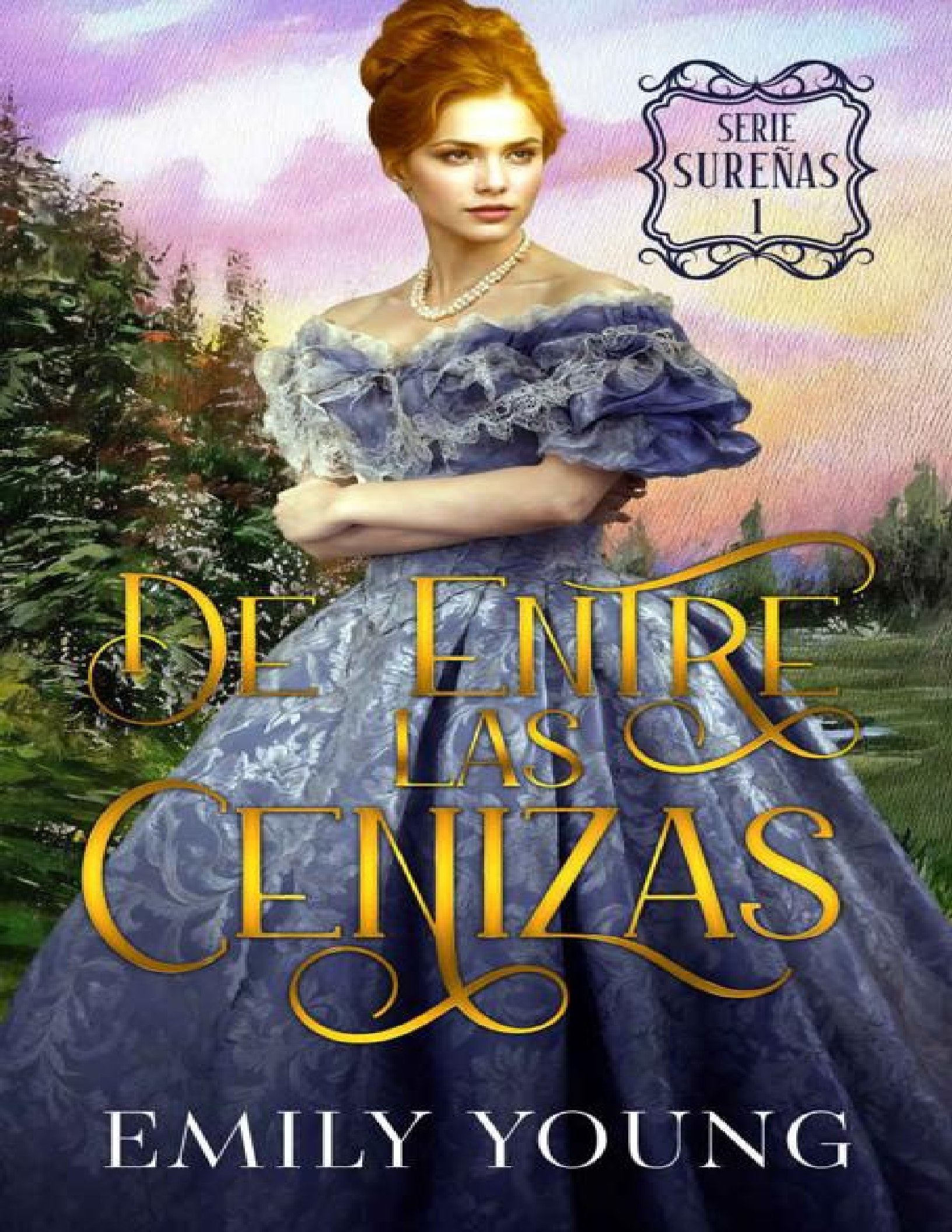

SERIE
SUREÑAS
1
DE ENTRE
LAS
CENIZAS
EMILY YOUNG

De Entre las Cenizas

EMILY YOUNG



©EMILY YOUNG

Título original – De entre las cenizas

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.



Una bella joven viuda, un hombre solitario y un caballero sureño con sed de aventuras. Los tres necesitan un lugar al que llamar hogar.

Con la muerte de su marido en la Guerra Civil, Jennifer Stewarts teme no cumplir nunca su sueño de tener una familia propia. Aun así, no está del todo preparada para aceptar la proposición de matrimonio de Samuel. Un hombre cansado de su soledad que busca una compañera.

Alan Gallager siempre ha sido un aventurero. Nunca quiso formar parte de la alta sociedad de Charleston, a la que pertenece, ni estar sujeto a las exigencias de su padre. Está decidido a permanecer soltero y nunca quedarse en un mismo lugar durante demasiado tiempo. Hasta que llega a Oakwood Hall y poco a poco comienza a darse cuenta de como anhela una vida diferente al lado de Jennifer.

Jennifer deberá elegir entre un amor tranquilo y seguro junto al fiable Samuel, o la pasión devastadora que siente por el esquivo y enigmático Alan.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Nota

Capítulo 1

Oakwood Hall, Tennessee

Mayo de 1876.

Jennifer Stewart observó un grupo de personas que pasaba deprisa por delante del escaparate de la tienda de vestidos e intentó pensar en algo, en cualquier cosa, excepto en la boda. Estos días, todo el mundo en Oakwood Hall se empeñaba en hablarle de ello. Por el bien de Michael, sonrió y les agradeció sus buenos deseos, ignorando la consternación que sentía en lo más profundo de su corazón.

—Quédate quieta un minuto más, Jennifer. Ya casi hemos terminado. —Amanda Hamilton, la esposa del dueño del mercantil y nueva propietaria de Glenna's Fine Frocks, se arrodilló en el suelo para fijar el ribete de encaje al dobladillo del vestido de Jennifer.

Jennifer, con los pies en medias, hizo equilibrios sobre el pequeño taburete escalonado y escuchó el detallado relato de la señora Hamilton sobre su reciente visita a la casa de su hermana en Muddy Hollow. La nueva modista no era tan elegante como lo había sido Glenna. Sin embargo, era una maga con la aguja y el hilo. Las señoras de Oakwood Hall la mantenían ocupada reparando costuras, dando nuevo estilo a vestidos viejos y, de vez en cuando, confeccionando un vestido nuevo desde cero. Con un último tijeretazo, terminó tanto el dobladillo como su cuento y se puso en pie.

—Ya estás lista, querida. Echa un vistazo.

Jennifer cruzó hasta el cristal del rincón y estudió su reflejo. El vestido, de seda azul petirrojo pálido, tenía mangas amplias con volantes y un pulcro polisón en la espalda. Una hilera de diminutos botones de nácar adornaba el corpiño. Era demasiado lujoso para la vida en la granja; una vez terminada la boda, ¿dónde se lo pondría? pero Michael había insistido en que tuviera lo mejor.

—Es precioso, Amanda. Te has superado.

—Me alegro de que te guste. Ese color combina exactamente con tus ojos. —La mirada de Amanda se encontró con la de Jennifer en el espejo—. Seguro que están muy ocupados en la granja estos días.

Girándose de lado, Jennifer observó el tejido y lo alisó con la yema de los dedos.

—Todo está listo, excepto hornear las galletas. Y la tarta…

Amanda sonrió, mostrando un diente delantero que le faltaba.

—Hasta el último habitante de Hick'ry Ridge anhela una invitación a la boda solo para comerse un trozo de tu tarta de coco. Y, por supuesto, para ver a los Foreman. He oído que llegan de Texas esta noche.

La perspectiva de ver a sus queridos amigos hizo que Jennifer olvidara temporalmente sus aprensiones. Asintió con la cabeza. —David envió un telegrama desde Nashville ayer por la tarde. No puedo esperar. Solo estoy decepcionada de que no traigan a Nelly.

—Es un largo camino para traer a un niño en tren, pero estoy segura de que este no será su último viaje a Hick'ry Ridge. —Amanda dobló un trozo de encaje y lo colocó en un estante—. Puede que David Foreman ya no sea el dueño del aserradero, pero no puede dejar de preocuparse por él.

—Me alegro de que a alguien le importe. —Jennifer frunció el ceño y se frotó

distraídamente la pequeña protuberancia ósea de la muñeca, resultado de una caída desde el pajar el verano en que cumplió nueve años. Los tiempos difíciles en el molino preocupaban a todo el mundo. Solo la semana pasada Michael había mencionado que los pedidos se habían ralentizado hasta convertirse en algo esporádico. Y los yanquis de Chicago, que ahora eran los dueños del lugar y se sentían seguros y protegidos en sus lejanas mansiones junto al lago, estaban hablando de dejar marchar a algunos de los trabajadores del molino. El motivo por el que Michael quería casarse ahora, asumiendo tanta responsabilidad en tiempos inciertos, era un misterio. Pero su decisión estaba tomada.

Amanda palmeó el hombro de Jennifer.

—¿Por qué no te cambias ese vestido y te lo empaqueto?

Jennifer rodeó un maniquí de modista forrado de muselina y una mesa de pino cicatrizado cargada de muestras de telas y libros de patrones. Detrás del biombo, se despojó del vestido nuevo, lo colgó y se puso su percal verde de todos los días.

Amanda dobló el vestido nuevo, lo metió entre capas de papel de seda y ató la caja con un trozo de cinta amarilla.

—Ya está. Cuélgalo en cuanto llegues a casa para que no se formen arrugas.

Jennifer recogió el bolso, la sombrilla y la caja del vestido. Cuando ella salió al paseo marítimo, se oyó un tintineo de campana sobre la puerta. Un caballo y un carromato pasaron retumbando, con una robusta campesina a los mandos. En el otro extremo de la calle, en el porche del hotel para señoras Verandah, dos mujeres estaban sentadas en mecedoras observando a grupos de chicos ruidosos y descalzos que se congregaban fuera de la panadería. Hombres de negocios con trajes oscuros y bombines se apresuraban hacia la estación de tren, con sus maletas chocando contra sus piernas. Sonó el silbato de un tren, dos pitidos agudos que resonaron contra las montañas cubiertas de niebla. Apoyando una mano en el escaparate de la tienda de vestidos, Jennifer se despidió otra vez de Amanda con la mano y se puso en marcha por el malecón hacia

el mercantil del señor Hamilton, pensando en lo que necesitaba para hornear el pastel. Más azúcar, una libra de mantequilla, una docena.

—¡Cuidado! —La estruendosa voz de un hombre la sacó de su ensoñación. Levantó la vista justo a tiempo para ver un caballo que se abalanzaba sobre ella, con la joven de la calesa tirando furiosamente de las riendas. El caballo era inmenso, negro como el carbón y liso como una anguila. Sus cascos golpeaban el pavimento. Sus patas bombeaban como pistones. Jennifer se quedó paralizada, agarrando su paquete mientras la enorme bestia se dirigía atronadoramente hacia ella,

—¡Detente! —gritó la conductora de la calesa, asustada—. ¡Alto!

El caballo se abalanzó sobre Jennifer. Relinchó y se encabritó, con los ojos desorbitados por el miedo, mientras sus inmensas patas delanteras daban zarpazos al aire.

—¡Muévete! —gritó un hombre. Los pies de Jennifer abandonaron el suelo cuando él la empujó hacia un lado.

Su hombro crujió contra el malecón. Su sombrilla y la caja del vestido cayeron al suelo.

—Tranquilo, chico. —El hombre agarró la brida tachonada de plata del caballo y habló al oído de la bestia. Sujetando con fuerza la brida, se acercó a la cabeza del caballo y habló tan bajo que Jennifer no pudo oír ni una palabra. Pero funcionó. El caballo dio un respingo e inmediatamente se calmó, temblaron sus poderosas patas. La joven, con el rostro oculto entre las manos, rompió a llorar. Se congregó una multitud, pero el domador de caballos los dispersó rápidamente.

Antes de que Jennifer pudiera moverse, la puerta del banco se abrió de golpe y el presidente del banco, el Sr. Peterson, salió apresurado.

—¿Sabrina? —llamó a la muchacha llorosa—. ¿Qué demonios has hecho ahora?

—Lo siento, papá. —Sabrina Peterson se bajó del coche, con el sombrero de paja torcido

—. El viejo Peter me lo enjaezó esta mañana y pensé que podría manejarlo, pero cuando sonó el silbato del tren se volvió loco.

—El viejo Peter debería haberlo sabido. Les he dicho a ambos que se mantuvieran alejados de Majestic. Es muy nervioso y desde luego no es un caballo de carruaje. Podrían haberse matado. —El Sr. Peterson extendió una mano para tranquilizarla—. Entra y recupérate.

Jennifer sintió lástima por la hija del banquero. Su prometido, Edward Hargrove, había abandonado la granja familiar en busca de trabajo en otra parte y la separación había dejado a la pobre Sabrina en un estado de agotamiento nervioso. Según Mariah Whiting, que sabía todo lo que ocurría en el pueblo, Sabrina se había vuelto propensa a sufrir desmayos y ataques de mal de ojo con frecuencia.

El domador de caballos se acercó rápidamente y ayudó a Jennifer a ponerse en pie. Se tocó el ala del sombrero como saludo.

—Mil disculpas, señorita. Le grité una advertencia, pero no me oyó. ¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. —Se enderezó el sombrero y cogió la caja aplastada de su vestido.

—Por favor. Permítame. —Él le devolvió la caja y le sonrió. Se le cayó el estómago. Días celestiales, pero este hombre era muy guapo. Era casi un palmo más alto que ella, con la piel bronceada por el sol, labios carnosos, nariz recta y unos ojos marrones tan intensos que parecían casi negros. Estaba tan cerca que ella pudo ver gotas de humedad en su frente y una pequeña cicatriz blanca justo encima del labio superior. De algún modo, la ligera imperfección no hacía sino aumentar su atractivo.

—¿Está segura de que no tiene ningún rasguño? —Levantó una ceja y la estudió.

Ella se quitó la suciedad de la falda y se fijó en su atuendo: un cuello limpio, unos pantalones de lana fina que le quedaban perfectos y un abrigo que resaltaba sus anchos hombros. Todo en él denotaba gentileza y dinero. Incluso olía bien.

—Estoy bien, gracias.

El Sr. Peterson se acercó rápidamente y le dio la mano al domador de caballos.

—No sabría cómo agradecerle lo suficiente lo que hizo, señor. —Señaló a Jennifer con la cabeza—. Señora Stewart, ¿está herida?

—Estoy bien, señor Peterson.

Miró su caja.

—Supongo que es su vestido de boda.

—Sí.

—Si hay algún desperfecto, hágamelo saber. Lo pagaré.

Se volvió hacia el domador de caballos.

—Creo que no le he oído decir su nombre

—Alan Gallager. Alan para los amigos. —Le guiñó un ojo a Jennifer y se le sonrojaron las mejillas.

—Gallager —dijo el Sr. Peterson—. ¿Por casualidad es pariente de Mathew Gallager de Charleston?

—Es mi padre. —El rostro del Sr. Gallager se tornó pétreo, pero el banquero pareció no darse cuenta.

—Vaya, vaya, qué pequeño es el mundo, ¿eh? —El banquero palmeó el hombro del Sr. Gallager como si fueran viejos amigos—. Conocí a tu padre antes de la guerra. Solía bajar a Charleston cada febrero para la Semana de la Raza. Recuerdo los tiempos que pasamos con tus padres y los Venables, los Hugers y los Ravenels. Tenían algunos de los mejores caballos que jamás había visto. —Estudió el rostro del domador de caballos—. Recuerdo a Walter, el hijo de Mathew, pero juro que no sabía que tenía dos hijos.

Jennifer sacó el labio inferior y sopló sus rizos color óxido hacia arriba. El día se estaba calentando, le dolía dolorosamente el hombro y aún necesitaba cosas del mercantil. Pero no se movió de allí, incapaz de dejar de mirar a Alan Gallager. Lo cual no tenía ningún sentido. ¿Qué le ocurría?

El Sr. Peterson prosiguió.

—¿Qué le trae a Oakwood Hall, Sr. Gallager? Espero que se quede un tiempo.

—No mucho.

El banquero miró más allá del hombro de Alan hacia el enorme caballo, que ahora permanecía plácidamente a la sombra del edificio.

—Tal vez una buena propuesta de negocios le haga cambiar de opinión. ¿Tiene tiempo para discutirlo?

—De momento no. —El Sr. Gallager hizo una ligera reverencia formal hacia Jennifer—. Debo atender a esta mujer. Por desgracia he aplastado su caja del vestido y lo menos que puedo hacer es llevarla sana y salva a su carruaje.

Jennifer bajó la mirada. El viejo aparejo enganchado a la torpe yegua alazana de Michael, Iris, no se parecía en nada a un carruaje. Pero la perspectiva de pasar unos momentos más con el cortés Alan Gallager hizo que superara su vergüenza.

Alan le ofreció su brazo.

—¿Por dónde, señorita...?

—Stewart. —Jennifer señaló—. Mi caballo y mi aparejo están por allí.

Miró la caja del vestido.

—¿Entiendo que se casa?

—Oh. No, mi hermano Michael se casa pasado mañana. Insistió en que me comprara un

vestido nuevo para la ocasión.

Una sonrisa partió su apuesto rostro.

—Bueno, sin duda eso me quita un gran peso de encima. No hay nada tan enloquecedor como conocer a la chica más guapa de la ciudad para descubrir que ya tiene pareja.

Jennifer se sonrojó. Era atrevido, pero ¿todos los caballeros de Charleston eran tan francos?

—Si la pretendienta de su hermano es la mitad de guapa que usted, es un hombre muy afortunado.

Abrumada por su físico y por el roce de su hombro contra el de ella, Jennifer se quedó muda.

—Espero que su vestido no esté dañado —continuó—. Apuesto a que es precioso. Ojalá pudiera estar allí para verla llevarlo.

Por fin encontró la voz.

—Debería venir. Estaríamos encantados de tenerle.

¡Santo cielo! ¿Qué diría Samuel Chastain si supiera que he invitado a un hombre a las fiestas? Además, ¿cómo reaccionaría Laura Russell ante la noticia? La novia de Michael no era precisamente la mujer más complaciente del planeta. Y se daba aires de grandeza. Sin duda, le daría a Jennifer un sermón ampuloso sobre invitar a una total desconocida a una boda. Simplemente no se hace. Pero valdría la pena desafiar su ira para volver a ver a ese hombre.

—Es la invitación más bonita que he recibido en mucho tiempo —dijo—, pero no quería obligarla...

—No es ninguna imposición, —dijo ella rápidamente—. Es lo menos que puedo hacer. Después de todo, prácticamente me salvó la vida.

—Bueno, cuando lo expone de esa manera...

—La celebración será pasado mañana en la granja de Michael Bell. Solo tiene que seguir la carretera principal una milla más o menos después de la iglesia. La boda es a las diez y media.

Sonrió.

—A las diez y media. La granja Bell. Muchas gracias, Miz Jennifer Stewart. La veré entonces.

Se inclinó el sombrero y se encaminó hacia el banco. Jennifer subió al aparejo y agitó las riendas hacia la carretera.

—¿Qué demonios la había poseído justo ahora? Todos en Oakwood Hall sabían que ella y Samuel planeaban casarse. Algún día. Todos decían que eran la pareja perfecta.

Samuel era un buen hombre: amable, trabajador e inteligente, muy querido en el pueblo. Puede que no fuera el hombre más emocionante del mundo, puede que verlo no hiciera precisamente que su corazón latiera más rápido, pero ella disfrutaba de su compañía. Entonces, ¿por qué no podía quitarse de la cabeza la imagen del apuesto rostro de Alan Gallager?

A medio camino de casa recordó que aún necesitaba harina, huevos y azúcar para la tarta nupcial.



Alan observó el camión de Jennifer girar al final de la calle y silbó suavemente. Qué mujer. La suya no era la belleza a medio formar de una jovencita, sino la plenitud de la hermosura de una mujer madura, con toda la seguridad en sí misma que trae consigo la madurez. Su pelo era entre rojo y dorado, del color de un cielo de Carolina al amanecer. Y esos ojos: claros y azules como el océano Atlántico. También olía bien, como el aire después de llover en el campo. Se preguntó si

habría un señor Stewart en la foto. Probablemente sí. Las mujeres así no permanecían solteras por mucho tiempo. De todos modos, se alegró de haber aceptado su invitación. Últimamente había pasado demasiado tiempo solo.

Cuando la calesa desapareció de su vista, volvió sobre sus pasos hacia el banco. Aunque no pensaba quedarse aquí más tiempo del necesario, si se avecinaba una proposición rentable, debía escuchar al banquero.

El gran potro negro estaba donde Alan lo había dejado, atado a la barandilla fuera del banco. Alan se detuvo para admirar el caballo. Todo en él, desde su alzada hasta la forma de sus cuartos traseros y la inserción de su cuello, denotaba calidad. Obviamente, el banquero había gastado una buena suma en adquirirlo.

El caballo saludó y acarició la mano de Alan como si fueran viejos amigos. Alan sintió una oleada de orgullo. Había decepcionado a su padre de todas las formas imaginables, pero su habilidad con los caballos era algo que Mathew Gallager no había podido ignorar.

—Es precioso, ¿verdad?

Alan se volvió para encontrar a Peterson de pie fuera del banco, fumándose un puro.

—Ciertamente lo es. Uno de los mejores que he visto desde la guerra.

—Entre. —El banquero condujo a Alan a su despacho privado en la parte trasera del edificio y le indicó un asiento. Extrajo otro puro del humidor de su escritorio y se lo tendió—. ¿Quiere fumar?

—No, gracias—. Alan se desabrochó el abrigo y se sentó en el sillón de cuero.

Peterson dio una calada a su puro, haciendo que una nube de humo azul se enroscara detrás de su cabeza.

—¿Cómo está su padre estos días?

—No sabría decirle. Llevo mucho tiempo fuera de casa. Perdí el contacto después de que falleciera mi madre.

—Ya veo. —Peterson miró a Alan a través del escritorio—. ¿Qué le trae por estos lares?

—Tengo un asunto pendiente que aclarar. Tan pronto como termine, me dirigiré al oeste.

—Ah, el atractivo de California reclama a otro hijo del Sur. Lástima.

—El Sur que conocíamos ya no existe, Sr. Peterson. Me dirijo mucho más al oeste. A Nueva Gales del Sur. Un amigo mío se fue allí en 1958. Desde entonces, no ha dejado de pedirme que bajase y echase un vistazo.

Peterson frunció el ceño.

—¿A Australia? ¿Para qué demonios? Allí solo tienen tierra roja y canguros.

—Me han dicho que el lugar está en auge desde la gran fiebre del oro. Aún queda oro por extraer y millones de acres de ranchos disponibles. Podría probar suerte dirigiendo un rancho ganadero.

Alan hizo una pausa y dejó volar su imaginación: ¿cómo sería vivir entre un montón de boyeros extranjeros, luchando contra dingos en mitad de la noche?

—Santo cielo, hombre —dijo Peterson—. Si lo que quiere es un rancho, le pondré en contacto con David Foreman, en Texas. Vendió su aserradero en la ciudad hace unos años y ahora tiene uno de los mejores rebaños de longhorns[1] del estado. No es necesario que se vaya hasta el borde del mundo conocido.

—Agradezco la oferta, pero ya he tomado una decisión. —Alan se movió en su silla—. Quizá deberíamos ir al grano.

—De acuerdo. —Peterson dejó su puro a un lado—. Soy el jefe de un comité que busca formas de atraer más dinero a Oakwood Hall. Como muchos otros pueblos en la actualidad, el

nuestro está decayendo y tenemos que hacer todo lo que podamos para salvarlo.

Alan asintió.

—Supongo que habrá oído hablar de esa elegante carrera de caballos que empezaron en Louisville la primavera pasada.

—El Derby de Kentucky, sí. Este año participan once caballos en la carrera, o eso he oído.

—No podemos competir con eso, pero hemos decidido patrocinar una carrera de caballos propia este otoño. Estamos invitando a los mejores jinetes de todo el sur a venir a Oakwood Hall y competir por un premio de mil dólares. Tendremos barbacoas, un desfile y un baile. —Los ojos del banquero brillaron—. Será casi como la Semana de la Raza en Charleston en los viejos tiempos.

Alan asintió, aunque según su experiencia nada podía igualar la emoción y la grandeza de la Semana de las Carreras, cuando las damas lucían sus mejores galas y los hombres competían por los honores a caballo. Hacía años que había dado la espalda a Charleston y a todo lo que representaba, pero no podía olvidar el regocijo de aquellos cristalinos días de invierno en los que había corrido con uno de los elegantes pura sangre de su padre. Los relucientes bailes cuando había tenido en sus brazos a algunas de las mujeres más bellas de Charleston. Luego, los paseos en carruaje de vuelta a casa a través de las frías tardes, con los sonidos de suaves risas flotando a través de los robles cubiertos de musgo que bordeaban las calles.

Charleston era entonces un lugar mágico. Pero aquella vida había llegado a su fin. Miró al banquero que estaba al otro lado del escritorio.

—¿Dónde encajo yo?

—Está claro que se le dan bien los caballos. Y, dados sus antecedentes, diría que es una apuesta justa que sepa algo sobre carreras.

Alan asintió.

—Desde que era un niño, he entrenado y corrido caballos.

—Necesito un buen entrenador para que trabaje con Majestic y lo monte el día de la carrera. Le pagaré para que lo entrene. Y si gana, le daré el dinero del premio.

—Ya veo. —Una reciente racha de mala suerte, unida a complicaciones con su banco de Londres, le había dejado temporalmente sin fondos. El dinero que había guardado a buen recaudo después de la guerra se había invertido en el extranjero y estaba resultando difícil sacarlo.

—¿Qué gana con ello?

—El derecho a presumir. Y la satisfacción de ayudar a mi ciudad a reponerse. Si nuestra carrera es un éxito, todos los negocios, desde el mercantil hasta la posada y la barbería, se verán beneficiados. Si la gente se lo pasa bien, querrá volver el año que viene. El Día de la Carrera podría convertirse en un acontecimiento anual cada vez mayor y mejor. Podríamos incluso eclipsar al Derby algún día. ¿Qué me dice?

—Me intriga. Pero necesito tiempo para pensarlo. Aún no he tenido ocasión de recoger mis maletas en la estación de tren.

El banquero se levantó.

—Me parece justo. Pero no me haga esperar demasiado. Majestic tiene un talento natural en la pista, pero es difícil de manejar y el entrenador que contraté el otoño pasado me abandonó hace unas semanas. Hará falta mucho trabajo para que este potro esté listo. Quiero que vuelva a entrenar lo antes posible.

—Entendido. —Alan estrechó la mano de Peterson—. Estaré en contacto.

Salió del banco y se dirigió a la estación de tren, dándole vueltas a la oferta. Según el informe que había recibido hacía dos semanas de la Agencia de Detectives Pinkerton, la persona a la que había ido a ver parecía haberse instalado por un tiempo. Si se quedaba en Oakwood Hall

hasta después del Día de la Raza, podría zarpar de San Francisco después y llegar a Australia justo cuando empezaba la primavera. La época más hospitalaria del año allí, según decían los periódicos.

En la estación de ferrocarril reclamó sus maletas al agente y recorrió a pie la corta distancia que le separaba del Oakwood Hall Inn. Tras firmar el registro de entrada y obtener su llave de la empleada de rostro pálido, subió las escaleras alfombradas hasta su habitación, donde observó subrepticiamente la carpintería reluciente, las amplias ventanas por las que entraba la clara luz primaveral y los cuadros de buen gusto que adornaban los largos pasillos. Encajó la llave en la cerradura y entró en ella. Aunque la alfombra estaba desgastada en algunas partes y la cama se hundía un poco en el centro, la posada era más elegante de lo que esperaba encontrar aquí, en medio de la nada. Dejó sus bolsas de cuero, abrió las cortinas y levantó la ventana, dejando entrar los sonidos de la ajetreada calle de abajo.

Quizá se quedaría un tiempo. Decidió que quería averiguar qué quería hacer realmente en Nueva Gales del Sur antes de partir hacia lo desconocido.

Se estiró en la cama y entrelazando los dedos detrás de la cabeza. Ya nada le entusiasmaba. Una vida inquieta que le había llevado a todas las ciudades dignas de ese nombre también le había dejado hastiado e insatisfecho. Pero ahora se ilusionaba ante la perspectiva de trabajar con Majestic. Y por el sábado.

Sonrió para sus adentros. Qué extraño que aquí, en Oakwood Hall, hubiera encontrado las dos únicas cosas a las que no podía resistirse: un caballo brioso y una mujer hermosa.

Capítulo 2

-Señora Stewart. —Libby Dawson se inclinó para sacar otra bandeja de galletas del horno—. El señor Michael me ha dicho que le pregunte si ya ha terminado la tarta de boda.

Jennifer se apartó un rizo rebelde de la cara y puso una sartén pesada en el fuego.

—Está todo hecho menos el glaseado y los adornos.

Libby pasó las galletas del molde a un plato de servir esmaltado de color azul.

—Seguro que huelen bien. Creo que eres la mejor panadera de por aquí. La mejor panadería del pueblo, según dice la gente.

Jennifer sonrió.

—No sé nada de eso. Pero me gusta hornear cuando no tengo prisa. —Miró fijamente a la joven—. Dígale a mi hermano que todo estará listo a tiempo.

Miró el reloj. Aunque solo eran las ocho, tenía la sensación de haber estado despierta toda la noche. Con las primeras luces del día, había subido por el sendero hasta la cascada de la parte trasera de la granja y había llenado un tarro de cristal transparente con hierba mariposa de color naranja brillante, lirios silvestres y campanillas de Virginia. Las Dawson “Libby y su madre, Cleo” habían estado ocupadas toda la mañana preparando la comida para la celebración de la boda: colocando cuencos y fuentes en la mesa bajo los nogales del patio. El ramo de flores silvestres de Jennifer ocupaba el centro de la mesa.

Jennifer removió el glaseado hasta que espesó. Mientras se enfriaba, lavó y descascarilló un cuenco de fresas gordas y reordenó las galletas de canela en su plato. Terminó la tarta y subió a vestirse para la boda.

Se puso el vestido nuevo, se abrochó los pequeños botones, se recogió el pelo y se puso el sombrero. La pequeña toca de seda tenía ya varios años, pero gracias a la habilidad y el buen gusto de Ada Foreman, seguía tan elegante como siempre y combinaba a la perfección con su nuevo vestido.

Jennifer estaba impaciente por la llegada de Ada, así que se asomó a la ventana. Habían llegado varios amigos de Michael de la fábrica, entre ellos Sage Whiting, el capataz.

La esposa de Sage, Mariah, estaba bajo los árboles charlando con el doctor Spencer y su esposa, Eugenia. Una calesa desconocida entró en el patio y a Jennifer se le revuelve el estómago. ¿Había llegado Alan Gallager? Pero fue un amigo de Laura quien salió de ella. Jennifer se sacudió un vago sentimiento de decepción: ¿por qué iba a importarle si aparecía o no el domador de caballos? Después de todo, estaba prácticamente prometida a otro hombre.

Jennifer se apartó de la ventana y miró alrededor de su luminosa y aireada habitación. ¿Habían pasado realmente catorce años desde que George Stewart perdió la vida en Bloody Pond? Aunque por fin había tomado la decisión de dejar a un lado su negra viudez, seguía echando de menos a su marido.

Y daba gracias a Dios todos los días por Michael. Desde entonces, su hermano había sido su única familia. Juntos habían ampliado la granja familiar con un salón y un segundo piso, y habían construido un nuevo granero y un cobertizo para las herramientas. Gracias a los ingresos extra de Michael trabajando en el aserradero de David Foreman, podían permitirse más lujos que la mayoría. Su vida no era emocionante, pero se había conformado con mantener la casa para Michael, asistir a la iglesia y leer junto al fuego en las frías tardes de invierno. Ahora todo sería diferente.

—¿Jennifer? —Michael llamó a la puerta—. ¿Estás vestida?

—Pasa.

Entró en la habitación con una tímida sonrisa iluminando su rostro bronceado. Le cogió la mano y la hizo girar.

—Estás muy guapa, hermanita.

Alisó los pliegues del vestido.

—Amanda Hamilton hizo un trabajo maravilloso. Pero, sinceramente, Michael, es demasiado elegante para mí.

—Te lo mereces. Quería que tuvieras algo bonito. —Metió la mano en el bolsillo—. Mira lo que he encontrado.

—La leontina del reloj de papá. —Pasó los dedos por el cuero desgastado—. Pensé que se había perdido.

—Yo también lo creía, pero Tommy y Harry lo desenterraron jugando en el desván.

Tommy y Harry. Desde que Laura había aceptado la proposición de su hermano, ella y sus chicos pasaban casi todos los domingos en la granja, y Jennifer siempre temía su llegada. Los chicos eran sucios, ruidosos y groseros. Hasta ahora, por el bien de Michael, Jennifer se había callado. Pero las cosas tendrían que cambiar cuando vivieran todos juntos. Suspiró. Quizá Michael tenía razón y la influencia de un hombre los moldearía.

—De todos modos, me alegro de que lo hayan encontrado —dijo Michael—. Mamá y papá eran una buena pareja. Quizá me traiga algo de su buena suerte.

—Eso espero.

Se metió la leontina del reloj en el bolsillo.

—¿Sabes en qué estaba pensando anoche? Aquel verano, justo después de que murieran

mamá y papá, cuando estábamos de visita con la tía Maudie y fuimos a nadar una noche para refrescarnos. Salieron dos estrellas y la tía Maudie nos dijo que eran mamá y papá, que nos vigilaban desde arriba en el cielo. ¿Lo recuerdas, Jennifer?

—Apenas. Lo único que recuerdo es a la prima Althea intentando ahogarme.

—Solo estaba bromeando. Además, yo estaba allí. No dejaría que te hicieran daño. Lo sabes.

Ella asintió. Siempre había sido su mejor amigo y su protector. Observó a su hermano alisándose el pelo ante el espejo. Nadie en Oakwood Hall, y mucho menos Jennifer, había esperado nunca que Michael se casara. Después de todo, hacía tiempo que había pasado la edad en la que la mayoría de los hombres se casan. Y parecía contento con su suerte hasta el desafortunado día en que Laura Russell le puso el gorro.

—He estado pensando mucho en mamá y papá últimamente —dijo—. Espero que sepan que estamos bien.

El sonido de cascos en la carretera la atrajo de nuevo hacia la ventana. Una atractiva pareja en un camión gris se detuvo en el patio. El hombre se bajó y se volvió para ayudar a la mujer a salir de la calesa. A Jennifer se le aceleró el corazón. Después de cuatro años en Texas, los Foreman por fin estaban de vuelta en Oakwood Hall.

Todos sus pensamientos sobre Laura y sus dos rufianes se esfumaron. Jennifer le sonrió a Michael.

—Ada y David están aquí.

—Entonces será mejor que bajemos. —Él le abrió la puerta.

Se miraron a los ojos. Ella se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Buena suerte, Michael. Que seas feliz.

—Lo haré.

Cogió su abanico, bajó corriendo las escaleras y entró en el patio.

Los demás invitados a la boda se arremolinaron alrededor de David y Ada para darles la bienvenida. Se oyeron estallidos de risa.

—Jennifer. —Ada Foreman se separó de la multitud y envolvió a Jennifer en un cálido abrazo—. ¿Cómo estás? Y qué sombrero más bonito. —Ladeó la cabeza.

—Te queda perfecto.

—Yo también lo creo.

Ada pasó su brazo por el de Jennifer.

—Me alegro de verte. No tienes idea de cuánto significaron tus cartas para mí. Especialmente el primer año en el rancho. David estaba tan ocupado construyendo su rebaño y poniendo en marcha el rancho que apenas le veía. No sé qué habría hecho sin tus largas cartas y sin la compañía de Nelly.

—Yo también te eché de menos. —Jennifer apretó la mano de su amiga—. Y nuestro círculo de acolchado. Aunque nunca fue lo mismo después de la muerte de Lillian. —Sonrió al recordar a la querida tía de David—. Dime, ¿tu negocio de sombrerería sigue funcionando? Apenas lo has mencionado en tus últimas cartas.

—Me temo que últimamente no tengo mucho tiempo para la sombrerería. Ahora que Nelly está en la escuela, Wade ocupa más tiempo de mi atención. No es que me importe.

—Es un chico encantador —aseguró Jennifer—. La fotografía que envió fue la comidilla del pueblo.

La mirada de Ada buscó a David entre la multitud, de pie cerca de la mesa. Una tierna sonrisa iluminó su rostro.

—Wade se parece mucho a su padre. Son toda una pareja.

Michael salió del porche y tocó una campana para convocar a los invitados a la ceremonia. Laura Russell, que se había recluido en el dormitorio de Michael, en el primer piso, salió. Viuda desde hacía años, seguía teniendo un aspecto joven de veintiocho años. Llevaba una falda de encaje azul oscuro y una blusa a juego. Su pelo rubio estaba amontonado en una masa de rizos sobre la cabeza y sujeto por dos peinetas plateadas que resaltaban la luz del día. Jennifer reprimió un suspiro. Ojalá el espíritu de Laura fuera tan encantador como su semblante.

Laura cruzó el porche y se sentó junto a Michael. Sus hijos, con ropa nueva y el pelo engominado, se colocaron a su lado.

Los invitados se abrieron paso por el patio, las faldas de las damas brillantes estallidos de color contra la hierba verde pálida. Ada apretó la mano de Jennifer.

—Hablaremos más cuando esto termine. Tengo muchas ganas de oír las últimas noticias.

—De acuerdo.

—¿Jennifer? —Ada estudió el rostro de Jennifer, con los ojos grises muy abiertos y llenos de preocupación—. ¿Dónde está Samuel? ¿Y por qué tengo la sensación de que no está contento con este matrimonio?

—Samuel está volviendo de Nashville. Ha ido a por algunos libros más. Aunque no tengo ni idea de dónde los pondrá. Su tienda ya está llena hasta la bandera. —Miró hacia la carretera—. Estoy segura de que llegará a tiempo para probar la tarta.

—Estás evitando mi otra pregunta. ¿Crees que este matrimonio es un error?

—No importa lo que yo piense. Por supuesto que quiero que Michael sea feliz. Se lo merece más que nadie que yo conozca. Solo deseo que...

—Queridos hermanos. —El reverendo Daniel Patterson, pastor de la iglesia del pueblo, se dirigió a los invitados reunidos con una sonrisa—. Estamos reunidos en esta hermosa mañana de

primavera para unir en sagrado matrimonio a Michael Bell y Laura Russell. Si alguien tiene alguna objeción, que la manifieste ahora.

Jennifer miró a su hermano. Michael le guiñó un ojo y cogió la mano de Laura. Los dos jóvenes se empujaron y soltaron una risita. Jennifer miró al cielo. ¿Sabía Michael Bell lo que se traía entre manos?

—No habiendo objeciones, procederemos. Michael, Laura, escuchad estas palabras de Dios. —El Sr. Patterson abrió su Biblia y, con voz fuerte y solemne, leyó de la primera carta a los Corintios—: La caridad... todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera.

Jennifer observó cómo el rostro curtido de su hermano se iluminaba con esperanza y promesa, y lamentó su propia falta de ellas. ¿No debería estar agradecida de que Michael hubiera encontrado el amor tan tarde en la vida? Si lo que él quería era tener una familia, ¿quién era ella para oponerse? No era como si Michael la estuviera echando. Esperaba que Jennifer se quedara en casa hasta el día de su boda. Había preparado una habitación en el ático para los hijos de Laura, y Laura compartiría habitación con ellos, por supuesto. No había razón alguna para que Jennifer se sintiera desplazada. Y con otra mujer en la casa para compartir las tareas, Jennifer tendría más tiempo para sí misma. Sonaba tan agradable y sensato... ¿Por qué se sentía tan desolada?

—Amén. —El predicador cerró su Biblia y sonrió a los recién casados—. Aquellos a quienes nuestro Señor ha unido, que nadie los separe.

Jennifer observó cómo Michael besaba a su nueva esposa y, en silencio, rezó por su felicidad. Sus hijos bailaban alrededor de Michael, gritando: —¡Papá! ¡Papá!

—Vamos, todos —llamó Michael—. Vamos a comer.

Jennifer se quedó atrás, dejando que los invitados llenaran sus platos, mientras miraba vacilante hacia la carretera vacía.

—¿Jennifer?

Mariah Whiting y Eugenie Spencer, sus mejores amigas de la iglesia, cruzaron el patio llevando platos y vasos.

—Será mejor que comas algo antes de que se acabe todo —indicó Eugenia.

—Te guardaremos un sitio por allí. —Mariah señaló un trozo de hierba a la sombra cerca de la valla—. Ada también se unirá a nosotras. Será como en los viejos tiempos.

—¿Alguien ha dicho mi nombre? —Ada apareció detrás de Mariah con el plato en la mano.

—Vamos a sentarnos —dijo Mariah—. Tengo muchas ganas de oír todo lo que has visto y hecho en Texas.

Las cuatro amigas se sentaron en la hierba, con las faldas ondeando a su alrededor, y cogieron los tenedores.

—En primer lugar —comenzó Eugenia—, háblanos de Wade y Nelly.

—A Nelly le va maravillosamente bien —empezó Ada—. Al principio no estaba segura de llevármela con nosotros a Texas, pero ninguno de los dos se ha arrepentido ni por un momento. La hemos considerado como si fuera nuestra.

—¿Nadie se ha dado cuenta de que es mestiza?

—no. Texas se ha convertido en un amasijo de gente desde la guerra, por lo que nadie mira a Nelly.

—Pero, Ada, ¿qué pasará cuando crezca y quiera casarse? —Los ojos marrones de Mariah reflejaban auténtica preocupación—. Entonces, ¿qué?

—Nos ocuparemos de ello cuando llegue el momento. Quizá algún día cambie la actitud de la gente.

—Lo dudo —respondió Jennifer—. Por aquí, ni siquiera los negros y blancos pueden ser enterrados en el mismo cementerio, y mucho menos mezclarse.

Eugenia llamó la atención de Jennifer.

—¿Le has contado a Ada lo tuyo con Samuel? —Jennifer se sonrojó—. De verdad, no hay nada que contar.

—No es verdad. —Mariah le guiñó un ojo a Ada—: Desde que te fuiste de Oakwood Hall, han estado muy juntos. El noviazgo más largo de la historia. —Le dio un golpe juguetón en el brazo—. Todo el mundo puede ver que son la pareja perfecta. No entiendo qué está retrasando las cosas.

—Quiero estar segura. —Jennifer escudriñó el patio. Estaba claro que el Sr. Gallager no vendría. La punzada de decepción que la recorrió solo sirvió para hacerla dudar más de sus sentimientos. Si de verdad estaba comprometida con Samuel, ¿por qué iba a importarle si aparecía o no el domador de caballos?

—Estás poniendo excusas, Jennifer Stewart, y lo sabes. —Mariah se inclinó y le dio a su amiga otro codazo juguetón—. Cada día que no aprecias las buenas cualidades de Samuel solo demuestra lo equivocada que estás.

Jennifer sonrió ante la suave burla de su amiga.

—Puede que lo esté, pero me preocupa depender de alguien que no sea mi hermano. Los tiempos son duros por aquí últimamente y una librería no es una necesidad en un pueblo tan pequeño como el nuestro. —Al recoger de nuevo su plato, Ada terminó la última de sus fresas—. No la culpo por estar preocupada. Los periódicos están llenos de historias sobre ello.

—Eres muy mala, Ada. —Eugenia sacudió la cabeza—. No recuerdo la última vez que Ennis recibió dinero en efectivo por atender a un paciente. No me importa admitirlo, pero hemos llegado a fin de mes con un dólar en más de una ocasión. Pero no quiere ni oír hablar de

mudarme. Oakwood Hall es nuestro hogar.

—Notamos muchos negocios cerrados cuando llegamos aquí anoche en el tren —dijo Ada.

—David se sintió muy afligido al ver que Miss Hattie's ya no está. Le gustaba mucho su pollo frito.

Mariah asintió.

—Miss Hattie's no es el único. La Gaceta cerró hace un par de años, justo antes de que falleciera el padre de Patsy Greer. El negocio del aserradero también ha bajado mucho. Sage dice que la demanda de madera del norte se ha estabilizado. David vendió justo a tiempo.

—Me sorprende que la librería del señor Chastain haya resistido —dijo Ada. Bajo la sombra de los árboles, un violinista amenizaba el ambiente con su música—. Jennifer tiene razón. Los libros son un lujo, después de todo.

—Samuel es inteligente —dijo Jennifer—. Cuando la universidad de Knoxville se amplió, se ofreció a encargarse de los pedidos de todos sus libros. También se encargaba de los pedidos de Vanderbilt. Supongo que a Samuel y a Jasper Hamilton les va mejor que a la mayoría. —Sonrió a Ada.

—Vamos, señoras. —Michael cruzó el patio trotando y puso a Jennifer en pie—. Hora de bailar.

—Más tarde —susurró Eugenia mientras arrastraba a las cuatro amigas a la celebración.



David Foreman, guapo y encantador como siempre, con un traje gris perla y una Stetson a juego, bailó primero con su esposa y luego con cada una de las damas por turno. Michael hizo lo mismo hasta que, finalmente, se anunció el último vals. Entonces, estrechó a Laura entre sus brazos.

David reclamó a Ada y los Spencer y los Whitings se emparejaron, dejando a Jennifer sola. Un duro nudo se formó en su garganta. ¿Por qué no podía pertenecer a alguien que la quisiera como David quería a Ada? A pesar de que se conocían desde hacía tiempo, no estaba segura de lo que Samuel sentía por ella, de lo que era la verdadera felicidad ni de dónde encontrarla.

La música se hinchó. ¿Era verdad? ¿Era una tonta por posponer su matrimonio con Samuel? Siempre había creído que Dios la guiaría hasta el hombre elegido para ella. Y, sin duda, Samuel le gustaba. Le respetaba. Pero le faltaba la vertiginosa excitación que había conocido con George, la profunda y dulce alegría que sentía cada vez que él la miraba. Había sido tan joven entonces, estaba tan segura de que nada podría robarle la felicidad. Tal vez el amor maduro era algo totalmente distinto y era una tontería suponer que alguna vez podría volver a sentirse así. Tras una pérdida tan grande, quizá nada estuviera impoluto, ni siquiera la esperanza.

—¿Hola? ¿Es la granja Bell? —gritó una voz grave mientras una calesa desconocida entraba en el patio.

Alan Gallager salió de un salto, llevando un pequeño paquete pulcramente envuelto, y se dirigió hacia Jennifer.

—Mi querida Sra. Stewart, llego muy tarde y le pido disculpas. Me ha costado muchísimo encontrar un aparejo de alquiler. —Hizo un gesto con el pulgar hacia la yegua gris de lomo ladeado que estaba enganchada a una calesa de aspecto raído—. Nunca he visto un equipo más lamentable. En cualquier caso, espero llegar a tiempo para el tarta.

Volvía a ir impecablemente vestido y hablaba con una confianza desconcertante y un brillo travieso en los ojos oscuros. Jennifer estaba cautivada.

—Por supuesto que hay tarta de sobra. Venga conmigo.

—¿Jennifer? —Laura Russell Bell cruzó el patio, con el ceño fruncido y el más joven de sus dos diablillos pisándole los talones—. ¿Quién es este hombre y qué hace en mi boda?

Jennifer se presentó apresuradamente.

—El Sr. Gallager me salvó ayer de ser pisoteada por el caballo desbocado del Sr. Peterson. Lo menos que podía hacer era ofrecerle hospitalidad mientras está en la ciudad. —Al ver el rojo rubor de la ira subiendo por el cuello de Laura, Jennifer continuó rápidamente—. Estaba segura de que no te importaría que invitara a un huésped más, ya que fui yo quien se encargó de todos los preparativos.

—Veo que fue una boda encantadora —dijo Alan—, y no sabe cuánto lamento no haber presenciado los votos. Les deseo toda la felicidad del mundo.

Se inclinó desde la cintura y besó la mano de Laura.

—Y me disculpo de nuevo por mi tardanza —dijo.

—Bueno, eso es... es usted bienvenido, Sr. Gallager.

Le ofreció el paquete.

—En mi tierra, un invitado a una boda nunca llega con las manos vacías. Un pequeño recuerdo, señora Bell, para el día de su boda.

Laura abrió el paquete claramente nerviosa.

—Un marco de fotos de plata. —Lo giró entre sus manos y observó cómo se reflejaba la luz en él—. Es muy bonito.

—Quizás lo utilice para su retrato de boda.

—Desgraciadamente, no hay fotógrafo aquí en la ciudad y el gasto de importar uno para ese día...

—Ya veo.

Estaba tan obviamente avergonzado por haber traído un regalo inútil que a Jennifer se le encogió el corazón. ¿Era culpa suya que no hubiera dinero para fotografías? Pero Laura habló

como si él fuera en parte responsable.

Laura extendió la mano hacia las mesas.

—Gracias por el regalo, señor. Gallager. Tome un poco de tarta.

Jennifer enseñó a Alan la mesa y le pasó un plato. Michael se apresuró a acercarse y Jennifer volvió a presentárselo. Michael apretó la mano de Alan.

—Cualquier amigo de Jennifer es bienvenido aquí, Sr. Gallager. Disfrúte del día.

Se marchó para reunirse con Laura. Alan mordisqueó un trozo de la tarta, recuperando aparentemente su aplomo.

—Exquisito. Siempre he tenido debilidad por el glaseado. —Lamió el tenedor hasta dejarlo limpio.

—Nuestra vieja cocinera Sethe hacía el mejor pastel que he comido nunca. —Dio otro bocado—. Hasta ahora.

—Se me da mejor hacer pan que pasteles. Pero me alegro de que le guste.

Los invitados a la boda habían empezado a recoger sus cosas, a despedirse y a felicitar a Michael y Laura. Ada y David pasaron unos momentos con los Whitings y los Spencer antes de que Ada cruzara el patio en busca de Jennifer.

Jennifer presentó a Alan, que hizo una reverencia a Ada antes de reunirse con David y los demás hombres. Ada estrechó la mano de su amiga.

—El señor Gallager es muy atractivo, ¿verdad?

A Jennifer se le revuelve el estómago. Alan Gallager era más que atractivo, era...

—Pero un poco misterioso —dijo Ada.

—¿Misterioso?

—Quizá sean esos ojos oscuros. No estoy del todo segura. Pero estoy segura de una cosa. Estás enamorada.

Jennifer se sonrojó.

—No seas así. Nos conocimos ayer. Además, solo está de paso.

Ada miró hacia los hombres que estaban de pie bajo los árboles.

—Por la expresión de Samuel, diría que no soy la única que tiene preguntas sobre el Sr. Gallager.

—¿Ha llegado por fin Samuel? —Jennifer se volvió—. Casi me había dado por vencida con él.

—Quizá sea mejor que vayas a hablar con él. Parece perturbado. —Ada devolvió la mirada a su marido.

El rápido saludo de su marido.

—David está listo para irse.

—Pero acabáis de llegar.

—Nos quedaremos hasta la próxima semana, tal vez un poco más. David quiere hacer algunas reparaciones en casa de la señorita Lillian. Está vacía desde nos casamos, pero ahora Wat Stevens quiere alquilarla a uno de sus sobrinos que se ha casado recientemente.

Jennifer frunció el ceño. Durante más años de los que ella podía contar, Watson B. Stevens había estado presionando a Michael para que vendiera algunas de las tierras de los Bell junto al arroyo Owl. La gente decía que tenía mucho dinero, pero eso no le impedía regatear duramente e incluso hacer trampas cuando creía que nadie lo veía.

—Mejor dile a David que cobre el alquiler por adelantado.

—Lo haré. —Ada besó la mejilla de Jennifer—. Volveré a verte antes de irnos.

—Ojalá no te fueras tan pronto.

—Lo sé. Pero David debe ocuparse de un cargamento de ganado el mes que viene y Nelly volverá de la escuela al final del trimestre.

Jennifer asintió y un petirrojo cantó en el silencio.

—Jennifer, no pierdas tu oportunidad de ser feliz. Estuve a punto de perder a David por mi indecisión y ahora sé lo que me habría perdido.

David se acercó a ellas, con sus ojos azules tan llenos de amor por Ada que a Jennifer se le cortó la respiración. ¿Volvería alguien a mirarla de ese modo?

—Querida, debemos irnos. —David estrechó la mano de Ada y dijo—: Hay un trecho hasta la posada y mañana tengo que madrugar. —Sonrió a Jennifer—. La boda fue estupenda, ¿verdad?

Jennifer asintió.

—Nunca había visto a tu hermano tan feliz. Parece que le sienta bien estar casado. —Ofreció su brazo a Ada.

—¿Lista, cariño?

—Lo estoy. —Ada le dio un palmeo a Jennifer—. Piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

Jennifer los acompañó hasta su caterra y saludó con la mano mientras David se alejaba. Samuel cruzó el patio y deslizó su brazo alrededor de la cintura de Jennifer.

—Siento haber llegado tan tarde. El tren se retrasó media hora esta mañana.

—¿Sra. Stewart? —Alan Gallager había dejado de comer y ahora estaba de pie ante ella y Samuel, con el sombrero metido en el pliegue del brazo—. Me temo que debo despedirme. Les agradezco su hospitalidad.

—De nada, señor Gallager. Me alegro de que pudiera acompañarnos.

—Me alegro de que su vestido no haya sufrido daños. —Sonrió—. He disfrutado viéndola con él puesto.

Ella sonrió, muy consciente de la forma en que su lenta mirada la recorría. ¿En qué estaría pensando? Además, ¿por qué estaba respondiendo así? Su expresión franca encendió una llama en su interior. Apartó la mirada, esperando que él no pudiera ver el efecto inquietante que su sola presencia ejercía sobre ella. No lo haría. No cuando estaba prometida a Samuel. Más o menos.

El Sr. Gallager estrechó la mano de Samuel.

—Sr. Chastain. Es un placer haberle conocido, señor.

La expresión de Samuel se endureció, pero asintió.

—Adiós, Sr. Gallager. —Se volvió hacia Jennifer mientras Alan cruzaba el patio y subía a su carro—. Creo que yo también regresaré a la ciudad.

—¿Tan pronto?

—No, supongo que no. —Frunció el ceño—. Estoy de acuerdo con Laura Russell en esto, Jennifer. ¿Por qué demonios invitarías a un hombre como Gallager a una boda familiar?

—¿Un hombre como él? —La actitud de Samuel la impulsó a defender a su invitado—. No sabes nada de él.

—El empleado de la posada dice que paga todo en oro. Apostaría mi último dólar a que esconde algo.

¿Era cierto? ¿Escondía el Sr. Gallager algún secreto? Tal vez eran solo los celos los que hablaban, por fea que pareciera esa perspectiva.

—Oh, Samuel, solo porque tenga dinero y no sea de por aquí, no significa que sea bueno. Pero no debes preocuparte. Le he oído decir al Sr. Peterson que no piensa quedarse mucho

tiempo en Oakwood Hall. No tiene nada de qué preocuparse.

—No es eso lo que yo he escuchado.

—¿Qué quieres decir?

—Al parecer, Peterson quiere que Gallager se quede y entrene a su caballo para alguna tarea que tiene planeada para este otoño. Gallager dice que está considerando seriamente la oferta.

Se volvió para ver cómo el aparejo de Alan Gallager desaparecía por la carretera.

—¿De verdad? ¿Va a quedarse un tiempo?

La miró y respondió:

—Eso es lo que ha dicho. Y me gustaría que no parecieras tan feliz por ello. —Samuel encontró su sombrero y se lo colocó en la cabeza.

—Samuel. No te enfades.

—No estoy enfadado. —Saltó a su aparejo y agitó las riendas—. Nos vemos, Jennifer.

Laura cruzó el patio, y el dobladillo de su falda se arrastró por la hierba.

—¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado Samuel y tú?

—Mamá. —Tommy, el hijo mayor de Laura, cruzó corriendo el patio, con su hermano pisándole los talones—. Harry dijo que Jennifer Stewart va a vivir con nosotros. ¿Es verdad?

—Claro que es verdad. —Laura sonrió a Jennifer, aunque su sonrisa no transmitía mucha calidez—. Es la hermana de tu nuevo padre.

Tommy frunció el ceño.

—Pero no quiero que lo sea.

Los dos chicos se habían quitado la chaqueta. Sus camisas blancas estaban manchadas de

tierra, hierba y glaseado de pastel.

—Yo tampoco, mamá. No quiero que esté aquí. —Harry fulminó a Jennifer con la mirada —. Ve a buscar a tu propia familia.

Jennifer sintió que se le calentaba la sangre.

—Michael era mi hermano mucho antes de que tú nacieras, Joseph. Y seguirá siéndolo mientras yo viva. Él es mi familia y no cambiará solo porque tú lo quieras.

—Un momento —dijo Laura—. No te enfades con él. Es un niño.

—Ya es lo bastante mayor para saber que no se debe ser grosero.

Laura se sonrojó.

—Esto es nuevo para los niños. Harry era tan pequeño cuando murió mi marido que no recuerda a Pete. Están emocionados por tener un hombre en sus vidas. Necesitan tiempo para adaptarse.

—Laura, cariño, ¿qué pasa? —preguntó Michael al salir al porche—. ¿Te parece bien si envío el resto de la comida a casa de los Dawson? Cleo y Libby han estado aquí todo el día.

—Es mucha comida para regalar —dijo Laura.

—¿Has olvidado que ahora tienes que alimentar a dos niños pequeños?

—Pero tenemos que darles algo. Están hambrientos y cansados, como perros.

—Les has pagado, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero...

—No conviene ser demasiado generoso con los negros. Llegarán a esperarlo cada vez que hagan el más mínimo trabajo. Además, a Tommy y a Joseph les encanta el jamón. Tomaremos el resto para cenar.

Jennifer le envió una mirada mordaz a su hermano. Defiéndete, Michael. Esta sigue siendo tu casa, tu granja.

—Tienes razón —dijo Michael—. No estaba pensando. —Sonrió y se le sonrojaron las orejas—. Supongo que aún no me he acostumbrado a ser un hombre de familia.

Volvió a entrar y, unos minutos después, salieron las mujeres Dawson. Saludaron con la cabeza a Jennifer y a Laura, subieron a su carreta y se dirigieron a su casa en Two Creeks.

Jennifer siguió a Laura y a sus hijos hasta el interior de la casa. Michael ya se había quitado el abrigo y la corbata, y ahora ayudaba a los chicos a cambiarse de ropa. Laura se puso un sencillo vestido de percal amarillo. Se sentó en la silla favorita de Jennifer, junto a la ventana, y cogió su abanico.

—Qué día más intenso. No recuerdo haber estado nunca tan agotada. Pero fue encantador, Michael querido. Gracias por hacerlo tan especial.

—Me alegro de que estés contenta, pero Jennifer hizo todo el trabajo. —Michael le guiñó un ojo a Jennifer.

El abanico de Laura se movía de un lado a otro agitando el cálido aire de la tarde.

—Jennifer, ¿me traes un poco de té? Estoy agotada.

—¿Mamá?

Joseph entró corriendo en la habitación.

—¿Podemos Tommy y yo ir a ver al caballo? También hay gatitos en el granero.

—Por un rato. Pero que se queden cerca de la casa. No quiero que os alejéis.

Los chicos salieron de la casa y cerraron la puerta tras de sí. Laura levantó la vista, frunciendo el ceño.

—¿Y bien, Jennifer? ¿Me traes el té?

Jennifer fulminó a su hermano con la mirada. Estaba resignada a compartir su casa con su nueva esposa y sus ruidosos y maleducados hijos, pero ¿convertirse en su criada? Jamás. Michael la miró enarcando una ceja y empezó a juguetear con su pipa. Estaba claro que no tenía intención de salir en su defensa.

—Me gustaría cambiarme de vestido primero, si no te importa.

Laura agitó su abanico.

—Por favor, no tardes. He tenido un día muy agotador.

¿Un día agotador? Jennifer casi se ríe a carcajadas. Mientras ella se había apresurado a montar mesas, planchar manteles, recoger flores y hornear durante días y días, Laura había evitado involucrarse en ninguno de los preparativos de la boda, alegando que Jennifer era mucho mejor cocinera. Y eso era cierto, pero aun así...

Con otra mirada a Michael, Jennifer suspiró, subió las escaleras y se cambió de ropa. De vuelta en la cocina, preparó y sirvió el té mientras Laura charlaba con Michael sobre los invitados a la boda y la ceremonia del señor Patterson.

—El reverendo hizo un buen trabajo, pero echo de menos a nuestro predicador rural.

—Yo también —dijo Jennifer—. Pero no podemos culpar al Sr. Dennis por irse a una iglesia más grande. Incluso los predicadores tienen que mantener a sus familias.

La taza de Laura traqueteó en su plato.

—El Señor siempre provee. Fue su esposa la que quiso irse de Oakwood Hall. Se quejaba de todo cuando venía a la ciudad.

Michael estiró sus largas piernas y miró por la ventana.

—Quizá el pueblo empiece a crecer de nuevo si el plan del señor Peterson funciona. Ese tal Gallager parece creer que la idea es buena.

Jennifer estaba ansiosa por conocer los detalles de cualquier plan que mantuviera a Alan Gallager en el pueblo, pero Michael se levantó y dijo:

—Iré a reunir a los chicos. Pueden ayudar con las tareas antes de la cena.

Laura finalmente se puso en pie, fue a la cocina a regañadientes y ayudó a Jennifer a preparar la cena con las sobras de la boda. Después, Michael trajo agua caliente para fregar los platos. Laura ayudó a los chicos a prepararse para ir a la cama y los acomodó en la habitación que Michael había preparado para ellos en el desván. Jennifer preparó café y se sentaron en el porche delantero a ver caer la noche, sintiéndose como una tercera rueda. La brisa primaveral agitaba el jazmín amarillo que crecía en el enrejado junto al porche. Los pájaros nocturnos llamaban lastimeramente en los árboles. Jennifer dio un sorbo a su café y luchó contra una oleada de melancolía. ¿Cómo era posible estar sentada aquí con otras dos personas y aun así sentirse completamente sola?

Por fin, Michael se levantó, sacudió la ceniza de su pipa y cogió la mano de Laura.

—Creo que nos daremos las buenas noches, Jennifer —dijo.

Laura se sonrojó y asintió a Jennifer.

—Buenas noches, hermana. Nos veremos por la mañana.

Michael le plantó un beso en el pelo.

—Gracias. Todo estaba delicioso. Te lo agradezco.

—De nada. —Durante tanto tiempo, ella y Michael habían sido el mundo entero el uno para el otro, y ahora otra mujer había ocupado el primer lugar en sus afectos. Por supuesto que se alegraba por él, pero se había quedado con un gran vacío en su vida. Nada volvería a ser lo mismo.

Jennifer subió las escaleras hasta su habitación y cerró la puerta. La ventana estaba abierta al aire fresco de la noche y a los sonidos de los pájaros posados en los árboles. Encendió la

mecha del farol, se lavó la cara y las manos, y se puso el camisón. Cogió la Biblia de la mesa de su cama, leyó los Salmos hasta que su mente y su corazón se calmaron. Cerró los ojos. Ayúdame, Señor, a amar a Laura y a sus hijos. Dame la gracia de no resentirme con ellos. Te pido por la felicidad de Michael. Se lo merece por haberme cuidado la mayor parte de su vida.

Un fuerte golpe en lo alto seguido de un grito espeluznante perforó el silencio, destruyendo su serenidad. Debajo de ella oyó la voz sobresaltada de Michael y la de Laura, y luego sus pasos subiendo con fuerza las escaleras, más allá de su habitación, hacia el ático. Jennifer dejó a un lado la Biblia y se puso la bata. Cogió la lámpara, abrió la puerta y se asomó al oscuro pasillo.

Michael bajaba por la estrecha escalera con un sollozante Joseph en brazos. Laura le siguió con Tommy de la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jennifer.

—Son pesadillas —respondió Laura.

—No, mamá —dijo Tommy—. No fue un mal sueño. Harry y yo estábamos bien despiertos y entonces los vimos.

—¿A quién viste?

—Eran ladrones. Tres de ellos. Entraron por la ventana. Empujé a Harry al suelo y él se escondió bajo la cama, pero casi me cogen a mí.

Joseph gimoteó y enrolló sus regordetes brazos alrededor del cuello de Michael.

—Ya está, Harry —dijo Michael—. Estás bien, muchacho. No hay ladrones. No hay ladrones por aquí.

—Así es —dijo Tommy—. Mamá, por favor, no nos obligues a volver ahí arriba. Está demasiado oscuro y tengo miedo.

—Vamos —dijo Laura—. Puedes quedarte con mamá y papá esta noche. Ya pensaremos

en otra cosa por la mañana.

Jennifer volvió a su habitación y trató de recuperar la paz que le aportaba la oración. Pero no podía olvidar la forma en que Laura la había mirado hacía un momento. Tuvo la sensación de que, fuera lo que fuera ese “algo más”, no serían buenas noticias para ella. Se metió en la cama y apagó la luz.

Capítulo 3

—¿Podrías terminar esto por mí, Jennifer?

Laura dejó el rodillo a un lado y se quitó la harina de los dedos.

—No me he sentido bien desde esta mañana.

En la semana transcurrida desde la boda, Laura había encontrado mil excusas antes que ayudar con las tareas domésticas. Hasta ahora, hacer galletas era su única contribución. Ahora, al parecer, la pobre ni siquiera estaba en condiciones de extender la masa para su comida del mediodía.

Jennifer rechazó la tarea. El sermón del domingo pasado había versado sobre servir a los demás, ser las manos y los pies de Cristo. ¿Cómo podía negarse a seguir su perfecto ejemplo?

—En un minuto. —Movió el pesado cubo de agua que acababa de sacar de la bomba y se dirigió a la estufa.

—Mamá, mira lo que hemos encontrado. —Tommy abrió la puerta de un tirón y entró corriendo—. ¡Es una belleza!

Jennifer dejó caer el cubo y soltó un grito. El agua se derramó sobre sus zapatos y empapó el dobladillo de su falda.

—Saquen a esa serpiente de mi casa ahora mismo.

—Por piedad, cálmate, Jennifer —ordenó Laura—. Es solo una serpiente común de jardín.

Es inofensiva. Supuse que una granjera como tú lo sabría.

—No me importa. La quiero fuera ya.

Tommy se quedó de pie, dejando que la serpiente verde lima se deslizara entre sus dedos.

Giró su pecosa nariz hacia Jennifer.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer.

En ese momento entró Michael con una carga de leña para la cocina, seguido de Joseph pisándole los talones.

—¿Laura, cariño? ¿Qué es todo este alboroto? ¿Qué está pasando aquí?

—Tu hermana ha tenido un ataque de nervios porque Tommy ha traído una serpiente pequeñita. —Laura puso la bandeja de bizcochos medio vacía en el horno y dio un portazo—. Me doy cuenta de que no ha pasado mucho tiempo rodeada de niños pequeños, pero, sinceramente, solo tiene que adaptarse. Está asustando a mis hijos. No lo consentiré.

Michael suspiró y dejó la madera en la caja.

—Solo dale algo de tiempo. Es un gran cambio para todos nosotros.

—Disculpa, Michael —dijo Jennifer—. Te agradecería que dejaras de hablar de mí como si fuera un inepto o ni siquiera estuviera en la habitación.

—De acuerdo, Jennifer, no te pongas así. —Hizo un gesto a Tommy para que sacara la serpiente—. Simplemente intento restablecer la paz en la familia.

—No somos una familia. Una familia se cuida mutuamente. Se ayudan los unos a los otros. Pero la única que se ha estado ocupando de tode aquí ha sido yo. —Jennifer se dio la vuelta y se ocupó de servir las copas.

Laura giró sobre sí misma, con su falda de percal arremolinándose, y cogió una pila de platos del estante que había junto al fregadero. Los dejó sobre la mesa, cogió una cafetera del

fogón y echó un cuenco de patatas cortadas en dados en la sartén.

—No te molestes por estas patatas, Jennifer. Te ayudaré y las prepararé yo misma.

Michael se aclaró la garganta.

—Nunca adivinarás quién apareció ayer en el molino. —Se sentó a la mesa, se sirvió una taza de café y abrió el periódico de Knoxville que había llegado a la oficina de correos el jueves —. David Foreman pasó por aquí. Creo que echa de menos el molino, a pesar de que le encanta su rancho de Texas.

—De verdad. —Laura saló las patatas y les dio la vuelta con la espátula.

El vapor recorrió la habitación.

—¿Estaba con él su querida esposa? —Jennifer se erizó. Laura Russell encontraba alguna razón para que todo el mundo le tuviera manía.

—Ada Foreman es una de las personas más amables y con más corazón que he conocido.

—Oh, es verdad. Olvidé que te hizo un sombrero gratis cuando por fin decidiste deshacerte de tus vestidos de viuda. No me extraña que pienses que es especial. —Laura deslizó las patatas chisporroteantes en una fuente y las llevó a la mesa—. Seguro que consiguió mucha publicidad gratuita para su negocio de sombreros con ese pequeño gesto.

—Tal vez. Pero no lo hizo por eso. —Jennifer miró fijamente a Michael, sintiéndose descorazonada. ¿Cómo había acabado su dulce hermano, el alma misma de la bondad, con una esposa tan odiosa y amargada?

Laura sacó las galletas del horno, las amontonó en un plato y lo puso en la mesa frente a Michael.

—Siéntate, Jennifer.

—No tengo hambre.

—De todos modos, siéntate. Hay algo de lo que Michael y yo queremos hablarte.

—Me quedaré de pie. —Jennifer se cruzó de brazos y se apoyó en el fregadero.

—Como quieras, Michael. ¿Cariño?

Michael dejó de escribir y la miró con cara interrogativa.

—Puede que sea un buen momento para hablar con Jennifer. Mientras los chicos están fuera.

—Ah, claro. —Michael untó mantequilla en una galleta y le dio un mordisco—. Bueno, verás, nosotros dos, nos preguntábamos si te...

—¿Importaría intercambiar habitaciones con Tommy y Joseph?

—¿Quieres decir mudarte al ático?

—No para siempre, pero sí hasta que se acostumbren a vivir aquí.

—Pero esa habitación es muy pequeña.

—Exacto. —Laura echó nata en su café—. No es lo suficientemente grande para dos chicos activos y necesitan estar más cerca de mí por la noche para que no se asusten. Mientras que tú...

—No lo haré. —Jennifer se dejó caer en su silla y encaró a su hermano, que estaba al otro lado de la mesa—. Michael, no puedes esperar que renuncie a mi habitación. Todas mis cosas están allí. Mis libros, mis diarios, las pocas cosas que tengo que pertenecieron a George.

La puerta se abrió de golpe. Tommy y Joseph corrieron por la cocina riendo y empujándose.

—Vamos, Harry —gritó Tommy—. Atrévete.

Joseph metió la mano en el bolsillo, sacó la serpiente y se la lanzó a Jennifer.

—Te tengo.

La serpiente se deslizó por el suelo de pino. Jennifer agarró al niño y lo sujetó con fuerza.

—¿Cuántos años tienes, pequeño pagano?

—Cinco y tres cuartos. —La miró fijamente con sus pálidos ojos azules brillantes y desafiantes.

—Si vuelves a hacer una tontería así, no verás los seis. —Ella le sacudió con fuerza—. ¿Me entiendes?

—No puedes decirme lo que tengo que hacer. No eres mi madre. Solo eres una vieja viuda seca y mezquina.

Jennifer le dio una bofetada fuerte. Se le levantó una huella roja en la mejilla y se tapó la cara con las faldas de su madre, con el hombro agitado. Ella se quedó mirando, horrorizada y consternada por haber perdido el control. ¿Cómo era posible que un niño pequeño pudiera causar tantos problemas?

—Lo siento, Harry. No era mi intención.

Laura se apartó de la mesa y cogió a su hijo, que tenía los ojos encendidos.

—Si vuelves a pegar a mi hijo, Jennifer Stewart, que Dios me ayude, te...

—Ahora, Laura. —Michael se puso en pie—. Sentémonos todos.

—Michael, no permitiré que nadie pegue a mis hijos.

—Pido disculpas —dijo Jennifer—. Estuvo mal por mi parte pegarle. Perdí los estribos.

—Harry no debería haberle lanzarle una serpiente —afirmó Michael—. Y no debería haberle hablado así a Jennifer. Los chicos deberían aprender a respetar a sus mayores. Y más si son mujeres.

—Es solo un niño.

—Eso no es excusa. De todas formas, ¿de dónde ha sacado esa idea?

Laura se sonrojó hasta las raízes del pelo, pero se mantuvo firme.

—¿De qué lado estás, de todos modos, Michael?

—No hay por qué posicionarse, cariño.

—No me llames cariño. No si vas a dejar que esa amargada de tu hermana obligue a mis hijos a dormir en un oscuro desván donde tienen miedo y luego les pega por gastar una broma inofensiva. —Empezó a llorar—. Creía que me querías. Pensé que seríamos felices, pero ahora siento que todo esto fue un gran error.

Puso a Harry en pie y lo sacó de la habitación. Tommy cerró el puño y golpeó a Jennifer directamente en el estómago.

—Eso es por pegar a mi hermano pequeño y hacer llorar a mamá.

—Sube, Tommy —dijo Michael—. Y no salgas hasta que yo te lo diga.

—No voy a subir a ese viejo desván. No, señor. Puedes pegarme hasta que me muera, pero no subiré.

—Entonces puedes limpiar el granero. Te quedarás allí hasta que venga a por ti.

—¿Te refieres a limpiar el estiércol de caballo?

—Alguien tiene que hacerlo.

—¿Por qué yo? —El chico cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Por que de todo el mundo tengo que ser yo? ¿Por qué no puede hacerlo ella?

—Jennifer se ocupa de la casa. Limpiar estiércol es cosa de hombres. Ve ahora mismo.

—Pero no he comido mi ración.

—Puedes comer cuando termines. —Tommy se marchó.

—Siento todo esto, hermana —dijo Michael—. ¿Estás bien?

Parecía tan derrotado que a Jennifer se le encogió el corazón.

—Yo también lo siento. No debería haber dejado que Harry me enfadara tanto.

—Harry se lo merecía. Laura dice que los dos chicos han sido difíciles desde siempre. Pensé que marcaría la diferencia tener a un hombre cerca y vivir aquí en lugar de en esa estrecha habitación de alquiler en la ciudad, pero no lo sé. Quizá mordí más de lo que puedo masticar.

Laura entró en la cocina con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Harry está dormido. Pobre niño. Está agotado de tanto alboroto y pelea. No es bueno para él.

—No es bueno para nadie. —Jennifer se sirvió una taza de café—. Yo también he tenido bastante. Voy a subir a mi habitación.

—Oh, he metido a Harry ahí —dijo Laura.

—Está creciendo tanto que no podría llevarlo hasta el ático. Ya le encanta esa habitación. Se la prometí. Espero que no se enfade por ello.

—No tenías derecho a hacer tal promesa.

—¿Jennifer? —Michael la miró con tal mezcla de esperanza y resignación que ella apartó la mirada. Quizá ella le debía esta oportunidad—. De acuerdo. Tómalo. Tómalo todo.

Alan sacudió las riendas e impulsó al viejo jamelgo por el camino de tierra. La visita de esta mañana a la elegante casa del banquero en las afueras de la ciudad le había hecho recordar sus días en Charleston y le había abierto el apetito para entrenar a Majestic. Cuando Peterson sacó al

caballo de su establo, Majestic pareció recordar a Alan, y Alan estaba preparado. Le había dado una zanahoria al caballo y frotó el cuello del gran potro mientras este masticaba y tragaba su golosina.

Luego, Alan trepó la valla y entró en el prado, dejando que el caballo se acostumbrara a su presencia y a su olor. Majestic, nervioso ante lo desconocido, se apartó cuando Alan se le acercó demasiado. Serían necesarias varias visitas más antes de poder comenzar realmente el adiestramiento. Solo cuando se hubiera ganado su confianza intentaría ensillarlo. Si lo hacía demasiado pronto, el caballo podría volverse loco, lo que dificultaría aún más el adiestramiento.

Alan respiró el aire húmedo y pensó en su hogar. En los viejos tiempos, en esta época del año, Sethe, la cocinera de la familia, y Leah, la sirvienta favorita de su madre, recogían la casa de su plantación en el río. Toda la familia emprendía entonces el viaje de once millas hasta la casa de campo de los Gallager en la isla de Pawley, donde pasarían el verano hasta que pasara el peligro de la fiebre palúdica.

Aún recordaba aquellas caminatas infantiles a la isla, viajando en bote de remos y por tierra. Su madre se quejaba del calor y de lo incómodo del viaje, pero para él los veranos en la isla eran una magnífica aventura. La primera visión de las olas ondulantes, del mar azul brillante que se extendía hasta el horizonte, siempre le estimulaba. Incluso ahora casi podía saborear la sal en sus labios y el almizclado sabor de las ostras asadas en una playa iluminada por el fuego.

A medida que crecía, acompañaba a su padre a Charleston en sus viajes de negocios y aprendía los entresijos de la siembra, la cosecha y la venta del arroz que cultivaban en vastos campos a lo largo del río Pee Dee, así como los valores que su padre insistía en inculcarle: el orgullo, el deber y el inquebrantable código de honor sureño. Su padre nunca había incumplido ese código, a pesar de la guerra que había transformado la ciudad y toda Carolina del Sur en un mundo fantasma.

Alan se quitó el sombrero y se secó la frente. Al doblar un recodo del camino, vio a una

mujer que avanzaba delante, balanceando los brazos, con un sombrero de paja precariamente posado en la cabeza. Había algo extrañamente familiar en el vaivén de sus caderas y en la caída de sus hombros. Se acercó a ella.

—Señora Stewart.

Era un regalo para la vista, incluso con ese ceño feroz en la cara.

—¿Qué hace aquí fuera?

Jennifer se llevó el sombrero a la nuca y le dirigió una mirada decidida.

—Huyendo de casa.

Parecía tan joven y vulnerable que él no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Sin la ropa y las provisiones necesarias para el camino?

Se le dibujó una pequeña sonrisa en la boca.

—Me fui con prisa.

—Eso parece. ¿Me atrevo a preguntar por qué?

—Es intolerable. Voy de camino a la ciudad. Allí tengo un amigo que me ayudará a mudarme.

—Así que va en serio lo de dejar la granja.

—Sí, señor, lo estoy. Serio como un grano en el... No importa. Digamos que nunca volveré. Excepto cuando vaya a recuperar mis posesiones, claro.

—Estaré encantado de ayudarla. Así se ahorrará un viaje hasta el pueblo y de vuelta.

—¿Lo haría? —Subió a la calesa sin esperar invitación—. No puedo llevar muchas de mis cosas. Las habitaciones del hotel son bastante pequeñas. Pero no dejaré atrás el cofre de nogal de mi madre ni mis libros y ropa. Ni mi sombrilla.

La miró y respondió:

—Por supuesto que no. Es cierto que las habitaciones de la posada son un poco pequeñas, pero están limpias y son bastante cómodas.

—No, no me alojaré en la posada. Me dirijo al hotel de señoras Verandah. Hice algunas averiguaciones en la iglesia la semana pasada, pero no tomé mi decisión hasta hoy.

—Ya veo. —Dio la vuelta a la calesa y se dirigieron a la granja.

—Sé que el hotel es una ruina, pero la pura verdad es que solo tengo un poco de dinero ahorrado y no puedo permitirme la posada. Cuento con que la Sra. Sandford, que regenta el Verandah, me deje ayudar sirviendo comidas y limpiando para cubrir mis gastos.

—¿Cocinando y limpiando en un hotel abandonado? No la conozco muy bien, pero deseo de todo corazón que tenga ofertas mejores.

—Yo también, pero es lo mejor que puedo hacer por ahora. Al menos no tendré que lidiar con los dos rufianes de Laura, que me lanzaban serpientes en el regazo y me pegan. No tendré que escuchar sus incesantes quejas sobre todo el trabajo que supone llevar una granja. —Ella se abanicó la cara, que él no pudo evitar notar que tenía un encantador tono rosado—. Si tanto odia las tareas de la granja, debería haberse quedado en la oficina de telégrafos.

Él asintió.

—La hierba siempre es más verde, como suele decirse.

Poco después llegaron a la granja. La Sra. Bell estaba en el jardín recogiendo fresas con un delantal. Había entrado una bruma fresca de las montañas y una brisa estremecía las flores del enrejado. Alan ató el caballo y ayudó a su pasajera a bajarse.

—Por aquí. —Le condujo a través del salón y subió con él las escaleras hasta su habitación. Mientras él bajaba el cofre de nogal por las escaleras, ella metió su ropa, libros y diarios en una maleta rota. Recuperó su pequeña cartera de viaje, su sombrerera y su sombrilla, y

se reunió con Alan en el patio.

Con la frente sudorosa por el esfuerzo de cargar con todo desde las empinadas escaleras, encajó el baúl en el asiento que había entre ellos y colocó la maleta encima. Se secó la frente y se metió el pañuelo en el bolsillo del pecho.

—Iremos apretados, Sra. Stewart, pero no me importa.

Laura Bell rodeó la casa con el delantal lleno de fresas y se detuvo en seco.

—¿Jennifer? ¿Te vas?

Alan se tocó el ala del sombrero con el dedo.

—Sra. Bell.

Ella le ignoró y miró con odio a Jennifer.

—¿Te llevas todas tus cosas?

—No todas mis cosas. La mitad de esta granja sigue siendo mía. Pero no hay sitio en el hotel para todo. —Colocó la sombrerera en el aparejo—. Harry y Tommy pueden tener la habitación que les prometiste.

—Si te vas a escapar así de nosotros, al menos podrías esperar a que tu hermano regrese de los campos y despedirte como es debido. Se lo debes.

—Seguro que estarás encantada de decirle dónde encontrarme. —Jennifer subió al camión tan deprisa que crujieron las ruedas.

Alan subió a su lado y cogió las riendas.

—Adiós, Mrs. Bell.

—Espera. —Laura cruzó el patio hasta donde estaba el aparejo bajo los árboles—. No puedes seguir con esto, Jennifer.

—¿Por qué no?

—Bueno... porque... Ya sabes lo mucho que hay que hacer por aquí, especialmente con Michael trabajando a tiempo parcial en el molino. No sé ordeñar la vaca ni hacer funcionar esa infernal cocina, y no sé quién va a ayudar con el lavado y todo eso.

—Supongo que tendrás que ingeniártelas. Debería enseñar a sus hijos a hacer el ordeño y esas cosas. Aunque le aconsejaría a Tommy que no le dé a Miranda en la tripa mientras la ordeña. Es probable que ella le devuelva el puñetazo.

Laura bajó la mirada.

—Lo siento mucho. Pero Michael le castigó por ello. No puede seguir enfadada por eso.

Jennifer asintió a Alan al coger su chal.

—Pongámonos en marcha. Quiero estar instalada antes de que anochezca.

—De acuerdo, tú ganas. Ya que estás armando tanto alboroto, te devolveré tu habitación. Los chicos pueden dormir con Michael y conmigo hasta que se nos ocurra otra cosa. Nunca pensé que causarías tanto alboroto.

—Y yo nunca pensé que me atacarían con serpientes y puños y me darían órdenes como a una sirvienta. En una casa solo hay sitio para una ama, y como tú eres la esposa de Michael, debo ser yo la que se vaya.

Laura se agarró el delantal.

—Si no te quedas por mí, piensa en Michael.

—Lo estoy haciendo. Se merece volver a una casa tranquila. Ahora puede.

Ella asintió a Alan. Él chasqueó las riendas y el carro rodó por el camino.

Capítulo 4

Jennifer vio cómo la granja se hacía cada vez más pequeña, flotando en la niebla como algo sacado de un sueño. Los recuerdos traqueteaban en su cabeza como canicas en un tarro de cristal: largas tardes junto al fuego leyendo en voz alta con Michael, mañanas frías en el granero, ordeñando a Miranda mientras una camada de cálidos gatitos grises se revolvía a sus pies.

—¿Está bien? —Alan la miró desde debajo del ala de su sombrero, humedecido por la niebla—. ¿Quiere volver? Todavía está a tiempo de cambiar de opinión.

—Estoy bien y no cambiaré de opinión.

Se rió, pero se puso sobrio al instante.

—Perdóneme. No pretendía restar importancia a sus problemas. Acaba de sonar tan decidida que me ha recordado a mí mismo en mis días de juventud. Mi padre siempre decía que era tan terco como una mula de Missouri.

Ella frunció el ceño.

—No es una comparación muy halagadora.

—¿Entre usted y yo, o usted y la mula?

Ella no pudo evitar reírse. Alan Gallager tenía ciertamente una manera de ver el humor en cualquier situación. Esa era una de las muchas cualidades que ella estaba empezando a apreciar

en él.

Por fin pasaron la estación de tren, que ahora estaba silenciosa a la luz del atardecer. Alan giró hacia la calle principal y guió el carro más allá de la posada Oakwood Hall, la barbería y la librería de Samuel Chastain.

Carretas esperaban fuera del mercantil. Se oían olores a canela y pan horneado procedentes de la panadería de enfrente. El sheriff Eli McCracken levantó la vista de su conversación con el jefe de correos al pasar. Saludó a Jennifer con la cabeza y se tocó el ala del sombrero antes de reanudar la conversación.

Alan se detuvo frente al Verandah.

—Adelante, entren. Veré si encuentro a alguien que me ayude con la carga. Ese cofre de nogal pesa más de lo que pensaba. Odiaría que se cayera y se estropeara.

Ayudó a Jennifer a salir del carro. Cogió la pequeña bolsa que contenía sus cosas esenciales y entró. Detrás del tosco mostrador de recepción de pino del salón, estaba sentada una mujer de piel aceitunada que llevaba un vestido de seda verde oscuro que combinaba exactamente con el color de sus ojos. Llevaba el pelo negro brillante apartado de la cara con dos peines de concha de tortuga. Hacía girar una baraja, una carta cada vez, su muñeca delgada y sus dedos enjoyados trabajando en rápida sincronización.

Jennifer se quedó mirando. ¿Quién era esa criatura de aspecto exótico y qué demonios hacía en Oakwood Hall? ¿Había convertido la señora Sandford su elegante y vieja ruina de hotel en un salón de juegos? Jennifer se pasó el bolso al otro brazo.

—Buenas tardes.

Las manos de la mujer se aquietaron. Levantó la vista y la miró con una pregunta en los ojos.

—Busco a la Sra. Sandford.

—Usted y yo, cariño. Prometió arreglar la gotera del tejado de mi habitación, pero se fue de aquí hace un rato y no ha vuelto.

—¿Sabe adónde fue?

—No tengo ni idea. —La mujer señaló el raído sofá del salón—. Será mejor que se ponga cómoda. Puede que tarde un poco más en volver.

—No creo que nos conozcamos. Me llamo Jennifer Stewart.

Jennifer hizo una pausa, esperando que la mujer se presentara, pero esta se limitó a sonreír.

—Bueno, Señora Dali, si quiere mi recomendación, la habitación número siete, al final del pasillo de arriba, es la mejor opción. Tiene goteras, por supuesto. Todas la tienen. Pero es el lugar más tranquilo de la casa y la Sra. Sandford acaba de poner una cama nueva.

La puerta principal se abrió y Samuel Chastain entró con la maleta de Jennifer.

—¿Samuel? —Jennifer frunció el ceño—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo. —Él tiró la maleta al suelo.

Ella miró por encima de su hombro.

—¿Dónde está el Sr. Peterson?

—El Sr. Peterson lo acorraló en la calle. Hablaban de caballos. Pasé por allí y me pidió que ayudara a una señora que se mudaba. —Samuel sacudió la cabeza—. Aunque no pensé que fueras tú. ¿Qué demonios pasó, Jennifer?

—Es una larga historia.

La mujer de verde se repartió otra mano.

—¿Se muda aquí para siempre?

—Por ahora, sí.

—¿Supongo que sabe que este es un establecimiento solo para señoras, señor…? —Ella sonrió a Samuel.

—Chastain —respondió Samuel.

—Sr. Chastain—. Ella le dedicó otra sonrisa. —Personalmente, creo que tener caballeros alrededor eleva la atmósfera de un lugar considerablemente. La Sra. Sandford, por desgracia, no está de acuerdo.

Volvió su extraordinaria mirada hacia Jennifer.

—¿Y cómo se llama, cariño?

—Jennifer Stewart.

—Oh. ¿Hay un Sr. Stewart por ahí?

Jennifer cerró brevemente los ojos y se masajeó el nudo de la nuca. El hambre le roía el estómago. El coqueteo de la mujer con Samuel la estaba poniendo de los nervios.

—El señor Stewart yace en la tumba de un héroe en Shiloh.

—Oh. —La mujer se sonrojó—. Lo siento mucho. —Se rió, un sonido como de campana —. Parece que siempre abro la boca y meto la pata hasta el fondo.

Samuel sonrió y dijo:

—No se preocupe. Me resulta muy atractiva la curiosidad genuina en una mujer.

—¿Ah, sí? Bueno, Sr. Chastain, me alegra mucho que se sienta así, porque descubro que siento bastante curiosidad por usted. Y, sobre todo, Oakwood Hall.

—Me imaginé que debía de ser nueva en el pueblo —dijo Samuel—. Soy el dueño de la librería de aquí y no recuerdo haberla visto antes.

—Desde que llegué he estado tan ocupada que no me he aventurado a salir mucho. Pero muy pronto voy a hacerle una visita.

—Espléndido. —Samuel se sonrojó—. Si me dice qué tipo de libros le gustan, tal vez pueda tener preparadas algunas sugerencias para usted.

Jennifer le fulminó con la mirada. Qué bueno. Samuel estaba sonriendo como el gato que se comió al canario. Dejó caer su mochila al suelo con un golpe sonoro.

—Sí, por favor, cuéntenos. ¿Quiénes son sus autores favoritos, señorita…? perdóneme. No he oído su nombre.

—Bueno, yo... Me gustan casi todos los tipos de libros que se han escrito. Estoy bastante segura de que, sea lo que sea lo que elija para mí, Sr. Chastain, me gustará.

—Samuel, señora.

—Samuel. Cualquier libro que elija será perfecto.

—Sí, Samuel conoce los libros mejor que nadie en Oakwood Hall. —Volviéndose hacia él, Jennifer le preguntó—: ¿Te importaría ocuparte del resto de mis cosas?

—Oh. Claro. Estaba tan ocupado hablando que casi lo olvido.

Se apresuró a salir. Minutos después, los enseres de Jennifer y el baúl de nogal de su madre yacían revueltos en el pasillo exterior de la habitación siete. La mujer de verde bajó las escaleras para reanudar su solitaria partida de cartas, dejando a Samuel y a Jennifer solos en el tenue y frío pasillo.

—¿Estás segura de que quieres quedarse aquí, Jennifer? —Samuel miró a su alrededor—. Casi no hay nadie.

—La Sra. Sandford dice que aquí viven cinco señoras, además de mí. Dos de ellas son viejas hermanas que viven solas en el tercer piso. Dice que nunca bajan, ni siquiera para comer.

—Suena espeluznante. —Hizo una pausa—. ¿Qué te enfadó tanto como para levantarte e irte de casa?

—No puedo hablar de ello ahora. Estoy demasiado disgustada.

Notó cómo se le formaba un dolor de cabeza detrás de los ojos. Jennifer se masajeó las sienes.

—No quiero enfadarme tanto. Estoy cansada. Y esa mujer de abajo...

—¿Celosa de ella? —se burló.

—Claro que no. ¿Por qué debería? Es guapa, sin duda. Pero la forma en que coqueteó contigo, además, me llamó “cariño” y el hecho de que sepa repartir cartas me hace preguntarme qué clase de persona es. ¿Te diste cuenta de que se tomó la molestia de no decirnos su nombre?

—Bueno, se sabrá pronto, contigo viviendo bajo el mismo techo. —Le apretó ambas manos—. Debería volver a la tienda. Esos libros que llegaron hoy no se ordenarán solos.

—Gracias por ayudarme. Siento que el Sr. Gallager te dejara el trabajo a ti.

Samuel asintió.

—Espero que no te arrepientas de haber dejado la granja. Pero si esto es demasiado horrible, siempre puedes volver a casa.

Bajaron juntos la chirriante escalera de madera y se dirigieron a la puerta. Jennifer se asomó a la calle vacía. Al parecer, el Sr. Gallager se había marchado sin siquiera despedirse. Volvió a dar las gracias a Samuel y lo vio marcharse.

—¿Todo arreglado? —preguntó la mujer cuando Jennifer regresó al salón.

—Estoy tan instalada como puedo estar hasta que llegue la Sra. Sandford para darme una llave.

La mujer sacó una llave de su corpiño y se la dio a Jennifer.

—Use la mía. Son todas iguales. Un hecho que descubrí la semana pasada cuando llegué tarde a casa y entré por error en la habitación de la pobre Sra. Athison. Menuda sorpresa se llevó.

Se rió, con sus ojos verdes bailando, y Jennifer también se rió. La mujer era tan encantadora que resultaba difícil no caerle bien, a pesar de que era una coqueta terrible y quizá demasiado extravagante para ser completamente respetable.

La puerta se abrió y dos mujeres de más o menos la edad de Jennifer entraron cogidas del brazo, con las mejillas rosadas y riendo. Una de ellas se apresuró a cruzar la habitación y le entregó un pequeño paquete a la mujer.

—Para ti, Heather, por sacarme del apuro anoche.

Así que ese era su nombre. Heather.

—Es muy amable por tu parte, cariño, pero de verdad, no tenías por qué hacerlo. Me alegro de haber venido cuando lo hice. —Heather se volvió hacia Jennifer—. Josie venía conmigo. A casa de la Sra. Grayson anoche, y un par de hombres del aserradero empezaron a hacerle pasar un mal rato.

—Estaban borrachos. —Josie se quitó el sombrero y se sacudió el pelo—. Me dieron un susto de muerte. Heather les dijo claramente que me dejaran en paz. Menos mal que le hicieron caso.

—Me entristece pensar que ese tipo de cosas ocurren en nuestro pequeño pueblo —dijo la compañera de Josie—. Oakwood Hall siempre ha sido un lugar decente. —Inclinó la cabeza hacia Jennifer—. Soy Emma Ryan. Tú debes de ser Jennifer. La Sra. Sandford me dijo que la semana pasada preguntaste por el alquiler de una habitación, pero no estaba segura de si realmente querías hacerlo.

—Hasta esta mañana no estaba segura. —Jennifer sonrió a las mujeres—. Me alegro de conocerlas.

—Igualmente. —Josie tiró su sombrero al sofá del salón y se desabrochó la chaqueta—. Estoy agotada. Si alguna vez alguien te pide que cuides de un grupo de niños, Jennifer, corre en

dirección contraria todo lo rápido que puedas. Es la tarea más ingrata de esta tierra.

—Josie cuida de los hijos de la viuda Grayson —dijo Emma—. Siete en total, y todos menores de seis años.

—Los gemelos fueron puestos en la tierra para que la muerte pareciera más atractiva. —Josie se dejó caer en el sofá junto a su sombrero—. Juro que si tengo que sacarlos del río una vez más, perderé el poco juicio que me queda.

—Al menos tu situación es temporal. —Emma palmeó el hombro de su compañera—. Piénsalo. El año que viene por estas fechas, estarás casada y de camino a Montana.

—No puedo esperar. Cielos azules, montañas y nadie en cien millas, excepto mi Jake y yo. —Josie sonrió y dijo—: Y ni un Grayson a la vista.

El reloj de péndulo de la pared detrás del escritorio dio seis suaves campanadas. Heather dejó la baraja de cartas.

—No sé vosotras, pero yo estoy a punto de perecer. Digo que asaltemos la cocina y nos olvidemos de la Sra. W., parece que se ha ido para siempre.

—Volverá —dijo Emma—. Le debo dos semanas de alquiler.

—¿Alguna noticia de Sam? —preguntó Heather.

Las cuatro mujeres caminaron juntas por el largo pasillo y entraron en la cocina.

Emma sacudió la cabeza.

—No hay buenas noticias. En su carta de la semana pasada decía que podría haber un trabajo para él en Carolina del Norte. Dice que los trabajos son tan escasos que no podemos permitirnos ser exigentes, pero no estoy segura. Carolina del Norte está muy lejos de mamá y de ellos.

Heather asintió.

—La nostalgia es una mala aflicción, pero al final se supera.

Se arremangó, cogió una pila de platos de la despensa y echó un vistazo a la nevera.

—Parece que hay algo de queso y sobras de judías, y también tarta.

—¿De qué tipo? —Josie rebuscó tenedores en un cajón y los puso sobre la mesa con estrépito.

—Es difícil de decir. —Heather sacó el molde de tarta de la nevera, lo puso sobre la mesa y se inclinó para olerlo—. Diría que es el resto de la tarta de cerezas del domingo pasado, pero es solo una suposición.

—Dime otra vez por qué soportamos esta comida tan horrible. —Emma se dejó caer en la silla.

—Porque es barata. —Heather raspó los trozos arrugados de tarta en un cubo junto a la puerta. Cogió una pesada olla negra de un estante de la estufa, echó en ella el cuenco de alubias y avivó el fuego. Cuando las alubias estuvieron calientes y burbujeantes, las mujeres las utilizaron para preparar una comida, a la que añadieron trozos de queso y trozos de pan de maíz frío.

—Alguien debería subir a buscar a las hermanas Provost —dijo Emma—, pero estoy demasiado cansada para moverme.

—Casi nunca comen —le dijo Josie a Jennifer—. No sé cómo siguen vivas.

—Jasper Hamilton, del mercantil, les da caramelos cada vez que van —dijo Emma—. Así es como. No es de extrañar que nunca tengan hambre de alubias y papilla de maíz.

Jennifer echó un vistazo a su alrededor. Un tarro de galletas desconchado y un par de libros de cocina desgastados reposaban en un estante bajo la única ventana sucia. Junto a la bomba de agua había un par de jarras de barro. Junto a la puerta había una palangana metálica que contenía leña para el hornillo. Al abrir una puerta de armario, apareció un surtido de ollas y cuencos, platos y utensilios de cocina. Apartó su cuenco medio vacío de alubias. Estaban demasiado

saladas y, además, eran arenosas. A pesar de sus recelos sobre el hotel, estaba ansiosa por poner comidas decentes en la mesa de la señora Sandford

La puerta principal se abrió de golpe y asomó la cabeza la propietaria del hotel.

—Jennifer. Así que has decidido dar el paso, por lo que veo.

Jennifer asintió, pero Josie se adelantó unos pasos cortando cualquier cosa que ella quisiera decir.

—Señora Sandford, otra vez solo hay alubias y maíz para comer.

—El pastel se arruinó —dijo Emma—. Es un milagro que no muramos de epizootia por comer comida podrida.

La propietaria ignoró ese comentario y sonrió a Jennifer.

—Siento no haber estado aquí cuando llegaste. Tenía asuntos en el banco y tardé más de lo esperado. ¿Te instalaste bien?

—Le di la habitación siete —dijo Heather—. La que tiene menos ratas y menos goteras en el techo.

—Y la mejor cama —dijo Josie—. Debería haberme mudado allí cuando tuve la oportunidad.

—Ya es tarde para eso. —Emma se levantó de la mesa y dejó su tazón sobre la encimera —. Voy a subir a mi habitación.

—Yo también —dijo Josie.

—Y necesito dormir bien. —Heather recogió la mesa y puso una tetera con agua a calentar. Sacó el escurreplatos del armario y lo colocó sobre la mesa—. En cuanto termine estos platos. —Se encogió de hombros—. Al menos el dinero extra me viene bien.

—Pero yo pensaba... —Jennifer frunció el ceño.

La Sra. Sandford se sentó pesadamente.

—Cuando me preguntaste después de la iglesia la semana pasada si te mudabas aquí, no estaba segura de que hablaras en serio.

—Quería quedarme en la granja, pero al final no pude. Hablamos de mi trabajo para ti, y...

—Estoy casi arruinado, Jennifer. Esperaba que el Sr. Peterson aprobara otro préstamo. Hablé con él toda la tarde, pero no cede.

La tetera silbó. Heather echó un poco de agua en la cacerola y luego añadió agua hirviendo. Los platos repiquetearon contra el metal mientras ella los fregaba con un trapo azul descolorido.

—Los tiempos difíciles parecen no tener fin —dijo la Sra. Sandford— y por mi vida que no sé dónde acabará todo ni qué será de ninguno de nosotras. —Dio unas palmaditas en la mano de Jennifer—. No te preocupes, te prometí un lugar donde quedarte y pienso cumplirlo. Nos las arreglaremos de algún modo.

Jennifer subió las escaleras hasta su habitación y se sentó en la cama, que chirriaba. ¿Qué sería de ella en realidad? Solo el mes pasado, su vida había transcurrido según su patrón predecible. Ahora su mundo se había tambaleado hasta quedar irreconocible.

De repente, una enorme cucaracha marrón se arrastró sobre su zapato. Jennifer se estremeció. Se arrepintió de su propia impulsividad. Era terriblemente ingrato por su parte haber salido corriendo sin siquiera despedirse de Michael, pero la discusión de esta mañana con Laura había sido tan acalorada que no podía soportar ni un minuto más en aquella casa.

Se levantó y deshizo la maleta. Samuel se equivocaba. Por muy mal que se pusieran las cosas en el Verandah, no volvería a la granja.

Capítulo 5

—¿Estás segura de que has hecho lo correcto, Jennifer? —Samuel la condujo a través del laberinto de libros, papeles y cajas de envío hasta su escritorio en la parte trasera de la librería. Le indicó que se sentara junto a la ventana, se dejó caer en su silla y cogió su pipa. Su gata gris, India, saltó sobre el escritorio para saludar a Jennifer antes de instalarse en su lugar favorito en el alféizar de la ventana—. Mudarte de casa de tu hermano... no sé. Me parece una medida muy drástica.

—No tuve elección. Laura hizo imposible que tuviera un momento de paz. Sus chicos son indisciplinados y maleducados, y ella se apoderó de la casa y empezó a darme órdenes como si yo no fuera más que una empleada. Es imperiosa y, la verdad, perezosa. No sabe gestionar una granja y no tiene intención de aprender.

Asintió.

—Tuve algunos desacuerdos con Laura cuando dirigía la oficina de telégrafos. No es de las más agradables, ¿verdad?

Jennifer resopló:

—Tan agradable como un ojo lleno de cenizas. Por mi vida, no entiendo por qué Michael la eligió.

—No culpes a tu hermano por querer ser feliz. —Miró por la ventana, claramente

pensando en otra cosa—. A cierta edad, un hombre ve cómo se le escapa la vida. Todas sus esperanzas se van por el desagüe. Para salvar algo de su sueño, deja de buscar la perfección y se conforma con algo más alcanzable.

Por alguna razón, sus palabras le resultaron irritantes.

—¿Y es eso lo que yo represento para ti? ¿Algo alcanzable?

—Sabes que no. En lo que a mí respecta, eres lo más perfecta que una mujer puede ser. Inteligente, dulce y guapa también. Solo mirarte es como estar al aire libre en el mejor día de verano. —Sonrió—. Excepto que tú eres más encantadora y más templada.

Jennifer se sonrojó, olvidando su irritación.

—Has vuelto a leer esos libros de poesía.

—Lo he hecho. —Dio una calada a la pipa para ponerla en marcha. Detrás de sus gafas de montura dorada, sus ojos grises denotaban seriedad y amabilidad—. Seguro que no fue fácil llevarse bien con Laura. Toda mujer quiere sentirse a cargo de su propia casa, supongo. ¿Qué va a decir Michael de todo esto?

—Se siente atrapado en medio, intentando mantener la paz entre todos nosotros. Odiaba hacerle sentir culpable por querer lo mismo que yo: un hogar, una familia. Y, aparte de todas las otras indignidades, iban a trasladar mis cosas a una habitación estrecha en el ático para que sus hijos pudieran tener mi habitación. Es el único lugar en el que he vivido desde la muerte de George.

—Mucho tiempo.

—Sí. —India se subió a su regazo y acarició el suave pelo del gato—. Quizá Laura tenga razón. Tal vez soy demasiado vieja y aferrada a mis costumbres.

Sus ojos centellearon.

—No estoy lo suficientemente arraigado a tus costumbres como para no casarme contigo.

—Ya hemos superado todo eso.

—Eso es lo que hemos hecho, mi niña. Seguro que no sé por qué me sigues dando largas. —Agitó la mano a través de la desordenada tienda, que olía débilmente a libros mohosos, tinta y tabaco de pipa—. Piénsalo. Todo esto podría ser tuyo. ¿Qué mujer no aprovecharía la oportunidad?

Jennifer sonrió. Era un viejo baile entre ellos, este titubeo sobre su futuro: ¿seguiría Samuel adelante con la boda si un día ella abandonaba sus objeciones y aceptaba? Al fin y al cabo, él tenía casi cuarenta años y, como ella, estaba anquilosado en sus costumbres. Tal vez la idea del matrimonio fuera más atractiva que la realidad.

—Sabes el profundo cariño que te tengo y lo mucho que disfruto en esta tienda —le dijo —. Pero quiero estar segura de que el matrimonio es lo correcto para los dos.

El humo de la pipa de Samuel se dirigió hacia el techo de hojalata prensada.

—Lo entiendo, pero ninguno de los dos nos estamos haciendo más jóvenes. Quiero una esposa e hijos antes de ser demasiado viejo para apreciarlos.

Lo dijo como si cualquier mujer capaz de cumplir sus deseos bastara. Una punzada la atravesó. Samuel le importaba; a veces se convencía a sí misma de que lo amaba. Sin duda, admiraba su inteligencia, su bondad y su humor amable. Sería un padre maravilloso. Los niños de Hickory A Ridge le adoraba. Siempre tenía tiempo para leerles un cuento o enseñarles un truco de prestidigitación que los dejaba boquiabiertos y con ganas de saber cómo se hacía. Podía imaginarse una vida con él, una vida tranquila y satisfactoria. Quizá eso era lo mejor a lo que podía aspirar ahora. Y, sin embargo...

Samuel echó un vistazo a la librería, que estaba desordenada.

—Podrías ayudarme aquí —dijo.

—¿Qué?

—Ya que la Sra. Sandford no puede contratarte, te pagaré para que me ayudes.

—Samuel, yo...

—Solo mira este lugar. Es una desgracia. De todas formas, últimamente no ha venido mucha gente. Si esta depresión no acaba pronto, no sé si podré seguir.

Ella vio cuánto le dolía esa perspectiva. Los libros eran su pasión.

—¿Y tus cuentas de la universidad?

—Apenas me mantienen a flote por ahora. Ya no vienen los lugareños. Nadie tiene dinero para cosas extra como los libros. Y con solo tres trenes a la semana, lo que obtengo de los viajeros no es suficiente para cubrir el hueco.

—Entonces no puedo dejar que gastes dinero en mí. Te lo agradezco de todo corazón. Pero no me sentiría bien aceptando tu dinero en un momento así.

La puso en pie.

—Debo irme. Espero un cargamento de libros esta tarde. Mientras tanto, espero que reconsideres mi oferta de empleo.

Jennifer se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Gracias, pero me las arreglaré.

Él suspiró.

—Espero que sepas lo que haces yéndote así por tu cuenta.

Ella exhaló un largo suspiro.

—Yo también.

La acompañó hasta la puerta y la abrió, haciendo sonar la campanita. En algún lugar

lejano, un perro aulló con tal luto que a Jennifer le invadieron la duda y la añoranza. Echaba de menos la granja y la vida que había dejado atrás. Y ahora había rechazado la oportunidad de ganarse el sustento. ¿Había tomado la decisión correcta?

Capítulo 6

Jennifer se despertó con el sol entrando a raudales por la ventana y el sonido de los cascos en la calle de abajo. Abandonando la cama, cruzó hasta la ventana y se asomó a tiempo de ver a Ada Foreman salir de su casa.

Se vistió, cogió su sombrero de paja y se recogió apresuradamente el pelo mientras bajaba la chirriante escalera. Echó un vistazo a la cocina, donde Emma y Heather estaban sentadas a la mesa. El olor del café hirviendo y de las galletas quemadas llenaba el aire. Divida entre la felicidad de ver a Ada y la completa mortificación de encontrarse viviendo en un lugar tan destartalado, abrió la puerta a su amiga Ada y la siguió a la cocina, donde se sentaron a desayunar.

—¿Jennifer? —Ada entró en el salón y se quitó los guantes—. Esta mañana pasé por la granja y me dijeron que te habías mudado aquí.

Jennifer asintió.

—La Verandah no es gran cosa, pero los otros residentes son amables. Ninguno de ellos me ha tirado una serpiente a la cara, me ha dado un puñetazo en el estómago, me ha echado de mi propia cama o me ha dado órdenes como a una sirvienta.

—Oh, querida, ¿realmente fue tan malo como todo eso?

—Me temo que sí.

Una carcajada procedente de la cocina puso punto y final a sus palabras.

Jennifer jugueteó con las cintas de su sombrero.

—Te ofrecería café y galletas, pero me temo que no son muy...

—Tonterías. —Ada pasó su brazo por el hombro de Jennifer—. Compremos algo decadente en la panadería y vayamos al parque. Hace siglos que no voy.

Jennifer dudó. Pasar una mañana en el parque con su amiga era mucho más atractivo que sentarse en el salón a ver cómo Heather repartía sus cartas, cada una de las cuales caía sobre la mesa con un pequeño sonido de bofetada. Pero no tenía dinero para comprar bollería.

—Yo invito —dijo Ada, y añadió—: Vamos.

Salieron del hotel y cruzaron la calle hasta la panadería. Ada eligió un par de tartaletas de fresa y se pusieron en camino. La brillante luz del sol primaveral y la compañía de Ada actuaron como un tónico para el ánimo de Jennifer. Se reía con su amiga mientras Ada le contaba los esfuerzos de David por enseñar a Nelly a pescar.

Ada ató el caballo a la barandilla y la guió por la pálida hierba hasta el cenador. Abrió la bolsa, le dio a Jennifer una tarta y luego mordió la suya.

—Ahora dime —empezó—, ¿qué está retrasando tu boda con Samuel Chastain?

Jennifer parpadeó. ¿Ada siempre había sido tan brusca? Tal vez eso era lo que la vida en un rancho de mala muerte hacía a una persona. Se limpió las migas de la falda.

—No estoy segura de poder expresarlo con palabras. He rezado para saber si Samuel es el elegido por Dios para mí, pero la verdad es que no tengo claro cuál es la respuesta.

—¿Samuel te quiere?

—Creo que sí, a su manera. Pero a veces parece tan deseoso de casarse que creo que le valdría cualquier mujer.

—¿Le quieres tú?

—Creía que sí, hasta que llegó el Sr. Gallager. Ahora estoy más confundida que nunca.

Los preciosos ojos grises de Ada se abrieron de par en par.

—¿Estás segura de que el Sr. Gallager no se ha declarado ya?

—Santo cielo, no. Solo he hablado con él dos veces, bueno, tres contando el día que me salvó de ser pisoteada. Pero hay algo en él, Ada. Pienso en él más a menudo de lo que me gustaría. Realmente no puedo explicarlo.

—¿Qué piensa tu hermano de todo esto?

—No he hablado con él desde el día que me mudé.

—Oh, Jennifer. Entiendo que Laura Russell pueda ser muy difícil, pero odio ver que algo se interponga entre tú y Michael. —Ada puso una mano en el brazo de Jennifer—. ¿No puedes perdonar a Laura y hacer las paces con la situación?

Jennifer asintió.

—Sé lo que debo hacer, pero no es tan fácil. —Mordisqueó su tarta y observó a un ruidoso arrendajo azul que entraba y salía de entre los árboles—. No culpo a Michael. Tiene derecho a tener una vida propia. Y está haciendo todo lo posible por complacernos a Laura y a mí. Pero tampoco puedo volver a casa y permitir que Laura y sus maleducados hijos gobiernen mi vida.

—Claro que no. —Ada se acabó la tarta y se limpió los dedos en el pañuelo—. Quizá cuando haya pasado algún tiempo, puedas tener una charla con ellos. Dale otra oportunidad a Laura.

Jennifer se encogió de hombros.

—¿Sabe Samuel algo de todo esto?

—Sí. No ha dicho mucho, pero siento que él también lo desaprueba. —Jennifer se puso en

pie—. Todo es un gran lío. Ya no sé qué está bien.

—Se me rompería el corazón si perdieras tu oportunidad de ser feliz.

Jennifer se tragó el duro nudo que tenía en la garganta. ¿Qué le traería la verdadera felicidad? ¿Reconocería siquiera la felicidad si esta llegara a su vida?

Ada consultó el diminuto reloj de oro que llevaba en una cadena alrededor del cuello.

—Debería volver. Le prometí a David que haría las maletas y estaría lista a las cuatro.

—¿Te vas hoy?

Ada asintió.

—Esta tarde.

—¿Tan pronto? —Jennifer sintió ganas de berrear, pero se contuvo. —Será mejor que me escribas. Tengo muchas ganas de saber sobre Nelly.

Cruzaron el parque, subieron al carro alquilado por Ada y regresaron al Verandah.

—Adiós, Jennifer. —Ada apretó la mano de Jennifer—. Samuel es un hombre bueno y decente, pero todos los hombres tienen sus limitaciones. No está en su naturaleza posponer sus deseos indefinidamente. —Ada sonrió y dijo—: No le hagas esperar demasiado.

Jennifer asintió.

—Gracias por la tarta. Y por el consejo.

Ada saludó con la mano, giró el carro y se dirigió calle abajo hacia la posada. Jennifer se tapó los ojos y vio alejarse a su amiga. ¿Tenía razón Ada? ¿Estaba en peligro de perder su oportunidad de ser feliz? Intentó imaginarse a sí misma como la señora de Samuel Chastain, pero no pudo evitar que le viniera a la mente la cara de Alan Gallager.

Estaba siendo ridícula. Se sacudió el absurdo pensamiento y subió los escalones del hotel.



Alan había terminado un desayuno de huevos, sémola y galletas, y se había bebido la segunda taza de café. Se afeitó y luego se puso el traje de lana gris que había enviado a la tintorería. Se metió en el bolsillo el informe que había recibido por cable y bajó las escaleras justo cuando una atractiva mujer con un elegante sombrero de plumas entraba en el vestíbulo. Asintió con la cabeza y se detuvo en seco.

—Buenos días, es la Sra. Foreman, ¿verdad?

Ella levantó la vista, sobresaltada.

—Sr. Gallager.

—Qué amable que se acuerde. ¿No fue increíble esa boda? No recuerdo cuándo fue la última vez que vi una tarta tan bonita.

—La Sra. Stewart es una consumada pastelera.

—Eso deduje. —Hizo una reverencia—. Ha sido un placer verla, señora Foreman. Por favor, disculpe mi prisa. Llego tarde a una cita.

Ella asintió.

Al salir de la posada, cruzó la calle y pasó a toda prisa por delante del banco Peterson, la librería y el mercantil, que ya estaba abarrotado de clientes. A la entrada del hotel Verandah, hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. Era un experto en hacer negocios con los hombres. Sin embargo, las mujeres eran un asunto totalmente distinto.

Abrió la puerta y entró.

Capítulo 7

Estaba sentada en el salón, vestida con un vestido amarillo brillante que contrastaba con su pelo oscuro, tan absorta en su juego que no se había dado cuenta de que él se acercaba. Sobre la mesa frente a ella, junto a una taza de café desportillada, se extendía una baraja de cartas. Al ver cómo sus ágiles dedos volteaban las cartas, Alan sintió como si no hubiera pasado nada desde su último encuentro. Incluso dudaba de que ella lo recordara.

—Hola, Heather. —Su voz resonó en la habitación vacía. Sus manos se aquietaron.

—Alan.

Ella levantó la cabeza. Sus labios se curvaron en una sonrisa sardónica.

—Supuse que me encontrarías tarde o temprano. Pero no esperaba que fuera aquí.

—No me lo has puesto fácil.

Ella se encogió de hombros.

—Una chica tiene que ganarse la vida. Después de lo que pasó en Nueva Orleans...

Él reprimió su ira.

—Yo que tú no sacaría el tema de Nueva Orleans.

Ella tiró las cartas sobre la mesa.

—¿Quieres café? Está amargo como el pecado, pero...

—No, gracias.

—Un brandy entonces. Creo que la Sra. Sandford tiene un poco por aquí.

—No bebo por la mañana y deja de dar rodeos. Sabes por qué he venido.

—Sí, Alan, lo sé. —Ella se acercó a él y le plantó un firme beso en los labios. y le dio un beso en la boca—. ¿No vas a saludarme como es debido? Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, demasiado. —Sacó un papel del bolsillo y se lo entregó—. ¿Reconoces esto?

Sus ojos se nublaron.

—Sí. Pero no vas a detenerme por ese viejo y tonto pagaré.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque soy pobre como un ratón de iglesia y tú tienes mucho dinero. —Le devolvió el papel—. No echarás de menos en absoluto esta mísera suma.

—Tenía dinero, pero hubo una guerra. Quizá te hayas enterado.

—Eso es ridículo. Tu familia aún posee la plantación del río y esa hermosa y vieja casa en Charleston, por no mencionar todo el dinero que ganaste con…

—Vaya, ¿cómo sabes tanto sobre mis posesiones? ¿Me has estado investigando?

—No, bueno, tal vez un poco. Pero, Alan, no te enfades.

Se rió.

—No estoy enfadado. Admiro tu perspicacia. Pero el hecho es que me debes dinero. Bastante dinero. Y ahora lo necesito.

—Pues no lo tengo. —Paseó un brazo por la habitación—. ¿Crees que viviría aquí si pudiera permitirme algo mejor? Y, obviamente, tú también me has estado controlando.

No lo negó.

—¿Qué demonios haces en un pueblo como Oakwood Hall? Que yo sepa, no hay ni una casa de juego entre aquí y Nashville.

Ella le envió una sonrisa misteriosa.

—Si sabes dónde buscar, la hay.

—No obstante, Te conozco. No has venido hasta aquí para engañar a esta buena gente de Oakwood Hall con unos cuantos dólares. Seguro que hay alguna otra razón.

Desvió la mirada.

—¿Y si la hay? Pero no tiene nada que ver contigo.

—Tienes razón. No la tiene. —Él le cogió la barbilla con la mano—. Todo lo que quiero es mi dinero. Y pronto.

—De acuerdo. Te conseguiré tu maldito dinero. —Cogió un puñado de cartas y se las arrojó—. Ciertamente no eres un caballero, Alan Gallager.

—Y usted, Srta. Dupree, tampoco es ninguna dama.



Jennifer se quedó paralizada en lo alto de la escalera. Después de despedirse de Ada, había subido para ordenar su habitación. Había salido de ella justo a tiempo para oír la voz de Heather y la del Sr. Gallager, exaltada por la ira. Obviamente. se conocían, un hecho que no debería molestarla lo más mínimo. Pero lo hizo. Se sintió decepcionada. Quizá incluso celosa, lo que era aún más ridículo. Alan Gallager era un desconocido que solo estaba de paso por Oakwood Hall. Ella no tenía ningún derecho sobre él.

La puerta se cerró de golpe detrás de Alan. Jennifer frunció el ceño y se apresuró a bajar las escaleras. Heather estaba de rodillas en el salón, recogiendo sus cartas.

—¿Necesitas ayuda? —Jennifer recogió la sota de diamantes que estaba debajo de la mesa auxiliar.

—Gracias. Yo me encargo. —Heather se puso en pie y Jennifer vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Heather se alisó la blusa y resopló—: Solo ha sido un malentendido con un viejo amigo.

—¿El Sr. Gallager?

Los ojos de Heather se abrieron de par en par.

—¿Le conoces?

—En realidad no. —Jennifer le explicó la naturaleza de su amistad—. Acabo de reconocer su voz, eso es todo.

—Espero que no te hayamos molestado. —Heather dejó caer la pila de cartas sobre la mesa y levantó la vista, preocupada—. ¿Cuánto escuchaste por casualidad?

—Solo las púas que intercambiaron cuando se marchaba.

Heather pareció aliviada.

—No lo decía en serio. Yo tampoco. Siempre hemos sido...

La puerta se abrió de golpe y Josie Sandford entró corriendo, con las faldas empapadas de sangre y una niña pequeña de pelo dorado inerte en brazos.

—Rápido, necesito vendas.

—¿Qué ha pasado? —Jennifer tocó la cara de la niña. Se sentía fría bajo sus dedos.

—Me di la vuelta durante medio minuto. —Josie tragó aire, sofocando sus sollozos—. Cogió el hacha y se cortó el pie sin querer. Por favor, ayúdame. Me temo que se está desangrando.

La Sra. Sandford bajó corriendo las escaleras.

—¿Qué ha pasado? Oh, Dios mío, esa pobre niña. Heather, no te quedes ahí parada, ve a buscar al doctor Spencer.

La voz de Josie temblaba.

—Está en casa de los Riley. No se me ocurrió dónde más llevarla.

—Coloca a la niña en el sofá —dijo la Sra. Sandford— Y, por el amor de Dios, Josie, aguanta. Jennifer, trae una palangana y esa lata de alumbre en polvo de la cocina.

Jennifer se apresuró a sacar el agua, con el corazón retorciéndose de preocupación y lástima. Pobre niña. ¿Qué sería de ella, de su futuro, si la niña muriera? Y lo que era más importante, ¿cómo podría afrontar la Sra. Grayson una pérdida tan horrible?

Volvió al salón con el alumbre y el agua. Heather estaba ocupada rasgando una sábana vieja en tiras largas. La señora Sandford le acercó las sales aromáticas a la niña. La niña se reanimó y gimoteó mientras la señora Sandford bañaba el corte profundo y rasgado y vertía alumbre en la herida. Heather palideció y salió corriendo de la habitación.

Jennifer apartó el pelo de la cara de la niña y le susurró mientras la hostelera le vendaba el corte. Josie, tan pálida y conmocionada como su protegida, sacó un caramelo del bolsillo y se lo ofreció. La niña lamió el caramelo y se le escaparon lágrimas gordas por las mejillas.

Josie se desplomó en el sofá, junto a la niña, con los hombros caídos.

—Gracias por tu ayuda. Estaba tan asustada que no podía ni pensar.

—Lo hiciste bien —dijo la Sra. Sandford—. Yo misma crié a seis niños y, aunque siempre se hacían daño, uno u otro, era lo que tenía —le dijo a Jennifer. Le palmeó el hombro—. Este corte parecía peor de lo que realmente es.

La niña volvió sus ojos llorosos hacia la Sra. Sandford

—Le he estropeado el vestido a la señorita Josie.

Josie acunó a la niña.

—Oh, cariño, no pasa nada. No te preocupes por eso.

—Mamá se va a enfadar muchísimo —dijo la niña.

—Sin duda —murmuró Josie—. ¿Cómo voy a encontrar otro trabajo?

—Fue un accidente —dijo la Sra. Sandford Y tú consiguiste ayuda para la niña enseguida. No sé qué más puede esperar la madre de la niña.

—Debería haber prestado más atención —afirmó Josie—. Pero los niños son tan ruidosos y enérgicos que es más de lo que puedo soportar. —Se apartó el pelo de la cara—. Debo irme. Dejé al mayor a cargo de los otros y no sé en qué líos se habrán metido a estas alturas.

Acomodó a la niña en su cadera y se dirigió a la puerta.

—También debes darle las gracias a Heather.

La Sra. Sandford miró a su alrededor.

—¿Dónde está Heather? Estaba aquí hace un minuto.

La siguió hasta el porche. Jennifer recogió el resto de vendas y la lata de alumbre en polvo, y llevó la cacerola de agua ensangrentada a la puerta trasera para vaciarla.

Heather estaba sentada en los escalones traseros, con los brazos enroscados alrededor de las rodillas estiradas y sollozando como si su corazón se hubiera marchitado hasta desaparecer.

—¿Heather? —Jennifer se sentó en el escalón junto a ella—. ¿Estás bien?

Heather sacudió la cabeza y le hizo un gesto para que se fuera. Jennifer se levantó y volvió a entrar. Tal vez Heather estaba disgustada por su encuentro con Alan Gallager. Quizá sus lágrimas eran el resultado de ver a la niña sufrir tanto, aunque su angustia parecía más profunda que eso.

Capítulo 8

—¿Jennifer? —Heather asomó la cabeza en la cocina, donde Jennifer estaba amasando la masa del pan—. El señor Chastain te espera en el salón.

—¿Está aquí Samuel? —preguntó Jennifer. En las semanas transcurridas desde su mudanza al Verandah, apenas había visto a Samuel. Es cierto que estaba ocupado, pero ella debería haberse esforzado más.

Samuel se levantó cuando ella entró en el salón y una sonrisa le arrugó la cara redonda.

—Casi había decidido que te habías ido del país. Pensé que sería mejor comprobarlo.

Ella sonrió y dijo:

—Sigo aquí.

Le apretó las manos y ella le devolvió la presión. Era bueno verle. ¿Por qué le había descuidado estas últimas semanas? A partir de ahora, le prestaría más atención.

—Esperaba poder llevarte a la panadería a por un dulce —dijo, pero entonces se dio cuenta de que no sería una buena ocasión para ella.

Se secó la cara con el pañuelo.

—He estado haciendo pan esta mañana.

Él asintió.

—¿Podemos dar un paseo?

—Voy a por mi sombrero.

Subió corriendo a su habitación para recuperar la toca de paja que Ada le había enviado el verano pasado. Envuelta en suave satén rosa y adornada con un pequeño ramillete de flores blancas de chenilla, la hacía sentirse más feliz solo con ponérselo. Volvió al salón y encontró a Samuel entregándole una pila de libros a Heather.

—Vaya, Sr. Chastain, qué positivamente maravilloso por su parte. No recuerdo haber recibido un regalo más considerado. —Heather se puso de puntillas y besó la mejilla de Samuel.

Jennifer vio cómo su rostro se ponía rojo remolacha. Por Dios, pero Heather era la mujer más atrevida de todo el estado. La propia Jennifer nunca se involucraría en una muestra de afecto tan pública, y ella y Samuel estaban prometidos.

—Jennifer. —Heather levantó los libros—. Mira lo que ha traído Samuel. ¿No es el hombre más maravilloso?

—Sí. —Jennifer pasó su brazo por el de él y le sonrió—: Es simplemente maravilloso.

Samuel volvió a sonrojarse y la acompañó a la calle. Bordearon a un par de granjeras que se habían detenido a charlar frente a la oficina de correos y se dirigieron hacia el parque.

—¿Qué has...? —empezó él.

—Siento haber... —dijo ella en ese momento, y él se rió.

—Las damas primero. —Le apretó la mano—. ¿Qué ibas a decir?

—Solo que siento no haber ido mucho a la librería últimamente. —Sonrió y dijo—: Te he echado de menos. India también lo ha hecho.

Jennifer sonrió al oír hablar de su querido gato.

—Debería llevarle hierba gatera la próxima vez.

—¿Has ido a la granja a ver a Michael?

—No. —Cogió su abanico y se abanicó la cara—. He querido, pero no puedo enfrentarme a Laura y a esos chicos.

—¿No crees que deberías?

—Yo soy la agraviada, Samuel.

—¿Por qué Michael eligió ser feliz?

Se detuvo en el camino, con una mano en la cadera.

—Sabes que no es así. Me alegro de verdad de que haya encontrado el amor. Pero Laura Russell no me sirve de nada. Y, sinceramente, el sentimiento es mutuo.

—Me sorprendes, Jennifer. Nunca te imaginé como una mujer que guarda rencor.

—No es eso, simplemente ya no pertenezco a la granja. Además, Michael viene al pueblo todas las semanas a comprar al mercantil. Sabe dónde estoy y puede verme cuando quiere.

—Bueno, uno de vosotros tiene que dar el primer paso. No puedes dejar que esto continúe, ¿y si le pasara algo terrible? Vivirías con la culpa para siempre. ¿Es eso lo que quieres?

—Por supuesto que no. Pero no va a pasar nada.

—Oh, así que ahora eres Dios. Ahora puedes predecir el futuro.

Ella se detuvo para mirarle fijamente.

—¿Qué te pasa hoy? ¿Has venido solo para empezar una discusión?

Llegaron al parque. Él se dejó caer bajo un imponente nogal y frotó el suelo con la mano. Ella se sentó a su lado.

—Te pido disculpas. No pretendía enfadarme contigo. Pero admito que últimamente estoy de mal humor. No me gusta cómo te mira ese tal Gallager. Ayer mismo se paró fuera de la

oficina de correos y te siguió hasta el mercantil. No me digas que no te diste cuenta.

—Me di cuenta. Pero no deberías preocuparte.

En cuanto las palabras salieron de su boca, la asaltó la culpa. Se sentía atraída por Alan Gallager a pesar de sí misma. ¿Se le notaba?

—¿Estás segura de eso, Jennifer? Os vi a los dos aquel día en la boda. Y luego le pediste que te ayudara a mudarte. —Tiró de una brizna de hierba—. Algo tan importante como eso, supuse que me lo habrías preguntado.

—Fue totalmente casual. Me lo encontré por casualidad en la carretera y actué sin pensar. Estaba tan alterada que no pensaba en quién debía hacer los honores. Solo quería salir de la casa de Michael cuanto antes.

—Supongo que puedo entenderlo. Pero quizá deberías saber que hay gente que se pregunta por Gallager y por todo lo que pasó antes de que vinieras aquí. —Sus ojos grises la miraron—. No quiero que te juntes con la gente equivocada.

—No estoy mezclada con nadie. El Sr. Gallager y yo solo hemos hablado unas pocas veces desde la boda de Michael.

—Si tú lo dices. —Se apoyó en el tronco del árbol y entrecerró los ojos mirando el trozo de cielo que había sobre ellos—. Sí que me siento mal por Michael y por cómo han salido las cosas. No me gusta verlos enfrentados. Nada que suceda en este lado del cielo es más importante que la familia.

¿De verdad creía Samuel que ella no sabía ya lo preciada que puede ser una familia? Echaba muchísimo de menos a Michael. Y se sentía culpable por haberse marchado enfadada, por cómo lo había hecho... o lo haría si se permitía pensar en ello. Un ramalazo de ira contra Laura Russell desplazó su tristeza. ¿Por qué Laura tenía que ser tan crítica, tan desconsiderada y exigente? Si Michael tenía que casarse tan tarde, ¿por qué no podía haber encontrado a alguien

dulce y considerado, alguien como Ada Foreman?

—En fin, esa es mi idea. ¿Qué te parece? Ella parpadeó.

—Perdón. ¿Qué?

—Te he vuelto a ofrecer un trabajo. Mientras estabas distraída, te estaba explicando que he comprado las existencias de una tienda en San Luis. El inventario llegará en el tren la semana que viene y necesitaré ayuda para clasificarlo, marcarlo para la venta y otras cosas. Ya has visto mi tienda. Está todo revuelto.

—No discutiré contigo sobre eso. —Ella sonrió, olvidando por un momento los pensamientos sobre Laura—. Aun así, hay algo en ella que me hace sentir bien desde el momento en que entro.

—Ojalá supiera lo que es. Lo embotellaría como el aceite de serpiente y haría una fortuna. —Ella captó la mirada de preocupación en sus ojos—. Me dijiste hace semanas que el negocio iba mal. ¿Qué demonios vas a hacer con más libros?

—No lo sé. Pero parecía una ganga demasiado buena para dejarla pasar. La matrícula en la universidad ha subido este año. Los estudiantes necesitarán libros. Y espero que los visitantes del Día de la Raza también los compren.

—Entonces, ¿el ayuntamiento aprobó el plan del Sr. Peterson?

Asintió.

—Hicieron una votación formal el martes por la noche. El Sr. Peterson está fuera de sí porque Gallager se queda para montar ese potro negro suyo. —Samuel hizo una pausa—. Entonces, ¿me ayudarás con la tienda? No puedo pagar mucho, pero...

—Claro que te ayudaré, pero no te cobraré nada.

—Ya hemos hablado de eso. No me sentiría bien si no te lo pagara cuando lo necesitas. —

Le cogió las manos y le sonrió directamente a los ojos. En momentos como este, ella le quería de verdad. Amaba su afecto tranquilo y su bondad innata. ¿Qué más podía pedir una mujer? Ada tenía razón. Era una tonta por haberlo pospuesto tanto tiempo.

—Quizá puedas ahorrar el dinero para tu ajuar —continuó—. He oído que a las damas les gusta comprar todo tipo de cosas lujosas cuando se casan. En cierto modo, sería como devolverme el dinero. Cuando por fin fijes una fecha.

Ella se sonrojó.

—De acuerdo. Gracias, Samuel. Me vendría bien el dinero. Y me gustaría hacer algo más constructivo que escuchar los cotilleos del hotel.

Se levantó y la ayudó a ponerse en pie. Le metió la mano en el pliegue del brazo y la guió de nuevo hacia la calle.

—Te avisaré cuando lleguen los libros. Mientras tanto, espero que pienses en lo que te he dicho y hables con tu hermano.



Alan trepó por la valla y se dejó caer al suelo. Majestic resopló al oírlo, pero no se amilanó ni echó a correr. Con movimientos lentos y deliberados, Alan soltó una ligera correa y el caballo se acercó trotando. Alan sonrió y lo recompensó con una manzana y una palmada en el cuello.

Apoyó la cabeza contra el cuello duro y cálido del caballo de tres años, respiró los olores de la carne de caballo y el estiércol y luchó contra otra oleada de nostalgia. A estas alturas, la temporada social de verano en Charleston ya estaría muy avanzada. Las fiestas en el jardín, los picnics en la playa, los paseos dominicales por White Point y la interminable ronda de actividades deportivas de los caballeros nunca le habían atraído demasiado, pero había fingido

interés por el bien de su padre. Al final, nada había cambiado. Él y su padre eran simplemente demasiado diferentes.

Pensó en Jennifer Stewart. Cada vez que la veía acercarse a la oficina de correos o al mercantil, algo en ella tocaba una fibra sensible de su corazón. ¿Qué sentiría al sostener su sedoso cabello entre sus manos? ¿Oír su risa alegre? Se preocupó por ella. Había parecido tan desamparada el día que él la ayudó a escapar de la granja Bell. Sabía bien lo que era el distanciamiento familiar y no recomendaba a nadie que lo sufriera.

No estaba seguro de por qué la situación de Jennifer le importaba tanto. Después de todo, se iría de Oakwood Hall cuando terminara la carrera. Y cuando cobrara el dinero de Heather.

Heather. Al pensar en ella, la paz de la cálida tarde de verano se desvaneció como un sueño. Sin duda le vendría bien el dinero que aún estaba en el limbo en Londres, pero no estaba en la indigencia. Era la obligación impagada de Heather lo que le carcomía. Según él, la gente debía cumplir sus compromisos. Ensilló el potro, le puso una brida y lo condujo fuera del corral hasta el prado lateral de los Peterson.

Si conocía a Heather Dupree, no se limitaría a entregar el dinero. Querría jugar a las cartas a cambio. Y hubo un tiempo en que él habría estado encantado de complacerla. Había crecido en una ciudad en la que todo el mundo jugaba y nadie se consideraba inferior por ello. Pero hacía tiempo que había perdido el gusto por las cartas y por las mujeres como ella.

Lo que no había perdido era un sentido profundamente arraigado del bien y del mal, y una aversión aún más profunda a que le tomaran por tonto. Subió a la silla de montar y empujó a Majestic para que trotara. Si saldar una vieja cuenta significaba pasar tiempo en lugares en los que preferiría no estar, desenterrando recuerdos mejor olvidados, que así fuera.

Capítulo 9

Decenas de libros, aún en sus cajas de transporte, ocupaban todos los rincones de la desordenada tienda. ¿Dónde demonios iba a ponerlos todos?

Jennifer abrió una caja de libros de historia y los apiló sobre una mesa con las patas separadas situada bajo el escaparate. India saltó al escaparate y Jennifer detuvo su tarea para pasar los dedos por el lomo suave de la gata.

A pesar del polvoriento desorden, trabajar en la tienda de Samuel le levantaba el ánimo. Un sol radiante entraba por la ventana. El aroma del tabaco de pipa, el cuero viejo y el café fuerte que preparaba en el almacén, el chirrido del suelo de pino bajo sus pies y el ronroneo gutural y satisfecho de India la llenaban de una sensación de paz.

Levantó la tapa de otra caja de libros de historia y anotó en ella los títulos

Un grueso volumen llamó su atención: El Antiguo Régimen en Canadá. Pasó las páginas y hojeó algunos pasajes al azar. Quizá debería comprárselo a Michael. Le encantaba la historia y leer, aunque nunca había tenido la oportunidad de terminar sus estudios.

La puerta se abrió y entró Samuel con los brazos cargados con otra caja de libros. Detrás de él, el conductor del carro de mercancías dejó caer otra caja sobre la mesa de pino que Jennifer acababa de desempolvar.

El conductor sacó una hoja de papel de su bolsillo y se la dio a Samuel.

—Creo que este es el último cargamento. ¿Cómo quiere saldar esta cuenta, Sr. Chastain?

Samuel dejó la caja y se secó la frente.

—Un momento. Voy a por la caja. —La sacó de debajo del mostrador, pagó al conductor y volvió con la caja—. Gracias por su ayuda.

—Cuando quiera. —El conductor dobló el billete y se lo metió en el bolsillo—. Usted y el Sr. Hamilton del mercantil son casi los únicos clientes en efectivo que me quedan.

—Las cosas han ido de mal en peor aquí desde el setenta y tres —dijo Samuel—, y, por desgracia, no veo cómo van a mejorar.

Jennifer cerró la caja y la guardó.

—Supongo que todos contamos con la carrera de caballos de este otoño para cambiar las cosas.

El conductor asintió.

—Todo el mundo habla de ese jinete que monta el caballo del Sr. Peterson. Dicen que ganaba la Semana de la Raza casi todos los años, allá en Carolina del Sur. Era todo un héroe. —Se rascó la cabeza—. Es difícil comprender por qué un tipo de ciudad como él vendría a un lugar tranquilo como Oakwood Hall.

Samuel levantó la tapa de otra caja.

—En mi opinión, para convertir a un hombre en héroe hace falta algo más que ganar una carrera de caballos.

—Bastante cierto, supongo. Nos vemos, Sr. Chastain. —El conductor se quitó el sombrero ante Jennifer y se dirigió a la puerta—. Señora.

Cuando la puerta se cerró tras él, Jennifer se unió a Samuel en la mesa y empezó a levantar libros de la caja, dejándolos caer sobre el mostrador con más fuerza de la necesaria.

—Vaya, vaya —dijo Samuel—. ¿Qué es lo que te enreda las enaguas?

—No sé a qué te refieres.

—Estás enfadada como una gallina mojada.

—No estoy enfadada.

Puso el último libro sobre el mostrador y apartó la caja.

—Fue por lo que dije sobre Gallager.

¿Verdad? No sé por qué siempre le defiendes.

—Quizá porque tú siempre le criticas. No sabes nada de él.

—En cambio, tú sí que sabes todo lo que hay que saber sobre el misterioso Sr. Gallager.

—Yo no sé mucho más que Tú. Pero creo en dar a la gente el beneficio de la duda. El Sr. Gallager no ha hecho nada para merecer tu mala opinión.

—Y nada para ganarse tu admiración. —Estudió su rostro—. Al menos, nada que yo sepa.

—¿Qué se supone que significa eso?

Levantó ambas manos, con las palmas hacia fuera.

—Lo siento. No nos peleemos. Estoy cansado y hay mucho más que hacer.

—Tienes razón. —Por mucho que le molestara su actitud hacia Alan Gallager, comprendía la preocupación de Samuel por su tienda. Odiaba verle tan preocupado. Y, después de todo, él estaba pagando por su ayuda.

—Yo también lo siento. —Señaló una pila de libros de derecho que había archivado ese mismo día—. Esos no se los venderé a nadie, excepto quizá a los hombres de la universidad. Estaba pensando que deberíamos montar una sección de libros de texto en la parte de atrás, junto al almacén, y utilizar estas estanterías delanteras para los libros más populares. —Indicó una pila

de novelas de Julio Verne, Mark Twain y Bret Harte—. Todos estos son nuevos, de los dos últimos años.

Ella asintió.

—Es un buen plan. Yo también he tenido una idea. Quiero crear un club de lectura femenina. Son muy populares en Memphis. Leí sobre ello en el periódico la semana pasada. Un grupo de señoras se reúne una vez al mes para hablar de los libros que han leído. El artículo decía que las discusiones son muy animadas. Y las reuniones estimulan mucho el interés por la lectura. Quizá nuestra sociedad anime a más clientes a entrar y echar un vistazo.

—Es un buen plan.

—También podríamos vender esos libros que llevan años olvidados en las estanterías. Deberíamos ofrecerlos a precio de saldo. Pongamos un cartel en el escaparate e invitemos a la gente a entrar a curiosear. Incluso si se venden por solo diez centavos, son diez centavos más de lo que estás ganando mientras están aquí acumulando polvo.

Sonrió, y en sus ojos se podían ver la admiración y la esperanza.

—Por el amor de Dios, ¿de dónde han salido todas estas ideas?

—Quiero que la tienda tenga éxito. Se me rompería el corazón si cerraras.

Pensó un momento.

—De acuerdo. Adelante, organiza tu sociedad del libro. ¿Quién sabe? Podría ser justo lo que necesitamos para que las cosas vuelvan a funcionar.

Ella dio una palmada y se puso de puntillas para besarle la mejilla.

—Estaba segura de que dirías que sí. Ven a ver lo que he hecho con el viejo almacén.

Le cogió de la mano y le condujo a la pequeña estancia de la parte trasera de la tienda.

—Santo cielo. —Él miró a su alrededor, claramente sorprendido por los cambios que ella

había realizado.

Ella había traído la mecedora de la habitación de al lado y la había colocado junto a la pequeña ventana con vistas a la estación de tren y a las montañas. Un par de almohadas regordetas de tonos rosas y azules estaban apiladas en el suelo junto a una cesta rebosante de libros infantiles, entre ellos un volumen encuadernado en piel con cuentos de hadas y un ejemplar elaboradamente ilustrado de Dos gatitos hambrientos.

—Es para los niños de mis damas de la sociedad del libro —dijo Jennifer—. Pueden leer y jugar aquí mientras hablamos.

—Seguro que lo disfrutarán —afirmó. Le apretó la mano—. Gracias, mi amor. Solo espero...

El timbre de la puerta tintineó.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —El corazón de Jennifer se detuvo—. ¿Sr. Gallager?

Ella y Samuel volvieron al frente de la tienda. Samuel asintió.

—¿Puedo ayudarle?

Alan sonrió.

—En realidad es a la Sra. Stewart a quien he venido a ver. Me dijeron en el hotel que ahora trabaja aquí.

Jennifer se frotó la protuberancia ósea de la muñeca.

—Sí, yo... es decir, el señor... Chastain compró otra tienda y yo....

¿Por qué estar cerca de Alan Gallager la hacía sentir tan rígida como una colegiala tonta?

—Estoy ayudando a organizar las cosas.

—Y, por lo que veo, haciendo un buen trabajo. —Alan pasó el brazo por delante de las ordenadas estanterías y de sus letreros escritos a mano que organizaban los libros por materias,

desde Arquitectura hasta Zoología.

Ella se sonrojó complacida por su cumplido y esperó que Samuel no notara que el color subía a sus mejillas.

—Aún queda mucho por hacer, sobre todo ahora que quiero crear una sociedad de debate sobre libros. La tienda me mantiene muy ocupada estos días.

—No demasiado ocupada para acompañarme mañana a casa de los Peterson, ¿verdad?

Samuel frunció el ceño.

—¿Para qué, Sr. Gallager?

—Pensé que le gustaría ver cómo va el entrenamiento de Majestic. —Se volvió hacia Jennifer—. Se ha calmado considerablemente desde el día en que casi la atropella.

—Oh, me gustaría...

—No tiene tiempo. A diferencia de otras personas que galopan por el condado a su antojo, aquí tenemos un trabajo que hacer. —Samuel cogió un trapo de polvo y atacó el mismo mostrador que Jennifer había pulido ese mismo día.

—Por supuesto —dijo el domador de caballos—. Pero, de todos modos, creo que la señora debería decidirse por sí misma.

Jennifer se tragó su creciente irritación hacia Samuel. ¿Cómo se atrevía a hablar por ella como si fuera una niña? Pero no montaría una escena. Sonrió a Alan.

—El Sr. Chastain tiene razón. Me temo que ahora mismo estoy demasiado ocupada. Pero espero que vuelva a visitar la tienda y nos diga cómo le va a Majestic.

—Espere a verle correr.

—Lo estoy deseando. Como todos en Oakwood Hall.

—De acuerdo —dijo Samuel—. Si no hay nada más que podamos hacer por usted, señor...

—Me pondré en camino. —Alan le dedicó una ligera inclinación de cabeza—. En otra ocasión, quizá, señora Stewart.

Salió.

Samuel sacó su reloj de bolsillo.

—Son casi las cinco. No hay mucho más que podamos hacer hasta que termine de construir las nuevas estanterías que querías.

—De acuerdo. —Conteniendo su irritación, cogió la retícula y la lista de libros que había recopilado para el grupo de debate.

—¿Jennifer? ¿Qué pasa?

—No deberías haber hablado por mí. Soy una mujer adulta, capaz de tomar mis propias decisiones.

—¿Querías ir a casa de los Peterson con Gallager?

—Los únicos caballos con los que he estado son de granja. No sé nada sobre entrenar caballos de carreras. Sería divertido aprender algo nuevo, eso es todo.

—Y más divertido aún si lo enseña Alan Gallager, sin duda.

—Ahora que lo mencionas, sí. Nunca he conocido a nadie de Charleston. Me lo paso bien hablando con él.

Samuel cogió la caja y la metió en la caja fuerte que había junto a la puerta trasera. Hizo girar el dial y cerró las cortinas.

—Creía que habíamos llegado a un acuerdo.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros. —Incluso mientras lo decía, se llenó de dudas: ¿era realmente cierto? Para ocultar su confusión, hurgó en su bolsillo en busca de la llave de su habitación.

—Te diré una cosa —dijo Samuel—. Adelante, hazle compañía a ese réprobo si quieres. Ya no me importa.

—Gracias por darme permiso.

—Si me quisieras, no lo dudarías al rechazar su invitación.

—¿Amar a una persona significa tener que apartar a todos los demás de tu vida?

—No, solo a otros hombres que tengan un interés evidente en ti. Si tienes ganas de hablar, habla con Mariah. O con las mujeres del Verandah.

—Te aseguro que el Sr. Gallager no siente ningún interés romántico por mí. Y, aunque lo tuviera, no saldría nada de ello. No piensa quedarse aquí mucho tiempo.

—La gente cambia de opinión.

Apretó las yemas de los dedos contra sus cansados ojos.

—Por favor, no te enfades conmigo, Samuel. Solo estaba siendo educado.

Samuel se colocó el sombrero en la cabeza.

—Finge eso si te hace sentir menos culpable.

Le hizo un gesto para que saliera por la puerta y cerró la tienda.



Alan dio rienda suelta a su caballo de alquiler y echó un vistazo al tosco cartel de madera clavado en un árbol junto a la carretera. Bajo la enmarañada maleza, un estrecho sendero lleno de surcos se adentraba en el espeso bosquecillo. Un poco más allá de la intersección, yacía pudriéndose el cadáver hinchado de una zarigüeya.

Alan miró a su alrededor. ¿Este era el camino hacia la sala de juegos de Dos Arroyos?

Instó al caballo a seguir adelante. Un par de millas más adelante, la carretera se ensanchó para revelar una hilera de chabolas a ambos lados. Ventanas tapiadas, niños semidesnudos correteando salvajemente, un grupo de ancianos fumando en un porche delantero derruido daban fe de la difícil situación de los colonos. Podía imaginar que el poco dinero que llegaba a Two Creeks se esfumaba rápidamente en los bolsillos de tahúres y estafadores.

En un recodo de la carretera, cruzó un puente de madera que atravesaba el ancho arroyo y vio la casa de juego, un destartalado edificio con tejado de hojalata encaramado sobre pilotes por encima de las lentas aguas marrones. Un par de caballos estaban atados a la barandilla de enfrente. Un aparejo que supuso que era de Heather esperaba en la puerta lateral. Dio la vuelta, se bajó del caballo y atravesó la puerta.

El aire estaba quieto y espeso de humo de tabaco y olor a cuerpos sin lavar. Un hombre de piel de ébano que estaba detrás de la barra levantó la vista, asintió y volvió a pulir un vaso de chupito. En una mesa de pino del rincón, dos hombres estaban sentados bebiendo y hablando, con los sombreros calados ocultando sus rostros.

La puerta lateral se abrió y entró. Heather estaba allí ataviada con un vestido de satén azul oscuro y un sombrero de plumas, le recordó a una flor exótica creciendo en medio de una maleza.

—Alan. Has venido. No estaba seguro de que lo hicieras.

—Ya te lo he dicho, estaría aquí. —Le indicó que se acercara a la mesa—. Siéntate. Acabemos con esto.

Ella se sentó en la silla, abrió su retícula y sacó una baraja nueva.

—Esperaba más gente. ¿Podríamos invitar a esos dos caballeros a unirse a nosotros?

—Si no, no habrá mucho juego.

La vio pasearse hasta la otra mesa. Ella se inclinó y susurró algo al oído de uno de los

hombres. Los dos se levantaron y la siguieron hasta la mesa de Alan.

—Caballeros —dijo Heather—, este es Alan Gallager, uno de los mejores jugadores de cartas de aquí a Nueva Orleans, Texas.

El más alto de los dos asintió y se sentó frente a él.

—He oído hablar de usted. Usted es el tipo que pretende montar en esa carrera de otoño.

—Así es. —Alan miró a Heather mientras barajaba la baraja y cortaba las cartas. —¿Qué les apetece, caballeros?

—¿Ha jugado alguna vez al póquer de triple sorteo? —La silla del otro hombre raspó el suelo de madera al sentarse.

Alan mantuvo la expresión impasible.

—Una o dos veces. ¿Dos a siete?

—De acuerdo.

Alan repartió la primera mano. El camarero negro se acercó con cuatro vasos. Sin siquiera probar el licor, Alan supo que estaba aguado. En el pasado habría insistido en un trago decente de licor, pero, junto con su pérdida de interés por el juego, también había perdido el gusto por las bebidas fuertes. Rechazó la bebida y retomó sus cartas. Frente a él, Heather estudiaba su mano y se mordía el labio inferior.

—Me tomaré dos cartas. —Sus anillos brillaron mientras se deshacía de sus cartas no deseadas y recogía las que Alan le había repartido.

—¿Y ustedes, caballeros? —preguntó—. Deme dos —dijo el más alto.

El otro negó con la cabeza.

—Creo que me quedaré con las que tengo.

Tras varias rondas, el jugador más alto tiró sus cartas sobre la mesa.

—No voy.

—Yo también. —El otro sacudió la cabeza y tiró sus cartas sobre la mesa—. Si no fuera por la mala suerte, tendría suerte.

La puerta se abrió y entraron dos hombres de color riendo y bromeando. Se detuvieron en seco al ver a Heather, con expresión llena de curiosidad. Alan sabía cómo se sentían. La primera visión de Heather dejaba perplejo a cualquiera.

Alan golpeó sus cartas y enarcó una ceja.

—Señorita Dupree, ¿se encuentra aquí?

—Un momento. Estoy pensando. —Tamborileó con un dedo sobre la mesa. Reprimió su impaciencia—. ¿Qué será?

—Creo que subiré la apuesta. —Ella abrió su retícula y arrojó otro billete sobre la mesa.

—¿Estás segura?

Los ojos esmeralda de ella brillaron.

—¿Va a jugar o a hablar?

El jugador más alto la miró con desprecio.

—Apuesto a que serías bienvenida a mi...

—Perdóneme, señor. Está interrumpiendo la concentración de la dama. —Alan arrojó otros diez dólares sobre la mesa y vio cómo se le abrían mucho los ojos. Sin duda, estaba metida en un buen lío. Casi sintió lástima por ella, hasta que recordó cómo habían llegado a este punto.

Ella se desplomó en su silla y tiró las cartas sobre la mesa.

—Muy bien, Alan. Tú ganas.

Rastrilló el montón de dinero que tenía a su lado y se lo embolsó sin contarlo.

—Coge tus cosas. Te acompañaré y te llevaré sana y salva a la ciudad.

Miró al larguirucho jugador, que había vuelto a la barra a por otra copa y ahora la miraba atentamente desde debajo del ala de su sombrero.

—Creo que me quedaré un rato.

La agarró del brazo.

—No harás tal cosa. Te vienes conmigo. Ya no formas parte de esa vida.

—Tal vez sí. —Su voz se quebró—. Tal vez sea lo único para lo que estoy destinada. De todos modos, ahora no tengo elección. No tengo dinero y tengo que pagar el alquiler de alguna manera.

—¿Dónde he oído esa historia antes? —se preguntó Alan, sintiendo una opresión en el pecho. Durante años había pensado en lo satisfactorio que sería cobrar esa deuda, como retribución por haberle tomado por tonto. Pero, de alguna manera, todo lo que sentía ahora era lástima y tristeza. Y se odiaba a sí mismo por haber subido la apuesta cuando estaba seguro de que ella tenía una mano perdedora. Sacó un fajo de billetes del bolsillo y se los puso en la mano —. Aquí tienes el dinero del alquiler.

—No lo quiero. Estoy harta de estar en deuda contigo, de que me rastrees como si fuera una criminal.

—Considéralo un regalo. A partir de ahora, tu deuda queda cancelada.

—Pero dijiste que necesitabas el dinero.

—Resulta que no lo necesito tanto como mi amor propio. —Agitó una mano alrededor de la sórdida casa de juegos de azar—. No puedo dejarte aquí. Deberías coger ese dinero y comprar un billete en el próximo tren que sale de Oakwood Hall.

—No me voy a ir de la ciudad. —Se metió los billetes en el corpiño y cogió la retícula—.

No hasta que encuentre lo que he venido a buscar.

Capítulo 10

Jennifer entró en la librería con el estómago tenso por los nervios y deslizó la llave en la cerradura. Hoy era la primera reunión de la sociedad femenina de debate de libros y había estado despierta toda la noche preocupada por ello. ¿Asistiría alguien de verdad? Había colocado anuncios en el mercantil y en la posada Oakwood Hall e invitado a todas las del Verandah: la señora Sandford, Josie Sandford, Emma Ryan, Heather e incluso las ancianas hermanas Provost, que pasaban los días secuestradas en el tercer piso. No esperaba que las ancianas asistieran de verdad, pero no podía ser descortés y no invitarlas.

Era decepcionante que Josie no pudiera dejar a los niños Grayson el tiempo suficiente para asistir, pero al menos la joven había conservado su trabajo. A Jennifer le gustaba la risa fácil y la mente aguda de Josie. Su inteligencia y paciencia la convertirían en una excelente maestra. Si la escuela de Oakwood Hall reabría antes de que Josie se fuera a su nuevo hogar en Montana, Jennifer pensaba recomendarla para el puesto.

Puso una cesta de bollos de canela recién horneados sobre la encimera y fue a la trastienda a preparar café. Samuel lo había dejado todo preparado para ella. El molinillo de café y un saco de granos esperaban junto a una jarra de agua fresca y la cafetera azul esmaltada, que siempre estaba llena cuando la tienda estaba abierta.

Molió los granos y los echó en la olla, encendió el hornillo y puso la olla a hervir. Puso un platito de leche para India y abrió las cortinas al resplandeciente sol de agosto. A través de la

ventana polvorienta, observó la actividad en la calle. Unos cuantos carros agrícolas esperaban fuera del mercantil. El Sr. Peterson, con un traje gris a rayas y un bombín de fieltro, llegaba para afeitarse en la barbería. Molly Scott, la esposa del alcalde, entró apresuradamente en la tienda de vestidos y salió casi inmediatamente con una caja metida bajo el brazo.

Al mirarla, los ojos de Jennifer se humedecieron de repente, recordando su conversación en el picnic del Día de los Fundadores, allá por julio. La Sra. Scott le había dicho:

—No te preocupes, cariño, todo irá bien. —Le había confiado que su hija recién casada esperaba un bebé. Jennifer la felicitó, pero sentía una gran envidia. Todos sus sueños de juventud habían sido tan sencillos: un hogar, un marido, hijos a los que guiar y amar. ¿Cómo se le habían escapado aspiraciones tan modestas?

Cierto, Samuel quería casarse con ella. Pero, cuanto más tardaba en fijar una fecha, más insegura se sentía respecto a sus sentimientos. Estos días, ella y Samuel parecían estar siempre enfrentados. Tal vez fuera una señal de que no estaban hechos el uno para el otro. Pero, si no lo estaban, ¿qué otra oportunidad tenía ella de ser feliz? ¿Acabaría vieja y sola, viviendo sus días en el Verandah como la pobre Sra. Athiston?

Sonó el timbre de la puerta y Heather y la señora Sandford llegaron juntas. Jennifer apartó sus oscuros pensamientos y esbozó una sonrisa de bienvenida.

—Has estado ocupada, Jennifer. —La Sra. Sandford echó un vistazo a la ordenada tienda, a la reluciente carpintería y a las pulcras hileras de libros—. La última vez que estuve aquí, el lugar era un desastre.

—Por eso me contrató Samuel.

La Sra. Sandford se dejó caer en una de las sillas que Samuel había traído de su casa para la ocasión.

—Yo diría que ha amortizado su dinero.

—¿Dónde está el Sr. Chastain esta mañana? —preguntó Heather. Abrió de golpe su abanico—. No lo he visto desde que trajo otra pila de libros al Verandah la semana pasada. Declaro que ese hombre conoce todos los libros que se han escrito. Cada conversación con él es absolutamente fascinante.

Jennifer puso los ojos en blanco hacia el techo salpicado de moscas. Heather se colgaba de cada palabra de Samuel, fingiendo interés por cada libro que mencionaba. Era molesta como los mosquitos en julio, pero Samuel parecía deleitarse con su atención. ¿No podía ver a través de esa mujer?

—Le diré que lo has dicho tú. —Jennifer acomodó un par de libros que Samuel había dejado sobre la mesa—. O puedes hacerlo tú cuando pases a pagar tu cuenta.

—Mi... —Los ojos de Heather se abrieron de par en par—. Pero yo pensaba, quiero decir, ¿no eran los libros un regalo?

—Uno o dos, tal vez, pero no todos. La librería debe dar beneficios, ya sabes.

El aroma del café flotaba en la tienda iluminada por el sol. Jennifer levantó las ventanas y se asomó a la calle, pero no había nadie. Al menos había esperado que vinieran sus amigas de la iglesia. Dada la naturaleza esporádica de los servicios estos días y la desaparición del círculo de acolchado, seguramente Mariah y las demás estaban hambrientas de un lugar al que ir y de alguien con quien hablar.

—Jennifer. —La Sra. Sandford se secó la cara con el pañuelo y hojeó un libro de poemas —. A pesar de este calor, ese café sí que huele bien.

Jennifer se apartó de la ventana.

—Serviré un poco. También he hecho panecillos esta mañana.

—Me pareció oler a canela cuando me desperté. —La hostelera sonrió y dijo—: Eres bienvenida en mi cocina cuando quieras, Jennifer Stewart, siempre y cuando tenga derecho

preferente sobre las sobras.

Jennifer fue a la parte de atrás, sirvió café y destapó el plato de panecillos, intentando no sentirse decepcionada por la escasa asistencia. Después de todo, era la primera reunión. Y una sociedad del libro era una idea nueva a la que quizá costara acostumbrarse. Si al menos estuviera aquí Ada Foreman. Ada era una lectora voraz y siempre le escribía a Jennifer para decirle qué libro estaba devorando en ese momento. Y Lillian... sin duda habría animado el ambiente. La difunta tía de David Foreman tenía una opinión sobre todo y no le daba vergüenza compartirla.

Jennifer sirvió los refrescos y cogió su ejemplar de Marjorie Daw y otras personas, de Thomas Aldrich, en el que aparecía el ingenioso relato del que las señoras del club de lectura de Memphis estaban delirando. Escrito en forma de cartas entre un tal Sr. Flemming y su amigo, el Sr. Delaney, era una deliciosamente humorística meditación sobre lo fácil que era enamorarse de la noción misma de estar enamorado. Era justo el tipo de historia que hacía hablar a las damas.

La puerta de la tienda se abrió y entró una mujer con un vestido de percal amarillo y una sombrilla colgando de un brazo.

—¿Es esta la sociedad de debate de libros de señoras? —preguntó. —No llego demasiado tarde, ¿verdad?

Jennifer levantó la vista. Se le apretó el estómago.

—Hola, Laura.



Alan desmontó y condujo a Majestic por el prado, retrasando el momento en que el caballo regresara al establo. El tiempo de Majestic en la pista de entrenamiento era cada vez mejor. Pero Alan se había dado cuenta de que, en cuanto se bajaba de la silla, el caballo se dirigía al establo,

ansioso por que terminara su trabajo. Un hábito que Alan pretendía desalentar. Sacó una zanahoria de su bolsillo para Majestic y continuó un lento circuito por el pasto mientras el caballo masticaba contento.

De repente, un arrendajo azul se metió entre los árboles y llamó ruidosamente, mientras sus alas color zafiro brillaban en la luz. Majestic soplaba y resoplaba. Alan acarició el liso costado del potro.

—Muy bien, muchacho. Ya es tarde, daremos por terminado el día. Te lo has ganado.

Soltó las riendas, dio la espalda al caballo y chasqueó la lengua. Majestic respondió con un suave relincho y se puso a caminar junto a Alan.

Alan sonrió. Una de las cosas que más le gustaban de los pura sangre, aparte de su adiestrabilidad y su afán por correr, era su afinidad con la gente. Él y Majestic se estaban entendiendo. Serían una buena pareja el día de la carrera.

El aroma de las hojas de finales de verano flotaba por el prado mientras se acercaban al establo, lo que le recordó un verano en Charleston cuando era niño, en la cama con los pulmones doloridos y una fiebre galopante. Su madre le había bañado la frente con trapos escurridos de agua fría y le había leído todos sus cuentos favoritos, aunque estaba tan enfermo que solo los oía tenuemente a través de la niebla febril.

Cuando por fin le bajó la fiebre, Charlotte Venable Gallager se arrodilló junto a la cama de su hijo y elevó plegarias de acción de gracias por su liberación. La semana siguiente, mientras Alan se recuperaba, ella le leyó historias de la Biblia. Noé y el Arca, David y Goliat y Jonás y la ballena habían sido sus favoritas. Más tarde, había leído la historia de Edward y su atracción inmediata por Raquel, una atracción tan fuerte que había trabajado siete años para tener la oportunidad de reclamarla.

Había pensado en esa historia la semana pasada, cuando pasó por la librería y habló con Jennifer Stewart. Alan no creía mucho en el amor verdadero, y mucho menos en el amor a

primera vista. Pero no podía negar que sentía que algo poderoso pasaba entre él y la encantadora señora Stewart cada vez que se encontraban.

Sacudió la cabeza. ¿Y qué si se sentían atraídos el uno por el otro? No tenía futuro. Él se dirigía a Australia. Había oído que ella se iba a casar con el librero. Además, cuando un hombre se enamoraba, surgían complicaciones, y él no estaba para complicaciones.



Jennifer esbozó una sonrisa.

—Pasa, Laura. No llegas tarde.

La nueva esposa de Michael entró en la librería y miró a su alrededor.

—Vaya. No soy la única que ha aparecido, ¿verdad? Qué mortificación sería para ti, Jennifer.

La Sra. Sandford se incorporó.

—Laura Russell. ¿Me confundió con un mueble? Desde luego, no es la única. Heather y yo estamos deseando que empiece el debate. —Le guiñó un ojo a Jennifer—. Nosotras dos, más Jennifer, por supuesto, somos fundadoras de la Sociedad del Libro Femenino de Oakwood Hall.

Jennifer podría haber abrazado a la mujer mayor. Sonrió a la Sra. Sandford

—¿Miembros fundadores? —preguntó Laura, que se encaramó al borde de su silla y se arregló las faldas.

—Es un grupo muy exclusivo —añadió Heather—. Solo pueden entrar con invitación.

——Estoy segura. Pero soy de la familia, así que, por supuesto, yo también. —Laura abrió de golpe su abanico e hizo un gesto a Jennifer—. ¡Piedad, hace calor! Aun así, ese café huele

bien. Y los rollos de canela. Tráeme algunos, por favor.

Jennifer sirvió el café y le pasó el plato de panecillos a su cuñada, intentando mantener un firme control sobre su temperamento. Laura había usurpado su casa y a su hermano. ¿Acaso Jennifer no tenía derecho a nada?

Abrió su libro y leyó las primeras páginas. Heather se rió de la descripción del desventurado Sr. Flemming resbalando con una cáscara de limón y de la nefasta valoración que el médico hacía de su estado mental.

—Lo mejor son las descripciones que hace el señor Delaney de Marjorie —dijo la señora Sandford cuando Jennifer terminó de leer—. Me gusta la forma en que la describe como 'encantadora en el crepúsculo de verano'. —Dejó escapar una sonora carcajada—. Me doy cuenta de que Marjorie es solo imaginaria, pero aun así me da envidia. No creo que me hayan llamado encantadora ni una sola vez.

Laura frunció el ceño.

—A ver si lo entiendo: ¿Marjorie Daw realmente no existió? ¿Fue todo una mentira inventada?

—Yo no la llamaría exactamente una mentira —dijo Jennifer—. Más bien fue una invención para mantener el ánimo del Sr. Flemming mientras se curaba la pierna rota.

—Bueno, creo que es una historia estúpida. —Laura abrió su bolso—. En el anuncio ponía que trajeras tu libro favorito, así que he traído esto.

—Perdona, Laura, pero yo estaba aquí primero. —La Sra. Sandford sacó un libro de su bolso y lo puso sobre la mesa—. ¿Alguien ha leído El secreto de Lady Audley? Mi hermana de Georgia me lo envió y debo decir que me pareció muy interesante.

—¿En qué sentido? —Jennifer dio un sorbo a su café y envió una sonrisa de agradecimiento a la hotelera. Sin duda, la mujer había puesto a Laura en su sitio.

—Imagínese a una mujer que parece una esposa y madre perfecta —dijo la señora Sandford—. Pero acaba siendo una bígama y una asesina. Es impactante.

—Por no decir otra cosa.

El abanico de Heather agitó el aire caliente del verano.

—Lady Audley, por sus propias razones egoístas, abandonó a su propio hijo. —La señora Sandford sacudió la cabeza como si la historia hubiera salido directamente del periódico de esa mañana—. Repudiar a un hijo es peor que asesinar.

Heather palideció y se puso en pie.

—¡Quizá pensó que estaba haciendo lo correcto! Quizá no tenía elección. La gente no debería formarse una opinión sobre los demás hasta tener todos los hechos.

Pensando en Alan y en la forma en que algunas personas del pueblo le juzgaban, Jennifer asintió.

—No podría estar más de acuerdo.

—Gracias, Jennifer. —Heather se volvió hacia la Sra. Sandford—. Es fácil decir lo que otra persona debe o no debe hacer, pero es más difícil cuando eres tú quien debe decidir.

—No hay necesidad de alterarse —dijo la señora Sandford—. Por el amor de Dios, Lady Audley no es real. Es solo un personaje de una novela tonta.

—¿Alguien quiere más café? —preguntó Jennifer, que se levantó para rellenar las tazas. El silbato del tren perforó el silencio.

—Ese será el de las once desde Nashville. —Heather recogió su sombrilla de la mesa de pino situada junto a la puerta—. Estoy esperando un paquete que debería haber llegado la semana pasada. Tengo que ir a comprobarlo con el agente de la estación.

—Yo también debería ir —dijo la Sra. Sandford—, por si llega alguna señora en el tren y

necesita un lugar donde quedarse. —Palmeó el hombro de Jennifer—. Hoy me lo he pasado muy bien, Jennifer. Esa Marjorie Daw es toda una historia. Estoy deseando leer el resto del libro del Sr. Aldrich.

—Me alegro de que lo disfrutaras. —Jennifer recogió las tazas de café y dobló la toalla de rayas azules y blancas que había utilizado para cubrir los panecillos—. Yo también me lo pasé bien.

—¿Y yo? —Laura las miró—. Aún no hemos hablado de mi libro.

—La próxima vez —dijo la Sra. Sandford—, te tocará a ti primero.

—Pero... —Laura le tendió su libro, instándole a que lo cogiera. Heather se apresuró hacia la puerta—. Jennifer, te veré en el Verandah.

Las dos mujeres salieron de la librería, haciendo sonar la campanilla mientras se marchaban.

—Nunca me había sentido tan avergonzada en mi vida. —Laura guardó el libro y la siguió hasta la parte trasera de la tienda—. Primero, invitas a ese desagradable señor Gallager a mi boda. Luego te presentas con él para mudarte de casa, lo cual fue muy mezquino por tu parte, teniendo en cuenta la cantidad de trabajo que hay que hacer cada día. Después te mudas a ese viejo y sucio hotel. Y ahora te relacionas con la Sra. Sandford y esa... esa... mujer como si fueran personas respetables.

—Heather es bastante coqueta, de acuerdo, pero es respetable, por lo que yo sé.

—¿Por lo que tú sabes? ¿Y qué sabes tú de esas mujeres, Jennifer? Apenas has puesto un pie fuera de Oakwood Hall.

Jennifer vació los posos de la cafetera y la puso de nuevo en el fuego.

—Mientras que tú eres una mujer de mundo.

—Bueno, he estado en Memphis y en Knoxville una vez, y en muchos sitios más.

—Bien por ti. Disculpa. —Jennifer se afanó en limpiar un estante que en realidad no lo necesitaba. De lo contrario, podría estrangular a Laura Russell. El hecho de que su amado Michael se hubiera casado realmente con esa arpía la golpeó de nuevo como un puñetazo en el estómago.

—Si no lo haces por mí, hazlo por los chicos.

—¿Qué?

Las manos de Jennifer se aquietaron. Miró fijamente a Laura, a su cara lechosa y sus ojos pálidos.

—¿De qué estás hablando?

—De lo que estoy hablando es de parar esta tontería, vuelve a la granja a la que perteneces y deja de avergonzarnos —dijo Laura con exagerada paciencia.

—¿A quién avergüenzo?

—A Michael y a mí. Queremos que los chicos tengan la oportunidad de ser alguien en este pueblo. No sucederá si sigues actuando así. Viviendo en el Verandah, trabajando de dependienta, asociándote con esa cabeza hueca de Heather.

—Heather viste de forma elegante y es una mujer muy inteligente.

Laura suspiró.

—Es posible que el cerebro de esa mujer sea un verdadero almacén de conocimientos, pero, por la forma en que actúa, ¿quién puede saberlo? Y, además, me preocupa menos ella que el hecho de que te hagas acompañar del Sr. Gallager.

—¿Acompañar? —Jennifer se rió—. No estoy segura de dónde sacas tu información, Laura, pero te aseguro que no estoy quedando con él.

—Esto es Oakwood Hall. La gente habla.

—Sería mejor que no lo hicieran.

Laura se encogió de hombros.

—Tal y como van las cosas, para cuando Harry y Tommy sean mayores, Oakwood Hall será un pueblo fantasma y todos tus esfuerzos serán en vano. —Jennifer señaló a Laura con el dedo—. Más te vale que la gente venga aquí a ver al señor Gallager montar a caballo y se gasten mucho dinero mientras estén aquí, o que algún hombre de negocios rico decida instalarse aquí. —Frunciendo el ceño, miró a su cuñada—. ¿Te has enfadado porque no hablamos del libro que trajiste?

Laura rompió a llorar.

—No me importa nada tu estúpida sociedad del libro. Solo he venido para hacerte entrar en razón, pero debería haber sabido que serías mezquina y poco razonable. Te juro que no entiendo cómo tu hermano resultó tan dulce y amable, mientras que tú eres tan...

Jennifer se cruzó de brazos y se apoyó en la estantería de libros, esperando a que se le pasara el disgusto.

Por fin, Laura resopló y buscó a tientas su pañuelo.

—Pues adelante. Haz lo que quieras. Pero Michael y yo no vamos a volver a dirigirte la palabra.

—No te atrevas a hablar en nombre de mi hermano. Salvo el breve tiempo que estuve casada con George Stewart, Michael y yo hemos estado solos en el mundo, dependiendo el uno del otro desde que éramos niños. Los lazos de sangre son más fuertes que el agua y siempre lo serán. —Empujó un libro hacia la estantería—. Y te agradecería que dejaras de prestar atención a los cotilleos ociosos. La lengua de una dama debe ser una influencia positiva. Nada bueno puede salir de hablar mal de los demás.

Laura enrojeció y cerró el retículo con un chasquido.

—Tengo que irme. Y no esperes que vaya a la próxima reunión de tu patética pequeña sociedad del libro. No volvería a poner un pie aquí ni aunque me pagaras, y ninguna otra mujer respetable de Oakwood Hall haría lo mismo. —Se echó a reír—. Una anciana, de carácter cuestionable, y tú. Miembros fundadores. Menudo chiste.

Laura se alejó contoneándose, con el abanico colgando de la muñeca, y cerró la puerta de un portazo al salir.

Capítulo 11

—Gracias por sus compras. Por favor, vuelvan a visitarnos en su próximo viaje a Oakwood Hall. —Jennifer sonrió al hombre bien vestido y a su hija y les entregó sus paquetes envueltos. El caballero había elegido un libro de poesía y una bonita edición de Historia de dos ciudades, de Dickens. Su hija había elegido Mujercitas y Bayas de nieve: un libro para jóvenes. Apretando su paquete contra el pecho, sonrió a su padre con tal deleite que Jennifer no pudo evitar sonreír también. No me extraña que a Samuel le encante vender libros.

La pareja salió de la tienda. Jennifer devolvió un par de libros a la estantería, colocó las flores que Josie había recogido del jardín trasero del Verandah y contempló los resultados con un suspiro de satisfacción. Podía imaginarse una vida aquí con Samuel y sus libros. Y llevar la tienda la hacía sentirse útil de nuevo.

La luz del sol entraba por la ventana delantera, proyectando un cálido resplandor sobre el mostrador de madera bruñida y las hileras ordenadas de libros. India saltó sobre el mostrador, casi volcando el jarrón de rosas y margaritas amarillas brillantes. Jennifer acarició a la gata con el hocico.

—Señora de Nathaniel Chastain. ¿Qué te parece, India?

La gata parpadeó con sus ojos ámbar y maulló. Jennifer se rió.

—¿Así que lo apruebas?

Jennifer se frotó la cara y se bebió un vaso de agua antes de volver a trabajar en el libro de contabilidad de Samuel. Quizá tenía razón y había llegado el momento de ir a por lo que se puede conseguir. Fijar una fecha para la boda y dejar de desear la luna.

Sonó la campana de la puerta y Samuel entró. Arrojó su sombrero sobre la mesa junto a la puerta y miró a su alrededor sacudiendo la cabeza asombrado.

—Cada vez que vengo aquí, me asombro un poco más. —Se inclinó hacia ella y le besó la mejilla—. Has hecho un buen trabajo con la tienda. Las flores sí que embellecen el lugar.

Ella asintió.

—Pero mi sociedad de libros para mujeres no ha tenido tanto éxito como esperaba.

—Dele tiempo. Solo ha sido la primera reunión. La Sra. Sandford seguro que lo disfrutó. La Srta. Heather también. Me lo ha dicho esta misma mañana.

Jennifer arqueó una ceja. Últimamente, Samuel parecía pasar mucho tiempo en el Verandah, incluso cuando Jennifer estaba en la librería.

—¿Le llevaste más libros?

Él se sonrojó y se pasó una mano por la barba.

—Bueno, sí. Es nueva en la ciudad y no tiene muchos amigos. —Se dirigió a la parte trasera de la tienda para servirse un café—. Algunos la menosprecian, supongo, por su elegante forma de vestir y su habilidad con los juegos de cartas y cosas así.

Cierto, ¿no había llamado Laura Russell prácticamente a Heather una mujer suelta? Aun así, a Jennifer no le gustaba nada la idea de que Samuel se hubiera autodesignado como su comité de bienvenida.

—La señorita Heather parece disfrutar mucho con los libros. —Reapareció con una taza en la mano—. Esta misma mañana estábamos hablando de...

Jennifer suspiró. Es suficiente sobre Heather.

—¿Samuel? —Le puso una mano en el brazo—. He estado pensando y hay algo importante que quiero hablar contigo.

Él sonrió:

—Qué coincidencia. Estaba a punto de decir lo mismo. Voy de camino al banco, pero me he parado aquí para preguntarte algo.

—¿De qué se trata? —Dejó a India en el suelo.

—Me voy a Chicago unos días y me preguntaba si podrías encargarte de la tienda mientras estoy fuera. Te pagaré las horas extra. —Dio un sorbo a su café.

—Eso no es necesario. Me encanta trabajar aquí. Estaré encantada de ocuparme de todo. ¿Cuándo te vas?

—Esta tarde, en realidad. En el tren de las seis.

—¿Esta tarde? ¿Tan de repente?

Asintió con la cabeza.

—Las cosas sucedieron bastante rápido. Ahora mismo voy al banco a retirar algunos fondos. Debería estar de vuelta el lunes. —Dejó su taza y le cogió ambas manos, mostrando la expresión amable y afectuosa que tanto le caracterizaba.

—Siempre tendrás una parte de mi corazón, Jennifer. No lo olvides nunca.

Las alarmas sonaron en su cabeza. Casi sonaba como una despedida final. ¿Estaba Samuel gravemente enfermo y de camino a ver a algún especialista en Chicago? ¿Y si se estaba muriendo? Si tan solo hubiera seguido el consejo de Ada y no hubiera esperado tanto para aceptar su propuesta. Al menos habrían tenido unos años antes de que él...

Ella le apretó las manos.

—Y tú también me eres muy querido, Samuel. Pero... ¿pasa algo? ¿Estás bien?

—Mejor de lo que he estado en bastante tiempo. —Recuperó su sombrero—. Después de pasar por el banco, debo ir a casa y hacer las maletas. ¿Puedes cerrar la tienda esta tarde?

Aturdida por el giro repentino de los acontecimientos, asintió.

Se volvió hacia ella en la puerta.

—Ah, casi lo olvido, ¿de qué querías hablar?

Ella negó con la cabeza.

—Puede esperar hasta que vuelvas.

—De acuerdo entonces. Nos vemos el lunes.

Jennifer le vio trotar por la calle, inclinando el sombrero ante todos los que se cruzaba hasta llegar al banco. No parecía enfermo en absoluto. Seguro que no pensaba comprar otra librería. Solo había vendido unos pocos de los volúmenes que él había comprado en San Luis.

Algo estaba tramando, pero ¿qué? ¿Qué demonios se le había metido en la cabeza a Samuel Chastain?



El chillido del tren de las seis sonó en las calles mientras Jennifer se preparaba para cerrar la tienda esa tarde. Aunque seguía sin estar segura de su futuro con Samuel, saber que estaba en ese tren con destino a Chicago la dejó desconsolada. Colocó la caja de caudales dentro de la caja fuerte de la pared del fondo, giró el dial y cogió el sombrero y las llaves.

Estaba a punto de cerrar las cortinas delanteras cuando algo llamó su atención. Alguien se acercaba a la librería. Su corazón tamborileó contra sus costillas al reconocerlo. Era Michael.

Hasta ese momento no se había permitido pensar en lo mucho que le había echado de menos. Es cierto que se habían cruzado algunas veces en la oficina de correos y en el mercantil, pero sus conversaciones habían sido acartonadas y superficiales, y muy breves. Se había abierto un abismo entre ellos y ninguno de los dos parecía saber cómo romperlo. Tirando de las llaves, abrió la puerta de un tirón y rodeó a su hermano con ambos brazos.

—Hola, Jennifer—. Él sonrió, y ella notó nuevas líneas de preocupación en las comisuras de sus ojos. ¿Había sido ella la que las había puesto ahí? ¿La odiaba por ello? Se sintió como si volviera a tener diez años y estuviera a punto de ser reprendida por haber perdido su preciada caña de pescar. Y odiaba esa sensación de estar al margen con él. —¿Puedo pasar?

—Por supuesto. —Se apartó y mantuvo la puerta abierta.

Su mirada recorrió la tienda.

—Tiene muy buena pinta, cariño. He oído que Samuel prácticamente te ha entregado el local.

—Me contrató para organizar todo.

—Laura dijo que también habías empezado un club de lectura femenino.

—Lo intenté, pero no funcionó. —Ella le indicó una silla junto a la ventana—. Aparentemente, no hay tantas amantes de los libros en Oakwood Hall como imaginaba.

—Son tiempos difíciles. La mayoría de la gente está demasiado ocupada intentando sobrevivir como para sentarse a discutir la última novela.

Sus palabras le punzaron el corazón. ¿Por qué Michael, más que nadie, no podía entender lo que ella quería conseguir? Aun así, se alegró de verle. A pesar de su creciente satisfacción con su nueva vida en la ciudad, echaba de menos la granja. ¿Podría hacer que las cosas volvieran a estar bien?

Se sentó junto a él.

—¿Cómo van las cosas en casa? ¿Cómo le ha ido a nuestro huerto este año?

—Bastante bien. —Michael se inclinó hacia delante en su silla, con las manos entrelazadas —: Tuvimos mucho maíz y tomates. —Sacudió la cabeza—. Casi abruma a Laura. Y bueno, por eso estoy aquí.

Ella se sentó más erguida. Cada vez que Michael utilizaba ese tono, algo iba terriblemente mal. Lo había utilizado cuando perecieron sus padres, cuando murió la abuela Bell, y cuando llegó la noticia de George Stewart desde Shiloh. Le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué pasa?

—Los dueños del aserradero aparecieron la semana pasada y dejaron ir a la mayoría de los trabajadores. Incluyéndome a mí.

—¿La semana pasada? ¿Y no me lo has dicho?

—Ahora te lo digo.

—Pero...

—¿Hubiera importado? Has estado enfadada conmigo desde la boda.

Ella bajó la mirada y se alisó los pliegues de la falda. Era cierto que no le había perdonado del todo que no la defendiera de los ataques de Laura. Si su hermano hubiera elegido a cualquier otra persona de Oakwood Hall como novia, la habría recibido con los brazos abiertos, pero Laura era demasiado prepotente y estaba demasiado llena de aires.

Jennifer seguía sin entender la atracción que Michael sentía por aquella mujer. Y esos rufianes hijos suyos eran engendros del diablo. ¿Cómo podía soportar su ruido, sus constantes demandas quejumbrosas? Aun así, le dolía el corazón por Michael. Tenía una familia que mantener y ahora se había quedado sin trabajo.

—No pretendo culparte. No es culpa tuya que Laura Russell y yo seamos como el agua y el

aceite. Y siento mucho lo de tu despido. Sé que debes estar preocupado.

Él asintió.

—He intentado encontrar trabajo aquí en el pueblo, pero todos los demás trabajadores del molino también lo han hecho. No hay trabajo para todos.

Se pasó una mano por la cara cansada. Jennifer se dio cuenta por primera vez de que tenía el pelo ralo. Tanto ella como Michael se estaban haciendo mayores. El tiempo pasaba deprisa y sería un pecado desperdiciarlo. Ella y Laura nunca serían amigas, pero, por el bien de Michael, visitaría la granja de vez en cuando. Tal vez los domingos, después de la iglesia. Cuando ella y Samuel estuvieran casados, la afinidad natural de Samuel por la gente y su don para contar historias actuarían como amortiguadores entre ella y Laura. No sería fácil, pero se lo debía a Michael.

Michael centró su mirada en la estantería de libros que había detrás de ella.

—Me voy de Oakwood Hall.

Ella lo miró fijamente, atónita.

—¿Irte? Pero, ¿a dónde? ¿Por qué?

—Sage Whiting dice que las compañías ferroviarias de Chicago están contratando hombres para trabajar en los trenes descargando carga. Dice que vale la pena intentarlo. —Su voz se quebró—. Es fácil para él decirme que vaya, ya que por ahora ha conservado su trabajo.

—Entonces, Mariah no tendrá que dejar Oakwood Hall. —A pesar de lo preocupada que estaba por la marcha de Michael, se sintió aliviada de no perder también a su amiga. Aunque Mariah se hubiera hecho de rogar últimamente—. Te echaré de menos todos los días, pero quizá sea lo mejor. Laura Russell no tiene ni idea de cómo se lleva una granja. Y ya sabes cómo le gustan los vestidos elegantes y las cosas bonitas.

Él asintió y le envió una sonrisa apenada.

—Sus aspiraciones son demasiado grandes para un lugar como Oakwood Hall. Justo el otro día me contó lo mucho que trabaja para que sus hijos triunfen en el mundo. Sé que odia la idea de mudarse, pero tendrán muchas más oportunidades en Chicago.

Michael se levantó y empezó a pasear.

—¿He sido un buen hermano para ti, Jennifer?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Si no hubieras cuidado de mí después de la muerte de mamá y papá, no sé qué habría sido de mí. Y cuando mataron a George...

—Necesito tu ayuda.

—No estoy segura de cómo puedo ayudar en esta situación, pero...

—Por mucho que quiera, no puedo llevarme a Laura y a los niños conmigo. No hay suficiente dinero para que cuatro de nosotros viajemos hasta allí y, incluso si pudiera pagar los billetes de tren, ¿dónde viviríamos?

Sus hombros se hundieron.

—Además, podría tardar hasta un mes en conseguir un contrato... si es que me lo ofrecen. Hay cientos de hombres compitiendo por la misma oportunidad. Necesito que vengas a casa, Jennifer. Para ayudar a Laura y cuidar de la granja.

Se le apretó el estómago.

—¿Volver y vivir bajo el mismo techo con ella y esos maleducados chicos suyos? Has visto cómo me trataban y no hiciste mucho por defenderme.

—Tuvimos un comienzo difícil, de acuerdo, pero Laura se arrepiente de todo. Me lo ha dicho ella misma.

—Oh, seguro que lo siente. Lo siente porque va a tener que dejar de actuar como la reina de Persia y ensuciarse realmente las manos para mantener la granja a flote.

—Quizá solo sea por unas semanas. Si no consigo el trabajo...

—Michael, por favor. No soy desagradecida por todo lo que hiciste por mí cuando éramos niños. De hecho, haría casi cualquier cosa por ti. Pero tengo una vida propia. Es cierto que vivo en el Verandah, pero una vez que te acostumbras no está tan mal. Me llevo bien con los demás residentes. La Sra. Sandford es casi como una madre para mí. Y, bueno, he decidido que ya he retrasado bastante a Samuel. En cuanto vuelva de su viaje, fijaré la fecha de nuestra boda.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿De veras? Me alegro. Samuel es un buen hombre. Pero has esperado años para casarte, ¿no puedes esperar un poco más?

—Hace poco me di cuenta de que Samuel y yo estamos peligrosamente cerca de pasar la flor de nuestras vidas. Cada día que pasa es tiempo que nunca podremos recuperar. He pasado todo este tiempo aplazando mi futuro, preguntándome si habría algo mejor a la vuelta de la esquina. Pero ahora...

—Me estás rechazando. Después de todo lo que he hecho por ti, estás demasiado ocupada con tu propia vida como para ayudar a tu único pariente consanguíneo cuando más lo necesita.

—Haces que parezca cruel e indiferente.

Michael apretó la mandíbula.

—¿De qué otra forma lo describirías?

—Michael, si hay algo más que pueda hacer, lo haré con mucho gusto. Pero...

—No tienes que decir nada más. Lo comprendo. —Se dirigió a la puerta. Ella le siguió—. Por favor, no te vayas enfadado conmigo. No puedo soportarlo.

—No estoy enfadado. —Se caló el sombrero y abrió la puerta—. Estoy decepcionado.

Las lágrimas rodaron por su rostro. Ya le dolía el corazón por la pérdida del vínculo vital

que habían compartido.

—Lo siento.

—Felicidades por tu próxima boda. Espero que tú y Samuel seáis muy felices.

—¿Vendrás a la ceremonia?

—No es probable. Me iré tan pronto como encuentre a alguien que ayude a Laura con la granja. Adiós, Jennifer.

Ella observó a través de la ventana cómo Michael subía a su carromato y se alejaba. En ese mismo instante, Alan Gallager salió del mercantil con los brazos cargados de paquetes y se dirigió calle arriba.

A pesar de su tristeza por haber perdido a Michael, la visión de Alan hizo que Jennifer se alterara. Al ver sus pasos decididos mientras se dirigía a la posada Oakwood Hall, sintió que volvía el extraño temblor de sus entrañas. Algo en él la hacía sentirse viva, excitada, llena de posibilidades.

Se puso en marcha tras él, pero luego se reprendió a sí misma y volvió a sentarse. Estaba a punto de casarse con Samuel. Esos sentimientos inexplicables con Alan simplemente no valían la pena.

Finalmente se puso el sombrero, cogió las llaves y cerró la tienda. Independientemente del efecto perturbador de Alan Gallager sobre sus emociones, su decisión estaba tomada. Se había cansado de esperar a alguien perfecto. Se establecería en Oakwood Hall con Samuel. Olvidaría al domador de caballos, sus ojos conmovedores y su sonrisa encantadora, y la forma en que la hacía sentir.

Capítulo 12

Siguiendo el penetrante aroma de la col hirviendo y el traqueteo de los cubiertos, Jennifer se dirigió a la cocina. La señora Sandford estaba de pie sobre una olla burbujeante, con el vapor empañando sus gafas.

—Jennifer. Parece que esta noche sólo cenamos tú y yo —dijo—. Acerca una silla.

Jennifer apartó una baraja de cartas de Heather y se sentó.

—¿Dónde están todas?

—Emma recibió una carta de su marido en Carolina del Norte. Por fin a encontrado trabajo y ha mandado a buscarla. Salió de aquí como si el lugar estuviera en llamas.

—No la culpo. Han estado separados mucho tiempo.

—Demasiado tiempo. Dicen que la ausencia hace que el corazón se vuelva más cariñoso, pero yo no lo creo. Incluso el mejor de los matrimonios puede deshacerse cuando las personas están separadas demasiado tiempo. —La Sra. Sandford sirvió la col en cuencos y sacó una sartén de pan de maíz del horno—. De todos modos, Emma bajó a la tienda de vestidos de Amanda Hamilton para elegir un nuevo vestido de viaje, y Heather fue con ella. Más tarde irán a la panadería a comprar una tarta para celebrarlo.

Jennifer cogió su cuchara.

—Qué raro. Cuando pasé por la tienda de vestidos hace un momento, habría jurado que el

lugar estaba oscuro.

La Sra. Sandford se sentó y mojó un trozo de pan de maíz en el repollo caldoso.

—Puede que Emma y Heather ya estén en la panadería. Personalmente espero que traigan tarta de melocotón en vez de pastel. Me encanta la tarta de melocotón, y la temporada casi ha terminado. También es el favorito de Josie.

Jennifer probó la col y arrugó la nariz. Estaba sosa. Si al menos hubiera tenido tiempo de hornear una sartén de bizcochos o una tarta de moras. Cogió la pimienta y echó una generosa cantidad en su cuenco.

—¿Dónde está Josie esta noche?

—En una reunión en la iglesia del pueblo. Están hablando del desfile de Navidad.

—Echo de menos tener el desfile en nuestra iglesia. Es una de las cosas que hacen que la Navidad sea real para mí.

La Sra. Sandford untó con mantequilla otro trozo de pan de maíz.

—¿Recuerdas el año que los huérfanos de la Sra. Lowell cantaron villancicos? Ese fue el año que nevó hasta las rodillas.

Jennifer sonrió.

—Me acuerdo. David Foreman le propuso matrimonio a Ada esa noche en un paseo en trineo hasta la cima de Oakwood Hall. ¿Puedes imaginar algo más romántico?

—David Foreman siempre tuvo un don para lo dramático. Tuvo mucha suerte de que nevara lo suficiente para sacar ese trineo suyo. Siempre sentí que el Señor mismo tuvo algo que ver en ello. —La Sra. Sandford masticó y tragó saliva—. Sí que echo de menos tenerle por el pueblo.

—Yo echo muchísimo de menos a Ada. —Jennifer se rindió con el repollo y apartó su

cuenco—. Dudo que ella y David puedan hacer otro viaje para ir a una boda cuando hace tan poco que asistieron a la de Michael.

La Sra. Sandford sonrió.

—¿Te vas a casar por fin? ¿Lo dices en serio?

—Hablo en serio. Samuel ha estado detrás de mí desde siempre para fijar una fecha, y he decidido que ha llegado el momento.

—¿Oh? —La ceja de la Sra. Sandford se levantaron—. Supongo que tu decisión no tendrá nada que ver con la cantidad de tiempo que él ha pasado por aquí, hablando con Heather.

De hecho, a Jennifer se le había pasado por la cabeza la inquietante idea de que Samuel se estaba haciendo demasiado amigo de Heather, pero se negó a darle crédito.

—Heather no es el tipo de mujer de Samuel.

Una explosión de risa escapó de los labios de la señora Sandford

—Si eso es lo que piensas, tienes mucho que aprender sobre los hombres.

—¿Tía Maisy? —llamó Josie—. ¿Hay alguien en casa?

—En la cocina. —La Sra. Sandford se levantó para servir otro plato de col.

Josie entró, frunciendo el ceño.

—Por el amor de Dios. ¿*Otra vez* col? Hola, Jennifer.

—Quizá prefieras malgastar un dólar y cenar en la posada —dijo su tía.

Josie arrojó su sombrero al respaldo de su silla y se dejó caer.

—Sí, me encantaría, pero cada dólar que ahorro me acerca más a mi Jake y a Montana. —Dio un mordisco a la col e hizo ademán de tragársela—. Me estoy comiendo esta col por una buena causa.

Entre bocado y bocado, Josie les puso al corriente de los planes para el desfile de Navidad.

—El reverendo Patterson ha pedido a Mariah Whiting que vuelva a tocar el piano este año. —Cogió el pimentero y aderezó su tazón de col—. Eso si los Whitings siguen en el pueblo para Navidad. El Sr. Patterson dijo que los dueños del molino dejaron marchar a la mayoría de los hombres la semana pasada, pero mantuvieron a Sage por ahora.

El repollo se asentó como plomo en el estómago de Jennifer al recordar la difícil situación de Michael y su negativa a volver a la granja. Se acercó al cubo de la basura y volcó en él su cuenco de repollo.

—He tenido un día muy largo. Me voy a la cama.

—¿No quieres esperar a ver qué traen Emma y Heather de la panadería? —La Sra. Sandford se asomó por la ventana—. Deberían llegar en cualquier momento.

—No tengo mucha hambre.

—Vete a la cama —dijo Josie, agitando su cuchara hacia Jennifer. —Si lo que traen está bueno, te guardaré un poco.

En su habitación, Jennifer se preparó para acostarse y abrió su Biblia, pero las palabras se desdibujaban en la página. La culpa y la confusión le hicieron un nudo en el estómago. ¿Se equivocaba al querer la felicidad para sí misma? ¿Se equivocada al casarse con Samuel cuando sentía algo por Alan Gallager? Su atracción por él no tenía ningún sentido. Eran prácticamente extraños, y él estaba simplemente de paso. ¿Qué sentido tenía desear lo que nunca podría ser suyo?



Alan condujo su caballo alquilado a la caballeriza y entregó las riendas al propietario, un tipo

flaco de barba desaliñada y penetrantes ojos negros.

—Gracias, Sr. Tanner. Le veré mañana.

—Por supuesto, Sr. Gallager. —Tanner escupió un chorro de jugo de tabaco a la calle—. ¿La querrá de nuevo mañana?

—Eso espero. —Señaló con la cabeza a la yegua castaña—. Podría comprobar su pata trasera izquierda. La herradura podría estar un poco floja.

Tanner asintió, se rascó la barriga e hizo un gesto con el pulgar hacia la parte delantera de la caballeriza.

—¿Ha visto mi nuevo cartel?

Alan se inclinó hacia atrás para leerlo.

—Establo Excelsior, H. Tanner, Propietario. Caballos, calesas, enganches y arneses en venta o alquiler. Caballos alojados por mes, día o comida suelta. Enganches, caballos y cuidador disponibles con tarifas que se adaptan a las épocas.

Alan sonrió.

—Vaya cartel, Sr. Tanner.

Tanner volvió a escupir.

—Charlie Blevins del molino me lo hizo. Me costó un ojo de la cara, pero pensé que valdría la pena anunciarlo, con la gente que viene a Oakwood Hall para el Día de la Carrera.

—Esperemos una buena participación.

—¿Cómo va el entrenamiento? —Tanner quitó el bocado y la silla a la yegua y la condujo a un establo—. Ese potro negro del Sr. Peterson seguro que es una belleza.

Alan asintió.

—Lo es. Aunque es un desafío. Algunos días se asusta fácilmente, y otros cree que está al mando.

—Le quitará esa idea de la cabeza —dijo Tanner—. La gente dice que usted es el mejor entrenador de caballos del país.

—Tengo mi ración de éxitos. —Alan se tocó el ala de su sombrero—. Le veré por la mañana.

Saliendo de la caballeriza, cruzó la calle trotando y se dirigió a la posada. Agotado y mugriento tras un largo día con Majestic, estaba deseando un baño y una cena caliente. Empujó la puerta y cruzó el vestíbulo alfombrado para recuperar la llave de su habitación.

El empleado le entregó la llave y un par de cartas e inclinó la cabeza hacia la sala de estar situada justo al lado del vestíbulo.

—Tiene un visitante Sr. Gallager. Lleva aquí casi todo el día. Le ofrecí enviar a alguien a Peterson's a buscarle, pero dijo que prefería esperar.

Alan se metió el correo en el bolsillo del pecho justo cuando el hombre se levantaba de la silla y cruzaba el vestíbulo.

Alan miró a su hermano menor con una mezcla de asombro y fastidio.

—Walter.

Llave en mano, se dio la vuelta y se dirigió a las escaleras.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cinco años? ¿Seis?

—Más bien ocho. —Walter acompasó sus pasos a los de Alan mientras ascendían por la amplia escalera—. Tienes buen aspecto.

—Gracias, pero estoy seguro de que no has venido hasta aquí sólo para comentar mi aspecto.

—Es papá. Está bastante enfermo. Sus médicos creen que es el corazón.

Llegaron al rellano. Alan encajó su llave en la cerradura.

—Lo dudo mucho, viejo amigo. El corazón de nuestro padre es su punto menos vulnerable.

Abrió la puerta e indicó a Walter que entrara, notando que su hermano había engordado un poco. Su pelo también estaba canoso. Quizá los rigurosos deberes de un correcto caballero sureño le estaban agotando.

—¿Cómo demonios me has encontrado?

Walter frunció el ceño.

—La señora… Gilbert, o tal ver Peterson… me escribió a la Sra. Pinckney que estabas aquí trabajando como entrenador de caballos de alguien. —Sonrió, revelando un destello del niño alegre que había sido una vez—. Ya sabes cómo funciona los cotilleos en Charleston. La Sra. Pinckney se lo dijo a la Sra. Allston, que se lo dijo a la Sra. Ravenel, que me lo dijo a mí.

—Ya veo. —Alan tiró a un lado su llave.

—Mira, sé que estás enfadado porque padre planea dejármelo todo a mí, pero ¿puedes decir honestamente que lo quieres? Especialmente ahora que toda Carolina del Sur sigue siendo una ruina. —Walter se dejó caer en la silla junto a la ventana—. La casa del pueblo necesita urgentemente un tejado nuevo, y los jardines han caído en tal estado que sólo puedo dar gracias de que Madre no esté allí para llorarlos. Ni siquiera reconocerías la plantación. Una de las casas de aventar está casi derruida. La vendería, pero ¿quién la compraría? No hay nadie que la trabaje. No vale nada en su estado actual.

Alan ocupó la otra silla y miró por la ventana. La casa de su padre en la ciudad, espaciosa y elegante como lo había sido antaño, no tenía para él ningún encanto especial. Pero la plantación de arroz en el Pee Dee era el lugar de los pocos recuerdos verdaderamente felices de sus años de crecimiento. La idea de que aquella propiedad pasara a manos de su hermano le dejó

intranquilo. Jugueteó con una moneda y la puso a girar sobre el pulido escritorio.

—Sin duda River Place es una ruina después de todos estos años. Pero por los santos, Walter, es la ruina de nuestra familia, y esperaba tener algo que decir en lo que le ocurriera.

Walter se rascó la cabeza.

—Bueno, es la primera vez que veo algún atisbo de sentimiento en ti.

—Siempre he querido a River Place más que a ningún otro sitio. Excepto la isla de Pawley.

—Padre vendió la cabaña de la isla justo después de que mamá falleciera. Dijo que fue una decisión de negocios, pero creo que fue demasiado doloroso para él, aferrarse al lugar que era el favorito de Madre.

Alan sonrió, recordando.

—Incluso cuando ella se quejaba mucho de los inconvenientes de llegar allí.

Walter miró alrededor de la habitación del hotel, y Alan lo vio a través de los ojos de su hermano: la cutrez gentil, los pintorescos intentos pueblerinos de elegancia.

—Así que aquí es donde cuelgas el sombrero estos días. —Walter sacudió la cabeza—. Qué ocurre? ¿Las cartas no están cayendo a tu manera?

—Sólo estoy de paso. Después de la carrera de caballos me voy a probar suerte a Australia. Como ranchero tal vez.

—¿Tú? ¿Un ranchero? Durarás diez minutos.

—Tal vez. Pero no es asunto tuyo.

Walter le fulminó con la mirada.

—Lo único que me importa en este momento es papá. Ahora veo que no debería haber venido hasta aquí para hablar contigo. Tu corazón es tan inflexible como siempre.

—Un telegrama o una carta habrían servido igual.

—Dudaba que te molestaras en leerla. Tía Alicia dijo que sus tres últimas cartas nunca fueron contestadas. Le rompió el corazón.

—Lo siento mucho. La tía Alicia era una gran señora. Aparte de mamá, la más grande.

—No debiste ignorarla porque odias a Padre.

—No le odio. Simplemente nunca nos entendimos. Es mejor para los dos así.

—Siento haberte molestado. Pero pensé que debías saber que Padre se está muriendo.

Alan se encogió de hombros.

—Todos estamos muriendo, hermanito. Algunos más rápido que otros, pero muriendo al fin y al cabo.

La mirada de Walter se endureció.

—¿Alguna vez dejas que alguien entre en tu corazón, Alan? ¿O eres así de insensible con todo el mundo?

Alan pensó en la noche en Dos Arroyos cuando había perdonado la deuda de Heather. Había sentido lástima por ella, había querido protegerla, a pesar de su doblez. Y Jennifer Stewart... esa mujer se las había arreglado de algún modo para alojarse en su corazón... no es que su atracción por ella fuera a ninguna parte. Era muy capaz de sentir ternura, incluso cuando no había futuro en ello.

Walter se levantó, haciendo sonar las monedas de su bolsillo.

—Ya que estoy dando noticias familiares, hay algo más que debes saber. Le he pedido a Susan Layton que se case conmigo, y ella ha aceptado.

—No me digas. —Alan se rió—. Así que, padre y Thomas Layton se saldrán con la suya después de todo. Supongo que cuando el objetivo de uno es unir dos parcelas de tierra, cualquier

Gallager sirve.

—Eso no es justo, Alan. Sucede que tengo un buen concepto de Susan. Habría sido una buena esposa para ti, como sé que lo será para mí.

Alan se recostó en su silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—¿Cuándo será el día feliz?

—No hemos fijado una fecha. Susan quiere pasar este invierno con sus primos en Atlanta. Elegiremos una fecha después de Navidad. No es que te importe.

Alan se levantó y le ofreció la mano a Walter.

—Te deseo a ti y a la señorita Layton toda la felicidad.

—Estoy seguro de que lo seremos. —Walter consultó su reloj de bolsillo—. Debo marcharme. Aún tengo tiempo de tomar el último tren.

Olas de culpa y arrepentimiento empujaron con fuerza en el pecho de Alan. Agarró el hombro del hombre más joven.

—A pesar de lo que puedas pensar, me alegro mucho de verte. Y me disculpo por sonar tan duro. Te ha hecho falta valor para venir aquí, sabiendo lo que siento por todo. Y, por supuesto, espero sinceramente la recuperación de Padre. Por favor, dile que te lo he dicho.

Walter asintió y se dirigió a la puerta.

—Cuídate, Alan. Envíame una carta desde Australia. Prometo no devolverla sin abrir.

Alan descorrió la cortina y observó cómo Walter se apresuraba hacia la estación de tren. Recordando su infancia compartida sintió, a pesar de la mala sangre que los separaba, una punzada de afecto por su hermano menor. La noticia del empeoramiento de la salud de su padre y del inminente matrimonio de Walter le llenó de una inesperada tristeza.

A través de la ventana vio cómo el banquero cerraba la puerta y se apresuraba hacia su

aparejo que le esperaba. Al otro lado de la calle, la señora Stewart salía de la librería Chastain.

Resistió el impulso de ir tras ella. Su pretendiente, el Sr. Chastain, había dejado bien claro su desprecio por Alan. Por muy atraído que se sintiera por ella, Alan no deseaba causarle problemas a la señora Stewart.

Dejó caer la cortina y abrió una carta de su amigo de Australia. Warren había llenado varias páginas con descripciones de su trabajo en el seminario y de un reciente viaje a la costa, pero el elogioso informe del ministro no consiguió animarle.

La tiró a un lado.

¿Cómo demonios había acabado tan completamente solo?



Jennifer cerró la librería y se apresuró por la calle hacia su casa. Los últimos días en el Verandah habían sido realmente extraños. Aunque Josie y Emma habían estado muy presentes, Heather parecía estar siempre en otra parte. El domingo, mientras Heather aparentemente dormía hasta tarde, Jennifer asistió a la iglesia del pueblo con Josie. Le gustaba la forma en que Daniel Patterson entretejía un poema o las palabras de un himno en su mensaje y la manera tranquila en que su esposa, Deborah, la recibía con un gesto de la cabeza y una sonrisa al comienzo del servicio. Aunque Deborah siempre se escabullía cuando se leía la bendición.

Después de la iglesia, la señora Sandford se unió a ellos para pasar la tarde en el parque. Aquella noche Jennifer había oído pasos en el pasillo y el cierre de puertas, pero ni Heather ni Emma habían gritado sus acostumbradas buenas noches. Tal vez habían temido que fuera demasiado tarde y la despertaran.

Esta mañana había sido la primera en levantarse y salir por la puerta. Samuel debía volver

a casa en el tren de la tarde y ella quería que la tienda tuviera un aspecto perfecto. Se dedicó a quitar el polvo de las estanterías que en realidad no lo tenían, a repasar las cuentas que ya estaban al día, cada transacción registrada en su propia y pulcra letra, y a esperar a los clientes. Ayudarles con sus selecciones de lectura seguramente haría que el tiempo pasara más rápido. Pero la tienda permaneció vacía toda la mañana, la tarde llegó y se fue, y aún Samuel no había regresado.

Al pasar por delante del mercantil de camino a casa, saludó con la cabeza a un par de mujeres que acababan de salir de la tienda, con los brazos cargados de paquetes. Seguramente Samuel regresaría a tiempo para la cena. Quizá derrocharían e irían a la posada a comer filete con patatas y su tarta de limón favorita. Después ella le sorprendería fijando una fecha para su boda. Imaginar su mirada de feliz sorpresa le hizo sonreír. Ahora que se había decidido y había dejado a un lado sus fantasías de niña, estaba ansiosa por poner en marcha sus planes.

Entró en el Verandah justo cuando llegaba el tren de la tarde, el agudo sonido del silbato reverberando en las tranquilas calles. Saludó a la señora Sandford y subió los escalones hasta su habitación con la extraña sensación de que algo iba mal. El hotel estaba demasiado silencioso: ninguna charla apagada procedente de la habitación de las hermanas Provost, ninguna Josie bajando las escaleras, ninguna Heather repartiendo cartas en el salón. Era como si todo el lugar contuviera la respiración.

Sacudió la cabeza para despejar sus aprensiones. Sólo estaba demasiado excitada, tal vez incluso un poco nerviosa, esperando la oportunidad de comunicarle a Samuel su decisión. Cuando volviera, el viejo hotel respiraría de nuevo.

Se arregló el pelo, se echó un poco de agua de lavanda en el cuello y se hundió en su silla junto a la ventana. El olor de los grelos hirviendo y del tocino frito subía por las escaleras, recordándole que no había comido nada desde sus dos galletas con mermelada del desayuno. Su estómago rugió, pero la perspectiva de más comida de la señora Sandford no fue suficiente para

levantarla de su silla.

Gritos y pasos sonaron en la calle de abajo. Una mujer se rió. Alguien empezó a cantar en voz alta y ligeramente desafinada.

Entonces la puerta principal del Verandah se abrió de golpe y la señora Sandford soltó un aullido de sorpresa. Jennifer bajó corriendo las escaleras. Cuando llegó al rellano, se detuvo inmóvil, con la falda arremolinándose en torno a sus tobillos. Se agarró al poste del newel, con el corazón palpitándole.

Samuel Chastain entró a grandes zancadas en el vestíbulo. Detrás de él, con un reluciente vestido rosa y una sonrisa triunfal, estaba Heather.

Capítulo 13

Alan garabateó su firma al pie del giro bancario y lo selló para enviarlo por correo. Los honorarios de los Pinkerton por encontrar a Heather habían supuesto un buen mordisco a sus fondos, y al final había perdonado la deuda que había venido a cobrar. ¿Qué le pasaba? Quizá estaba perdiendo la dura resolución granítica que durante tanto tiempo le había servido.

Recogió sus guantes, su sombrero y un par de los terrones de azúcar que guardaba como golosinas especiales para Majestic. El silbato del tren emitió dos breves pitidos y volvió a pensar en el anuncio sorpresa de su hermano. Aunque casarse con cualquiera sólo para aumentar las posesiones de tierras de los Gallager era totalmente ridículo, envidiaba a Walter. Su hermano tendría una familia. Un lugar al que pertenecer. Todo lo que Alan había rechazado para buscarse la vida a su manera.

Recogió su llave y se dirigió a la puerta. Cuando su padre había abordado por primera vez el tema del matrimonio de Alan con Susan, Alan simplemente no había sido capaz de imaginar veinte, treinta, tal vez cuarenta años de sentarse frente a ella en la mesa de la cena con poco más que decir que “pásame la sal” y “¿crees que podría llover?”. Quería una mujer que compartiera su curiosidad por el mundo, que supiera lo que pensaba de las cosas y no temiera expresarlo. Alguien tan abierta, tan cálida y, sí, tan testaruda y obstinada como Jennifer Stewart.

Pero ella estaba prometida al librero y, aunque no estuviera, él tenía poco que ofrecerle.

Podrían pasar meses, un año quizás, antes de que las cosas se arreglaran en su banco de Londres y tuviera acceso a sus fondos. Mientras tanto, lo único que a ella le esperaba era una vida en una serie de habitaciones de hotel, su fortuna dependiente de cualquier trabajo que él pudiera encontrar para complementar su menguante cuenta bancaria. Ella se merecía algo mejor que eso. Mucho mejor.

Abajo, saludó con la cabeza al empleado de la habitación y se dirigió a la oficina de correos. Quizá fuera lo mejor. Quizá su padre tenía razón y Alan no era de los que se casan.



Jennifer se quedó quieta como la muerte en el rellano, mirando fijamente a Samuel y Heather. Por encima de ella, las ancianas hermanas Provost se asomaban por encima de la barandilla de la escalera, cada una de ellas agarrando un abanico, con las mejillas abultadas por las gotas de rapé. Una de ellas ronroneó su nombre, pero se había entumecido.

La señora Sandford se apresuró a entrar en el salón, secándose las manos en el delantal, con los ojos duros como piedras.

—Heather Dupree, ¿dónde demonios has estado?

Heather se rió y metió la mano en el pliegue del brazo de Samuel.

—He estado en Chicago. Y ahora soy la Sra. Chastain.

—Santo cielo. ¿Estás casada?

Jennifer se hundió en la alfombrada escalera y se rodeó las rodillas con los brazos. La habitación nadaba ante sus ojos. ¿Samuel, casado? ¿Con Heather? No podía ser verdad. Y, sin embargo, allí estaba, ruborizándose y riendo mientras su nueva esposa se burlaba de él antes de dirigir su atención a la señora Sandford, obsequiándola con los detalles del viaje en tren, la

ceremonia en el estudio del juez y su breve estancia de luna de miel en un elegante hotel de Chicago.

Samuel subió las escaleras y se sentó junto a Jennifer, trayendo consigo los olores de la colonia y el whisky. Le tendió la mano, pero ella se apartó como si el contacto de su piel fuera a quemarla. ¿Cómo podía afirmar que la amaba y seguir siendo tan descuidado con sus sentimientos?

La humillación, el arrepentimiento y una profunda tristeza la abrumaron. Últimamente se había sentido a la deriva en el mundo, con Samuel como su única atadura real. Ahora esa atadura se había roto. Sin embargo, ¿quién tenía la culpa sino ella? Si tan sólo hubiera seguido el consejo de Ada y se hubiera casado con Samuel cuando tuvo la oportunidad.

—Sé que estás conmocionada —comentó Samuel, con voz grave—. Y siento mucho darte la noticia de esta manera. Había planeado estar aquí antes, tener algo de tiempo para hablar contigo antes de hacer nuestro anuncio. Pero nos retrasamos en Chicago y…

—No tienes que explicarlo.

—Sí, tengo que hacerlo. Por favor, intenta ver las cosas desde mi punto de vista. Dios sabe que no quiero hacerte daño. Eres la mejor mujer que he conocido. Pero llevo mucho tiempo queriendo una esposa y un hogar propio, y parecía que tú nunca ibas a estar preparada.

Había estado lista para nombrar una fecha, pero ¿de qué serviría decírselo ahora? Estudió su rostro, tan querido para ella y, al mismo tiempo, incognoscible. Habría apostado su propia vida a que él la quería, pero al final no la había amado lo suficiente como para esperar hasta estar segura.

—¿Jennifer? —La expresión de Samuel era una mezcla de tristeza e incertidumbre—. Di algo.

—Estoy... aturdida. Creía que me querías. Nunca soñé que pudieras cambiar de lealtad tan

fácilmente.

Se sonrojó.

—A mí también me pilló por sorpresa.

La Sra. Sandford y Heather se dirigieron a la cocina. Durante varios largos minutos, Jennifer permaneció sentada junto a Samuel, escuchando los sonidos de la calle y el repiqueteo de la rama de un árbol contra las ventanas del salón. Ahora que la realidad iba calando poco a poco, se sentía extrañamente tranquila y resignada. Tal vez Dios tenía otro plan en mente para ella, uno que no incluía un marido y un hogar.

Samuel se aclaró la garganta.

—Eres una buena mujer, Jennifer. Pero llegó Heather, y nos llevábamos tan bien que parecía que estaba destinado a ser, y…

Ella le puso una mano suavemente en el brazo.

—Felicidades, Samuel. Espero de verdad que seas feliz. Te lo mereces.

—¿No estás enfadada conmigo?

—Supongo que no puedo culparte por haberme abandonado. —Consiguió esbozar una débil sonrisa—. Estoy confundida. Sobre muchas cosas. Pero no estoy enfadada contigo. ¿De qué serviría?

Entonces se relajó.

—Me alegro.

—Me sorprende que hayas ido hasta Chicago cuando el reverendo Patterson podría haberte casado aquí mismo.

—Fue idea de Heather.

—Estoy segura.

—Ella quería una bonita luna de miel lejos de la gente que pudiera cotillear sobre nosotros dos. Lo repentino que fue y todo eso.

—No creas que la gente no hablará ahora. Lo harán. Pero no debes dejar que eso arruine tu felicidad.

Samuel le apretó la mano.

—Nunca he tenido una amiga mejor que tú.

—Yo siento lo mismo. Quizá estábamos destinados a ser amigos y no marido y mujer.

—Espero que las dos cosas no resulten ser mutuamente excluyentes. Sería duro ir por la vida casado con alguien que no te gustara. —Desplazó su peso sobre la estrecha escalera—. Esto no tiene por qué cambiar las cosas en la tienda, ¿sabes? Puedes seguir trabajando allí, como antes. Sólo que ahora también tendremos a Heather para ayudar.

Jennifer le miró fijamente. Era otra vez la situación con Laura Russell. Maridos y mujeres construyendo sus vidas de dos en dos, y Jennifer la rara.

—No lo creo —dijo ella—. Tener a dos mujeres a cargo de algo nunca funciona muy bien.

—Pero Heather no sabe nada de llevar una librería. Pensé que tú podrías enseñarle.

—Puedes enseñarle lo que necesite saber.

—¿Y qué hay de tu sociedad femenina de libros?

—No tuvo mucho éxito. —La realización todavía le escocía. Sentía como si las mujeres de Oakwood Hall la hubieran rechazado, no sólo su idea.

—Pero puede que prospere —dijo Samuel—, si sigues con ello.

Justo entonces Heather cruzó el salón y subió las escaleras a toda prisa, con el crujido de sus faldas rosas. Saludó con la cabeza a Jennifer y sonrió a Samuel.

—Voy a subir a recoger el resto de mis cosas. No tardaré.

Samuel sonrió a su esposa.

—Tómate tu tiempo, querida.

Aunque Jennifer se estaba resignando rápidamente a la situación, oír el cariño de Samuel y ver la forma tan adorable en que él y Heather se miraban era más de lo que podía soportar. Se puso en pie.

—Debo ayudar a la Sra. Sandford.

Se levantó.

—Jennifer…

—Dejé algunas de mis cosas en la tienda. Las recogeré por la mañana.

—Sé que esto ha sido un shock. Pero me gustaría que te tomaras un tiempo para reconsiderarlo.

—Podría pensarlo cien años, pero no cambiaré de opinión.

—¿Cómo te ganarás la vida? —preguntó Samuel.

—Aún tengo unos pocos dólares. Ahora que Heather no vivirá aquí, quizá pueda trabajar para la Sra. Sandford Ella planea arreglar el lugar antes de que los visitantes del Día de la Raza lleguen a la ciudad. Necesitará ayuda fregando suelos y lavando cortinas.

—Ese trabajo es necesario, pero es un desperdicio de tu inteligencia.

Ella se encogió de hombros.

—Es un trabajo honrado, no es diferente de trabajar en la granja. Además, con tanta gente por aquí sin trabajo, estaré agradecida de tener cualquier cosa.

—Cierto, supongo. He oído que tu hermano ha ido al norte a buscar trabajo. ¿Cómo le va? ¿Ha tenido suerte?

Heather apareció sobre ellos arrastrando un baúl maltrecho y una maleta más pequeña.

—Samuel cariño, ¿puedes echarme una mano?

—Ya voy, cariño.

Samuel subió las escaleras a saltos, cogió el equipaje y lo bajó. Heather le siguió. Cuando llegó hasta Jennifer, le pasó un brazo por los hombros y le susurró:

—Lo siento mucho.

—¿Lo sientes? —Heather y ella no eran exactamente amigas, pero Jennifer seguía sintiéndose traicionada. ¿Había hablado Heather de ella con Samuel? ¿Se habían reído juntos de ella? ¿Sentía Heather lástima por ella, la aspirante a novia despechada, o sólo sentía triunfo por haberle robado a Samuel tan fácilmente?

Jennifer los observó salir del hotel. Con los brazos en alto, la señora Sandford se volvió hacia Jennifer.

—No puedo imaginar qué demonios poseyó a Samuel Chastain. Pensé que vosotros dos erais…

Jennifer sacudió la cabeza. Si se cansaba de hablar, podría llorar. ¿Y de qué servían las lágrimas?

—No tiene ningún sentido. —La Sra. Sandford hizo un sonido de *tsk-tsk*—. Bueno, creo que no nos corresponde a ti ni a mí averiguarlo. Dios se mueve de maneras misteriosas, y este matrimonio seguramente debe ser el misterio de los siglos.

Antes de que Jennifer pudiera replicar, Emma Ryan entró apresuradamente en el hotel, con los ojos brillantes.

—Lo hicieron. Realmente se fugaron y nadie sospechó nada.

La Sra. Sandford frunció el ceño.

—¿Qué sabes de este asunto?

Emma sonrió.

—Fue lo más romántico que he oído nunca. Tenía que ayudar. Así que me inventé la historia de que necesitaba un vestido nuevo para cubrir a Heather mientras cogía el tren. No fue fácil, entrando y saliendo todo el fin de semana, fingiendo que estaba aquí cuando en realidad no lo estaba. Pero engañamos a todo el mundo.

—Desde luego que lo hicisteis. —Jennifer se giró—. Disculpar. Voy a subir a mi habitación.

—¿Qué pasa con… oh piedad? —Emma se tapó la boca con una mano—. Jennifer. Yo... ¡debes sentirte horrible! Nunca quise… —Con la cara roja, se dio la vuelta y huyó.

—No has cenado, Jennifer. —La Sra. Sandford puso un brazo alrededor del hombro de Jennifer—. He hecho una nueva hornada de bizcochos y ha sobrado algo de jamón de ayer.

—No tengo hambre.

—Escúchame. Esto ha sido un shock, no hay duda. Pero debes poner tu confianza en el Señor. Él siempre sabe lo que es mejor para nosotros, hija, incluso cuando creemos saberlo mejor.

—Ya lo sé. —¿No había dicho lo mismo su difunta abuela?

La abuela Bell rara vez se había aventurado a salir de su cabaña de montaña en el lado más alejado de Muddy Hollow. Pequeña, enjuta y dura como un nudo de pino, nunca había aprendido a leer ni a escribir, pero había sido un manantial de sentido común y de fe inquebrantable.

—Por favor, discúlpame. —Subió las escaleras hasta su habitación justo cuando chillaba el silbato del tren. Se hundió en su cama y cerró los ojos. Michael se había ido, engullido por la arenilla y el ruido de Chicago, y enfadado con ella. Y ahora Samuel también estaba perdido para ella.

¿Cuánta decepción y tristeza más puedo soportar, querido Señor? Si tienes algo mejor en mente, ¿podrías, por favor, hacérmelo saber?

¿Y pronto?

Capítulo 14

En el pequeño almacén de la parte trasera de la librería, Jennifer encontró una caja vacía. La llevó hasta la entrada y la puso sobre el mostrador. Salió el sol, enviando rayos de luz de finales de agosto a través de las cortinas cerradas. Fuera, salvo por el paso ocasional de un camión o una carreta, la calle estaba tranquila.

Moviéndose rápidamente por la ahora familiar tienda, Jennifer recogió los objetos personales que se habían acumulado desde que había venido a trabajar aquí: un abanico de encaje, una sombrilla, una taza de café desconchada. Tenía la intención de marcharse mucho antes de que llegaran Samuel y Heather. Verlos a los dos juntos sería demasiado incómodo. Dolería demasiado y se sentiría como una intrusión en su felicidad de recién casados.

India saltó sobre la encimera y metió la nariz en la caja, maullando ruidosamente. Jennifer cogió a la gata y le acarició la cara.

—Lo sé, dulce niña. Yo también te echaré de menos.

Poniendo a India de pie, Jennifer guardó la lista de libros que había planeado recomendar a la sociedad del libro y un pequeño diario encuadernado en piel que había estado demasiado ocupada para guardar. India la siguió, maullando, con la cola erguida en el aire.

Jennifer echó un último vistazo a su alrededor, sintiendo como si una vez más abandonara su hogar, renunciando a algo en cuya construcción había participado. Por supuesto que podría visitar la tienda en cualquier momento, pero nunca sería lo mismo.

—Adiós —susurró a India. Levantó la caja y la llevó fuera, cerrando la puerta tras ella. Cegada por las lágrimas, se topó de bruces con un hombre que se apresuraba por la calle, con un fardo de ropa limpia metido bajo el brazo.

—Oh, lo siento mucho. Sr. Gallager.

El domador de caballos se tocó el ala del sombrero y le sonrió.

—Buenos días, Sra. Stewart. Se ha levantado temprano.

Ella movió el cajón.

—Estoy trasladando estas cosas al hotel.

—¿Ah, sí? Parece que cada vez que nos vemos, estás mudándote a algún sitio. —Sonrió.

A ella se le cortó la respiración. Cielos, ¿por qué tenía que parecer tan absolutamente encantador a una hora tan temprana? La atracción que había sentido por él desde el principio se abalanzó sobre ella como una ola rebelde. Jennifer sonrió.

—Así parece.

—Permítame. —Alargó la mano hacia su cajón y colocó encima su fardo de ropa sucia.

—Es muy amable, pero puedo arreglármelas.

—Me temo que debo insistir. ¿Cómo se vería si la gente me viera dejándola llevar sus propias cosas?

—Muy bien. Si se trata de preservar su reputación.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Me temo que es demasiado tarde para preocuparse por mi reputación. Soy una causa perdida.

Jennifer lo estudió mientras avanzaban por la calle. Había mucho en él que merecía la pena

salvar, desde su genuina preocupación por los demás hasta su habilidad con los caballos y sus impecables modales. Por no hablar de su buen aspecto. Pero el Sr. Gallager parecía resignado a su destino, incluso alegre por ello. Tal vez cultivaba su papel de pícaro encantador. Tal vez, en el fondo, se deleitaba en él, prefiriendo el aislamiento y la desaprobación a ser simplemente ordinario. Y Alan Gallager estaba tan lejos de ser corriente como una persona podía llegar a serlo. Fueran cuales fueran sus motivos, el hecho era que cuando él estaba cerca, ella no podía apartar la mirada.

Llegaron al mercantil justo cuando Jasper Hamilton salía con su escoba, y un trapo húmedo metido en el bolsillo trasero.

—Buenos días, señor. —Alan saludó a Jasper con la cabeza.

El tendero entrecerró los ojos y frunció el ceño mirando a Jennifer antes de escupir un chorro de jugo de tabaco a la calle. Barrió la acera frente a su tienda, sacó el trapo del bolsillo y lavó el escaparate hasta dejarlo reluciente, todo ello sin decir una palabra.

—¿Lo ve? —Alan movió la caja en sus brazos mientras continuaban hacia el Verandah—. A la gente de por aquí no le caigo muy bien. Hasta el tendero me desaprueba.

—No juzgue a todo el mundo por el Sr. Hamilton —dijo Jennifer—. Tarda mucho en apreciar a los extraños.

Se acercaron a la barbería y al banco. El Sr. Peterson llegó justo cuando pasaban. Saltó de su aparejo, ató su caballo a la barandilla y le hizo señas a Alan para que se acercara.

—¿Cómo está Majestic? Quise llegar a tiempo ayer para verlo trabajar. Buenos días, señora Stewart.

—Sr. Peterson. —Jennifer miró calle abajo hacia la librería y la oficina del sheriff en el extremo opuesto de la calle. Todo estaba tranquilo en la librería, pero Eli McCracken se detuvo, abrió su oficina y desapareció en el interior. Dos hombres esperaban fuera de la caballeriza. De

la panadería emanaban olores tentadores. Todo el mundo tenía algo importante que hacer, algún lugar en el que estar. Excepto ella.

—...estará bien para el día de la carrera —dijo Alan—. Una espinilla doblada es común en caballos jóvenes que no han crecido del todo y que están siendo muy entrenados. Puede que haya empujado a Majestic un poco demasiado fuerte.

—¿Pero se pondrá bien?

—Absolutamente. Lo he estado descansando los últimos días, trabajando el dolor. En uno o dos días más estará en plena forma.

El banquero asintió.

—Cuento con usted, Sr. Gallager. Ayer mismo recibí un telegrama de los Winston de Lexington. Arthur Winston tiene la intención de inscribir a Bold Prince en nuestra pequeña carrera. Le daría a la gente una gran emoción si Majestic pudiera vencer a ese Purasangre de Kentucky.

—Haré lo que pueda.

Un tren entró en la estación, con el motor agitándose y silbando. Una nube de vapor se elevó hacia los árboles. El Sr. Peterson consultó su reloj de bolsillo.

—Creo que debería ponerme a trabajar. Mi cajero está hoy de baja por la gripe. Buenos días, señor. —Se tiró del ala de su sombrero—. A usted también, señora Stewart.

Momentos después Jennifer y Alan llegaron a la veranda. La Sra. Sandford estaba levantada; los olores a café y a lomo impregnaban el aire. Pasos, seguidos de risas de niñas, sonaban en lo alto. Josie y Emma también estaban despiertas. Jennifer temía enfrentarse a ellas, pero ¿adónde más podía ir?

—¿A dónde quiere esta caja, Sra. Stewart? —Alan le sonrió, con la mirada llena de admirativo interés.

—El salón estará bien. Y gracias por su ayuda. Ha sido muy amable.

—No ha sido ninguna molestia. —Dejó la caja en el suelo junto a la escalera. El reloj del salón dio la hora—. Supongo que volverá a la librería. Tengo entendido que últimamente se ha vuelto indispensable para el Sr. Chastain.

Antes de que Jennifer pudiera responder, Emma y Josie bajaron las escaleras a toda velocidad. Apenas saludaron con la cabeza a Alan antes de que Josie soltara:

—Jennifer. No puedo creer que el Sr. Chastain te haya abandonado para casarse con otra. Debes tener el corazón roto, pobrecita.

—Así es —murmuró Alan—. Por eso trasladó sus cosas.

—Qué descaro, huir así y dejarte a cargo de su tienda mientras él retozaba en un lujoso hotel con su nueva esposa. —Los ojos de Josie brillaron—. No puedo creer que alguien tan refinado como Samuel se casara con una mujer como Heather.

—¿Heather? —Alan ladró la palabra, haciendo que Jennifer diera un respingo—. ¿El librero se ha casado con *Heather Dupree*?

Emma dio un enfático asentimiento con la cabeza que hizo que sus rizos bailaran alrededor de su cara.

—Se fugaron a Chicago. Yo ayudé.

—Dio santo. —Alan sacudió la cabeza antes de estallar en carcajadas—. Lo ha vuelto a hacer.

—¿Hacer qué otra vez? —preguntó Emma.

—No importa. Si me disculpan, señoras, debo irme. —Asintió a Jennifer y se dirigió a la puerta, sacudiendo la cabeza y murmurando para sí—. Heather, Heather, ¿qué demonios estás tramando ahora?

Capítulo 15

Alan se secó el sudor de la frente y se protegió los ojos de la brillante luz de finales de agosto. A lo lejos, una espesa capa de nubes gris azuladas colgaba como humo sobre las montañas. Las laderas boscosas eran una mancha de ámbar y verde, precursora del color otoñal. Un viejo dolor se alzó en su pecho, una añoranza del otoño en las tierras bajas de Carolina, cuando la hierba ondulaba en los pantanos como campos de trigo y la brisa del Atlántico se volvía cortante y fresca. Quizá la gente de allí ya estaba pensando también en su Semana de la Raza.

¿Seguían celebrando este tipo de eventos? Probablemente no.

Apoyado en la valla, Alan observó a Majestic trotar por el prado. El dolor que le había preocupado se había curado. Moviendo la cola, Majestic corría por el pasto, sacudiendo la cabeza como si no le importara nada. Alan sopló el silbato de hojalata que había comprado en el mercantil. La explosión resultante no era tan fuerte como el silbato de un tren real, por supuesto, pero esperaba que el sonido aclimatara a Majestic y curara la timidez del caballo en la ciudad. No había nada peor para un jinete que una montura que se asustaba en la línea de salida.

El sonido de los cascos de los caballos llamó su atención. Jennifer Stewart guiaba su aparejo por la carretera, su pelo cobrizo bajo su elegante sombrero de paja brillaba a la luz. Saludó con la mano y ella condujo por el largo carril curvo hasta la casa de los Peterson.

Alan se secó la cara con el pañuelo y se pasó los dedos por el pelo alborotado por el viento.

—Sra. Stewart. Qué maravillosa sorpresa. ¿Qué la trae por aquí?

Ella detuvo el aparejo y salió, alisándose las faldas mientras cruzaba la corta distancia que los separaba.

—Hace algún tiempo usted me invitó a ver cómo entrenaba a Majestic, pero entonces no tuve la libertad de aceptar. Ahora si lo estoy.

—Ya veo. —Se metió los guantes de montar en el bolsillo trasero—. Esto no tendrá nada que ver con el Sr. Chastain, ¿verdad?

Sus ojos brillaron.

—Por supuesto que no. He sentido curiosidad por ese caballo desde que casi me atropella. Así que alquilé un aparejo en la caballeriza del Sr. Tanner y vine a ver por mí mismo cómo se doma una montura tan briosa.

Alan intentó pero no consiguió ocultar una sonrisa.

—Del mismo modo que se doma a una mujer fogosa, supongo. Con infinita paciencia y afecto.

Jennifer frunció el ceño.

—¿Es así como piensa del sexo débil, Sr. Gallager? ¿Como bestias a las que moldear a su voluntad?

Él sonrió.

—Le ruego me disculpe. Una mala elección de palabras. —Su mirada se dirigió al prado, donde Majestic estaba de pie segando hierba—. Estoy a punto de darle algo de práctica corriendo con otros caballos. —Señaló hacia su propio caballo que permanecía plácidamente en la puerta —. Quizás le gustaría montar conmigo.

—No he montado mucho desde que era niña, y entonces sólo eran los caballos de nuestra

granja. Quizá sea mejor que me siente aquí y mire.

—¿Sentarse y mirar? Esa sí que es una forma de desperdiciar una vida perfectamente buena. ¿Dónde está su sentido de la aventura? —El viento levantó sus rizos y puso a bailar las cintas de su sombrero. No pudo evitar fijarse en lo joven y vulnerable que parecía—. No dejaré que te caigas, Jennifer.

Los ojos de ella se abrieron de par en par al oír su nombre de pila, y él quedó impresionado de nuevo por su belleza. ¿Sabía ella lo atractiva que parecía con su sencillo vestido azul y su sombrero de paja, el sol iluminando su rostro?

—No quiero ser presuntuoso —prosiguió—, pero nos conocemos desde hace algunos meses. Y me gusta cómo suena tu nombre. ¿Te importaría mucho si nos tuteáramos y te llamara Jennifer? —Piedad, pero olía bien, como a pan fresco y jabón de lujo. Y a flores de verano. A jazmín quizá. Luchó contra el impulso de besarla.

—Me gustaría. Si puedo llamarte Alan.

—Por favor, hazlo. —Le pasó el brazo por el suyo y cruzaron el camino sombreado hasta la puerta donde estaba su caballo. Alan cogió las riendas, se balanceó en la silla de montar y le tendió la mano—. Pon tu pie izquierdo en el estribo, y te ayudaré a subir.

Ella consiguió hacer pie y le tendió la mano. Él la ayudó a levantarse, complacido de que ella no hubiera dudado en pasar la pierna derecha por encima de la silla de montar. Ella se acomodó contra él, su calor presionando su espalda. Giró la cabeza para mirarla por encima del hombro.

—¿Todo listo?

—Creo que sí.

—Pon los brazos alrededor de mi cintura y agárrate fuerte.

Pateó el caballo a un galope suave y cruzaron el prado.

Majestic levantó la cabeza y bailó de lado mientras se acercaban.

Alan aminoró la marcha de su caballo y se detuvo junto al caballo negro.

—Tranquilo, Majestic. Tranquilo.

Se asomó y tomó la brida de Majestic, acercando a los dos caballos. Majestic sopló y sacudió la cabeza. Alan rió suavemente y frotó el hocico de Majestic.

Majestic se quedó quieto, con los músculos temblando bajo su aterciopelada piel negra. Alan sintió que los brazos de Jennifer se endurecían contra su espalda. Era tan asustadiza como el caballo.

—Relájate, Jennifer —le dijo, con la voz baja—. No te pongas nerviosa o lo asustarás. Pensará que tienes miedo.

—Tengo miedo —susurró ella—. Hay un largo camino hasta el suelo desde aquí arriba.

Manteniendo una mano firme en la brida de Majestic, hizo girar a ambos caballos hasta que estuvieron frente a un pequeño estanque al final del pasto.

—Vamos a empezar despacio y luego los dejaremos correr. Agárrate fuerte.

Pateó a Delilah al galope. Majestic se agitó, luego se estabilizó y galopó a su lado, con su espesa crin fluyendo tras él. Jennifer se inclinó hacia delante, con ambos brazos fuertemente agarrados alrededor del centro de Alan, su mejilla apoyada contra su espalda. Alan instó a Delilah a seguir. Los caballos volaron por el prado, nubes de polvo gris levantándose a su alrededor. Consumido por una inesperada oleada de alegría, Alan rió a carcajadas.

Demasiado pronto llegaron al estanque. Alan echó el freno, pero Majestic giró de repente y los golpeó, haciendo que Delilah luchara por agarrarse al borde fangoso del estanque. Instintivamente, Alan se retorció en la silla para calmar a Majestic, y sintió que Jennifer perdía el agarre.

—Sujétate.

—¡No puedo!

Agarró su mano, pero ella se deslizó lateralmente del caballo y aterrizó con un pie en el estanque. Su sombrero de paja rodó por la hierba y fue a parar a un parche de hierba alta. Alan desmontó y se inclinó sobre ella.

—¿Estás herida?

—Sólo mi orgullo. —Ella se incorporó—. Estoy un poco sin aliento, eso es todo.

Él la ayudó a ponerse en pie, con la vergüenza y la culpa recorriéndole. ¿Por qué había sido tan estúpido, queriendo lucirse ante ella?

—Nunca debí haberte convencido de esto. Lo siento muchísimo.

—Yo no. —Jennifer se rió y recuperó su sombrero.

Él sonrió, aliviado.

—¿No estás enfadada conmigo?

—Cielos, no. —Se quitó la suciedad de la falda—. Esto es lo más divertido que he hecho en años.

Cogió las riendas y condujo a los dos caballos hacia el establo. A cada paso, el zapato mojado de Jennifer sonaba, provocándole carcajadas. Alan rió también, deseando que este momento no tuviera que acabar nunca.

Condujo a Majestic a su establo y le dio un cubo de agua.

—Tendré que ocuparme de ellos en un minuto, pero antes te acompañaré a tu aparejo.

Juntos cruzaron la suave pendiente que conducía a la barandilla de enganche. Observó cómo Jennifer contemplaba la extensión de pastos verdes tras las vallas blancas, los altísimos árboles que salpicaban el amplio césped que conducía a la casa de los Peterson. Se volvió hacia

él, con los labios ligeramente entreabiertos y los ojos brillantes.

—¿No es un lugar maravilloso?

—¿Nunca habías estado aquí antes?

—Sólo de pasada de vez en cuando. La verdad es que nunca me había fijado en lo hermoso que es. Puedo imaginar lo encantador que sería vivir aquí. ¿Verdad?

Él estudió su rostro. ¿Estaba ella buscando pistas, evaluando su potencial como marido? Después de todo, ese canalla de Chastain le había roto el corazón. Y la honesta verdad era que Jennifer Stewart ya no era una niña. Miró más allá de su hombro hacia el granero, ahora bañado por la luz del sol de finales de verano.

—Es un lugar bonito, sin duda. Tan bueno como cualquiera, si un hombre es de los que se asientan. Pero esa no es una vida para mí.

—Ya veo.

¿Estaba decepcionada o se estaba halagando a sí mismo?

—Supongo que nací inquieto, Jennifer. Mi padre intentó asentarme. Estuve entrando y saliendo de internados hasta que casi crecí. Pero siempre encontraba alguna manera de que me despidieran.

—Entonces no eres del tipo estudioso.

—Oh, me gustaban bastante las clases. E hice algunos buenos amigos por el camino. Eran las reglas y las expectativas lo que no podía soportar. Me gusta ir y venir sin dar explicaciones a nadie.

Ella le miró, con una extraña luz en los ojos.

—¿De qué huyes, Alan?

—¿Es lo que crees?

—Es lo que me parece.

—Pues en eso te equivocas. Quiero experimentar lo más posible de la vida, para no tener remordimientos cuando la vela finalmente se consuma y se apague. Eso es más fácil de hacer cuando otras personas no dependen de mí.

Llegaron a la carretera. La ayudó a entrar en la calesa y le entregó las riendas.

—Si prometes volver, yo...

Se interrumpió cuando una calesa traqueteó por la carretera.

Jennifer se volvió.

—Son la Sra. Spencer y Mariah Whiting. Me pregunto qué estarán haciendo aquí.

—Probablemente se estén preguntando lo mismo de ti.

La Sra. Spencer detuvo el aparejo en la carretera.

—¿Jennifer Stewart? Pensé que eras tú, pero luego le dije a Mariah, seguramente...

Jennifer escondió su zapato cubierto de barro bajo la falda y se enderezó el sombrero.

—Hola, Eugenie. Mariah.

Mariah asintió, con expresión recelosa.

—Recuerdas al Sr. Gallager. Lo conociste en la boda de Michael.

—Lo recordamos —aseguró Eugenie.

Alan asintió y se cruzó de brazos, esperando mientras Mariah se fijaba en la polvorienta falda de Jennifer y el sombrero atado apresuradamente.

—Sra. Spencer, Sra. Whiting. Un placer volver a verlas a las dos.

—Jennifer —dijo Mariah al fin—. ¿Crees que es apropiado, estar aquí a solas con alguien que apenas conocemos?

Alan no esperó la respuesta de Jennifer. Sonrió a ambas mujeres y dijo:

—No te culpo por estar preocupada por tu amiga, pero te aseguro que no ha pasado nada desagradable.

Eugenie resopló.

—No deseo ser descortés…

—Entonces no lo seas. —Jennifer cogió las riendas y sonrió a Alan—. Gracias por la lección de equitación, Sr. Gallager. He disfrutado bastante.

Capítulo 16

El cubo de harina de la cocina del Verandah estaba casi vacío. Jennifer espolvoreó una cucharada sobre la tabla de madera para repostería e hizo una nota mental para recordarle a la señora Sandford que comprara más. Después de la iglesia, el domingo pasado, el reverendo Patterson había pedido voluntarios para hornear pan para varias familias campesinas que tenían dificultades para mantener la comida en la mesa, y la señora Sandford la había apuntado. Terminó de amasar la masa y la dejó a un lado para que subiera. Hubiera preferido que se lo pidieran directamente, pero estaba demasiado agradecida por tener algo útil que hacer como para armar un escándalo por ello. Sin su trabajo en la librería, se sentía sin rumbo e inquieta.

Al menos había mucho que hacer en el hotel, y estaba agradecida por la modesta paga que le ofrecía la señora Sandford Mientras esperaba la masa, ordenó la cocina, llenó las lámparas de aceite y barrió y quitó el polvo del salón. Cuando la masa estuvo lista, la levantó del cuenco de loza amarilla, la golpeó, espolvoreó más harina y cogió el rodillo.

Cuando hubo terminado de amasarlas Jennifer colocó las hogazas en las cacerolas engrasadas y las metió en el horno para cocerlas, haciendo una mueca de dolor cuando un músculo dolorido protestó. La mañana después de su paseo con Alan, se había dado cuenta de que le había salido un moratón del tamaño de un puño en el muslo. Ahora estaba desapareciendo, pero el dolor persistía. Aun así, el regocijo de volar por el prado a bordo del caballo de Alan, con los brazos enroscados alrededor de su firme cintura, había merecido cada pizca de incomodidad,

incluso la desaprobación de Mariah. Había necesitado ese breve respiro de las tribulaciones de su propia vida.

El reloj del salón dio las campanadas. Josie Sandford, sombrero en mano, se deslizó por la barandilla y aterrizó con un golpe seco en la alfombra del pasillo. Sonrió a Jennifer, con una mirada juguetona.

—Es un truco que aprendí de los niños Grayson. Pero no se lo digas a la tía Maisy. Le daría un ataque de nervios. —Josie cogió su sombrero del perchero de la esquina—. Ella cree que debo comportarme como una dama.

Jennifer luchó contra una puñalada de envidia. A pesar de la dificultad de cuidar a tantos niños, Josie parecía estar disfrutando de su vida. Nunca en su vida Jennifer se había sentido joven y despreocupada.

—Algún día te enseñaré cómo se hace —afirmó Josie—. Pero hoy no. Ya llego tarde. Guárdame un trozo de tu maravilloso pan, ¿vale?

—Es para...

—Caridad. No importa. —Josie se puso el sombrero de paja y ató las brillantes cintas verdes en un coqueto lazo bajo su barbilla—. Estoy segura de que el reverendo Patterson agradece su ayuda. —Suspiró—. Si las cosas no mejoran pronto por aquí, no estoy segura de que la tía Maisy pueda permitirse mantener este lugar abierto. Puede que acabemos necesitando caridad nosotros mismos.

Movió los dedos y se marchó, la puerta mosquitera se cerró de un golpe tras ella.

Al otro lado del camino, un hombre con bombín de fieltro entró en el banco. Dos mozos de molino salieron de la panadería cargados con sacos de papel blanco. Fuera del mercantil de Jasper Hamilton, un carretero detuvo su carro de mercancías justo cuando Mariah Whiting salía, con los brazos llenos de paquetes.

Jennifer sintió una punzada de culpabilidad. No debería haber hablado tan bruscamente a Mariah y Eugenie aquel día en casa del señor Peterson. A pesar de su evidente desaprobación, ella quería su amistad. Miró el reloj. El pan no estaría hecho hasta dentro de unos minutos. Se quitó el delantal y se apresuró a salir por la puerta.

Fuera de la tienda de vestidos de Amanda Hamilton, alcanzó a su amiga.

—¿Mariah?

La mujer del capataz del molino se volvió.

—Hola, Jennifer.

Los ojos marrones de Mariah, normalmente tan cálidos y vivos de luz y afecto, estaban recelosos. Se volvió para estudiar el vestido verde oscuro expuesto en el escaparate.

—Acabo de verte salir de la tienda del Sr. Hamilton y he venido a disculparme. —Jennifer puso una mano en el brazo de Mariah—. No era mi intención hablaros tan duramente a ti y a Eugenie el otro día. No sé qué me poseyó, de verdad.

—Eugenie y yo sabemos muy bien lo que te poseyó. Y estamos muy preocupadas por ti. —Mariah se dio la vuelta, sus faldas barriendo la acera—. El Sr. Gallager no es un caballero apropiado.

Miró a dos mujeres que venían por la calle y bajó la voz.

—Su hermano vino a visitarlo, desde Charleston, y el Sr. Gallager lo rechazó. A su propio pariente. Y lo que es peor, dicen que frecuenta esa repugnante casa de juego de Two Creeks.

Jennifer luchó contra una punzada de decepción. No quería que nada estropeara su impresión de Alan.

—¿Estás segura? Ya sabes cómo le gusta a la gente cotillear.

Mariah asintió con énfasis.

—Sé muy bien cómo le gusta a la gente cotillear. Por eso Eugenie y yo estamos tan preocupadas por ti. No queremos que arruines tu reputación por andar en compañía de gente como Alan Gallager. —Dio unas palmaditas en el brazo de Jennifer—. Incluso si las habladurías sobre él no son ciertas, después del día de la carrera se habrá ido, ¿y entonces qué? Si insistes en confraternizar con él, ningún hombre respetable te querrá.

—No importa. He renunciado a encontrar el amor.

La expresión de Mariah se suavizó.

—Aún estás en estado de shock por lo de Samuel y Heather. Pero eso no es excusa para liarse con el Sr. Gallager. Esta obsesión con él no es propia de ti, Jennifer.

—Lo sé. Ni yo misma lo entiendo.

Mariah cambió los paquetes al otro brazo y miró hacia la calle.

—Ahí viene Sage. No debería hacerle esperar. Se preocupa por el molino cada momento que está lejos de él.

Jennifer asintió.

—Te veré en la iglesia el domingo.

Mariah saludó y se apresuró a bajar por la acera. Jennifer vio cómo Sage guardaba los paquetes en su carro y se alejaban. Jennifer se dirigió de nuevo al Verandah, con los pensamientos acelerados, sus sentimientos una mezcla de conmoción y decepción. No se había enterado de las visitas de Alan a la casa de juego. No le extrañaba que la gente hablara. Por otra parte, según los libros que leyó, el juego entre hombres prominentes era una práctica aceptada en las Carolinas. O al menos lo había sido antes de la guerra, cuando los esclavos hacían todo el trabajo y no había nada más en lo que ocupar las horas de un caballero. ¿Era culpa de Alan que algunos en Oakwood Hall no se dieran cuenta de eso?

Cabizbaja, pasó por delante de la barbería justo cuando la puerta se abrió y un hombre

salió a toda prisa.

—Vaya... bueno, hola, Jennifer.

Alan, que olía maravillosamente a ron de laurel y jabón de afeitar, le sonrió.

—Parece que siempre nos cruzamos. Literalmente.

Ella le devolvió la sonrisa, atónita por lo feliz que se sentía de verle. De lo rápido que el sonido de su voz aligeró su malhumor. Le encantaba el sonido de su nombre en sus labios, su sonrisa amplia y segura y sus ojos oscuros.

Le ofreció su brazo.

—¿Adónde vas?

—Al Verandah. Tengo seis barras de pan en el horno.

Sonrió y le pasó un dedo por la mejilla, haciendo que los nervios le recorrieran la espina dorsal.

—Eso explica la mancha de harina.

El calor le inundó la cara.

—Vi a una amiga en la calle y quise alcanzarla antes de que se escapara.

—La Sra. Whiting, ¿verdad? La vi a través de la ventana de la barbería.

—Sí, Mariah. Nos conocemos desde hace años.

—Y ella te advirtió que no te mezclaras con gente como yo.

—No, ella estaba...

—No pasa nada. Estoy acostumbrado a ser el nuevo en la ciudad, un desconocido, por así decirlo. —Señaló con la cabeza a un par de hombres que se cruzaban con ellos en la acera—. Lo último que quiero es hacerte infeliz, Jennifer.

Su corazón dio un vuelco. Algo estaba creciendo entre ellos, algo que la hacía sentirse hermosa y viva. ¿Cómo podía descartarlo tan fácilmente?

Llegaron a la veranda. Él se detuvo, con un pie en el último escalón del porche.

—Mientras nos entendamos, me gustaría mucho tener el placer de su compañía. ¿Qué tal otra lección de equitación algún día de estos?

¿Y si, al final, la decepcionaba? ¿Que le destrozara el corazón? Al menos tendría unas semanas de felicidad.

Ella le sonrió.

—Me encantaría.

Capítulo 17

Jennifer se deslizó hasta el último banco de la iglesia de ladrillo rojo y se quitó los guantes cortos de encaje. La reunión estaba muy avanzada. Delante, Eugenie Spencer hablaba a un pequeño grupo de mujeres encaramadas unas junto a otras en el primer banco como pájaros en un alambre. A través de la ventana abierta llegaba el clopping de los cascos de los caballos.

—… necesitaremos varias señoras que se encarguen de la decoración este año —dijo Eugenie—. Mariah ha aceptado ayudar y tocar el piano para el servicio de Nochebuena.

Molly Scott, la esposa del alcalde, tomó la palabra.

—Creo que puedo conseguir que Hiram nos corte un árbol de Navidad cuando llegue el momento. Y también puedo ayudar con los adornos. —Sacudió la cabeza—. Sí que echo de menos a los huérfanos. La Sra. Lowell los tenía entrenados en un coro muy bonito.

—¿Qué pasó con esos niños? —preguntó Heather.

Estaba sentada cerca de la parte delantera de la iglesia junto a Deborah Patterson, la esposa del ministro. La luz coloreada de la vidriera sobre el púlpito jugaba sobre el cabello oscuro de Heather. Hoy llevaba un sencillo vestido de muselina de color marfil salpicado de capullos de rosa y un chal a juego. Incluso con el vestido sin adornos, era fácilmente la mujer más guapa de la sala. No era de extrañar que hubiera hecho volver la cabeza a Samuel.

—Algunos crecieron y se fueron y tengo entendido que algunos de los pequeños encontraron hogares. —Molly se giró en su banco para mirar a Heather—. Cuando se acabó el dinero, la Sra. Lowell no tuvo más remedio que cerrar las puertas. Se mudó a…

—Señoras. —Eugenie golpeó el podio para llamar su atención—. ¿Quién más se ofrecerá voluntaria para el desfile de este año? Hay trajes que coser, y hay mucho que hornear. Ya estamos en septiembre. La Navidad estará aquí antes de que nos demos cuenta.

Amanda Hamilton, de la tienda de vestidos, y Sarah Broome, la joven pálida que había sustituido a Laura Russell al frente de la oficina de telégrafos, levantaron la mano. Jennifer también levantó la mano. La repostería era lo único que se le daba bien.

Eugenie miró a su alrededor y garabateó en su cuaderno.

—Amanda y Sarah, os agradezco vuestra ayuda.

Jennifer frunció el ceño. ¿No había visto Eugenie también su mano en el aire?

—Y ahora, el día de la carrera —continuó Eugenie—. Le he pedido a la Sra. Peterson que nos hable de eso.

La esposa del banquero, vestida con metros de seda azul oscuro, un broche brillante en el hombro, se levantó y se dirigió a la parte delantera de la iglesia.

—Señoras, desgraciadamente hemos tenido un contratiempo. La imprenta de Knoxville que contratamos para hacer volantes para el evento ha cerrado temporalmente.

—Oh, cielos. —La Sra. Patterson habló por primera vez, sobresaltando a Jennifer. Normalmente, la esposa del ministro no decía ni una palabra y abandonaba la iglesia en cuanto concluía el sermón dominical. La señora Sandford decía que Deborah era inadecuada para el papel de esposa del pastor, pero a Jennifer le gustaba su expresión tranquila y su sonrisa amable. Quizá la señora Patterson era dolorosamente tímida.

—No tenemos forma de saber cuándo volverá a abrir la imprenta —continuó la Sra.

Peterson.

—Tengo entendido que están esperando una nueva pieza para la prensa de vapor. Con nuestro evento a sólo un mes más o menos, no podemos permitirnos esperar para correr la voz. Así que necesitamos que cada una de ustedes haga y distribuya carteles por todo Oakwood Hall. Envíen una copia a sus amigos y parientes que vivan en otros lugares. Cuanta más gente sepa del Día de la Carrera, mayor será la multitud potencial y mejor para nuestro pueblo. —Miró alrededor de la sala—. Estoy segura de que no tengo que decirles lo mucho que todo el mundo cuenta con su éxito.

Heather se puso en pie, agitando sus faldas de muselina.

—Mi marido llevará algunas copias a Knoxville para nosotros cuando vaya a visitar la universidad. Y bueno, sé que soy nueva aquí y todo eso, pero estaría dispuesta a conocer a los trenes entrantes e invitar personalmente a los visitantes a volver para el Día de la Carrera.

Molly se mordió el labio inferior.

—¿Un comité de bienvenida de una sola mujer? No estoy segura de eso, señora Chastain. A algunos podría no parecerles apropiado.

—Haré copias para que Sage las coloque en el molino —dijo Mariah—. Para los pocos hombres que quedan.

Jennifer pensó en Michael. No había habido una sola palabra suya desde que se había ido a Chicago. Seguramente ya sabía si encontraría o no trabajo en el astillero. Seguramente había escrito a su mujer. ¿Se encontraba bien? ¿Cómo le iba en la vaporosa y sucia ciudad? Desesperada como estaba por saber algo de él, no iba a mendigar la información a la insufrible Laura Russell.

La Sra. Peterson le entregó un folleto de muestra.

—Usen tinta negra, señoras. Se verá mejor. Asegúrense de terminarlos y publicarlos a más

tardar el día catorce. Eso da a la gente un mes para hacer planes para ver correr a Majestic.

—¿Y los otros caballos? —preguntó Mariah—. ¿Alguien ha oído algo al respecto?

—Mi marido se está ocupando de eso —dijo la Sra. Peterson—. Dos caballeros de Lauraland van a traer caballos, y también el Sr. Vaught del condado de Maury. El coronel Bruce de Kentucky también tiene previsto asistir. El coronel es un experto en el pedigrí del pura sangre.

Molly Scott asintió.

—Creo que es bueno para el negocio tener competencia de todas partes, pero Hiram apuesta por ese tal Gallager para que monte a Majestic hasta la victoria.

Jennifer reprimió una sonrisa. Cualquier mención al magnífico caballo y a su entrenador hacía que se le ablandaran las entrañas. Ella también apostaría por Alan si fuera del tipo de personas que apuestan. La manera de Alan con los caballos era algo raro y mágico.

—Bien entonces. —Eugenie se puso de pie—. Creo que con esto concluye nuestra reunión. Vayamos todas a casa y pongámonos a trabajar. Oakwood Hall depende de nosotras.

Con un susurro de polisones y enaguas, las mujeres se levantaron, charlando todas a la vez. Jennifer se escabulló por la puerta trasera, con la intención de hablar con Eugenie sobre la preparación de dulces para la celebración navideña. Aunque el pan era su especialidad, hornear galletas formaba parte de la tradición que compartía desde hacía mucho tiempo con Michael y sus amigos. Ahora, más que nunca, necesitaba un ritual familiar al que aferrarse.

—¿Jennifer? —Heather se colocó junto a ella y puso una mano en el brazo de Jennifer—. ¿Puedo preguntarte algo?

Jennifer asintió, con un ojo puesto en la puerta abierta. Eugenie y Mariah salieron juntas, las anchas alas de sus sombreros tocándose mientras hablaban.

—¿Qué demonios es una cuenta por cobrar? Samuel me dijo que revisara un libro mayor y las sumara todas, pero no estoy segura de lo que debo sumar. No quiero preguntarle. Ya piensa

que soy tonta como el poste de una valla.

Bueno, ¿qué había esperado? Cualquiera que pasara más de diez minutos con Heather se daría cuenta de que la mujer no corría ningún peligro de ser confundida con una intelectual. Aun así, Jennifer no podía permitir que ella enturbiara un negocio que Samuel había pasado años construyendo.

—Las cuentas por cobrar son la lista de personas que deben dinero a la tienda por libros que han pedido o que ya han recibido. Las universidades son las cuentas más importantes, pero deberías comprobar también la del Sr. Peterson. Encarga muchos libros a Samuel y paga cuando llegan. Si sumas todas esas cantidades, sabrás cuántos ingresos puedes esperar a final de mes.

—Oh, ¿eso es todo? —Heather frunció el ceño—. ¿Por qué Samuel no dijo eso en vez de darle un nombre rimbombante?

—Debo irme. Tengo que hablar con Eugenie.

—Saldré contigo.

Salieron de la iglesia y se adentraron en el brillante sol. Eugenie, y todos los demás, se habían ido.

—Oh querida. Siento haberte retrasado —aseguró Heather—. Acompáñame a la panadería y te compraré un bollo de canela. Te compensaré.

—Gracias, pero debo volver pronto al Verandah. Prometí ayudar a la Sra. Sandford con la cena esta noche. No se ha sentido bien últimamente.

—Me preguntaba dónde estaría hoy. —Heather abrió de golpe su sombrilla—. ¿Estás completamente segura de que no quieres un bollo de canela?

—Estoy segura.

—Como quieras. —Heather emprendió el camino.

Sintiéndose repentinamente desamparada, Jennifer se quedó a la sombra observando a los pájaros. Quizá se saltara las celebraciones navideñas este año. Para entonces Alan ya se habría ido. A menos que Michael volviera a casa, de todos modos no habría mucho que celebrar.

—Dulce, ¿verdad?

Jennifer se dio la vuelta.

—Sra. Patterson. Me ha asustado.

—Lo siento. —La esposa del ministro se acercó a un pequeño banco de madera situado bajo los árboles. Jennifer notó por primera vez que caminaba con una ligera cojera y que su brazo izquierdo colgaba inútilmente a su lado. Pero su rostro era radiante, su sonrisa genuina—. Me encanta observar a los pájaros. Por favor... acompáñeme un momento.

Jennifer se sentó.

—Usted es la Sra. Stewart. —Jennifer asintió.

—La he visto en la iglesia durante las últimas semanas. Quería darle la bienvenida antes.

—Gracias. Disfruto bastante con los sermones de su marido, y ahora que vivo en la ciudad, me resulta más cómodo asistir a la iglesia aquí. —Se cepilló una nube de mosquitos que se formaba alrededor de su cabeza—. Me encanta la iglesia de nuestro condado, pero no hemos tenido un pastor fijo desde que el Sr. Dennis se mudó. Tenemos al del circuito de vez en cuando, pero no es lo mismo.

—No, no lo es. Siempre me entristece cuando una iglesia pierde a su líder. —Deborah Patterson hizo una pausa y estudió el rostro de Jennifer. En los árboles sobre ellas, graznó un arrendajo azul—. Pero no es por eso por lo que te he esperado hoy.

—¿Oh? —Jennifer se frotó la protuberancia ósea del tamaño de una moneda que tenía en la muñeca y observó la luz del sol que moteaba el suelo.

—Vi a la Sra. Spencer ignorar tu oferta de ayudar a hornear.

Jennifer se encogió de hombros.

—Parece que últimamente estoy en desgracia con todo el mundo.

—Por culpa del Sr. Gallager.

—Vaya por Dios. ¿Hay alguien en el pueblo que no sepa que hablo con él de vez en cuando?

Una sonrisa iluminó el rostro de Deborah.

—Aparentemente no. Perdona que te pregunte, pero ¿estás segura de lo que haces?

—No estoy segura de nada, aparte de que mi vida es un lío terrible.

—He estado rezando por ti —dijo Deborah en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque puedo sentir tu incertidumbre.

Jennifer no intentó ocultar su sorpresa. ¿Cómo podía esta mujer ver más allá de su atribulado corazón hasta su misma alma? Asintió con la cabeza.

—Dices que tu vida es un desastre, y puede que lo sea, pero Dios puede poner orden en el caos y convertir el peor sufrimiento en tu bien.

El punto huesudo de la muñeca de Jennifer palpitaba. La cabeza le latía con fuerza. Se puso en pie.

—Debo irme. Tenía que haber vuelto al hotel hace una hora.

Deborah estrechó la mano de Jennifer.

—Está bien, pero debes llamarme Deborah. Después de todo, no soy mucho mayor que tú.

—Pero el reverendo es...

—¿Mayor? —Deborah se rió—. Todo el mundo comenta la diferencia de nuestras edades, pero tenemos un matrimonio muy bueno, Daniel y yo. —Su expresión se suavizó—. Me salvó la vida.

Deborah palmeó el banco y Jennifer volvió a sentarse, con un ojo puesto en las sombras que se alargaban. Si no regresaba pronto al hotel, la cena se retrasaría. No podía permitirse enfadar a la Sra. Sandford, cuyas diversas dolencias la habían puesto de mal humor últimamente.

—No es ningún secreto que mi brazo no funciona —empezó Deborah—. Y camino cojeando. Pero yo...

—Sí. Y lo siento mucho. Pero…

—En otra ocasión entonces. —Deborah le dio unas palmaditas en el brazo—. No llegues tarde por mi culpa.

Dejando a Deborah sentada en el banco, Jennifer se apresuró hacia el hotel. Llegó a la calle principal justo cuando Mariah subía a su aparejo frente al mercantil. Jennifer se apresuró a acercarse.

—Me alegro de haberte pillado. Me ofrecí voluntaria para hornear para la celebración de Navidad pero Eugenie no me vio.

Mariah suspiró.

—Escucha, Jennifer, siento mucho este distanciamiento entre nosotras. Eugenie se preocupa por ti, de verdad que sí. Y yo también. Pero la forma en que te desvives por un extraño, un jugador que apenas conocemos... bueno, está destruyendo la buena opinión que algunas personas tienen de ti. Y a ti parece no importarte lo más mínimo.

—Pero recibiste a Heather Dupree con los brazos abiertos, y tampoco la conoces.

Mariah cogió las riendas.

—No exactamente con los brazos abiertos. Todos sabemos el tipo de mujer que es… era. Y es demasiado llamativa a medias. Pero debemos intentar perdonar su pasado y alentar sus impulsos más nobles. Por el bien de Samuel.

—Si ella es lo suficientemente respetable para él, entonces es aceptable para todos los demás. ¿Es eso?

—Jennifer, baja la voz. —Mariah miró a su alrededor—. Ojalá te hubieras casado con Samuel cuando tuviste la oportunidad, en vez de pensar que eras demasiado buena para él.

—Nunca pensé que fuera demasiado buena para él. Sólo quería ser feliz.

Mariah vaciló, luego metió la mano en su bolsa de cuero y sacó uno de los folletos del Día de la Raza.

—Muy bien. Por qué no haces algunos folletos por ahora, y ya veremos qué pasa después del Día de la Carrera. —Suspiró—. Tal vez para entonces entres en razón.

Jennifer se metió el folleto en el bolsillo y vio cómo Mariah se alejaba. ¿Tenía razón Mariah? ¿Estaba tirando su vida por la borda, arruinando su buen nombre, cuando nada duradero podía salir de ello?



Una mancha de tinta negra brotó como un hongo sobre el folleto del Día de la Carrera que acababa de terminar. Arrugando la página arruinada, Jennifer la arrojó sobre la mesa, tapó su tintero y se quedó mirando por la ventana. En la esquina, Mariah y Eugenie conversaban profundamente, las alas de sus sombreros otoñales ensombreciendo sus rostros. Momentos antes, Heather, agarrada a un puñado de papeles, había pasado con su traje de novia rosa camino de la estación de tren. Estaba claro que a la nueva señora Chastain no le importaba lo más mínimo la

opinión de Molly Scott.

Jennifer se levantó y fue a la cocina a comprobar la masa de pan que había dejado fermentando en la encimera. Todos los demás tenían un papel que desempeñar en el Día de la Raza, y ella estaba relegada a un segundo plano debido a su amistad con Alan.

Últimamente había pasado mucho tiempo pensando en las decisiones que había tomado. La Sra. Sandford le había aconsejado que no perdiera la esperanza, y no lo había hecho... al menos no del todo.

Josie Sandford se deslizó por la barandilla y recogió el chal que había dejado en la escalera de abajo la noche anterior.

—¿Cómo puedes soportarlo? La sola idea de pasar todo el día cocinando lavando y fregando me da náuseas. Preferiría pasar una semana en el purgatorio con los gemelos Grayson.

Jennifer ahogó una sonrisa.

—¿Y quién va a fregar tus suelos en Montana? —Josie se encogió de hombros—. ¿Quieres quedar con Emma y conmigo para tomar un dulce en la pastelería?

—No puedo, pero agradezco la invitación.

—He oído lo que las otras señoras dicen de ti y no me parece justo. —Josie dio vueltas por la habitación, evidentemente buscando algo—. El Sr. Gallager parece perfectamente encantador, y no veo por qué no puedes verlo si quieres. —Vio su retícula escondida junto al sofá y la cogió —. Si quieren enfadarse con alguien, deberían enfadarse con Heather por robarte a Samuel delante de tus narices.

Jennifer se levantó y pasó un brazo alrededor de los hombros de la joven.

—Gracias, Josie. Pero a un hombre no se le puede robar a menos que él quiera.

Josie cogió una manzana del cuenco de la mesa auxiliar y se la pulió en la manga.

—El Sr. Chastain y yo éramos grandes amigos, pero al final no nos queríamos lo suficiente para casarnos. —Ella sonrió—. Mi abuela solía decir que lo único peor que estar sola es estar casada con el hombre equivocado.

Josie mordió la manzana.

—Lo único que sé es que si alguien intentara alejar a Jake de mí, le arrancaría los ojos.

La tinta se había secado en los folletos del Día de la Raza. Jennifer los recogió y los puso sobre la mesa.

—Puedo poner uno de esos en el granero de los Grayson si quieres —se ofreció Josie—. Está en la carretera principal y todo el mundo pasa por allí tarde o temprano. La Sra. Grayson dice...

—¡Jennifer Stewart! ¡Jennifer Stewart! —Una voz, urgente y aguda, precedió a su dueña hasta el salón delantero del Verandah. Tommy Russell, el hijo mayor de Laura, entró tambaleándose, con el pelo pegado a la cabeza por el sudor y la cara roja por el esfuerzo—. Mamá dijo que te diera esta carta enseguida. Dijo que es cuestión de vida o muerte.

Josie metió un volante del Día de la Raza en su retícula y se dirigió a la puerta.

—Debo irme. Dile a la tía Maisy que Emma y yo llegaremos tarde a cenar esta noche.

Jennifer asintió y miró al niño con la cara roja.

—¿Qué es eso de vida o muerte?

Le puso la carta en las manos.

—Por piedad, léela.

Jennifer se hundió en el sofá del salón y abrió la nota. La hojeó rápidamente, luego la leyó por segunda vez más despacio, tragándose el repentino revuelo en el estómago.

—¿Y bien? —Tommy estaba de pie junto a ella, la expresión de sus ojos era una mezcla de

miedo y expectación—. ¿Vas a ayudarnos o no?

Capítulo 18

—¿Te pidió que hicieras *qué*? —Samuel se reclinó en su silla, con la pipa apretada entre los dientes.

Jennifer observó cómo una nube de humo azul rodeaba su cabeza.

—Quiere que vuelva a la granja.

—Estoy segura de que sí. No ha ocultado su desprecio por la vida en la granja. —Samuel sacudió la cabeza—. Respeto mucho a tu hermano, pero por mi vida que no puedo entender por qué pensó que Laura Russell era material para el matrimonio.

Sintió una repentina punzada de ira. Aunque ella misma había albergado esos mismos pensamientos, no quería que nadie, ni siquiera Samuel, criticara las decisiones de su hermano.

—Algunas personas podrían preguntarse lo mismo sobre tú y Heather.

—Touché. —Puso su pipa en la esquina de su escritorio—. ¿Qué vas a hacer?

Jennifer se encogió de hombros. Había intentado ver una salida a la situación, pero la verdad se alojaba como una piedra en su zapato: no tenía buenas opciones, sólo dolorosas.

—No te culparía si dijeras que no —dijo Samuel.

—Hay circunstancias especiales. Laura está... embarazada y...

—¿Ya?

Ella asintió.

—El Dr. Spencer le ha ordenado guardar cama hasta que nazca el niño.

Samuel contó con los dedos

—¿Cuándo será eso?

—A finales de febrero, cree Laura.

—¿Lo sabe Michael?

—Seguro que le ha escrito. Pero aunque pudiera arreglar que Laura y los niños fueran a Chicago, el médico no lo permitiría. —Miró por la ventana—. Este niño es el primero de mi hermano. Dada la delicada constitución de Laura, quizá sea el único. Después de todo lo que ha hecho por mí, debo hacer todo lo posible para que el bebé venga sano y salvo al mundo.

—Supongo que sí. Pero odio pensar que pases el invierno con sólo esos dos niños para ayudar a llevar la casa.

—Antes de irse, Michael me dijo que pensaba contratar a alguien para que le ayudara con las tareas más pesadas, pero no sé si encontró a alguien. La mayoría de los hombres de Oakwood Hall se han ido a buscar trabajo a otra parte.

—Son tiempos difíciles, sin duda. Pero mi padre solía decir que nada dura para siempre. Los buenos tiempos acaban, pero también los malos. Oakwood Hall se recuperará de esto, ya lo verás.

—Eso espero. —Hizo una pausa—. He venido a pedirte que me ayudes a trasladar mis cosas a la granja.

Samuel le envió una mirada inquisitiva.

—¿Gallager no está disponible?

—Eso no debería importarte ahora.

Se sonrojó.

—Tienes razón. Pero me sigue importando mucho lo que te ocurra. Quiero que seas feliz.

Su irritación se transformó en una oleada de afecto hacia su antigua amigo.

—Sé que así es. Y yo deseo lo mismo para ti.

India saltó a su regazo y él la acarició de la cabeza a la cola.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Parece Heather… un poco reservada?

—Realmente no podría decirlo. No la veía mucho cuando vivía en el Verandah. Pero sí sé que ella y el Sr. Gallager se conocían antes de llegar aquí.

Cogió su pipa, con aire pensativo.

—¿No te parece extraño que los dos acabaran aquí al mismo tiempo? Después de todo, Oakwood Hall no es un lugar de paso.

—Tal vez. —Hizo una pausa, recordando—. Heather me dijo una cosa extraña la noche que volviste de Chicago. Dijo: 'Lo siento mucho'

—No me parece extraño. Ella sabía que estábamos cortejándonos. Supongo que se sentía culpable por interponerse entre nosotros. —Dio una calada a su pipa—. A pesar de lo que algunos piensan de Heather, puede ser tierna de corazón. Y estaba impresionada con tu sociedad de debate de libros. Supongo que odiaba herir tus sentimientos.

—Tal vez. —Jennifer se levantó—. Debo irme. Le prometí a la Sra. Sandford una última hornada de pan antes de irme.

—En cuanto Heather vuelva de la estación de tren, engancharemos la carreta y vendremos a buscarte. A Heather no le gusta estar en la carretera cuando oscurece. —Sacudió la cabeza—. Esa mujer sí que es asustadiza. Casi como si mirara por encima del hombro, esperando a alguien.

—Podrías pedirle al sheriff McCracken que la investigue.

—¿Pero cómo se vería eso? ¿Un hombre recién casado investigando a su esposa?

Jennifer no tenía respuesta para eso. En su lugar, puso una mano en el brazo de Samuel.

—Gracias por ayudarme. Te lo agradezco.

Él asintió.

—Siempre estoy encantado de ayudarte. Guárdame una hogaza de ese pan, ¿vale? Heather es una cosita bonita, pero no sabe cocinar.

Se dirigieron a la parte delantera de la librería y él hizo un gesto con la mano hacia las estanterías.

—Quizá quieras llevarte algunos libros a la granja.

—Supongo que estaré demasiado ocupada y cansada para leer.

—Aun así, no me gusta pensar en ti ahí fuera sin nada en lo que ocupar tus pensamientos. Será mejor que cojas lo que te apetezca. Dios sabe que no vendo muchos estos días.

Jennifer miró alrededor de la tienda. Cómo echaría de menos las ordenadas hileras de libros, las mesas cargadas de revistas y periódicos, los olores de la cera de limón y el tabaco de pipa de Samuel. El cálido peso de India en su regazo.

—Quizá me lleve unos cuantos, si estás seguro de que no te importa.

Eligió un par de novelas nuevas, dos historias y una biografía que había querido leer. En el último momento añadió a la pila un cuento de Horatio Alger, un libro de cuentos de hadas y el ejemplar de *Dos gatitos hambrientos* . Quizás esos libros ocuparían a los chicos de Laura por las tardes, proporcionándole a ella unos momentos de paz.

—Déjalos en el mostrador —dijo Samuel—. Los empaquetaré y los traeré cuando vengamos a recogerte.



La carreta de Samuel se sacudía sobre el camino lleno de baches. A su lado, Heather, ataviada con un vestido de seda verde loro, se echó un delicado chal bordado sobre los hombros y se volvió para sonreír a Jennifer.

—¿Estás bien ahí detrás, Jennifer? —preguntó Samuel—. Avísame si quieres parar y descansar un minuto.

—Lo haré. —Toda la situación parecía extraña e incómoda, pero él actuaba como si fuera natural estar conduciendo junto a la mujer que había prometido casarse con él y la que realmente lo había hecho.

Jennifer aspiró el aire fresco de septiembre y contempló las montañas lejanas. Los árboles ya lucían algunas manchas rojas y doradas, mezclándose con el verde. Bandadas de pájaros se lanzaban a través de las volutas de niebla que se acumulaban en las frescas hondonadas.

Tras unos minutos más llegaron a la granja. A pesar de sus temores, el corazón de Jennifer se animó al ver la casa de tablillas blancas con su largo y profundo porche y sus ventanas enrejadas. Detrás de la casa, rodeado por una valla de piquetes, estaba el pulcro granero que ella y Michael habían levantado sólo tres años antes. El huerto era otra historia. Los restos de los productos del verano yacían en una maraña marrón cubierta de malas hierbas.

Samuel detuvo la carreta en el jardín. Tommy y Harry salieron corriendo a su encuentro.

—¡Jennifer Stewart! —gritó Harry—. Haz que Tommy me devuelva mi honda.

Jennifer cerró los ojos y reprimió un reproche. Esta mezquindad sin fin era lo que le esperaba en el futuro inmediato. Carecía de paciencia para ello. Quizá Dios tenía razón al negarle la oportunidad de ser madre.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Jennifer al chico mayor mientras Samuel la bajaba

del carro.

Tommy la miró con cara de amotinamiento.

—Es *mi* honda. La hice yo solo. No es suya.

Desde su posición en el asiento de la carreta, Heather miró al chico con el ceño fruncido.

—Esa no es forma de tratar a tu único hermano, jovencito.

—¿Quién te ha pedido tu opinión? —Tommy cerró los puños.

—Tommy —dijo Jennifer rápidamente—, ayúdame con estas cajas.

—Ya las tengo. —Samuel dejó sus pocas pertenencias en el porche y volvió a subir el baúl de nogal por las escaleras. Unos minutos después regresó, con la cara rosada por el esfuerzo.

—Creo que eso es todo. —Le dio una palmada en el hombro—. Ya está todo listo.

—Gracias, Samuel. Agradezco tu ayuda.

—Gracias por el pan.

—Sí, Jennifer —dijo Heather—. Estoy segura de que lo disfrutaremos. Yo misma soy una inútil en la cocina. Apenas puedo hervir agua. —Le envió a Samuel una sonrisa malvada—. Pero bueno, no te casaste conmigo por mis habilidades culinarias, ¿verdad, cariño?

Samuel se sonrojó.

—Deberíamos irnos. Es un camino largo de vuelta a la ciudad. Cuídate, Jennifer. Si necesitas algo…

—He dicho que basta. —Tommy retorció la oreja de Harry y empujó al chico más joven al suelo.

Jennifer marchó hacia ellos y los agarró a cada uno por el cuello.

—Escucharme los dos. Este comportamiento cesará de inmediato

—¿O qué? —La cara de Tommy estaba roja. Su respiración salía en pequeños jadeos—. No puedes hacernos nada. No eres nuestra madre.

—Esa es la prueba de que Dios es real —murmuró Jennifer.

Heather se rió.

—Por Dios, Jennifer, tienes mucho trabajo aquí.

Samuel se agachó hasta que su cara quedó a la altura de los dos chicos.

—La señora Stewart es tu tía. Ha renunciado a sus propios planes para volver aquí a cuidar de ti y de tu mamá. Eso significa que tienes que respetarla y hacer lo que ella diga.

—¿Aunque se equivoque?

—Es una mujer inteligente. No creo que se equivoque muy a menudo. Pero yo diría que sí, incluso cuando creas que se equivoca, tienes que hacerle caso. No porque sea más grande que tú y pueda darte con un buen cachete sino porque sois una familia.

—Bien —dijo Tommy—. Pero sigo quedándome con mi honda.

Samuel sacó una moneda de su bolsillo.

—Te pagaré para que hagas otra para tu hermano pequeño.

Tommy cogió la moneda.

—Trato hecho.

—No tan rápido. —Los dedos de Samuel se cerraron sobre la moneda—. ¿Cómo sé que cumplirás tu promesa?

—Tendrás que confiar en mí, supongo.

—Ah. —Samuel se enderezó—. De la misma forma que tú debes confiar en que tu tía Jennifer hará lo mejor por ti. ¿Ves cómo funciona?

Tommy pateó un terrón de tierra.

—Creo que sí.

Harry tiró de la pierna de Samuel.

—No es justo. Yo también quiero diez centavos.

Jennifer envió a Samuel una mirada de impotencia y se masajeó las punzadas en las sienes.

—Bueno, señor —dijo Samuel pensativo—. No tengo por costumbre dar dinero gratis. Tal como yo lo veo, un hombre debe ganarse su paga.

—Puedo ganármelo —dijo Harry—. ¿Qué tengo que hacer?

Samuel miró a su alrededor.

—Déjame ver. En primer lugar, creo que podrías ayudar a tu tía a subir esa maleta a su habitación.

—De acuerdo.

—Y después de eso, tal vez podrías traer un cubo de agua del pozo. Y traer algo de leña para que ella pueda preparar la cena.

El niño frunció el ceño.

—Eso parece mucho trabajo por sólo diez centavos.

—Son tiempos difíciles —le dijo Samuel—. Tómalo o déjalo.

—Lo tomaré, supongo.

—Buen chico. —Samuel les lanzó una moneda a los dos chicos y subió a la carreta—. Nos vemos, Jennifer.

—Adiós, Jennifer —trinó Heather—. Buena suerte.

Harry corrió al porche y cogió la maleta de Jennifer.

—Mamá ha dicho que puedes volver a tu antigua habitación, porque Tommy y yo ya estamos acostumbrados a este lugar, hemos crecido y ya no tememos a los ladrones.

A pesar de sí misma, Jennifer sonrió.

—Me alegro de que ya no tengáis miedo. —Recogió la caja de libros que Samuel le había dado—. ¿Puedes sostenerme la puerta abierta?

—De acuerdo. —Harry sostuvo la puerta, luego arrastró su valija hasta el pasillo delantero y miró dentro de la caja—. ¿Qué hay ahí?

—Algunos libros de la tienda del Sr. Chastain.

—¿Algo bueno?

—Supongo que eso depende de lo que te guste leer.

—Oh, aún no he aprendido a leer, debido a que ya no hay escuela aquí. Pero me sé las letras y todo. Y se me da muy bien escuchar cuentos. Mamá solía leerme, pero ahora está demasiado enferma. —Subió la maleta por las escaleras y abrió la puerta de la antigua habitación de Jennifer. Harry sacudió la cabeza—. Te juro, Jennifer Stewart, que nunca he visto vomitar tanto. Vaya, algunos días ella...

—Ya basta, Harry. Me lo imagino. —Jennifer dejó los libros en el suelo junto a la cama y abrió la ventana. Sus preciadas glorias de la mañana habían muerto. Unas tenues enredaderas marrones caían del enrejado del patio.

Harry se unió a ella junto a la ventana.

—Le dije que debería regarlas, pero estaba demasiado triste cuando papá se fue y luego enfermó.

—Ya no importa. —Se apartó de la ventana—. Vamos a ver qué encontramos para cenar.

Capítulo 19

Jennifer rebuscó en su caja de libros y le entregó a Harry el libro de cuentos de hadas.

—Tengo que atender a tu madre un rato. Elige un cuento y después de cenar te lo leeré.

Los ojos del niño se iluminaron y la favoreció con una sonrisa pícara.

—¿Qué tal dos cuentos?

—Sólo uno, Harry. Estoy muy cansada.

Cogió el libro y se acomodó en las escaleras fuera de la habitación de Jennifer. Aliviada de que no hubiera montado un escándalo, lo observó hojear las páginas. Tal vez resultaría bien después de todo. Sin embargo, Tommy, tan enfadado y desafiante, parecía destinado a la cárcel de Eli McCracken.

Jennifer bajó las escaleras y llamó a la puerta de Laura.

—Adelante.

Entró en la habitación y casi se sintió invadida por el hedor agrio de la orina y el vómito. Montones de ropa sucia yacían en los rincones y bajo la ventana mugrienta y llena de telarañas. Laura estaba en la cama, con una colcha azul pálido subida hasta la barbilla.

—Te oí llegar —dijo Laura—, pero no tenía ganas de levantarme.

Jennifer recogió un montón de ropa sucia de la silla y se sentó.

—No tiene sentido preguntarte cómo te sientes. Es obvio.

—No lo entiendo. Nunca estuve tan mal con ninguno de los chicos.

—¿Lo sabe Michael?

—Le escribí hace un par de semanas, pero no he recibido respuesta.

—¿Pero está bien? ¿Ha encontrado trabajo?

—En el astillero ferroviario. Dice que la paga es bastante buena, pero el trabajo es peor que la agricultura. —Laura logró esbozar una débil sonrisa—. Y eso es mucho decir. La agricultura debe ser sin duda el trabajo más difícil del mundo.

—Al menos tienes al hombre contratado para hacer las tareas pesadas. —Laura apartó la mirada.

—¿Laura? —Una oleada de inquietud recorrió a Jennifer—. ¿Michael encontró a alguien? Antes de irse, me dijo que tenía intención de hacerlo.

—Oh sí, encontró a alguien, sin duda. Pero el hombre era un completo inútil, y además tenía mal carácter. Se enfadó conmigo porque le pedí que hiciera algunas cosas sencillas aquí en la casa.

—¿Como qué?

Laura agitó una mano.

—Bueno, una vez le pedí que barriera los suelos, y otra que hiciera la colada. Pero dijo que no era para eso para lo que Michael le había contratado, y se negó a hacerlo. Aguanté sus tonterías todo lo que pude, pero la semana pasada le despedí.

—¿Qué?

—Le dejé marchar.

Lágrimas calientes se acumularon detrás de los ojos de Jennifer.

—Le dejaste marchar. Con la llegada del invierno.

—Sabía que volverías, y los diez dólares al mes que Michael le pagaba pueden emplearse en cosas mejores.

—¿Y si hubiera dicho que no?

—Sabía que no lo harías. —La pálida mirada de Laura sostuvo la de Jennifer—. Puede que me odies, pero quieres a tu hermano.

—No te odio. Pero no puedo dirigir este lugar sola. Incluso cuando Michael estaba aquí, contratábamos ayuda de vez en cuando.

—Oh. Bueno, ¿cómo iba a saberlo? Si te hubieras quedado a ayudarme en vez de huir con ese jugador de Charleston…

Jennifer rechinó los dientes.

—No me escapé con él. Decidí irme de esta casa y él me ayudó a mudarme.

—He oído que te vieron en casa de los Peterson montando a caballo con él, y tampoco de costado. Y que cada vez que te ve por la calle va hacia ti.

—Disfrutamos de nuestra mutua compañía, lo poco que ha habido de ella. —Una mosca zumbó sobre la cabeza de Jennifer. Ella la apartó con un gesto y luchó contra un ataque de náuseas—. ¿Cómo puedes vivir en esta inmundicia?

—No es culpa mía que esté enferma.

Jennifer se levantó.

—Mañana empezaré a limpiar por aquí. Por ahora, los chicos tienen que lavarse y cenar.

Laura asintió.

—De repente, yo también tengo hambre.

—Al menos no nos moriremos de hambre. Michael dice que el huerto ha ido bien este año. ¿Qué has puesto?

—¿Poner?

Jennifer puso los ojos en blanco. Señor, pero la mujer era densa.

—Las verduras. Maíz, guisantes, tomates, judías. Las conservaste, ¿verdad?

—Bueno, no sabía que debía hacerlo. Además, pensé que Michael ya estaría de vuelta por mí. Pensé que nos mudaríamos a Chicago y viviríamos en una casa decente y los chicos podrían ir a la escuela. No planeé tener un bebé tan pronto y estar enferma. —Le temblaba el labio inferior—. Todo ha salido mal y me echas la culpa a mí.

Se cubrió la cara y sollozó.

Jennifer sintió que se le agotaba la paciencia.

—Por el amor de Dios, Laura, deja de berrear. No solucionará nada.

—¿Ves? Estás enfadada conmigo.

¿Qué sentido tenía discutir? Jennifer giró sobre sus talones.

—Voy a hacer la cena.

En la cocina, todos los platos, ollas y sartenes estaban apelmazados con comida seca. Las moscas zumbaban sobre la mesa. El cubo de agua y la caja de leña estaban vacíos. Verdaderamente, era una maravilla que no estuvieran todos muertos de vivir así. ¿Había estado alguien dando de comer a los animales y ordeñando la vaca?

Fue al pie de la escalera y llamó:

—Harry Russell.

—¿Sí?

—Es hora de que te ganes los diez centavos que te dio el Sr. Chastain. Necesito leña y agua.

—En un minuto. Aún no he elegido mi cuento.

—Si te interesa cenar, lo harás ahora.

Bajó las escaleras con estrépito y cogió el cubo de agua. Jennifer empezó a recoger la mesa.

—¿Dónde está Tommy?

—No lo sé. No se queda mucho por aquí estos días. Mamá tiene que gritar y gritar para que venga por la noche.

—Bueno, no voy a gritar por él. Si quiere dormir en el bosque, no me importa. Pero si por casualidad lo ves, dile que necesito mucha leña. Mañana es día de lavado.

—Sí.

Cuando Harry regresó con leña y agua, Jennifer encendió la estufa, calentó agua y lavó y secó los platos. En la nevera encontró unos cuantos huevos y un trozo de mantequilla rancia. Rebuscó manteca, sal y pimienta e improvisó una cena de huevos fritos, patatas fritas y café. Preparó una bandeja para Laura y envió a Tommy a entregársela.

En un momento estaba de vuelta.

—Mamá dice que cualquier cosa hecha con manteca hace que le duela más el estómago.

—Siento oír eso, pero hasta que pueda batir mantequilla fresca, manteca es todo lo que hay. Este lugar es un desastre.

—Se suponía que te quedarías y nos ayudarías. Pero huiste.

Jennifer reprimió una réplica airada. ¿De qué serviría discutir con un niño de once años?

—Siéntate, Tommy.

Se unió a los dos chicos en la mesa.

—Ahora, ¿puede alguno de los dos decir una bendición por nuestra comida?

Harry negó con la cabeza, pero Tommy dijo:

—Aprendí una en la escuela antes de que cerrara.

—Excelente. Inclinemos la cabeza.

Tommy inclinó la cabeza y se aclaró la garganta.

—Más allá de los dientes y más allá de las encías, cuidado stummick, aquí viene.

Harry soltó una risita.

Tommy se sirvió una taza de café y envió a Jennifer una mirada desafiante.

Ella le devolvió la dura mirada.

—Dudo mucho que hayas aprendido eso de tu profesor.

—Nunca dije que lo hiciera. —Cogió un tenedor de patatas de la fuente y se las metió en la boca—. Dije que lo aprendí en la escuela. Jimmy D. Washburn me lo enseñó.

—Bueno, no es el tipo de bendición que decimos en nuestra casa. Ahora baja el tenedor e inclina la cabeza. Tú también, Harry.

Ella ofreció una rápida bendición y pasó la comida alrededor de la mesa. Ambos niños comieron como si fuera a ser su última comida en la tierra. Harry engulló sus huevos con patatas y pasó el dedo por el borde de su plato, recogiendo el último bocado.

A Jennifer se le retorció el corazón. El pobre niño estaba medio muerto de hambre. Por la mañana horniearía algo de pan. La colada masiva la esperaba, pero de algún modo debía encontrar tiempo para ir también al mercantil.

Tommy apartó su plato y se levantó.

—Me voy fuera.

—Por favor, limpia primero tu plato, Tommy.

—Eso es cosa de mujeres.

—Muy bien. Pero si lo dejas ahí no desayunarás por la mañana.

Él se quedó quieto y ella le sostuvo la mirada, lamentando la necesidad de amenazar con el hambre para hacerle obedecer. Pero había que hacer algo. El chico era demasiado testarudo para atender a razones.

Sin palabras, recogió su plato y con exagerada lentitud lo dejó caer en el fregadero. Luego salió por la puerta trasera.

—¿Ahora me contarás un cuento? —Harry recogió su plato y lo llevó al fregadero—. En cuanto lave estos platos.

Su sonrisa le calentó el corazón. Se quedó mientras ella calentaba agua en el fogón y lavaba y secaba los platos. Estaba claro que Harry echaba de menos la compañía de su madre. Mantuvo un flujo constante de charla y preguntas hasta que ella sintió que la cabeza le iba a estallar. Pero por fin, después de que ella le hubiera leído el cuento de Jack y las habichuelas, subió tambaleándose las escaleras hasta el dormitorio del ático.

Cayó la oscuridad. Jennifer encendió la lámpara del salón y fue a ver a Laura, que se había quedado dormida, con una pierna sobresaliendo de la colcha. Laura parecía tan delgada y enferma que Jennifer no pudo evitar sentir lástima por ella. Cerró la ventana contra el aire fresco de la noche y subió a su propia habitación. Encendió la lámpara y miró a su alrededor. Alguien, Harry seguramente, había hecho un intento por ordenar las cosas. Las almohadas se habían mullido. Una sola margarita en un vaso de agua descansaba sobre la mesilla de noche.

Abrumada por emociones contradictorias y por la enorme enormidad del trabajo que tenía

ante sí, Jennifer sacó su Biblia del bolso y la abrió al azar, pero le resultaba imposible concentrarse. Cerrando los ojos, rezó la sencilla oración que le había enseñado la abuela Bell, la que nunca dejaba de reconfortarla cuando se enfrentaba a una tarea difícil. *Padre, ten piedad. Concédeme la gracia de hacer lo que debo hacer*.

La puerta principal se abrió de golpe y Tommy subió las escaleras.

Señor, ayúdame a tratar con este niño. Y por favor, mantén a Michael a salvo.

Se lavó, se puso el camisón y se metió en la cama, agotada pero decidida. De algún modo, mantendría unida esta granja y esta familia hasta que Michael pudiera venir a por ellos. Cerró los ojos.

Entonces olió a humo.

Capítulo 20

Ahogando una oleada de pánico, Jennifer se echó el chal por encima del camisón y corrió descalza escaleras abajo. A través de la ventana de la cocina divisó un débil resplandor cerca del cobertizo de las herramientas. Sin duda, algo estaba ardiendo. Cubo de agua en mano, salió corriendo por la puerta trasera y cruzó el patio. El humo salía del tejado del cobertizo. Las llamas lamían los aleros. Un estrecho rastro de fuego serpenteaba por la paja.

Arrojó el cubo de agua sobre la pared humeante del cobertizo, enviando una nube de humo acre que se enroscaba en el agudo aire nocturno. Pero la paja seguía ardiendo. Corrió al abrevadero que había junto al granero y sacó un cubo de agua. El calor le abrasó la cara mientras apagaba las llamas. Las chispas brillaron y se apagaron. Sólo cuando la última de ellas ardió y murió se dio cuenta de que tenía ampollas en la planta de los pies. Volvió cojeando a la casa.

La lámpara del dormitorio de Laura parpadeó y entonces la propia Laura apareció en el oscuro pasillo, con el pelo revuelto y los ojos muy abiertos e interrogantes.

—¿Qué haces levantada? ¿Qué ha pasado?

El miedo y la rabia que Jennifer había mantenido a raya mientras apagaba el fuego volvieron a rugir. Dejó caer el cubo al suelo y se hundió en la escalera inferior. Luchó por controlar su voz temblorosa.

—Lo que ocurrió, Laura, fue que tu hijo intentó quemar el lugar.

—Mi… ¿quieres decir Tommy?

—Le oí subir corriendo las escaleras justo antes de oler el humo. Una pared del cobertizo de las herramientas ya estaba ardiendo cuando salí. Otros diez minutos y se habría perdido, y el fuego podría haberse extendido a la casa. —Se puso en pie, haciendo una mueca de dolor.

—¿Adónde vas? —Laura se apartó el pelo rebelde de la cara.

—A buscar a Tommy, por supuesto, y hacerle responder por este comportamiento peligroso e irresponsable.

—Es mi hijo. Responderá ante mí.

—Entonces disciplínelo.

—Lo haré, si él tiene la culpa. —Laura se apoyó en el marco de la puerta—. Nunca te ha caído bien y ahora sacas conclusiones precipitadas.

—¿Qué otra explicación podría haber?

Laura se encogió de hombros.

—Quizá fue algún desconocido del tren.

—¿Un completo desconocido que, sin motivo alguno, decidió venir hasta aquí para provocar un incendio?

—No lo sé. Tal vez fue Jimmy Washburn. Él y Tommy siempre se están metiendo en líos. Quizá se pelearon y Jimmy quiso vengarse.

Jennifer apretó los dientes para detener un torrente de palabras furiosas. ¿Cómo podía Laura ser tan ingenua? Quizá eso era lo que hacían las madres: defender a sus hijos ante pruebas irrefutables. Incluso en medio de su indignación y agotamiento, Jennifer envidiaba a Laura por el amor incondicional que sentía por su hijo. Un tipo de amor que ella misma quizá nunca llegaría a conocer.

Fue a la cocina a por un poco de manteca para aliviar sus pies ampollados. Arriba, en su habitación, se remojó los pies en agua fría del aguamanil, se los secó con cuidado y se aplicó la manteca. Subió la mecha de su lámpara y examinó las plantas de sus pies. Su piel estaba enrojecida, pero al menos no estaba rota. Derrotada y agotada, fue incapaz de detener un torrente de amargas lágrimas. ¿Cómo demonios podía alguien llevarse bien con Laura y Tommy?

Por segunda vez en esta larga noche, Jennifer se encontró en oración antes de caer dormida: una oración sin palabras.



Por la mañana, moviéndose con cautela sobre sus pies doloridos, hizo tortitas con lo que quedaba de harina. Los chicos las devoraron, a pesar de que no había mantequilla ni melaza. Tommy llevó su plato al fregadero y se dirigió fuera.

—¿Adónde vas? —Con los brazos en alto, Jennifer le bloqueó el paso.

—Mamá me dijo que te trajera agua para hacer la colada. Ya he traído la tetera grande al patio. Y he traído leña para el fuego.

—Hablando de fuegos. —Ella le clavó una dura mirada hasta que él parpadeó y apartó la vista.

—Fue un accidente. Ya le he dicho a mamá que lo siento.

—Deberías estarlo. Podrías haber quemado la casa anoche, Tommy. ¿Y entonces qué haríamos?

—No te importaría. —Cruzó los brazos sobre su delgado pecho—. No te gustamos.

—Lo que no me gusta es la forma en que te estás comportando. Hago todo lo que puedo para ayudar a tu madre y cuidar de este lugar. Te agradecería que no hicieras mi trabajo más

difícil de lo que es.

Harry soltó un sonoro eructo.

—Jennifer Stewart, ¿hay más flapjacks?

—Me temo que no, Harry. —Ella miró alrededor de la cocina desnuda—. No hasta que pueda hacer un viaje al mercantil.

—¿Puedo ir?

—Ya veremos. Por ahora, necesito que subas y bajes todo lo que necesite lavarse. Y eso incluye tu…

—¿Jennifer? —La voz de Laura era lo suficientemente aguda como para hacer añicos el cristal—. Te necesito. Ahora.

Tommy salió, dejando que la puerta se cerrara de un manotazo tras él. Jennifer espantó a Harry escaleras arriba y se apresuró a ir a la habitación de Laura.

—¿Qué pasa?

—Estos…. botones. No alcanzo… —Un camisón sucio, apestando a sudor y vómito, yacía amontonado en el suelo. Laura se esforzó por meterse en otro.

—Toma. —Jennifer se abrochó los botones y ayudó a Laura a sentarse en la silla junto a la ventana—. Siéntate aquí mientras desnudo la cama.

Quitó las sábanas sucias y esponjó el colchón de plumas.

—¿Dónde guardas las sábanas limpias?

—En el baúl. Pero no hay ninguna limpia. Me retrasé con la colada.

Eso era todo un eufemismo.

—Entonces el colchón desnudo tendrá que valer hasta que acabe la colada.

Laura echó un vistazo a la brillante luz del sol que se colaba entre los árboles.

—Hace un día tan bonito. Septiembre es mi mes favorito. Quizá me siente aquí un rato a leer. El doctor Spencer dijo que podía, si tengo cuidado.

—He hecho flapjacks. —Jennifer recogió la ropa sucia—. Deberías comer algo.

Laura levantó un hombro delgado.

—En realidad no quiero.

—Por piedad. Realmente no quiero estar aquí cocinando y limpiando y haciendo la colada y cuidando de tus revoltosos chicos. Pero estoy aquí... por ese pequeño bebé que viene en camino. Ese bebé que es una parte de mi hermano. Tú eres su madre. Piensa en él para variar. Si no te importa nada tu propia salud, al menos ten la gracia de no privar al niño de la suya.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Laura.

Lo siento. Supongo que nunca lo consideré así.

—Volveré.

Jennifer sacó la colada al porche trasero. Para su sorpresa, Tommy había apilado la leña para el fuego y había puesto encima la tetera de la colada. Ahora estaba ocupado llenándola con agua del pozo.

Encendió el fuego para empezar a calentar el agua y entró a preparar el plato de Laura. Mientras Laura picoteaba su comida, Jennifer salió a ordeñar a Miranda, agradecida de que al menos no hubieran descuidado a los animales. Al parecer, Tommy había recordado algunas de las lecciones de Michael.

Puso la leche a enfriar en la caseta del manantial. Cuando el agua del lavadero estuvo caliente, añadió la ropa, echó un trozo de jabón de lejía y agitó el caldero burbujeante con la pala de madera para la colada, levantando faldas, cajones, camisas y sábanas humeantes hacia el agua

clara del aclarado.

Puso a Harry y Tommy a escurrir la ropa limpia mientras ella removía otra carga. Fue mediodía antes de que todo estuviera lavado, aclarado, escurrido y clavado en el tendedero para que se secara. Jennifer se apartó el pelo de la cara. Su vestido estaba húmedo y arrugado, sus manos en carne viva. Le ardían las plantas de los pies. Se masajeó el dolor de hombros. Oh, por un baño y una siesta. Un vaso de limonada y una hora tranquila en compañía de un buen libro.

—Jennifer Stewart, tengo más hambre que un oso pardo —dijo Harry—. ¿Qué hay para cenar?

—Sí. —Tommy le miró con los ojos entrecerrados—. Hemos estado trabajando como un par de esclavos toda la mañana.

—Ve a revisar el gallinero. Quizá haya huevos. Y tenemos leche.

—¿Otra vez huevos? —Tommy frunció el ceño, pero se dirigió con su hermano.

Al verlos cruzar el soleado patio, balanceando los brazos, Jennifer sintió una oleada de compasión por ellos. No podía ser fácil, crecer sin la guía de un padre. Rodeó la casa y se sentó en los escalones para refrescarse. Una perezosa brisa corría por el porche. Una bandada de carboneros revoloteaba por el prado. Ella cerró los ojos. *Por favor, Michael, te necesitamos desesperadamente. Por favor, date prisa en volver a casa*.

Lo siguiente que supo fue que alguien le sacudía suavemente el hombro. Se sobresaltó y jadeó.

—Sr. Gallager.

—Bella durmiente. —Él se tocó el ala de su sombrero y sonrió con su sonrisa de pícaro que nunca dejaba de hacer que a ella le flaquearan las rodillas—. Sueños agradables, espero.

Se puso en pie y se alisó el pelo, odiando tener un aspecto tan desaliñado. ¿Qué debía pensar él de ella?

—Terminé de lavar y debo haberme quedado dormida. —Miró a su alrededor—. Los chicos...

—Están felizmente ocupados con Majestic. Puede que nunca sea capaz de arrancarlo de sus garras.

Jennifer miró por encima de su hombro. Tommy y Harry acariciaban la frente del potro negro, hablándole suavemente. Majestic se quedó perfectamente quieto, con su magnífica cola agitando una nube de moscas.

—¿Qué haces aquí? —Jennifer alisó las arrugas de su vestido.

Alan sonrió.

—No es el saludo más amable que he recibido.

—Me sorprende verte, eso es todo. ¿Qué te trae por aquí?

—Majestic necesitaba un cambio de aires. Y oí que habías puesto fin a tu exilio y te habías mudado de nuevo aquí, así que vine a verlo por mí mismo.

—No quería, pero Laura está bastante enferma, y mi hermano está trabajando en Chicago, así que…

—Te admiro, Jennifer. Me temo que carezco de tu sentido del deber.

—Tú harías lo mismo por tu familia.

—Tal vez. —Miró a su alrededor—. ¿Hay alguna posibilidad de que te escapes y salgas a cabalgar conmigo? ¿Sólo un rato?

—Ojalá pudiera. Pero debo hacer un viaje al mercantil. Me he quedado sin nada y los chicos están hambrientos.

Se rió.

—Me recuerda a mí a esa edad. Podía comerme media docena de huevos para desayunar

sin pestañear.

—¡Jennifer! —gritó Tommy mientras Harry soltaba un alarido—. Harry se cayó de la valla.

Jennifer y Alan cruzaron corriendo el patio. Harry estaba sentado, pero se le había abierto un tajo profundo en la frente. La sangre le entraba en el ojo. Jadeaba, intentando no llorar.

—Quería montar a Majestic —dijo—. Me paré en la valla para saltar a la silla, pero fallé.

—Aquí. —Alan se arrodilló junto a Harry y apretó su pañuelo blanco y limpio sobre la herida—. Mantenlo ahí un minuto, hijo, y la hemorragia se detendrá.

—Duele.

—Sé que sí, pero pronto te sentirás mejor. Te lo prometo.

Jennifer se frotó el punto huesudo de la muñeca y observó cómo se formaba una mancha roja en el pañuelo impoluto de Alan. ¿Cuántos problemas podían generar dos niños pequeños? ¿Por qué tenía que hacerse daño Harry cuando aún quedaba tanto por hacer? Ella también lloraría si sirviera de algo.

Alan levantó a Harry y lo llevó al columpio del porche.

—Siéntate aquí, amigo mío, y tu hermano te traerá un trago de agua. ¿Verdad, Tommy?

—Sí, señor. Será un placer. —Tommy se dirigió al interior.

Jennifer parpadeó. ¿Era éste el mismo niño grosero y rebelde que la desafiaba a cada paso? Evidentemente, Alan Gallager tenía tan buena mano con los chicos como con los caballos.

Alan comprobó el corte en la cabeza de Harry.

—Ya está. La hemorragia casi se ha detenido. Vivirás, buen hombre.

Harry sonrió.

Alan dobló el pañuelo y se lo metió en el bolsillo.

—Si haces una lista, Jennifer, estaré encantado de ir a buscar tus provisiones al pueblo.

—No quisiera molestarle.

—No es ninguna molestia. Me alegro de serte útil.

—Gracias. Odiaría irme con Harry y Laura sintiéndose mal.

Entró a por lápiz y papel y unos minutos después entregó a Alan una larga lista.

—Pídele al Sr. Hamilton que ponga estas cosas en mi cuenta.

—Estaré de vuelta antes del anochecer. —Subió a la silla de montar.

—¿Te quedarás a cenar? —preguntó Jennifer—. Es lo menos que puedo hacer.

—Agradezco la oferta, pero dudo que a su cuñada le complazca verme. Aunque me gustaría llevarte a cenar a la posada algún día.

Llena de calor y de una inexplicable ligereza, Jennifer asintió. Pero entonces la realidad se entrometió. Su futuro se extendía ante ella, una interminable procesión de días monótonos que no le dejaban tiempo ni para los placeres más sencillos.

¿Tendría alguna vez una vida propia?

Capítulo 21

El olor a pan horneado y el rayo de sol brillante de octubre que entraba por la ventana de la cocina proporcionaron a Jennifer un raro momento de satisfacción. Hasta que recordó el motivo de las tres barras de pan que acababan de salir del horno. Un ceño frunció su frente.

—¿Qué ocurre? —Laura fue arrastrando los pies desde su dormitorio hasta la cocina, con una mano apretada en la parte baja de la espalda, y se sentó pesadamente a la mesa—. Parece como si estuvieras enfadada con el mundo entero.

Jennifer dejó el último de los panes en el alféizar y tiró la toalla sobre la encimera.

—Ya te lo dije. Estamos casi arruinados. Una semana más y los armarios volverán a estar vacíos. Y odio pedirle más crédito al Sr. Hamilton—.

—Creía que el Sr. Chastain te pagaba por trabajar en la librería. Seguro que no lo has despilfarrado todo.

—Pagar el alquiler en el Verandah me costó casi todo lo que tenía.

—Bueno, eso fue una tontería por tu parte, ¿no? Pagar el alquiler para vivir en ese nido de ratas cuando tenías un hogar perfectamente bueno aquí mismo.

Jennifer sacó las barras de pan de las sartenes.

—Sabes muy bien por qué no me quedé.

—¿Por los chicos y esa tonta serpiente?

—Fue mucho más profundo que eso. —Jennifer se quitó el delantal y lo colgó en la percha junto a la puerta—. ¿Necesitas algo, Laura? Debo prepararme y llevar este pan al pueblo.

—Una tontería, si me lo preguntas. ¿De verdad crees que lo venderás, con la panadería ahí en medio del pueblo?

—Dos de los panes están prometidos a la Sra. Sandford Ella dice que mi pan es mucho mejor que el de la panadería. Pienso regalar el otro.

—¿Regalarlo? ¿Cuándo estamos sin un dólar? ¿Qué sentido tiene eso?

—El día de la carrera se acerca en dos semanas. Jasper Hamilton está planeando hacer fiambreras para vender en el mercantil. Si le gusta este pan, tal vez haga un pedido.

—Lo cual está muy bien, pero ¿qué pasará cuando termine el Día de la Raza? Suponiendo que alguien se presente. ¿Quién comprará tu pan entonces?

—No lo sé. Quizá para entonces tengamos noticias de Michael.

—¿Pero y si no lo hacemos? Deberías haber planeado esto desde el principio.

Jennifer se dio la vuelta.

—*¿Debería* haberlo planeado? Si hubieras puesto los cultivos de verano como se suponía, no estaríamos en este lío.

—No me grites. Es malo para el bebé.

Jennifer giró sobre sus talones y subió las escaleras. Harry estaba sentado en el último escalón, con el libro de cuentos abierto en el regazo. Levantó la vista con una sonrisa en sus labios.

—Jennifer Stewart, ¿puedes leerme un cuento?

—Ahora no, Harry. Debo ir a la ciudad.

—¿Puedo ir contigo

—Esta vez no.

—¿Puedo ir el día de la carrera? Quiero ver ganar a Majestic. Alan dice que corre como el viento.

A pesar de su irritación con Laura y su preocupación, no pudo evitar sonreír. Harry Russell tenía una manera de encantarla para sacarla de su humor más sombrío.

—El Sr. Gallager dice que hay otros cuatro caballos que pueden ser igual de rápidos. Majestic podría no ganar.

—Lo hará. ¿Sabes por qué? Porque Alan es el mejor entrenador de todo el mundo.

Jennifer abrió la puerta de su habitación. Harry saltó y la siguió.

—Alan dice que algunos domadores obligan a sus caballos a obedecer, pero él dice que es mejor mostrarle al caballo lo que quieres y recompensarle cuando lo hace bien. Cree en la doma natural. Dice…

—¿Harry? —Jennifer puso una mano en el hombro del chico—. Tengo prisa. Quizá podamos hablar más cuando vuelva. Por ahora, ¿por qué no vas a jugar con Tommy?

—No le gusta jugar conmigo. Cree que soy un bebé.

Jennifer se recogió el pelo y recogió su sombrero y su chal.

—Bueno, en eso se equivoca. No eres un bebé en absoluto.

Harry sonrió, con los ojos brillantes.

—Soy mejor tirador que Tommy. Espera a que tenga mi nueva honda. Te enseñaré lo bien que apunto.

La siguió hasta la cocina y la vio envolver el pan, aún caliente del horno. Puso los panes en su cesta y comprobó cómo estaba Laura, que dormía profundamente, con los puños apretados

contra el pecho. Luego salió para enganchar a Iris al aparejo.

—Si no vuelvo a las cinco, recuérdale a Tommy que ordeñe la vaca.

—Sí.

—Y que alimente a las gallinas. Tommy se olvidó ayer. Si no las alimentamos, dejarán de poner huevos.

—Sí. Y no te preocupes por mamá. Cuando se despierte, le traeré agua o algo.

—Bien. Te lo agradezco.

Subió a la calesa y partió a través de la radiante tarde de otoño. Los árboles formaban un arco sobre ella. La luz del sol se filtraba entre las ramas, arrojando monedas de oro sobre las hojas caídas que se arremolinaban por el camino. A pesar de sus problemas de dinero, la belleza de la tarde y la rara soledad le trajeron una sensación de paz.

Demasiado pronto, entró en la ciudad. Detuvo el aparejo frente al Verandah y entró para encontrar a la señora Sandford en una escalera en el salón, lavando las ventanas. La alfombra estaba enrollada en un rincón. Las cortinas recién lavadas ondeaban en la cuerda detrás del hotel.

La hotelera bajó y arrojó su trapo mojado en un cubo de agua jabonosa. Se limpió las manos en su raído delantal y miró la cesta de pan de Jennifer.

—Por favor, dime que esos panes son míos.

—Dos de ellos lo son. El tercero es una muestra para el Sr. Hamilton.

—Bueno, estoy a punto de morirme de hambre. He estado levantada desde el amanecer trabajando en este viejo lugar. Aunque ninguna cantidad de fregado puede compensar la simple decrepitud. —Guió a Jennifer hasta la cocina y le indicó que se sentara en una silla—. Creo que debería haber vendido este lugar cuando murió mi marido, pero le daba tanto valor que nunca tuve valor para deshacerme de él. Le vendría bien una mano de pintura, pero no puedo

permitírmelo.

—Quizá se llene para el día de la carrera.

—No es probable que haya demasiadas señoras viajando solas para ver una carrera de caballos. Creo que tendré que rebajar mis exigencias y dejar entrar a los hombres. —Ella cortó el pan en rebanadas y puso un tarro de mermelada de moras y una vasija de mantequilla—. ¿Qué tal un poco de té?

—Me encantaría.

La Sra. Sandford puso la tetera a hervir y cogió dos tazas de la alacena.

—Me alegro de verte, Jennifer. Las cosas no han sido lo mismo desde que te fuiste. Josie también te echa de menos. Supongo que te habrás enterado de que Emma Ryan se fue de la ciudad la semana pasada.

—No, no recibo muchas noticias en la granja. —Jennifer untó mermelada en el pan y dio un bocado.

—El marido de Emma consiguió por fin un trabajo en esa fábrica de Carolina del Norte, y el sábado pasado apareció por ella, de la nada.

—Seguro que se alegró por ello.

—Sí, y yo también me alegro por ella, aunque su marcha significa otra habitación vacía que llenar. Una vez que Josie se haya ido al oeste, seremos sólo las hermanas Provost y yo dando vueltas en este viejo cascarón de casa. —La Sra. Sandford preparó el té y se sentó frente a Jennifer—. Estuve en la librería la semana pasada. No es que pueda permitirme comprar nada estos días, pero me gusta mirar.

Jennifer removió su té y sonrió.

—Sé lo que quieres decir.

—Samuel está muy preocupado por Heather.

—¿Ah, sí? —Jennifer recordó su última charla con él sobre su nueva esposa, pero no era algo para compartir con la Sra. Sandford

—Dice que ella ha estado actuando de un modo extraño. Escribiendo cartas a gente de la que nunca ha oído hablar y husmeando en el ayuntamiento. Betsy Terwilliger dijo que Heather entró en el despacho del alcalde la semana pasada, queriendo saber si aún tenían ejemplares de la *Gaceta de Oakwood Hall*. —Sacudió la cabeza—. No puedo entender qué querría alguien con periódicos viejos.

—Quizá quiera saber más sobre el pueblo, ahora que Oakwood Hall es su hogar.

—Tal vez. Pero por el amor de Dios, si sólo es eso, ¿por qué no deja todo ese misterioso trabajo de detective y simplemente pregunta a alguien? El alcalde Scott ha estado aquí desde siempre. Él podría decirle todo lo que ella quiera saber.

Jennifer terminó su té y se levantó.

—Debo irme. Quiero alcanzar al Sr. Hamilton antes de que se vaya por hoy.

La Sra. Sandford apretó un puñado de monedas en la mano de Jennifer.

—Para el pan. ¿Puedes volver a hacer dos hogazas la semana que viene?

—Por supuesto.

—Te avisaré si necesito más para el día de la carrera.

Jennifer salió y se apresuró a ir al mercantil. Jasper Hamilton estaba de pie en la parte de atrás, cortando un trozo de tela para una mujer que llevaba un sombrero amarillo de ala ancha. Mientras él atendía a su clienta, ella ojeó los estantes. Aunque sólo era octubre, Jasper ya había encargado algunas cosas extra para la próxima temporada navideña. En un estante alto había un trompo rojo brillante, un juego de trenes de madera y un banco de payaso pintado de colores

brillantes cuya boca abierta hacía las veces de ranura para las monedas. Cualquiera de aquellos juguetes haría las delicias de Harry y Tommy. Tal vez llegara suficiente dinero de Michael antes de Navidad para hacer posible un regalo así.

Jasper se dirigió al frente de la tienda, cizalla en mano. Una vez que su cliente se hubo marchado, con el paquete de tela cuidadosamente envuelto en un fardo de papel marrón, se volvió hacia Jennifer.

—¿En qué puedo ayudarla?

Ella dejó su barra de pan sobre el mostrador.

—Le he traído una muestra de mi pan. Lo hecho fresco esta mañana.

—¿Por qué?

—He oído que planea ofrecer fiambreras el día de la carrera. Esperaba que me comprara el pan.

—¿Y por qué iba a hacerlo cuando la panadería está justo enfrente?

—El mío se hace en lotes más pequeños, así que la calidad es mejor. —Ella lo deslizó hacia él—. Por favor, pruebe un poco.

Arrancó un trozo y masticó.

—Está sabroso, sin duda. Pero siento una obligación con la panadería. —Comió otro trozo, las migas cayendo en su barba—. Además, la gente que está en la ciudad para el Día de la Raza se habrá ido en uno o dos días. No tiene sentido comercial gastar más por un producto temporal.

—Entiendo su punto de vista. —Hizo una pausa—. La verdad es, Sr. Hamilton, que necesito el dinero desesperadamente. Mi hermano ha encontrado trabajo en Chicago y esperábamos que ya nos enviara dinero, pero no ha llegado. Esperaba ganar algo de dinero hasta que lo haga. De lo contrario, me temo que mi cuenta aquí crecerá aún más.

Frunció el ceño.

—No me debe ni un céntimo, señora Stewart.

—Pero eso es imposible. El Sr. Gallager estuvo aquí hace sólo unas semanas y…

—Pagó en efectivo todo el lote.

—¿Alan, el Sr. Gallager, pagó mi cuenta?

—Sí. Fue una bastante grande.

—Nos quedamos sin nada en la granja. Laura dejó que el huerto de verano se echara a perder, así que tuve que comprar más de lo habitual. Pero no tenía ni idea de que el Sr. Gallager pagaba. No dijo ni una palabra al respecto.

Los ojos pequeños y redondos del tendero se clavaron en los de ella.

—Ese domador de caballos se ha vuelto generoso contigo, supongo.

La cara de Jennifer ardía. ¿Qué diría la gente si supiera que Alan Gallager mantenía a su familia? Mariah y Eugenie nunca la dejarían vivir así. Para ellas sería prácticamente tan malo como vivir en pecado.

—Fue muy amable por su parte. Pero pienso devolverle hasta el último céntimo.

—¿Vendiendo pan, una hogaza cada vez? —La expresión de Jasper se suavizó—. Escuche, señora Stewart. Sé que tiene su orgullo, y es algo admirable. Pero todo el mundo en Oakwood Hall apenas sobrevive estos días. Usted horneó pan para la caridad de la iglesia cuando se alojaba en el Verandah. ¿No es así?

—Sí, pero…

—Y ayudó a hacer colchas para los huérfanos cuando la Srta. Lillian vivía.

—Me alegró hacerlo.

—A veces hace falta tanta gracia para aceptar ayuda como para darla. —Devolvió el pan a medio comer a la cesta—. ¿Por qué no le lleva esto a casa a los chicos de Laura y deja de preocuparse por ese jugador?

Al salir del mercantil, Jennifer miró calle arriba hacia la librería de Samuel. ¿Cómo le iba a él? Echaba de menos la aguda inteligencia, el tranquilo ingenio y la cálida sonrisa de Samuel... y sus animadas discusiones sobre libros y política. ¿Por qué no podían haber seguido siendo amigos, sin que la cuestión del matrimonio se entrometiera? ¿Por qué él no había sido suficiente para ella?

Sabrina Peterson salió de la oficina de correos en compañía de un joven al que Jennifer no reconoció. Vestido con un vestido a rayas rosas y blancas y un canotier de paja ribeteado con cintas rosas, Sabrina parecía más joven y feliz de lo que Jennifer la había visto en mucho tiempo.

El joven la cogió del brazo mientras cruzaban la calle hacia la panadería. Sabrina se inclinó hacia él, susurrándole, y el corazón de Jennifer se estremeció al recordar a George y sus primeros días juntos. Incluso después del paso de tantos años, recordaba su tímida sonrisa, la alegre procesión desde la casa de su familia hasta la de ella el día de su boda, su tímida ternura en sus primeras noches como marido y mujer. Los planes que habían hecho para el futuro, susurrando juntos en la oscuridad.

Tantos sueños, apagados en un instante en Bloody Pond.

Cargó sus provisiones en la carreta y condujo a casa a través de la tarde menguante. Un carro desconocido estaba parado en el patio. Harry y Tommy no aparecían por ninguna parte. Jennifer frunció el ceño. Esos dos nunca estaban cuando ella los necesitaba.

Descargó sus provisiones y se dirigió al interior. Deborah Patterson se reunió con ella en el porche.

—Hola, Jennifer. Temía tener que irme antes de poder saludarte. —Le tendió su brazo bueno—. Deja que te ayude con eso.

—Gracias.

Lo llevaron todo a la cocina. Jennifer vio una bandeja de té y dos tazas sobre la mesa.

—He hecho té para Laura —dijo Deborah—. Ahora está durmiendo, la pobre. —Jennifer asintió—. Ojalá supiera qué le pasa.

—Quizá esté enferma del corazón. —Poniéndose de puntillas, Deborah apartó un saco de azúcar—. A veces una enfermedad del espíritu es peor que una aflicción corporal. Hay más té si quiere un poco.

—Suena bien. —Jennifer miró a su alrededor—. ¿Dónde están los chicos?

—Laura les dio permiso para ir a pescar. No es natural que pasen tanto tiempo dentro de casa. —Sirvió dos tazas y se sentaron a la mesa. Deborah revolvió azúcar en su té y sonrió—. Mi madre, que en paz descanse, siempre decía que debería haber nacido varón. Intentó enseñarme costura y bordado fino, pero cuando tenía la edad de Harry, pasaba más tiempo nadando, persiguiendo luciérnagas y trepando a los árboles que con aguja e hilo.

Jennifer echó un vistazo al brazo inútil de Deborah. ¿Cómo podría haber llevado a cabo actividades tan rigurosas con un brazo y una pierna dañada?

Deborah sorbió su té.

—No siempre fui así. Tuve una infancia normal hasta que murió mi madre. Sólo tenía nueve años.

Jennifer asintió.

—Yo tenía cinco cuando mis padres murieron de fiebre amarilla.

—Es horrible, ¿verdad?, verse privado de una madre tan joven. Mi padre tampoco pudo soportarlo. Se aficionó a la botella después de aquello, y la bebida le volvió mezquino. Mi hermano mayor huyó a los catorce años y me dejó sola para que me ocupara de mi padre.

Deborah sacudió la cabeza.

—Hice todo lo que pude para no irritarle, pero la menor cosa le ponía furioso. Si le servía el desayuno en un plato astillado, si quemaba las galletas u olvidaba traer la colada, me pegaba hasta que se desmayaba.

Jennifer pensó en sus propios padres, que no les habían mostrado a ella y a Michael más que amabilidad. Había sido bendecida, y había dado por sentada esa bendición. Su corazón se rompió por Deborah. ¿Cómo podía un padre mostrar tanta crueldad hacia su propio hijo? ¿Cómo podía Deborah soportar su recuerdo?

—No tienes que contarme nada más.

—Quiero hacerlo. —Deborah le acarició la mano—. La semana antes de mi decimoséptimo cumpleaños, mi padre se fue pronto a la ciudad y me dijo que no me olvidara de traer las vacas del prado. El día era sofocante, así que cuando terminé de limpiar la casa cogí agua fresca del manantial y me senté un rato en el porche delantero a escuchar las cigarras. Andrew Porter, el chico que vivía en la granja de al lado, llegó cabalgando por el camino y se detuvo a beber agua. Le dije que casi era mi cumpleaños. Se rió y dijo que una chica que cumple diecisiete años debería tener un regalo. Me llevó al pueblo a comprar una cinta para el pelo.

Sonrió.

—Hasta ese momento era el único regalo que había recibido. Después de que Andy me dejara en casa, cogí el espejo de mamá y me prendí la cinta en el pelo de una forma y luego de otra.

Deborah hizo una pausa, con una mirada de dolor en los ojos. Jennifer le robó una mirada a la esposa del ministro. ¿Se había detenido para respirar... o para reunir el valor necesario para recordar lo que había sucedido a continuación?

—Lo siguiente que supe es que había oscurecido y papá había vuelto. Demasiado tarde

recordé lo de las vacas. Salí corriendo por la puerta trasera hacia el prado, pero él me agarró por el pelo y me arrastró hasta el granero. Me desnudó hasta dejarme sin chemise y me golpeó hasta que me desmayé. Cuando volví en mí, estaba cubierta de mi propia sangre y encadenada al yunque que utilizaba para hacer herraduras.

Jennifer se quedó mirando, horrorizada.

—Oh, Deborah. No tenía ni idea. Debiste sentirte aterrorizada y terriblemente sola.

—Aterrorizada, sí. Sabía que papá quería dejarme allí hasta que muriera. Para entonces la muerte habría sido bienvenida. Pero no me sentí sola. Ni por un solo minuto. Porque sabía que nuestro Señor podía verme. Él sabía dónde estaba y el problema en el que me encontraba, y fue entonces cuando aprendí la belleza de la rendición. Durante dos días yací allí, en mi propia sangre y desechos, y le esperé. Estaba lista si él me quería. Pero si no, si aún había trabajo en la tierra que él quería que yo hiciera, también estaba lista para hacerlo.

Jennifer se quedó paralizada ante el poder de la historia de Deborah y la impresionante certeza de la fe de su amiga.

—¿Cómo escapaste?

—Andrew vino a buscarme y se dio cuenta de que mi padre estaba todo arañado. Supuso que padre me había vuelto a perseguir, así que me buscó hasta que me encontró. Al final se me curaron los moratones y los cortes, pero mi pie roto nunca se curó bien, y mi brazo estaba tan dañado por estar encadenada...

Miró más allá del hombro de Jennifer hacia el patio que había más allá.

—Fue entonces cuando conocí a Daniel. Él y su esposa, Cordelia, tenían una pequeña iglesia en las colinas sobre Cool Hollow. No podía volver a casa, así que me acogieron y cuidaron de mí. Me quedé con ellos hasta que Cordelia murió. Más tarde Daniel y yo nos casamos. Llevamos juntos desde entonces.

Sacudida hasta la médula, Jennifer sólo asintió.

—Admiro tu seguridad. Pero no veo cómo...

—No es complicado en absoluto, una vez que te decides a entregarlo todo a él. A pesar de mis achaques, ahora soy más feliz que nunca—. Puntuando el final de su relato con una breve inclinación de cabeza, Deborah se levantó. —Se está haciendo tarde. Debería irme.

—Gracias por tu visita, Laura.

Deborah sonrió.

—Es a ti a quien esperaba ver. ¿Estarás en la iglesia el domingo?

Capítulo 22

—¿Ves cómo echa las orejas hacia atrás? —Alan sonrió a Jennifer y señaló a Majestic—. Eso me dice que me ha oído, pero ha decidido ignorarme. Eso no puede ser. Incluso una pequeña infracción debe ser corregida. De lo contrario, llegará a pensar que es él quien manda.

Jennifer se encaramó a la valla y escuchó, fascinada, cómo Alan le explicaba las sutilezas del adiestramiento de caballos. En parte experiencia y en parte intuición, la capacidad de Alan para comunicarse con Majestic parecía poco menos que mágica. Observó la forma en que se movía para tranquilizar al caballo, tirando suavemente de la brida de Majestic hasta que el caballo bajó la cabeza y emitió una respiración profunda y agitada por las fosas nasales.

—Eso es —murmuró al caballo—. Allá vamos. —Se balanceó en la silla de montar, con una expresión de triunfo y placer iluminando su rostro bronceado—. Ahora está relajado. Vuelvo enseguida.

Empujó al caballo a un galope inteligente y luego, en el extremo más alejado del prado, a una carrera. Inclinándose hacia delante sobre el cuello del caballo, impulsó a Majestic, y el potro pasó atronador por delante de la verja, con sus crines oscuras volando, sus cascos levantando terrones de tierra que salpicaron la falda de Jennifer.

Ahora que sólo faltaba una semana para el Día de la Raza, no tendría muchas más oportunidades de pasar tiempo con él. La semana pasada, cuando había hablado de lo mucho que le gustaba la casa de los Peterson, su elegante casa y sus interminables pastos con el dramático

telón de fondo de las Montañas Humeantes, ella había sentido un destello de esperanza. Si tan sólo pudiera quedarse y establecerse en Oakwood Hall. Pero, ¿qué podía ofrecer a un hombre como él un pueblo del sur de los Apalaches en apuros? Dentro de una semana, quizá dos, se habría ido, y el día de hoy se desvanecería en nada más que un recuerdo agridulce.

Sombreó los ojos y observó a Alan hacer el giro en lo alto de la subida. Redujo la velocidad al trote y, tras dar un par de vueltas alrededor del prado, se detuvo frente a ella.

—Creo que está listo.

Se bajó de la silla y ofreció a Majestic una manzana. El caballo la masticó y soltó un largo relincho que hizo reír a Alan.

—¿Ves? Él también sabe que está listo.

Jennifer sonrió ante su entusiasmo infantil.

—Harry está completamente convencido de que ganarás.

Alan se secó la frente con la manga.

—Tenemos posibilidades. Ayer hice que Peterson me ayudara a medir la zancada de Majestic. Lo mejor que puedo calcular es que es de casi veintitrés pies.

—Supongo que eso es bueno.

—Es excepcional. —Abrió la puerta y se dirigieron al establo, el gran potro avanzando con paso confiado entre ellos—. La media en un pura sangre es de seis metros. He oído que el caballo que viene de Kentucky tiene zancadas de casi veintidós. —Levantó la mano para frotar la cara de Majestic—. Mi chico aquí debería poder con él. Siempre y cuando se mantenga concentrado. Lo llevaré a la ciudad todos los días de la próxima semana para que se acostumbre al sonido del silbato del tren. —Sonrió—. No podemos permitir que derribe a más señoritas bonitas.

Jennifer le devolvió la sonrisa.

—Me alegro de que estuvieras allí ese día.

—Yo también. —Soltó las riendas y la cogió por los hombros, girándola suavemente para que le mirara.

Su corazón se aceleró. Su boca se secó como la arena. Estaba claro que iba a besarla. Y que el cielo la ayudara, ella lo deseaba. Aunque el recuerdo de ello, después de que él se hubiera ido, le partiría el corazón en dos.

—Alan…

Él la acercó, deslizó un brazo por detrás de su espalda y acercó sus labios a los de ella. Ella estaba perdida, incapaz de controlar su reacción ante él. El anhelo se movió a través de ella, cálido y lento como el plomo fundido. La atracción que había sentido por él en su primer encuentro se encendió en su interior. Separó los labios para recibir su beso, y el aire mismo a su alrededor pareció brillar con promesa. Sintiéndose de repente vulnerable e inquieta, se apartó.

—Debería irme.

—Lo sé —dijo él, con la voz áspera por la emoción. Pero la abrazó un momento más antes de ayudarla a subir a su aparejo—. Nos vemos mañana en el pueblo para cenar. La cocinera de la posada hace un guiso de venado buenísimo.

—No puedo. No hay nadie que se quede con Laura y los chicos. Ven a cenar a la granja. A las seis.

Una sonrisa apenada iluminó su rostro.

—A Laura Russell no le gustará nada. Sabes que no lo hará.

—La granja fue mi hogar mucho antes que el suyo. Estoy allí porque ella me rogó que la cuidara. Y además, después de tu generosidad al prestarme dinero para la factura de la comida,

difícilmente está en posición de criticar mis decisiones.

—Ya te he dicho que era un regalo, Jennifer, no un préstamo. Pero en cualquier caso, acepto. —Se inclinó y tocó su frente con la de ella—. No puedo esperar hasta las seis. ¿Qué tal a las cinco?

—A las cinco es incluso mejor.

Él asintió.

—Majestic necesita ser atendido. Te veré entonces.



Alan vio desaparecer su aparejo al final del carril de los Peterson, con el recuerdo de su beso en su mente. Recogiendo las riendas, condujo a Majestic al establo, quitó los arreos al caballo y cogió la almohaza. Majestic resopló y asintió como si lo aprobara, lo que provocó que Alan se riera a carcajadas. No recordaba la última vez que se había sentido tan contento. Abrazar a Jennifer, sus suaves labios pegados a los suyos, había encendido sentimientos que había supuesto desaparecidos para siempre: esperanza, paz, tal vez incluso la promesa de la felicidad. Y pensar que la había conocido por pura casualidad. Si no hubiera estado en la ciudad para arreglar las cosas con Heather, si Majestic no se hubiera asustado en el preciso momento en que Jennifer salía de la tienda de vestidos…

La brisa refrescante y el crujido de las hojas al caer le recordaron que el agente marítimo de San Francisco esperaba su respuesta. Pronto tendría que decidir si reservaba pasaje para Australia

El atractivo de lo desconocido seguía siendo una fuerza poderosa en su interior. Sin embargo, la perspectiva de una libertad sin fin en el fondo del mundo le parecía de algún modo

mucho menos atractiva.



—¿Dispararon los yanquis a su barco?

Jennifer sirvió más café y sonrió ante la expresión de la cara de Tommy. El chico apoyó ambos codos en la mesa y miró a Alan, con una expresión de puro asombro. La cena había terminado y durante la última hora Alan les había obsequiado con historias de sus días capitaneando un corredor de bloqueo desde el puerto de Charleston, llevando algodón a Nassau y La Habana y trayendo de vuelta medicinas, municiones y ropa para los confederados.

—Nos dispararon una o dos veces, pero el *Nightingale* estaba especialmente construido para el trabajo que yo tenía que hacer —dijo Alan—. Estaba pintado de gris para mimetizarse con el color del mar y la niebla. En una noche sin luna podía navegar justo al lado de los barcos de la Unión y ni siquiera me veían.

Harry se rió.

—Apuesto a que eras el capitán más famoso de Carolina del Sur.

—No sé nada de eso. El capitán Wilkinson del *Robert E.* Lee corrió el bloqueo más de veinte veces, llevando algodón a Nassau. Todo el mundo admiraba su valentía. Y su suerte.

—Apuesto a que le pagaron mucho dinero por eso —dijo Tommy—. Apuesto a que ganó millones.

—¿Tú también ganaste millones? —Harry se metió un mendrugo de pan en la boca y miró a Alan.

Laura frunció el ceño hacia su hijo de una forma que hizo que a Jennifer le doliera el estómago.

—La gente educada nunca habla de dinero, Harry.

—Está bien. —Alan sonrió a Jennifer y se reclinó en su silla, completamente a gusto en la pequeña y cálida cocina—. No es por contradecir a tu madre, Harry, ella tiene derecho a educarte como mejor le parezca, pero no me ofende lo más mínimo. De hecho, el tema de mi fortuna fue la comidilla de la ciudad durante bastante tiempo. Aún lo es, entre algunos de mis conocidos.

—¿Y el humo? —preguntó Tommy, y Jennifer vio que había estado elaborando en su cabeza los detalles de las aventuras de Alan—. De los motores, quiero decir. ¿Cómo es que las naves de la Unión no lo vieron?

—Es una buena pregunta, Tommy. Me gustan los hombres con la cabeza sobre los hombros.

Jennifer estudió al chico mayor. Parecía intrigado, quizá incluso halagado, pero no se dejaba convencer tan fácilmente como su hermano pequeño. Tommy Russell era un hueso duro de roer. Si Alan, con su fácil encanto y su pasado aventurero, no podía ganarse a Tommy, nadie podría.

—Con carbón de antracita —dijo Alan—. Arde sin hacer humo. Tan pronto como veía la luz sobre Fort Sumter, apagaba las luces de marcha, cubría la bitácora y la escotilla de la cámara de combustión, y soplaba el vapor bajo el agua.

Harry sonrió.

—Como cuando te bañas en la bañera y... —Tommy miró boquiabierto a su hermano y se cayó de la silla riendo.

—Joseph Russell, ya basta. —Laura se sonrojó y le dio un manotazo en la pierna al chico.

—Debería irme. —Alan se levantó—. La he tenido despierta demasiado tiempo. Gracias por la hospitalidad de su hogar, Sra. Bell.

Laura le ofreció una cortante inclinación de cabeza.

—Y gracias, Sra. Stewart, por la excelente cena. Cada bocado era excepcional.

Jennifer luchó contra un impulso casi insoportable de tocarlo. Cuanto más aprendía sobre Alan Gallager, más ansiaba conocerlo. Sonrió, plenamente consciente de su intensa mirada.

—Me alegro de que lo disfrutara.

Le acompañó al salón, donde cogió su sombrero y su abrigo.

—¿Te veré en la carrera del próximo sábado? —preguntó él, con voz grave.

—Eso espero. Depende de cómo se encuentre Laura.

Asintió con la cabeza.

—Deséame suerte.

—Sabes que sí.

Un grito y un estruendo procedentes de la cocina rompieron la tranquilidad. Cerró los ojos. Laura había estado de mal humor todo el día. Lo mejor que podía hacer era limpiar rápidamente y acostar a los niños. Su ruido y sus constantes necesidades parecían empeorar el humor de su madre. Y cuando Laura no estaba contenta, nadie en la casa podía respirar tranquilo.

—Adelante —dijo Alan—. Cuida de ellos.

Ella le vio cruzar el patio y montar.

En la cocina, Laura golpeaba las cacerolas en el agua jabonosa de fregar, una mueca contorsionaba su delgado rostro. Harry y Tommy habían ido a buscar agua y leña.

—No deberías estar de pie, Laura. Órdenes del médico. Yo me ocuparé de los platos.

—No estaba segura de que pudieras separarte del encantador Sr. Gallager el tiempo suficiente para ocuparte de tus responsabilidades. —Laura se limpió las manos en un paño de cocina y lo colocó sobre la caja para tartas—. La forma en que te has lanzado sobre él es una vergüenza.

—¿Lanzarme sobre él?

—Estuviste suspirando por él durante toda la cena. Y cuchicheando con él en el pasillo hace un momento. Y él fue nada menos que un criminal durante la guerra.

—¿Un criminal? El gobierno pagaba a hombres para que hicieran su trabajo. Era tan importante como tomar las armas y disparar. —Jennifer se ató un delantal sobre el vestido, se arremangó y golpeó unas cuantas cacerolas de las suyas. —Si hombres como Alan no hubieran traído armas, el ejército del general Lee habría estado en peores condiciones.

Laura levantó la vista del plato que estaba raspando.

—No uses el nombre de ese santo hombre en la misma frase que el de Alan Gallager. Es un sacrilegio. —Se dirigió a su habitación y cerró la puerta de un portazo justo cuando Harry entraba con un montón de leña. Tommy, cargado con dos cubos de agua, estaba justo detrás de él.

—Todas las tareas están hechas, Jennifer —informó Tommy—. Traje a Miranda del pasto. Parece que tendremos heladas esta noche.

Asombrada por su actitud inusualmente servicial, Jennifer sonrió. Tal vez debería probar los métodos de entrenamiento de Alan con el muchacho.

—Bien pensado. Se lo agradezco.

Puso el agua en la mesa junto a la puerta.

—Harry y yo nos preguntábamos si nos llevarías a la carrera del sábado. Me gustaría ver al Sr. Gallager montar ese caballo.

Ah. Esa era la razón por la que de repente se había vuelto tan servicial.

—No estoy segura de que podamos ir —le dijo Jennifer—. ¿Quién cuidaría de tu madre?

El rostro de Tommy se ensombreció.

—No podemos hacer nada divertido porque siempre está enferma. Pero ayer, cuando vino la mujer del predicador, se arregló y tomó el té y actuó como si no pasara nada.

Jennifer se dio la vuelta y se concentró en limpiar los platos.

—Bueno, ya sabes cómo le gusta a tu madre hacer las cosas bien.

Se apoyó en la mesa, haciendo chapotear el agua.

—Vamos, Jennifer. ¿No podemos irnos, aunque sea un ratito?

Capítulo 23

Jennifer dejó la bandeja del desayuno de Laura en la mesa junto a la cama y abrió las cortinas, dejando entrar la pálida luz otoñal. Hojas rojas y doradas se desprendían de los árboles que bordeaban la carretera. A lo lejos, los gansos planeaban sobre las montañas envueltas en niebla.

—¿Qué hora es? —Laura se removió y se incorporó, parpadeando. —Casi las siete.

Laura bostezó y recogió su taza.

—Estoy tan cansada todo el tiempo.

—Eso es de esperar a estas alturas. O eso me han dicho. Mariah dijo que tenía mucha más energía después de los primeros meses.

—No. Esto es otra cosa. —Laura dio un sorbo a su té y untó una galleta con mantequilla—. A veces temo que haya algo terriblemente malo y que el médico me esté ocultando la noticia.

Jennifer sintió una inesperada oleada de compasión por su cuñada. No debía de ser fácil, estar tan enferma y separada del hombre al que amaba.

—Estoy segura de que el doctor Spencer no haría eso. Siempre ha sido del tipo práctico. —Indicó el plato de Laura—. Quiere que acumules fuerzas para el parto.

Laura comió un bocado de huevos y arrugó la nariz.

—Demasiada sal.

—Los chicos quieren ir a la carrera mañana —dijo Jennifer—. Pero no estoy segura de que deba dejarte aquí sola.

—Tommy me ha estado dando la lata con eso desde que el señor Gallager vino a cenar. Y Harry está pendiente de cada palabra de ese hombre. Está muy orgulloso de la pequeña cicatriz que se hizo al intentar montar ese caballo. Me cuenta una y otra vez cómo el Sr. Gallager lo llevó al porche aquel día.

—Echan de menos tener a Michael cerca.

—Yo también. —La taza de Laura repiqueteó sobre su platillo—. Oh, si no fuera porque voy a tener este bebé, ya podríamos estar todos en Chicago.

—¿Pero no cambiarías a este niño simplemente por una oportunidad de vivir en la ciudad?

Laura se limpió los labios con la servilleta y esbozó una sonrisa.

—Michael me ha dicho mil veces lo mucho que querías una familia. Pero no es tan idílico como crees. Claro que quiero a tu hermano y a mis hijos. Pero a veces envidio tu libertad.

¿La libertad? Jennifer casi se echó a reír. ¿No estaba ella atada día y noche a esta granja y a esta mujer frágil y huidiza y a sus hijos, responsable de todas sus necesidades?

—Supongo que es natural imaginar que otras personas tienen una situación mejor. Pero cambiaría con gusto cualquier libertad que creas que tengo por un marido y unos hijos propios. Es todo lo que siempre he querido.

—Porque te han enseñado a creer que es lo que debes querer. Personalmente, creo que la vida de una mujer debería ser mucho más que cuidar de un hombre y una pastilla de niños, aunque por supuesto es muy conveniente para…

—¿Mamá? —Harry irrumpió en la habitación—. ¿Podemos ir a la carrera? ¿Te preguntó Jennifer Stewart si podíamos ir?

Laura suspiró y cerró los ojos.

—Estábamos discutiéndolo.

—Oh, bien. Espera a que se lo diga a Tommy.

Jennifer puso una mano en el hombro del chico.

—Un momento. Tu madre aún no ha dicho que sí. ¿Por qué no vas a dar de comer a las gallinas? A ver si hay huevos hoy.

Frunció el ceño.

—Llevamos hablando de ello toda la semana. ¿Cuánto se tarda en decir que sí?

Laura se inclinó y le apretó la mano.

—Vamos, hijo.

Cuando Harry salió corriendo, Laura le dijo:

—Creo que deberías llevártelos. Les han pasado muchas cosas malas, perder a su verdadero padre cuando sólo eran bebés y luego que Michael se fuera tan pronto. Deberían tener buenos recuerdos de su infancia. —Dejó la bandeja a un lado, haciendo sonar su taza—. Y tú te mueres por ir de todos modos, a ver al magnífico Sr. Gallager.

—Pero estaremos fuera todo el día. ¿Estarás bien? —Jennifer recogió la bandeja de Laura —. Podría enviar un mensaje a Two Creeks, a ver si Libby Dawson puede quedarse contigo.

—No quiero a una chica de color merodeando por mi casa.

—Libby es muy fiable. Cuidó de la tía Lillian de David Foreman muchas veces, y los Dawson estuvieron aquí para tu boda.

—Sí, cocinando y sirviendo comida. Eso es diferente. —Laura se sentó, mulló la almohada y se dejó caer contra ella—. ¿Y si tuviera que vomitar... o algo peor? ¿Y si necesitara ayuda para llegar al orinal?

En un destello de comprensión, Jennifer se dio cuenta de que Laura Russell Bell estaba más aterrorizada de parecer débil, de estar en deuda, que de cualquier otra cosa. Que alguien, incluso Libby Dawson, la viera como menos que en total dominio era más de lo que podía soportar. No es de extrañar que este embarazo fuera una prueba tan dura para ella.

—Si puedes volver antes de que oscurezca, estoy segura de que estaré bien.

Laura señaló el periódico que había llegado en el correo de la semana pasada.

—Si me siento con fuerzas, puede que me ponga al día con la lectura. —Sonrió—. Sería bastante agradable, tener un día para mí sola.



Cuando Jennifer se levantó a la mañana siguiente, Tommy y Harry ya estaban levantados y vestidos. La caja de leña de la cocina estaba llena, al igual que los cubos de agua. Sobre la mesa, tres platos limpios y tres tenedores esperaban.

Harry tiró de su brazo.

—Date prisa, Jennifer Stewart. Desayunemos algo y pongámonos en marcha. No quiero perderme ni un minuto del día de la carrera.

Jennifer se ató un delantal sobre el vestido que había comprado para la boda de Michael. Alan ya la había visto con él, por supuesto, y era demasiado elegante incluso para hoy, pero le sentaba bien a su pelo cobrizo y a sus ojos azules, y ella quería estar lo mejor posible para él. Cortó el pan que había horneado ayer, puso mermelada y queso y sirvió leche para los chicos. Engulleron sus alimentos como prisioneros en una última comida, pero su estómago estaba tan anudado y nervioso que no podía tragar ni un solo bocado.

Ella quería que Alan y Majestic ganaran la carrera. Y quería que él se quedara... pero para

eso haría falta un auténtico milagro.

Preparó una bandeja para Laura, llenó una jarra de agua, alisó la colcha de Laura y vació el orinal maloliente. Laura gemía y se revolvía, con los brazos delgados como escobas echados sobre la cara.

Cuando Jennifer terminó de enganchar a Iris y los chicos estuvieron sentados, entró para despertar a su cuñada.

—Ya nos vamos. ¿Necesitas algo?

Laura gruñó y se sentó.

—¿Quizá mi tejido?

Jennifer le entregó el pequeño ovillo de hilo amarillo y sus agujas.

—Volveremos antes de que anochezca.

—Ah, y quizá otro vaso de leche. Si no es mucha molestia.

Reprimiendo su irritación, Jennifer fue a por la leche y escapó antes de que Laura pudiera pensar en otras cosas que necesitaba. Le entregó a Tommy la cesta que había preparado para ellos, subió a la carreta y cogió las riendas.

—Bueno, chicos, nos vamos.

—Estoy deseando llegar al pueblo —aseguró Tommy—. Voy a comprar caramelos en el mercantil con los diez centavos que me dio el Sr. Chastain. Llevo toda la mañana debatiéndome y aún no me decido entre palitos de menta o zarzaparrilla.

—Tommy me hizo un tirachinas condenadamente bueno, Jennifer Stewart —dijo Harry, sacándolo de su bolsillo—. Anoche ahuyenté a una zarigüeya con él.

Sacando una piedra pequeña y lisa de su bolsillo, la encajó en la honda y la tensó. La piedra surcó el camino y se estrelló contra la barandilla de la valla.

Jennifer sonrió.

—Sí que es un arma poderosa. Pero debes tener cuidado, Harry. No la apuntes a nada que no pretendas golpear.

—No, señora, no lo haré. —Harry se agarró con fuerza al lateral de la carreta mientras dejaban atrás la granja y doblaban una curva—. Jennifer Stewart, ¿volverá tu hermano alguna vez a casa?

—Por supuesto que sí; cuando nazca tu nueva hermana o hermano. Entonces supongo que os mudaréis todos a Chicago.

—Odio Chicago —afirmó Tommy.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has estado alguna vez allí?

—No, pero he visto fotos. Solo es un montón de grandes edificios. No hay hierba ni vacas ni árboles.

—Los parques de su ciudad están llenos de hierba y árboles —le dijo Jennifer—. Y hay un gran lago para navegar. Y una estación de tren cien veces más grande que la de Oakwood Hall. Suena muy emocionante.

Cuando pasaron por delante de la iglesia rural, la carreta se sacudió en un tramo de camino lleno de baches, casi volcando su cesta del almuerzo. Harry la puso en su sitio.

—No me importa si tienen un millón de trenes —comentó Tommy—. No hay montañas ni hollers ni arroyos para pescar ni nada. No señor, me quedo aquí.

—Pero aquí ni siquiera tenemos escuela —dijo Harry—. Yo quiero una escuela. Mamá dice que si nos quedamos aquí siempre seremos pobres como ratones de iglesia. Dice que nunca llegaremos a ser hombres respetables.

—Convertirse en un hombre respetable tiene todo que ver con el carácter y muy poco con

el lugar donde uno vive —aseguró Jennifer—. Tenemos muchos hombres respetables aquí mismo, en Oakwood Hall. El Dr. Spencer y el Sr. Chastain son dos de los mejores hombres que conozco.

—Y el señor Gallager —afirmó Harry.

Jennifer se ruborizó.

—Sí. El Sr. Gallager también.

Por fin llegaron al pueblo. Carretas, caballos y aparejos de todo tipo se alineaban en la carretera principal. Multitudes de gente se movían por las aceras, admirando los escaparates de las tiendas. Un nudo de gente se agolpó en la librería de Samuel. A través del escaparate, Jennifer vio a Samuel y a Heather hablando con un cliente. Llamó la atención de Samuel y le saludó con la mano. Él sonrió y asintió antes de volver con su cliente, pero ella le observó un momento más. ¿Se habían resuelto sus reservas sobre su nueva esposa? Se acercó a un elegante aparejo y ató a Iris.

—¿Puedo ir al mercantil? —Tommy saltó del carro, aterrizando con un golpe seco.

El dueño del aparejo aparcado a su lado apareció, llevando un trípode y una cámara. Colocó un juego de placas de cristal en el aparejo y se inclinó el sombrero.

—Buenos días, señora. Lleva un vestido muy bonito. ¿Qué tal una foto de usted y sus guapos chicos? Sería un bonito recuerdo.

Le entregó una tarjeta de visita.

—Me llamo Arthur Platt. Recién bajado del tren desde Buffalo, Nueva York. Los retratos son mi especialidad.

—Gracias, pero no creo...

—Ella no es nuestra madre —dijo Harry—. No es pariente real en absoluto.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Jennifer. Pensó en Michael, tan lejos de casa y seguramente solo por su nueva vida y su nueva familia, que había sido cercenada casi tan pronto como había comenzado. Realmente no podía permitirse un retrato, pero. . .

—Es sólo un dólar —dijo el fotógrafo—. Y si no queda completamente satisfecha, le devolveremos alegremente la totalidad de sus honorarios.

Jennifer sintió que su determinación se debilitaba. ¿Y qué si no tenían otra cosa que comer que tocino y judías durante una semana más? El sacrificio merecería la pena si la fotografía servía como ofrenda de paz a Michael. Una forma de volver a caerle en gracia.

—Muy bien, Sr. Platt.

—Espléndido. —El Sr. Platt las alineó junto a la carreta, los chicos flanqueando a Jennifer. Preparó una diapositiva, colocó la tela sobre la cámara y les advirtió que no se movieran. Tommy permaneció sin sonreír y erguido como una vara, pero Harry miró a Jennifer justo cuando se disparó el flash.

El fotógrafo le entregó un lápiz y un formulario impreso.

—Escriba su nombre y dirección, y le enviaré su fotografía en cuanto esté hecha. —Hizo un gesto con la mano para indicar la calle abarrotada—. Puede que tarde un poco. He estado ocupado desde que llegué. Hoy hay mucha gente en la ciudad.

—Tenemos una carrera de caballos —le dijo Harry—. Nuestro amigo Alan Gallager va a ganar.

—No me diga. —El Sr. Platt escrutó a la multitud, buscando a su próximo cliente.

Jennifer garabateó en el formulario y pagó al hombre.

—Muchas gracias —dijo, embolsándose el formulario y sus honorarios—. Espero que disfrute de la carrera.

—¿Puedo ir ya al mercantil? —preguntó Tommy.

Jennifer sonrió. Aquella moneda ciertamente estaba quemando un agujero en el bolsillo del chico.

—De acuerdo. Llévate a Harry contigo.

—¿Tengo que hacerlo?

—Por supuesto.

Tommy le hizo un gesto con el pulgar a su hermano.

—Vamos entonces. Pero no hagas ninguna tontería.

—Nos vemos fuera del banco al mediodía —dijo Jennifer—. Queremos conseguir un buen sitio para la carrera.

Los chicos se dirigieron al mercantil. Jennifer se tomó su tiempo mirando los escaparates, escuchando las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor.

La carrera había atraído a una multitud mayor de la que ella había esperado. Fuera de la tienda de vestidos, Mariah estaba de pie charlando con Molly Scott. Jennifer la saludó con la mano. Mariah le devolvió el saludo brevemente y reanudó su conversación. Apenada, Jennifer cruzó la calle. Divisó a Daniel y Deborah Patterson, con una gran cesta de picnic entre los dos, que se dirigían al otro extremo de la calle, donde el sheriff McCracken supervisaba a un pequeño ejército de muchachos. Palas en ristre, trabajaban para depositar una gruesa capa de tierra sobre la calle de ladrillos.

—Cubrid bien esos ladrillos, chicos. —El sheriff alzó la voz para que se le oyera por encima del aserrado de los violines y el tañido de los banjos procedentes de una banda improvisada cerca de la posada Oakwood Hall—. No podemos permitir que esos lujosos caballos resbalen en los ladrillos y se hagan daño. —Levantó la vista y se tocó el ala del sombrero—. Buenos días, señora Stewart.

—Sheriff.

El silbato del tren chilló. Jennifer miró a su alrededor buscando a Alan y a Majestic, rezando para que el potro hubiera superado su miedo al sonido. A través de la creciente multitud, vislumbró a un par de los otros jinetes conduciendo sus caballos más allá de la orilla hacia la línea de salida, a pesar de que aún faltaban dos horas para la carrera. Se imaginó a Alan en algún lugar calmando a Majestic, preparándolo para la carrera, su excitación apagada por el conocimiento de que después de hoy Alan no tendría ninguna razón para permanecer en Oakwood Hall.

—¡Jennifer Stewart! —Harry corrió hacia ella, con su tirachinas asomando del bolsillo trasero, una bolsa de papel abultada con caramelos agarrada con fuerza en una mano—. Mira todo lo que tenemos: menta y zarzaparrilla y regaliz y no sé qué más. Tommy ya se comió la mitad de los suyos, pero yo estoy guardando los míos hasta después de la carrera. Si Majestic gana, le daré un poco de menta. ¿Crees que le gustará?

—Madre mía. —Sonrió al chico—. Más despacio, Harry.

La multitud crecía a medida que llegaba otro tren, desalojando a la gente que atascaba la calle buscando sitios para sentarse, abriendo las cestas del almuerzo, preparándose para ver la carrera. El Sr. Platt se movió entre la multitud, tomando más fotografías. Jennifer observó al sheriff McCracken posar fuera de su despacho, con una mano en el cinturón de su pistola. Envió a Tommy a buscar su cesta del almuerzo al carromato y los tres se acomodaron en los escalones del exterior del banco.

Tommy abrió la pequeña lata de melaza que Jennifer había empaquetado y roció un poco sobre un gran trozo de pan de maíz.

—Adivina a quién vimos Harry y yo en el mercantil.

—No tengo ni idea.

—Al hombre de Kentucky que trajo su caballo para la carrera. Y el Sr. Hamilton dijo que hay gente en Oakwood Hall a la que no le gusta el Sr. Gallager porque juega a las cartas en vez de trabajar.

—El Sr. Gallager solía jugar a las cartas, pero ahora trabaja para el Sr. Peterson, entrenando a Majestic.

Jennifer apartó el pelo de Tommy de sus ojos y él se apartó.

—Y no deberíamos juzgar a los demás.

—No, ya lo sé. Pero el Sr. Hamilton dijo que el Sr. Gallager se acompaña del tipo equivocado de mujer. —Tommy masticó y tragó saliva—. Creo que tampoco entiendo eso.

La de Jennifer bien podía imaginar los cotilleos que corrían hoy por el pueblo sobre ella y Alan Gallager. Bien. Si querían pensar en ella como el tipo equivocado de mujer, que así fuera. Su actitud decía más de ellos que de ella. Ella no había hecho nada impropio. Nada de lo que debiera avergonzarse.

Ella y los muchachos terminaron su comida. Tommy llevó la cesta a la carreta y salió corriendo en busca de sus amigos. Harry se encaramó a la barandilla fuera del mercantil y hurgó en su saco de caramelos.

El Sr. Peterson y el alcalde subieron los escalones fuera de la oficina del sheriff. El banquero tomó una trompeta parlante y levantó la mano para pedir silencio.

—Señoras y señores. En nombre del alcalde Scott y de todo el pueblo de Oakwood Hall, les doy la bienvenida al Día de la Raza.

La banda que el Sr. Peterson había contratado para la ocasión tocó una marcha entusiasta mientras los caballos y los jinetes se dirigían a la línea de salida frente a la oficina del sheriff. El Sr. Peterson señaló el recorrido de la carrera. Comenzando en la oficina del sheriff, los caballos correrían hasta el final de la calle principal y luego girarían hacia la carretera que llevaba al

parque. Desde allí correrían a lo largo de todo el parque, siguiendo el río, luego volverían a la calle principal, rodearían un conjunto de barriles de pepinillos vacíos del Sr. Hamilton alineados fuera del Verandah, y regresarían a la línea de salida.

Jennifer se tapó los ojos y observó a la multitud que bordeaba el recorrido mientras el banquero le explicaba las reglas de la carrera. Todo el pueblo, normalmente tan tranquilo y ordenado, se transformó en un ruidoso mar de color y movimiento. Los forasteros con sombreros elegantes y sedas de colores brillantes y las esposas de los granjeros con redecillas para el sol y calicots desteñidos estaban codo con codo con hombres de negocios, granjeros con vaqueros ásperos y botas de trabajo y operarios de molinos que olían a sudor, tónico capilar y serrín.

Los vendedores ambulantes se movían entre la multitud pregonando caramelos y recuerdos. El fotógrafo correteaba, instalando su cámara cerca de la línea de meta. Si Alan ganaba, Jennifer tenía la intención de comprar una fotografía, algo a lo que aferrarse una vez que él ya no formara parte de su vida. Apartando la tristeza que le producía esa perspectiva, volvió a centrar su atención en el banquero.

Tras saludar a los dignatarios visitantes sentados en una tribuna especial al final de la calle, el Sr. Peterson presentó a los jinetes y sus caballos: dos de Lauraland, uno de Kentucky y otro de Tulip Grove, cerca de Nashville. Y, finalmente, Alan y Majestic. Todos los caballos tenían un aspecto magnífico, sus pelajes relucientes, cintas de seda de colores alegres entretejidas en sus espesas crines, sus jinetes bien vestidos, con las botas lustradas hasta dejarlas brillantes como un espejo. Pero Jennifer sólo tenía ojos para Alan. Esperaba que él la buscara entre la multitud, pero él mantenía la cabeza baja, las manos relajadas sobre las riendas, toda su atención centrada en comunicarse con su montura. Un sabueso negro y fuego de aspecto desaliñado trotó hacia la calle, ladrando y mordisqueando a los caballos. El caballo de Tulip Grove resopló y se agitó, pero Majestic permaneció tranquilo, con la cruz temblorosa por la expectación.

—¿Listos, caballeros? —llamó el Sr. Peterson. Alan y los otros jinetes asintieron. Uno de

los caballos relinchó como en respuesta, y los que estaban más cerca de Jennifer se rieron. El sheriff sacó su pistola y disparó. El disparo reverberó a lo largo de la abarrotada calle. Los caballos atronaron por el camino de tierra. La multitud se levantó como una sola, gritando y vitoreando.

—¡Vamos, Príncipe Audaz! —Una mujer con un enorme sombrero de paseo rosa saltaba, empujando a Jennifer—. No dejes que te gane un caballo de Tennessee.

—Los caballos de Tennessee pueden vencer a cualquiera —gritó Tommy—. Corre, Majestic. —Los caballos pasaron a toda velocidad por delante de la panadería, la barbería y el mercantil, con una yegua castaña tomando la delantera. Alan y Majestic corrían en tercer lugar, detrás del caballo de Lauraland. Jennifer frunció el ceño. ¿A qué estaba esperando? Arqueó el cuello para ver mejor mientras los caballos hacían el giro hacia el parque. Luego, los caballos y los jinetes se perdieron de su vista cuando pasaron volando junto al cenador y la multitud que los aclamaba. De puntillas, Jennifer aferró su retícula y esperó a que Alan y Majestic reaparecieran. Por fin regresaron, con los cascos volando y las bridas traqueteando mientras los jinetes les apremiaban. Alan miró a su derecha y a su izquierda e instó a Majestic a colocarse en segundo lugar mientras rodeaban los barriles de pepinillos del Sr. Hamilton.

Súbitamente consciente de que algo iba mal, buscó entre la multitud, luego agarró a Tommy por el hombro y gritó por encima de los ensordecedores vítores.

—¿Dónde está tu hermano?

Tommy apartó su mano, sin apartar los ojos de Alan y Majestic.

—Por ahí en alguna parte. Está bien. ¡Vamos, Sr. Gallager! Usted puede hacerlo. —Los caballos entraron en la recta final. Majestic y la yegua alazana corrían codo con codo mientras pasaban a la orilla, un borrón de negro y marrón contra la multitud brillantemente vestida.

—No te muevas —le dijo Jennifer a Tommy—. Debo encontrar a Harry.

Se recogió las faldas y se abrió paso entre la aglomeración de curiosos, manteniendo un ojo atento a Harry y el otro a Alan. Los caballos esprintaron hacia la línea de meta, todavía corriendo codo con codo. Entonces Alan se inclinó sobre el cuello del Majestic y se adelantó a los demás. Se oyó una gran ovación.

Un ligero movimiento al otro lado de la calle atrajo la atención de Jennifer. Vio a Harry persiguiendo a un perro callejero, los caballos cargaban hacia la línea de meta. Se detuvo, sacó su honda del bolsillo y apuntó.

Ella se abrió paso frenéticamente entre la multitud, rezando por alcanzarle a tiempo. Pero sentía las piernas pesadas como yunques, la respiración le llegaba en breves jadeos. Abrió la boca en un grito silencioso.



Sentado en lo alto de Majestic durante los últimos segundos de la carrera, Alan sintió que volvía el alborozo familiar. Por un momento fue posible creer que estaba de vuelta en Carolina del Sur montando uno de los Purasangres favoritos de su padre, deleitándose con una rara mirada de aprobación en los ojos del viejo.

Ahora, con un sutil cambio de su peso en la silla, le pidió al caballo un poco más de velocidad. El potro tenía mucho más en él, mucho más que dar. Alan sintió cómo la zancada sin esfuerzo de Majestic se alargaba bajo él mientras cubrían los últimos metros de la carrera, liderando por una nariz... por una cabeza...

Un tremendo rugido se elevó en la línea de meta. Alan se enderezó en la silla y agradeció a la multitud. Los otros caballos agitaron una nube de tierra detrás de él. Entonces Majestic se sacudió, emitió un relincho aterrorizado, giró, se encabritó. Y Alan se encontró cayendo.

No sintió dolor cuando su cabeza golpeó el pavimento de ladrillos cubierto de suciedad y su hombro crujió bajo él. Sólo una luz cegadora. Y luego nada.

Capítulo 24

Abriéndose paso hasta el frente de la silenciosa multitud, Jennifer vio al sheriff McCracken inclinado sobre la forma inmóvil de Alan. Uno de los otros jinetes agarró la brida de Majestic, lo calmó y lo condujo hacia la caballeriza de Tanner. Harry Russell no estaba a la vista. Jennifer se quedó helada, incapaz de pensar o moverse.

—¿Dónde está el doctor Spencer? —gritó McCracken—. Este hombre necesita ayuda.

Eugenie Spencer se apresuró entre la multitud, las flores de seda rosa de su sombrero leghorn marrón revoloteando con la brisa.

—Mi marido se fue a Owl Creek antes del amanecer para traer al mundo al bebé de la señora Patchett. Aún no ha vuelto.

Un hombre con un apolillado traje de lana negra se arrodilló junto a Alan.

—Está respirando. Puede que se haya roto algún hueso. —Levantó con cuidado la cabeza de Alan—. No hay sangre. Creo que esa capa de suciedad lo salvó. Pero va a tener un fuerte dolor de cabeza cuando vuelva en sí.

Jennifer habló al fin, su voz alta y extraña.

—Sheriff, por favor, llévelo a su habitación en la posada para que el médico pueda atenderlo adecuadamente.

El hombre levantó la vista.

—Oh, no soy médico, señora. Me llamo Harlan Wentworth. Solía ser el enterrador de por aquí, pero ahora estoy en el condado de Knox. —Hizo un gesto con el pulgar hacia Alan—. He visto suficientes cadáveres en mis días para juzgar bastante bien en qué estado están.

Jennifer se estremeció y miró al sheriff.

—No obstante, hay que llevarlo a su habitación de inmediato.

McCracken se quitó el sombrero y se secó la frente con la manga de la camisa, la estrella de hojalata de su pecho brillando a la luz de la tarde.

—Estaría encantado de llevarle allí, Miz Stewart, pero tengo entendido que ha renunciado a su habitación esta mañana. Se fue de la posada y compró un billete en el tren de la tarde. El hotel está lleno. Su habitación ya está ocupada.

La noticia de que Alan ya había hecho los preparativos para marcharse apenas caló en Jennifer. Por ahora, necesitaba su ayuda.

—¿Qué hay del Verandah? Seguramente la Sra. Sandford hará una excepción para un caballero herido.

—El Verandah también está lleno, es lo que he oído. Buenas noticias para Maisy Sandford, pero mala suerte para Gallager.

—Bueno, él no puede yacer aquí en la calle como un animal herido.

—No, señora. Por supuesto que no. —El sheriff se dirigió a la multitud—. Necesitamos que alguien acoja a este hombre hasta que sea atendido y esté en condiciones de viajar. ¿Quién tiene una habitación vacía libre?

Las personas que se agolpaban alrededor se miraban unas a otras, murmurando y sacudiendo la cabeza.

El Sr. Peterson se abrió paso entre la multitud.

—Oí el alboroto, pero la multitud es tan densa que no pude ver nada. Después de tanto plan, me perdí el final de la carrera—. Se inclinó sobre Alan. —¿Qué demonios te ha pasado, muchacho?

—El caballo se asustó y lo tiró. —McCracken se llevó el sombrero a la nuca—. Está inconsciente. ¿Tiene sitio para él en su casa? Todos los sitios del pueblo están llenos.

—También mi casa. Mi señora y yo estamos haciendo de anfitriones para los otros propietarios de caballos, y Sabrina también invitó a algunas de sus amigas. Lo odio, pero estamos a reventar.

—Sr. Peterson —dijo Jennifer—. Todo este evento es obra suya. Usted contrató al Sr. Gallager para montar a Majestic. ¿Y ahora no está dispuesto a ayudarlo en su hora de necesidad?

—No estoy poco dispuesto, señora. —Su voz se elevó por encima del murmullo de voces —. Sólo que no está en mi mano ayudarlo. —Miró alrededor de la silenciosa multitud—. ¿Y tú, Jasper? Tienes esa habitación extra.

Jasper Hamilton escupió un vapor de jugo de tabaco a la calle y sacudió la cabeza.

—La madre de Amanda se queda con nosotros. Nosotros tampoco tenemos sitio. Además, este hombre es un vago que ha estado apostando y quién sabe qué en Two Creeks. No me sentiría seguro teniéndolo bajo mi techo.

La ira de Jennifer estalló ante eso.

—Ustedes van a la iglesia los domingos y escuchan sermón tras sermón sobre ayudar al prójimo. Y luego, cuando se presenta la oportunidad de hacer precisamente eso, miren lo que pasa.

El banquero hizo un gesto al sheriff.

—Eli, ¿no puedes encontrarle un sitio en la cárcel?

Jennifer frunció el ceño.

—¿La cárcel, Sr. Peterson?

—Sólo temporalmente, por supuesto. Hasta que encontremos un lugar mejor.

Lanzó un suspiro exasperado.

—Sheriff, tenga la amabilidad de traer mi carreta aquí.

—Jennifer. —Mariah se apresuró y le susurró al oído—: ¿Qué estás haciendo?

—Llevarlo a la granja, por supuesto. No puedo dejarlo aquí en la calle o confinado con delincuentes comunes. —Miró a Alan, que aún yacía pálido e inmóvil en la calle—. No después de todo lo que ha hecho por nosotros.

Mariah levantó las manos en un gesto de rendición y se dio la vuelta. El sheriff se dirigió a recuperar la carreta de Jennifer mientras el Sr. Peterson subía los escalones y se dirigía a la multitud.

—Damas y caballeros, este hombre se pondrá bien cuando reciba atención médica. Su accidente es una desafortunada mancha en este bonito día, pero por favor, no dejen que interfiera en su disfrute del resto de las festividades. Hay mucho más que ver y hacer antes del baile de esta noche en el parque.

La banda tocó una animada melodía. La multitud murmuró y se alejó. El sheriff McCracken detuvo la carreta de Jennifer. Él, el enterrador y un par de fornidos aserradores subieron a Alan a la carreta.

Tommy llegó, con la cara roja y sin aliento. Harry, con los ojos llorosos y sucio, iba detrás de su hermano, con su honda rota colgando del bolsillo.

El sheriff se dirigió a su despacho y regresó para apretar un pequeño frasco marrón en la mano de Jennifer.

—Esto aliviará el dolor. Enviaré al doctor Spencer en cuanto vuelva de Owl Creek.

—Se lo agradecería. —Jennifer permitió que el sheriff la ayudara a subir al asiento de la carreta. Ella cogió las riendas y los chicos subieron, con expresión solemne.

—Si le sirve de algo, señora Stewart, admiro lo que está haciendo. Yo lo habría alojado aquí en la cárcel, como dijo Peterson, pero está atestada de borrachos y camorristas. No es un lugar adecuado para un hombre herido.

Jennifer asintió y giró la carreta hacia casa. Cuando pasaron por la estación de tren, sonó el silbato, recordándole a Majestic. Seguramente alguien cuidaría del caballo. Alan estaría más preocupado por el potro que por él mismo. Guió la carreta alrededor de un surco en el camino, pero no pudo evitar mover a su herido pasajero. Alan gimió. Harry se apoyó en Jennifer y sollozó.

La ira de Jennifer estalló de nuevo.

—Deja de lloriquear, Harry Russell. Todo esto es culpa tuya.

—Lo sé —balbuceó, sus delgados hombros temblando—. Sólo intentaba ayudar a Alan a ganar la carrera.

—¿Disparando esa honda infernal a Majestic?

—No. Ese viejo perro sabueso corría por los caballos. Ya había mordido a uno de ellos justo antes de la carrera, y yo tenía miedo de que mordiera a Majestic. Intentaba ahuyentarlo. Pero fallé.

—Te dije que tuvieras cuidado con esa cosa. Te dije...

—Deja de regañarlo. —Tommy cerró los puños—. Fue un accidente. No quiso hacerlo.

—Tomó una decisión. Las decisiones tienen consecuencias.

—Eres mala —aseveró Tommy—. Te odio.

Jennifer mordió una respuesta. ¿Por qué ese chico siempre parecía sacar lo peor de ella? Condujo el resto del camino en silencio. Cuando llegaron a la granja, mandó a los chicos dentro a ver cómo estaba Laura. Luego saltó de la carreta, levantó la barra de la puerta del granero y condujo la carreta al interior.

Desenganchó a Iris y condujo a la yegua a su establo. Luego centró su atención en Alan. Hasta que el médico pudiera venir y ayudarla a trasladarlo, Alan tendría que permanecer donde estaba. Le levantó la cabeza y consiguió echarle unas gotas de láudano en la boca, luego entró a por mantas.

Laura estaba despierta. Su voz aguda y delgada llegó hasta el pasillo. Mientras Jennifer recogía mantas, bálsamo, toallas y un lavabo, oyó a Tommy describir la multitud, su viaje al mercantil a por caramelos y la carrera.

—Y entonces el Sr. Gallager se cayó, ¿y adivina qué? Jennifer Stewart lo trajo a casa con nosotros.

Jennifer se apresuró a salir antes de poder oír la reacción de Laura ante aquella noticia. Al volver al granero, le quitó las botas a Alan, lo cubrió con mantas y deslizó una almohada bajo su cabeza.

La medicina había hecho efecto. Era un peso muerto en sus brazos. Sacó un cubo de agua fresca del pozo y le lavó suavemente la suciedad de su cara. La pequeña cicatriz blanca que tenía sobre el labio era de un blanco crudo contra su piel bronceada. Un enorme moratón le floreció en la mejilla y tenía la frente raspada y en carne viva.

Le alisó las rozaduras con un ungüento. Sus ojos se agitaron. Intentó hablar, pero ella le hizo callar.

—No te preocupes. Estoy aquí.

Se dejó caer de espaldas contra la almohada.

Ella puso un cubo de agua y un cazo a su alcance. Si se despertaba antes de que llegara el médico, al menos tendría agua fresca. Se quedó un momento junto al carro, observando el movimiento de sus ojos cerrados tras su cortina de espesas pestañas negras y el subir y bajar de su pecho.

No se le escapaba la ironía de la situación. Esta misma mañana había rezado para poder pasar más tiempo con este hombre por el que empezaba a preocuparse tan profundamente. Esa plegaria había sido escuchada.

Por desgracia, Alan se había apagado como una luz. Suspiró. Quizá debería haber sido más específica.



El dolor recorrió su brazo y se alojó en su cabeza. Sentía los labios y la garganta resecos, la lengua hinchada y con sabor a cobre. Cada hueso le dolía, cada músculo anudado le palpitaba. Sus fosas nasales se llenaron de olor a heno y estiércol. Respirando hondo y entrecortadamente, luchó contra la niebla negra que envolvía su cerebro y pronto se perdió en una miríada de imágenes que parecían tan reales que podía tocarlas.

Estaba de pie en la plaza de la casa de su padre a principios de verano. Los fecundos olores del campo bajo —barro, pescado, sal— le llenaban la nariz. Contemplaba el reluciente río, enmarcado por las ramas de los robles centenarios, serpenteando hacia el mar. Entonces era octubre, y los esclavos estaban cavando patatas, sus palas destellando plata contra los campos marrones. Él conducía su aparejo por un carril bordeado de laurel dulce y ciprés, con su ágil yegüita pisando con elegancia, sin más compañía que los pájaros y los sonidos del pantano. Oyó la voz de su padre, baja y urgente, pero las palabras estaban amortiguadas. Lo llamó, pero no obtuvo respuesta.

Un ángel de pelo cobrizo vestido de azul acunó su cabeza, su aliento suave en su oído. Su piel olía a vainilla y jazmín silvestre después de una lluvia de primavera. Él sintió ligero y profundamente en paz. Asombrado al descubrir que a pesar de todos sus errores había llegado al cielo, y no estaba nada mal.

Dejó de luchar y se dejó llevar por la oscuridad.

Capítulo 25

Al volver del granero, Jennifer vio a Laura de pie en la puerta trasera, asomada a las sombras de la tarde, con el ceño fruncido. Era una lástima. Laura tendría que vivir con las consecuencias de las acciones de su hijo.

Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, Jennifer pasó rozando a Laura y entró en la cocina. Tommy y Harry no estaban a la vista. Los restos de una cena preparada a toda prisa ensuciaban la mesa.

—Los chicos me han contado lo que ha pasado hoy en la carrera.

Laura se sirvió una taza de café pero no hizo ademán de ofrecerle una a Jennifer. Se desplomó en la mesa con su lacia bata, el pelo pajizo cayéndole sobre los hombros.

—Siento que Harry provocara que ese caballo tirara al Sr. Gallager, pero seguro que sabes que no puede quedarse aquí. No es apropiado.

—Él está aquí. No tenía otro lugar adecuado donde ir. —Jennifer se sirvió una taza de café y dio un sorbo. Amargo como el pecado y además tibio.

—Sin embargo, el Sr. Gallager no es el tipo de persona que queremos en Oakwood Hall.

—Oh, ¿se refiere a la persona que puso comida en esta mesa, y prestó atención a sus hijos, y participó en una carrera en beneficio del pueblo? —Jennifer dejó su taza en el suelo y empezó a apilar los platos sucios. De lo contrario empezaría a tirárselos a Laura—. Supongo que tienes

toda la razón. Seguramente hace falta ser una persona terriblemente indecente y sin principios para cometer actos tan incalificables.

A pesar de su enfermedad y fatiga, Laura sonrió.

—Imagino que le pagaron bien por entrenar y montar ese caballo.

—Como lo habría hecho cualquier otro hombre. —Jennifer vertió agua en la fuente y empezó a fregar los platos.

—Esperaba que lo defendieras. Todo el pueblo sabe que estás enamorada de él. Michael estaría horrorizado.

—No tienes ni idea de lo que mi hermano...

—Mamá, viene alguien. —Harry bajó las escaleras aporreando.

—Mira quién es, por favor. —Laura se apartó el pelo de la cara—. Y diles que estoy demasiado cansada para recibir visitas.

Harry se asomó por la ventana.

—Es el médico.

—Menos mal. —Jennifer se secó las manos—. Lo llevaré a ver al señor Gallager.

Pero Harry abrió la puerta principal e hizo pasar al médico al salón. Ennis Spencer se quitó el sombrero y asintió.

—Sra. Bell. ¿Cómo se encuentra?

Laura sacudió la cabeza.

—Cansada como siempre.

—¿Y las náuseas?

—Igual.

—¿Algún dolor más?

—Va y viene.

La miró por encima de sus gafas.

—¿Entonces qué hace levantada y dando vueltas?

—Iba a volver a la cama.

—Bien. Si quiere a este bebé, se quedará ahí. —Se volvió hacia Jennifer—. ¿Qué es eso que he oído sobre Gallager?

Jennifer relató el accidente y la evaluación del enterrador sobre el estado de Alan.

—Está tendido en la carreta en el granero.

—Echemos un vistazo.

Acompañó al médico al granero. Alan se había despertado y estaba apoyado en el lateral de la carreta. Obviamente había intentado beber un poco de agua. La parte delantera de su camisa estaba mojada y el cazo yacía volcado a su lado.

Mientras el médico sondeaba, pinchaba y hacía cien preguntas diferentes, Jennifer trajo agua y avena para Iris y arrastró la carretilla hasta el establo. Sacarla, sin embargo, era tarea de Tommy.

—Puede que me equivoque, pero no creo que ese brazo esté roto —le dijo el médico a Alan—. Tiene el hombro dislocado y un esguince del demonio. Por no hablar de una fuerte contusión.

Alan asintió.

—Tengo que salir de aquí.

—No irá a ninguna parte hasta que esté seguro de que no hay daños en sus entrañas.

Alan cerró los ojos.

—Mi barco a Australia… zarpa de San Francisco…. en un par de semanas.

—Entonces zarpará sin usted. Aunque llegara a California a tiempo, no está en forma para un viaje tan largo. —De su bolsa, el doctor sacó un pequeño frasco de pastillas y una lata de ungüento. Miró a Jennifer—. ¿Tiene algo que pueda usar como cabestrillo?

—Encontraré algo.

Dentro de la casa, rebuscó entre sus pertenencias y se decidió por una sábana limpia pero raída, demasiado gastada para remendarla. La rasgó en largas tiras y las llevó de vuelta al granero. Cuando se acercaba a la puerta, oyó un gemido largo y agónico y luego el fuerte

—¡Ahhh! —de Alan.

Se apresuró a entrar y encontró al doctor colocado detrás de Alan, con ambos pies apoyados en el lateral del carro, tirando del hombro de Alan con todas sus fuerzas. Jennifer oyó un fuerte chasquido y el médico soltó a su paciente.

—Ya está. Eso debería bastar.

Jennifer le entregó las tiras de tela. Con pericia, confeccionó un cabestrillo para el brazo herido de Alan.

—No debe usar ese brazo durante un par de semanas. Deja que se cure ese hombro. Si no, puede que nunca esté del todo bien.

Alan asintió vagamente, sus ojos se cerraron.

—Le di un poco más de láudano —le dijo el médico—. ¿Sabía usted... es decir… ¿dónde había planeado dejar dormir a este hombre?

—Tengo un colchón extra en el ático. Puedo traerlo aquí.

—Eso estará bien. En un minuto no le importará dónde esté. ¿Por qué no lo trae y yo le

ayudo a bajar de este carro?

Minutos después Jennifer arrastró el colchón hasta el granero. Lo cubrió con mantas y mulló la almohada. Luego ella y el médico medio arrastraron, medio cargaron a Alan fuera de la carreta. Alan apenas se despertó cuando lo acomodaron en su improvisada cama. Después de ponerle el agua y el cazo al alcance de su brazo no lesionado, cerraron la puerta y volvieron al patio.

—La admiro, señora Stewarts, haciéndose cargo de otro inválido cuando tiene las manos ocupadas con la señora Bell y esos chicos. —El Dr. Spencer metió su maletín médico en su equipo.

Repentinamente mareada por la fatiga, cerró los ojos y se masajeó las sienes.

—Necesitaba ayuda y la gente parecía reacia a acudir en su ayuda.

Subió a su aparejo y cogió las riendas.

—Puede que la gente tenga una opinión diferente del Sr. Gallager cuando se conozcan las noticias.

—¿Qué noticias?

—Según el sheriff, Gallager le dijo al Sr. Peterson que piensa donar parte del dinero de su premio al pueblo para contratar a un maestro para la escuela.

Jennifer sintió un pequeño escalofrío de satisfacción al imaginar la reacción de Laura ante esta noticia. Después de todo el alboroto que Laura había montado por la falta de un maestro en Oakwood Hall, no se atrevería a criticar al hombre que había hecho posible uno.

—Son buenas noticias. Harry estará encantado.

—Supondrá una gran diferencia para las pocas familias que aún nos quedan aquí. —Sacudió la cabeza—. Si esta maldita depresión se prolonga mucho más, todo el país se secará y

desaparecerá. Pero creo que eso nos pasa por elegir presidente a ese yanqui de Ulysses Grant.

Se inclinó el sombrero y dio la vuelta a la calesa.

—Volveré en unos días para ver cómo están. Mientras tanto debería dejarlos descansar.

—¿Doctor Spencer?

Levantó la vista. Su caballo pataleó y resopló.

—Laura está preocupada porque está gravemente enferma. ¿Lo está? ¿Está el bebé...?

—No encuentro ninguna razón médica para sus quejas. Pero asumir un nuevo marido, un nuevo hogar, y luego quedarse con un bebé en camino es mucho para cualquier mujer. Un simple agotamiento nervioso es mi mejor conjetura.

—Mi hermano no tuvo más remedio que buscar trabajo en otra parte.

—No le culpo. —Se movió en el asiento—. La Sra. Bell está demasiado delgada. Necesita comer.

—Hago comidas todos los días, pero casi siempre las rechaza.

Asintió y sacudió las riendas.

—Hágalo lo mejor que pueda.

Jennifer entró, agotada por el largo día y por la perspectiva de prepararse para el próximo invierno. Después de la primera helada fuerte, sería tiempo de matar cerdos. Encontraría a alguien que se ocupara de esa horrible tarea y prepararía el ahumadero para curar el tocino y el jamón. La semana pasada había visto unas cuantas manzanas en el huerto. Podían secarse y guardarse. Quizá algunas de las patatas del año pasado estuvieran aún en las colinas, si es que no se habían podrido muertas lejos. No había tenido tiempo de mirar. Mientras la vaca diera leche y las gallinas produjeran huevos, podrían arreglárselas hasta la primavera.

Sería una lucha. Pero una vez que llegara el bebé de Laura, una vez que Michael estuviera

en casa, la vida sería infinitamente mejor. Todo lo que tenía que hacer era aguantar un poco más.



Querida Laura,

Por fin nos pagaron. No fue tanto como nos prometieron, pero el Sr. Sullivan, el capataz, dice que con tantos ferrocarriles en quiebra tenemos suerte de conseguir algo. Le envío todo menos lo que necesito para la comida y el alquiler.

Laura, sé que tienes el corazón puesto en dejar Oakwood Hall e instalarte aquí, pero Chicago no es como parece en las revistas y periódicos. Está llena de ruido, humo y vapor. El aire es negro incluso en pleno día, y la ciudad huele a cerdo muerto. Por la noche las luces de gas hacen que todo parezca amarillo. De camino al trabajo paso junto a bares, casas de juego y cosas peores. No es un lugar para criar hijos. Rezo para que cuando llegue nuestro bebé esta depresión haya terminado y pueda volver a encontrar trabajo en Oakwood Hall.

Cuídate, mi querida esposa. Besa a los niños de mi parte. Diles que su nuevo papá les echa de menos. Y como siempre, dale recuerdos míos a Jennifer.

Tu marido, Michael Bell.

P.D. Intenta no estar triste porque estaremos separados en Navidad. Piensa en el año que viene, cuando volveremos a estar juntos.

Laura le entregó la carta a Jennifer.

—No lleva ni tres meses fuera y ya ha decidido que no le gusta Chicago.

—Suena espantoso.

—Cualquier lugar es espantoso cuando eres pobre. Michael es inteligente. No hay razón para que algún día no pueda convertirse él mismo en capataz. Entonces podríamos vivir en la mejor parte de la ciudad. Los chicos tendrían una escuela decente y saldrían adelante en la vida.

Jennifer contuvo una oleada de ira. ¿Acaso a Laura le importaba algo Michael, o era simplemente el medio para un fin? Para evitar otro desencuentro, cambió de tema.

—El ayuntamiento está buscando un nuevo maestro para nuestra escuela. —Se levantó y recogió la bandeja del desayuno de Laura—. Gracias a Alan Gallager.

Laura estudió su reflejo en el espejo de mano.

—Admitiré que donar el dinero de su premio fue generoso por su parte. Y aprecio que haya estado ayudando por aquí. Al menos no es un completo desagüe para todos.

Jennifer puso los ojos en blanco. Laura Russell tenía una manera de lanzar un cumplido con una mano y retirarlo con la otra.

—Hablando del Sr. Gallager, debo prepararle el desayuno.

—¿Qué hace esta mañana?

—Arreglando un agujero en el tejado del ahumadero. Tommy le está ayudando.

—Tommy está pasando demasiado tiempo con ese hombre.

—Tommy no estaría de acuerdo. Anoche me dijo que el Sr. Gallager le está enseñando a tallar. Están haciendo una caja para su colección de rocas.

Laura se recogió el pelo y dejó el espejo a un lado.

—Siempre y cuando no enseñe a mi hijo a beber y… oh. —Se tapó la boca con una mano y, con la otra, hizo un gesto frenético en busca del orinal.

Jennifer sostuvo la cabeza de Laura mientras ésta echaba cuentas y se desplomaba sobre

las almohadas, exhausta y sudorosa.

Sin palabras, Jennifer vertió agua del aguamanil, bañó la cara de Laura y sacó el orinal fuera para vaciarlo. Sombreándose los ojos con una mano, miró a través del prado hacia el ahumadero. Tommy sostenía la escalera mientras Alan bajaba, con el brazo aún en cabestrillo. Alan levantó la vista y levantó el brazo bueno en un pequeño saludo. Le devolvió el saludo.

Tommy corrió hacia allí, desparramando las gallinas, con el pelo sudoroso y las mejillas rosadas por el sol.

—He limpiado el cerdo esta mañana, luego Alan y yo hemos arreglado el tejado. Tenemos hambre.

Jennifer sonrió cuando Alan alcanzó al chico.

—Apuesto a que sí. Entrad y prepararé el desayuno.

Alan entró en el porche, oliendo a heno y polvo y virutas de madera, y le sostuvo la puerta.

—Después de usted, señora.

Mientras él y Tommy se lavaban, Jennifer cortó en rebanadas el pan que había horneado el día anterior, frió tocino y huevos y preparó una cacerola con salsa. Sirvió leche para el niño y café para Alan y se unió a ellos en la mesa. El episodio de esta mañana en la habitación de Laura le había quitado el apetito, pero atesoraba estos momentos tranquilos con Alan. El amanecer dorado deslizándose sobre las montañas, el aire punzante del otoño entrando por la ventana, los sonidos de las gallinas en el patio la llenaban de una sensación de satisfacción. En esas mañanas era fácil fingir que esta granja era realmente su hogar. Que ella y Alan se pertenecían mutuamente.

Alan se sirvió rápidamente sus huevos con salsa y se acomodó con su taza de café.

—Gracias, Jennifer. No sé cuándo he disfrutado tanto de la comida como aquí.

—Mi hermano siempre decía que el trabajo duro hace que la comida sepa mejor.

Tommy echó su silla hacia atrás.

—Tengo que irme. Jimmy D. Washburn me espera en el río. Vamos a pescar.

—¿Y Harry? —Jennifer dio un sorbo a su café—. No quiero llevármelo. Es un bebé.

—Bueno —dijo Alan suavemente—, ¿crees que es justo que la Sra. Stewart tenga que hacer todo el trabajo por aquí y a la vez mantener a tu hermanito?

—Te tiene a ti para ayudarla.

Alan se rió.

—Puedo arreglar un tejado y cortar leña con un brazo, pero no sirvo para nada para mantener una casa o cuidar niños, ni siquiera con dos.

Tommy arrancó hacia la puerta. Jennifer lo detuvo con una mano en el brazo.

—Necesito que te lleves a Harry. Tengo mucho trabajo que hacer hoy.

La fulminó con la mirada, con expresión dura, y subió las escaleras para despertar a su hermano.

Jennifer sacudió la cabeza.

—No sé qué hacer con Tommy. Todo lo que le pido que haga se convierte en una batalla de voluntades. —Se ató el delantal y empezó a recoger la mesa.

Alan siguió sentado, apurando su taza.

—Yo era así a su edad: iracundo, voluntarioso, rebelde. Crecí y lo superé. —Sonrió—. En su mayor parte. Espero que Tommy también lo haga. Mientras tanto, la paciencia está al orden del día.

Jennifer hizo una mueca.

—Me temo que se me ha acabado la paciencia. —Cogió la jarra de leche—. Y sin leche también.

—Puedo ordeñar a Miranda si quieres.

—No me importa hacerlo. Es una de las tareas menos odiosas por aquí. Si puedes traer más leña, se lo agradecería. La caja de leña está casi vacía otra vez.

—Considéralo hecho.

—¿Jennifer? —La voz lastimera de Laura llegó a la cocina.

—Ve a ver qué necesita —dijo Alan—. Yo atenderé a los niños.

Jennifer se apresuró por el pasillo. Para cuando hubo ayudado a Laura a cambiarse el camisón, Alan y los chicos ya se habían ido.

Cogiendo el cubo de la leche, Jennifer se dirigió al establo, donde Miranda permanecía pacientemente en su establo. La vaca no parecía tener prisa por ser ordeñada, así que Jennifer dejó a un lado el cubo y se dedicó a ordenar la cama de Alan. En la semana transcurrida desde su accidente, no se había quejado ni una sola vez de tener que dormir en un delgado colchón en el suelo del establo. De hecho, había mandado traer sus maletas de la posada y se había sentido como en casa. Junto a su cama había una pila de libros, una Biblia y una bolsa de cuero. Un par de gafas de lectura con montura dorada yacían junto a su linterna. Jennifer alisó sus mantas y percibió un leve olor a tónico capilar y tabaco. Un calcetín cayó de entre la maraña de mantas. Lo dobló y lo dejó junto a sus libros.

Miranda sacudió la cabeza, haciendo sonar su campanilla.

—Está bien. Ya voy.

Jennifer ordeñó la vaca y llevó la leche fresca a la fuente. Por un momento se quedó allí en la fresca penumbra, saboreando la tranquilidad. Aunque la vida en la granja nunca era fácil, parecía menos dura con Alan a su lado. Pero no podía quedarse aquí cuando le esperaba más

trabajo. Empujó la puerta y se dirigió hacia el camino de la casa.

Cuando se acercaba al jardín trasero, oyó el llanto de una mujer y se detuvo en seco. ¿Qué pasaba ahora? Cerró los ojos y rezó para no perder los nervios con Laura. Pero cuando dobló la esquina, vio a Heather de pie al abrigo de los brazos de Alan, sollozando como si se le fuera a romper el corazón.

La forma en que Alan la abrazaba, como si estuviera familiarizado con cada curva de su cuerpo, hizo que una oleada de puros celos recorriera a Jennifer. Entonces pensó en Samuel. ¿Le había pasado algo? ¿Por qué si no había conducido Heather hasta aquí?

Dividida entre la preocupación y la curiosidad, se escondió entre las sombras. Era imposible volver a la casa sin ser vista. Y algo en los modales de Heather sugería que lo que hubiera sucedido era sólo para los oídos de Alan.

En la quietud de la mañana montañosa, la voz de Heather resonaba, así que Jennifer no pudo evitar oírla.

—Nunca pensé que mi hermana pudiera regalar a mi bebé.

—¿Estás segura de que eso fue lo que pasó? —La voz de Alan. Firme y grave—. El detective Pinkerton lo dijo. Dijo que Nola la trajo aquí y la dejó en el orfanato. Pero ahora está cerrado y nadie puede decirme qué le pasó.

—Así que por eso viniste a Oakwood Hall.

Heather resopló y asintió.

—Sí. No me estaba escondiendo para no pagarte el dinero que te debía. Creía que me obligarías a devolvértelo, pero has cambiado, Alan. El hombre que conocí habría cogido ese dinero y nunca habría mirado atrás.

—Tal vez —dijo—, aunque entonces fui más generoso contigo de lo que te merecías. Pero, ¿por qué conducir hasta aquí para contarme tus problemas? Todo terminó entre nosotros hace

años.

—Ya lo sé. Pero no puedo decirle a Samuel por qué estoy aquí. Él ya sospecha que tengo un secreto. Si supiera la verdad, ¿quién sabe lo que pensaría de mí?

A Jennifer se le cayó el estómago a medida que una a una las piezas del rompecabezas encajaban en su sitio. Un niño abandonado en el orfanato de Oakwood Hall. El constante sondeo de Heather en busca de información sobre Oakwood Hall y su pasado. Su piel color café con nata, y aquellos extraordinarios ojos verdes… Jennifer había visto esos ojos antes. Se estremeció.

—No veo qué puedo hacer yo que no puedan los detectives —indicó Alan.

Jennifer se asomó por el lateral del granero. Ahora él estaba apartado de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Heather sacó un pañuelo de la manga y se secó la nariz.

—Esperaba otro préstamo para poder seguir buscándola. Me he gastado mi último céntimo en detectives y no me atrevo a pedirle el dinero a Samuel.

—Supongo que no.

—Juré que no dejaría Oakwood Hall hasta saber la verdad. Y…

—Si no han aparecido ya…. —Alan se frotó la barbilla—. Es un gran país, Heather. Puede que tengas que aceptar que nunca sabrás lo que ocurrió. Ha pasado demasiado tiempo.

—Entonces no me ayudarás.

—Intento ayudarte, animándote a que dejes esto atrás. Vete a casa. Sé una buena esposa para el librero. Quizá con el tiempo…

Heather se dio la vuelta, sus faldas amarillo brillante agitando el polvo.

—Gracias por nada, Alan Gallager.

Desapareció por el lateral de la casa. Momentos después, Jennifer oyó el *clop-clop* de los

cascos mientras Heather se alejaba.

Jennifer se quedó en las sombras mirando cómo Alan partía leña, con la mente en blanco. Un frío núcleo de miedo se formó en su estómago. ¿Podrían ser ciertas sus sospechas? ¿Era Heather la madre de Nelly Robillard?

Capítulo 26

Laura se puso enferma dos veces durante la tarde. Jennifer estaba agotada de limpiar, ayudar a Laura a cambiarse el camisón y preparar tazas interminables de té. Harry y Tommy volvieron del río cubiertos de barro y oliendo a pescado muerto. Lo peor de todo es que, durante la cena, Alan parecía distante y malhumorado.

Jennifer lo observaba con el rabillo del ojo mientras servía a los chicos otra ración de patatas fritas. ¿Había hecho algo para ofenderle? ¿O estaba preocupado por su conversación con Heather? Sin duda, Heather y él habían significado algo el uno para el otro alguna vez. ¿La echaba de menos ahora? ¿La quería de vuelta aunque estuviera casada con Samuel? Ese pensamiento era el más inquietante. Porque que el cielo la ayudara, a pesar de sus advertencias anteriores, no podía dejar de imaginar un futuro con él.

—¿Más café, Alan?

Ella empujó hacia atrás su silla, pero Alan se puso en pie.

—No te levantes. Yo puedo traerlo.

Sin palabras, se sirvió otra taza, rellenó la de ella y volvió a poner la cafetera en el fuego.

—Algo de tarta entonces.

—No, gracias. —Se apoyó en el marco de la puerta sorbiendo su café, pero su expresión decía que estaba a mil millas de distancia.

—Yo quiero tarta —dijo Harry—. Tommy y yo nos morimos de hambre.

Jennifer les dio su postre y los mandó fuera a hacer sus tareas vespertinas. Cogiendo su delantal del perchero junto a la puerta, se lo puso y empezó a fregar sus platos. Alan cogió su propio plato de la mesa y rastrilló los restos de su cena en el cubo de la basura.

—Gracias, pero no tienes que hacer eso.

—Sí, tengo que hacerlo. —Puso su taza vacía sobre la mesa—. Hiciste mi cama esta mañana. También doblaste mi calcetín perdido.

Ella le miró.

—Salí para hacer el ordeño.

—Te agradezco que me trajeras aquí cuando me herí. Pero no quiero que me cuides.

—No me importa.

Su mirada se clavó en la de ella.

—Pero a mí sí.

El calor le subió a la cara. Ella había disfrutado de las pequeñas intimidades que su presencia le proporcionaba. Cuidarle en su enfermedad, hacerle la comida, tocar la tela que le tocaba... todo la había hecho sentirse más cerca de él. Pero ahora se estaba alejando, poniendo distancia entre ellos.

—He estado pensando que dentro de unos días debería irme —dijo—. Mi hombro está mucho mejor; he recuperado las fuerzas. He abusado de tu buena voluntad por demasiado tiempo.

No era exactamente una noticia. ¿No había tenido la intención de abandonar la ciudad el día de la carrera? Aun así, las lágrimas empañaron sus ojos.

—Supongo que estás ansioso por dejar Oakwood Hall. Debe parecer demasiado aburrido

para un hombre como tú.

Cogió un paño limpio y secó la fuente que ella acababa de lavar.

—Puede que me quede en el pueblo un tiempo más. De todos modos, he perdido mi viaje desde San Francisco. —Dejó la fuente a un lado y cogió un plato—. El día que llegué aquí, el Sr. Peterson me hizo una proposición. Ahora tengo una para él. Y tengo algunos otros asuntos que atender.

¿Era Heather uno de esos asuntos? Jennifer no se atrevió a preguntar. Necesitaba hablar con alguien sobre sus sospechas, pero estaba claro que Alan no quería que se acercara lo suficiente como para confiar en él. La idea era tan dolorosa como caminar sobre cristales rotos. Pero, ¿qué había esperado?

Fregó la sartén, la dejó a un lado y forzó una sonrisa.

—Los chicos y yo echaremos de menos tenerte cerca. Has causado una gran impresión en Tommy. Él…

—Jennifer Stewart. —Tommy irrumpió por la puerta, con los ojos muy abiertos—. Harry se ha ido y ha prendido fuego al ahumadero. La puerta está atascada y no podemos sacarlo.

Alan salió corriendo de la casa, dejando que Jennifer y Tommy lo siguieran. Corrió hacia el granero, cogió una manta de caballo y la empapó en el abrevadero que había junto al granero. Colocándosela sobre la cabeza, abrió de una patada la puerta del ahumadero y corrió al interior.

—Tommy, trae los cubos de agua. Deprisa. —Jennifer corrió al granero a por el cubo de ordeño, lo llenó en el abrevadero y apagó las llamas que saltaban hacia el tejado del ahumadero. El aire se llenó del hedor de la grasa vieja y la madera quemada. Tommy regresó con dos cubos y se turnaron para arrojar agua sobre el fuego. Un imponente muro de humo caliente y cegador se precipitó hacia ella, ahogándole la respiración.

Una parte del tejado se derrumbó. Saltaron chispas en la oscuridad.

—Vamos, Jennifer. Tenemos que conseguir más agua. —Tommy tiró de su manga.

Ella se quedó inmóvil, muda de horror mientras se derrumbaba una pared. No tenía sentido intentar salvar el edificio. El fuego había ganado. Gritó el nombre de Alan.

Tommy empezó a llorar. A la luz parpadeante parecía un anciano, encorvado y derrotado.

—Es culpa mía. Fingíamos fumar puros. Harry no quería hacerlo. Sólo es un niño tonto.

Jennifer le agarró de los hombros y le sacudió.

—¿No aprendiste nada de la última vez? ¿No os dije a los dos que no jugarais con fuego? Ahora Harry y Alan podrían estar muertos.

Entonces vio una forma oscura que se movía a través del espeso humo. Alan emergió, lleno de hollín y jadeando, agarrado fuertemente a Harry. Se le doblaron las rodillas.

—Está medio muerto de miedo —ronroneó Alan—. Pero está bien. —Se desplomó en el suelo.

Harry le acarició el hombro.

—No llores, Jennifer Stewart. Alan me salvó. —Se subió a su regazo y le rodeó el cuello con ambos brazos—. Estoy bien.

Jennifer enterró la cara en su pequeño hombro lleno de hollín y sollozó. Alan y Tommy iban y venían del pozo y del abrevadero, vertiendo más agua sobre la ruina humeante hasta que se extinguieron las últimas llamas.

Alan le tocó el hombro.

—Ven adentro. Ahora todo está bien.

La ayudó a ponerse en pie. Dejando la manta extendida sobre la valla para que se secara, los condujo al interior de la casa.

Jennifer subió la mecha de la lámpara y examinó a Harry. Estaba cubierto de pies a cabeza

con una mezcla de lágrimas, ceniza y hollín. Tenía las manos en carne viva por las ampollas, pero por lo demás estaba ileso. Jennifer le bañó la cara, le puso pomada en las quemaduras y les mandó a él y a Tommy que se lavaran. Luego echó un vistazo a Alan. Tenía las manos y los antebrazos enrojecidos y con ampollas, y un feo rasguño en la mejilla. Su camisa estaba rota. Jennifer anhelaba atender sus heridas, reparar su camisa, pero él había dejado claro que su atención no era deseada. Ella le entregó la lata de ungüento.

—Gracias por salvar a Harry. No sé qué habría hecho si…

Él asintió, su pelo oscuro cayendo sobre sus ojos, su expresión grave.

—Siento no haber podido salvar también tu ahumadero. Lo vas a necesitar una vez que ese cerdo esté descuartizado.

Se hundió en una silla, de repente tan cansada que sus piernas no la sostenían.

—Hablaré con Sage Whiting. Conocerá a alguien en el molino que pueda reconstruirlo.

Con un rápido movimiento de cabeza se dirigió al granero. Jennifer le vio cruzar el patio, una silueta oscura contra las brasas aún humeantes, y se enjugó las lágrimas amargas. ¿No acabarían nunca sus problemas? Se esforzaba tanto por hacer lo correcto, por ser la persona que todos esperaban que fuera y, sin embargo, su vida entera no consistía más que en luto y cenizas.



Alan se desnudó hasta la cintura y se quitó una capa de sudor y hollín. El hombro herido le dolía como el demonio, las manos llenas de ampollas le palpitaban, la garganta en carne viva le ardía. Había estado peligrosamente cerca de perder a Harry. El fuego dentro del ahumadero era tan intenso que no podía ver su mano frente a su cara. Sólo el sonido de los gemidos de Harry le guió hasta el escondite del niño en la esquina trasera. Agarró al niño y arrojó la manta mojada

sobre ellos justo cuando el techo se derrumbaba. Hizo un agujero a patadas en la pared trasera y escaparon sólo unos instantes antes de que el resto de la estructura se derrumbara.

Se untó bálsamo en la mejilla y las manos, se quitó las botas y se tumbó en el colchón, escuchando el arañar de los ratones en las paredes y el gruñido grave del gato del granero que los perseguía. Su nariz se llenó de los reconfortantes olores del aceite de pata de buey, la paja y el estiércol. Estaba muerto de cansancio, pero no podía dejar de pensar en Jennifer. Podía imaginarse perfectamente qué aspecto debía tener para ella, y no le gustaba lo que veía.

Después de todo lo que ella había hecho para ayudarle, él la había herido, y lo lamentaba. Pero podía ver que ella ya estaba un poco enamorada de él. Él también sentía algo por ella, y eso complicaba las cosas considerablemente.

No podía negar el ansia de viajar que aún le tiraba cada vez que sonaba el silbato del tren. Por muy atractiva que fuera Jennifer, una parte de él seguía queriendo estar en ese tren, explorando nuevos lugares, sin el peso del deber o del amor. Pero el desarraigo que le había parecido tan atractivo en sus días de juventud también empezaba a sentirse como una carga. Podía viajar sobre los raíles de ciudad en ciudad hasta que las vías cedieran, pero al final de la línea la verdad permanecía: no pertenecía a ninguna parte, no le importaba a nadie.

Se frotó una mano sobre los ojos llenos de humo y se giró sobre un costado, haciendo crujir el tintineo del colchón. Alguien tendría que construirle a Jennifer un nuevo ahumadero. El cielo sabía que ella no podía permitirse pagar a nadie para que lo hiciera. Ella había insistido en devolverle la comida que había comprado en la tienda de Hamilton, y él estaba seguro de que le quedaba muy poco dinero para mantenerla hasta que llegara más de su hermano.

La gata del granero, se acercó y se acomodó contra su pecho. Le acarició la cabeza, reflexionando sobre la forma en que la más pequeña de las decisiones podía alterar por completo el curso de la vida de un hombre y conducirle a las circunstancias más complicadas. Cada vez que planeaba marcharse de este pueblo, y de la familia de retazos de Jennifer Stewart, ocurría

algo que le obligaba a quedarse.

Capítulo 27

Jennifer encendió una lámpara en la lúgubre tarde de noviembre y atizó el fuego para ahuyentar el frío. A través de la ventana de la cocina, vio a Tommy corretear arriba y abajo por la escalera, subiendo brazadas de tejas al tejado del ahumadero. El edificio estaba casi terminado, un hecho sólo ligeramente más milagroso que el cambio en Tommy. Gracias a Alan, desde la noche del incendio, Tommy se había vuelto más cooperativo y menos combativo. Y eso era sin duda una bendición porque, a medida que se prolongaba el encierro de Laura, se volvía aún más irritable y difícil de complacer.

Jennifer puso la tetera al fuego para que hirviera y cogió tazas de la alacena, intentando ahuyentar otra oleada de tristeza. La semana pasada Deborah había vuelto a visitarla, trayendo noticias de que el alcalde Scott y el consejo municipal estaban casi listos para anunciar la contratación de un nuevo maestro para la escuela de Oakwood Hall. Cuando eso estuviera hecho, y las últimas tejas del ahumadero estuvieran clavadas en su sitio, Alan tendría menos razones para quedarse en Oakwood Hall.

La tetera chilló. Jennifer puso las tazas en una bandeja. Unos minutos antes, Laura se había despertado de una larga siesta, exigiendo su taza diaria de té de olmo resbaladizo. Cogiendo la edición de la semana pasada del periódico, Jennifer caminó por el pasillo y abrió la puerta de Laura.

Su cuñada estaba apoyada contra las almohadas, frotándose el vientre hinchado. Ofreció a

Jennifer una rara sonrisa que parecía casi serena.

—Hoy se mueve mucho.

Jennifer acercó su silla a la cama y le tendió a Laura una taza de té.

—¿Cómo sabes que es una niña?

—Porque esta vez le pedí a Dios una hija. —Laura dio un sorbo a su té y cerró los ojos—. ¿No has querido siempre una niña para vestirla con bonitos vestidos? Mis hijos siempre corretean en harapos siendo perfectamente felices.

Las palabras de Laura fueron un disparo al corazón. Jennifer se tragó un repentino nudo en la garganta.

—Si pudiera tener un hijo, no importaría si fuera niño o niña.

La amarga verdad le dolía como un moratón. No tenía marido ni hijos en un mundo que consideraba los papeles de esposa y madre lo más importante en la vida de una mujer. Pero quizá George había sido su única oportunidad de amar de verdad. Pensó en David y Ada Foreman. Cualquiera que pasara diez minutos cerca de ellos podía ver claramente lo mucho que David adoraba a su esposa. Desesperaba de encontrar jamás a otro hombre que se preocupara tan profundamente por ella.

Sacudiéndose la tristeza, desdobló el periódico.

—Aquí está el *Chronicle*.

¿Quieres que te lo lea?

—Sólo si hay alguna parte feliz. Me siento triste estos días. Ojalá Michael volviera a escribir. —Laura sorbió su té—. No me importa decirle que no estoy deseando que llegue la Navidad sin él. Soñaba que la pasaríamos juntos con los chicos. . . y contigo también, por supuesto. Pero ahora… —Su voz se desvaneció.

Jennifer luchó contra una oleada de aprensión. Hacía semanas que no tenían noticias de Michael y empezaba a preocuparse. Pero no serviría de nada enfadar a Laura.

—Aquí hay algo divertido. —Ella sostuvo el periódico hacia la luz—. Unos ladrones entraron en la caballeriza de Knoxville y robaron dos caballos. Pero ambos fueron detenidos cuando los jinetes, en su prisa por escapar, chocaron frente a la oficina del sheriff. Los caballos resultaron ilesos, pero uno de los ladrones sufrió la rotura de un brazo.

—¿Chocaron entre ellos, intentando huir? Criminales tontos.

—¿Hay de otro tipo?

Laura se rió, y Jennifer se encontró uniéndose a la risa. Había olvidado lo bien que se sentía compartir una risa con alguien.

—Gracias, Jennifer —dijo Laura—. Lo necesitaba.

Parecía tan vulnerable que Jennifer sintió un nudo en el pecho. Quizá Laura también echaba de menos la risa.

—¿Te gustaría que te frotara los pies?

—Si no te importa. Últimamente están muy hinchados.

Jennifer frotó los pies de Laura con aceite de lavanda hasta que la luz de la tarde menguó y los párpados de Laura se cayeron.

—Supongo que debería ir a hacer la cena. —Jennifer arropó los pies de Laura con la manta y cogió la bandeja del té—. ¿Quieres que te deje el periódico?

—Estoy demasiado cansada para leer. Quizá el Sr. Gallager lo quiera.

—Eso espero.

—¿Jennifer?

Jennifer hizo una pausa, con la bandeja en las manos.

—¿Qué necesitas?

—Nada. Quería darte las gracias por cuidar de mí y de los chicos. Pueden ser un poco traviesos a veces, pero son buenos chicos. —Se alisó las mantas—. Harry te adora especialmente. Dice que le has estado leyendo todas las noches antes de acostarse. Le hace mucha ilusión.

—Yo también. —Justo anoche habían vuelto a leer Jack y las habichuelas. Harry había apoyado su cálido cuerpecito contra su costado, sus ojos enormes de asombro mientras Jennifer leía sobre el valiente niño y el temible gigante. Leer con él le recordaba su propia infancia. De algún modo, compartir historias con Harry hacía que echara un poco menos de menos a Michael.

—¿Te traigo algo de cenar? —le preguntó al salir de la habitación.

—En realidad no tengo hambre. Sólo atiende a los chicos. Y al Sr. Gallager, por supuesto.

Jennifer fue a la cocina para empezar a cenar. Cayó la oscuridad. El viento silbaba por una rendija del alféizar. Encendió otra lámpara, subiendo la mecha antes de preparar una sopa de patata, espesa con nata fresca. Untó una rebanada de pan con mantequilla y la masticó mientras ponía la mesa. Debería consultar con la señora Sandford en el Verandah. Quizá el negocio había repuntado ya y la hotelera necesitaría más pan para sus huéspedes. Aunque la señora Sandford no pagaba casi nada, Jennifer agradecía cualquier cosa. El último dinero de Michael menguaba rápidamente y se acercaba la Navidad.

Cuando la sopa estuvo lista, Jennifer abrió la puerta trasera para llamar a Alan y a los chicos, pero habían desaparecido. Suspirando, cogió su chal y cruzó a toda prisa el patio hasta el ahumadero a medio terminar.

Un delgado rayo de luz procedente del interior se derramaba sobre la hierba quemada. Oyó el grito de Tommy y la risa profunda de Alan. De puntillas, se asomó por una estrecha abertura junto a la puerta.

Alan y los chicos estaban sentados alrededor de un lavabo volcado que sostenía un farol parpadeante, una baraja de cartas desordenada y un montón de piedrecitas.

—Pero no lo entiendo, Alan. —Tommy se rascó la cabeza—. Creía que los ases eran las mejores cartas de toda la baraja.

—No en el triple empate. Dos a siete, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Así que un siete es mejor que un as.

—En este juego, sí lo es.

Harry hizo un intento de abanicar sus cartas y las mandó a esparcir por el suelo del ahumadero.

—Quiero tres cartas nuevas.

Alan sonrió.

—No puedes conseguir cartas nuevas hasta la primera ronda de apuestas, Harry. Entonces, ¿cuántas piedras estás dispuesto a apostar?

Harry se encogió de hombros.

—Tres, supongo.

—Pues tres.

Alan arrojó tres piedras al montón que había en el centro de la mesa.

—Y veré esa apuesta con tres de las mías. —Miró a Tommy, con una ceja levantada—. ¿Y tú, hijo? ¿Estás dentro o fuera?

—Primero tengo una pregunta.

—Claro, adelante.

—No digo que tenga esas cartas, pero supongamos que alguien tuviera un dos y un tres

más un cuatro, un cinco y un seis.

—Entonces ese alguien estaría en un buen lío, amigo mío. Dos a seis es una escalera, y en este juego eso es casi lo menos valioso que puede haber en una mano. Ahora, ¿cuánto estás dispuesto a apostar?

Tommy tiró sus cartas sobre la mesa improvisada.

—Ninguna, creo.

Alan se acercó y palmeó el hombro de Tommy.

—Una jugada inteligente. Nunca apuestes en una mano perdedora, Tommy, y nunca apuestes más de lo que puedas permitirte perder. Incluso cuando tienes una buena mano, siempre existe la posibilidad de que otro tenga mejores cartas.

Jennifer frunció el ceño. ¿No era ya bastante duro educar a esos chicos sin que Alan les enseñara malos hábitos? Oakwood Hall era un lugar diferente a Charleston. Y además, los chicos eran demasiado jóvenes para aprender esas cosas. Tendría que hablar con él sobre eso. Pero no ahora, delante de los chicos. No cuando era tan evidente que le adoraban.

Estaba claro que disfrutaba de su papel de maestro, y Tommy y Harry se regodeaban en su atención. No deseando estropear su momento, Jennifer se retiró al porche trasero antes de llamarlos a cenar.

Alan comió dos tazones de sopa y tres rebanadas de pan. Entre bocado y bocado, se turnaba con Tommy para describirle su trabajo en el ahumadero.

—Si este tiempo se mantiene, deberíamos terminar en unos días más.

—Agradecemos tu ayuda. —Recelosa de parecer que le servía, dio a los chicos porciones de tarta de vinagre y puso la tartera sobre la mesa.

Alan se sirvió una generosa porción.

—Tommy es un buen trabajador. Su nuevo padre debería estar orgulloso de él.

El tenedor de Harry repiqueteó en su plato.

—Oye, Jennifer Stewart, ¿adivina qué?

—Harry —interrumpió Alan—. ¿De qué hemos hablado hoy?

—Ah, sí. Lo siento. —Harry engulló otro bocado de tarta—. Tía Jennifer, ¿adivina qué?

Tía Jennifer. Se le retorció el corazón. ¿Cómo podía saber Alan cuánto significaría para ella ese simple honorífico? Ella se encontró con su mirada por encima de la cabeza despeinada del niño, y él le guiñó un ojo.

—Alan nos enseñó a jugar al póquer.

—¿Oh?

—Sí. Nos enseñó a apostar y todo eso. Alan dice...

Tommy golpeó la frente de Harry.

—Cállate, bocazas. Prometimos no contarlo.

Harry frunció el ceño.

—Prometimos no decírselo a mamá. A Jenn... quiero decir a la tía Jennifer no le importará.

Los ojos oscuros de Alan brillaron con picardía.

—Todo hombre debería saber jurar, montar a caballo, jugar al póquer y aguantar el alcohol.

Parecía tan serio, tan atractivo, que a pesar de su desaprobación no pudo seguir enfadada con él.

—Sin duda son habilidades muy útiles, Sr. Gallager, pero quizá sea mejor dejarlas para cuando los chicos sean mayores.

—Tommy ya sabe decir palabrotas —dijo Harry—. Pero no te lo voy a decir.

La sonora carcajada de Alan resonó en la pequeña y cálida cocina. Jennifer no pudo evitar desear que su tiempo juntos durara para siempre. Pero ya no había nada que lo retuviera en su casa. En su vida.

Los cascos de los caballos sonaron en el camino. Momentos después llamaron a la puerta.

—Voy a ver quién es. —Harry se levantó de un salto, casi derribando su silla, y corrió hacia la puerta. Jennifer y Alan le siguieron.

El doctor Spencer estaba de pie en el porche, apretándose el sombrero contra la cabeza por el fuerte viento.

—Buenas noches, Sra. Stewart. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. —Jennifer se hizo a un lado.

El médico entró y saludó a Alan con la cabeza.

—Estaba por aquí atendiendo al bebé de los Patchett y pensé en ver cómo estaba Laura antes de volver a casa. ¿Cómo está?

—Mejor, creo.

—¿Puedo ir a verla?

Jennifer asintió y él entró.

—Vamos, chicos. Necesito leña y agua—. Jennifer acompañó a Tommy y Harry al vestíbulo. Alan recogió el periódico y se retiró al salón.

Para cuando los muchachos regresaron a la casa, el médico había terminado su examen.

—Está haciendo un buen trabajo, señora Stewart. El bebé parece bastante fuerte. Pero debe mantener a la Sra. Bell en reposo y seguir animándola a comer más.

Harry miró al médico con el ceño fruncido.

—¿Cuándo demonios va a salir ese bebé? Lleva ahí dentro una eternidad.

El doctor Spencer sonrió.

—No mucho más, Harry. Yo diría que unas siete semanas después de Navidad, el bebé hará su aparición.

—Será mejor que no sea una niña. Es todo lo que tengo que decir.

—Eso depende del Señor. —El doctor Spencer se puso el sombrero y recogió su maletín médico—. Hoy hay buenas noticias. El consejo municipal ha convencido a Ethan Webster para que vuelva a Oakwood Hall como maestro de escuela. La escuela reabrirá en enero.

Alan apareció en la puerta, periódico en mano.

—Este señor Webster. ¿Es bueno?

—Es estricto, pero muy bueno —dijo Jennifer—. Todo el mundo pensó que fue una pena cuando Bea Goldston lo echó hace tantos años.

—Fue la primera maestra de Oakwood Hall —le dijo el doctor a Alan—. Pero ni una semana después de que se fuera el señor Webster, ella también abandonó el pueblo de forma inesperada. ¿Cuándo fue, Sra. Stewart? ¿Hace tres años?

—Cuatro. —Jennifer se estremeció al recordar el violento ataque de Bea a Ada, que había provocado la abrupta marcha de la maestra.

—Contratamos a otra maestra, pero tras el pánico de los setenta y tres también se marchó. Le estamos muy agradecidos, Sr. Gallager, por facilitarnos los medios para recuperar al Sr. Webster.

—Es un placer, señor.

—Y lamento que no todos nuestros ciudadanos le hayan dado la bienvenida a nuestra

ciudad. En su mayoría son de buen corazón. Sólo que a algunos les lleva un tiempo acostumbrarse a los recién llegados.

Jennifer se cruzó de brazos. Era más que un simple caso de calentarse con Alan. Pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Lo comprendo. No pasa nada.

—Bueno, debería irme. Eugenie se estará preguntando qué ha sido de mí. —Con una inclinación de cabeza hacia Jennifer, el doctor Spencer salió de la casa.

Harry bailó por el salón.

—Por fin vamos a la escuela.

—Yo en tu lugar no me alegraría tanto —aseguró Tommy—. Jimmy D. Washburn dijo que el viejo Webster es malo como una serpiente. Jimmy D. dijo que Webster te da con un bastón si no sigues sus reglas. Pero él no es mi jefe.

—Lo es cuando estás en su clase —aseguró Alan en voz baja—. Y me sentiré muy decepcionado si me entero de que no le has tratado con respeto.

Tommy se sonrojó.

—Sí, señor.

—Es tarde —les dijo Jennifer—. Ir los dos a la cama. Y, Harry, no olvides lavarte detrás de las orejas. Subiré más tarde para comprobarlo.

—¿Volverás a leer 'Jack y las habichuelas'?

—Ya veremos. Vamos.

Harry se abalanzó sobre ella y le rodeó las piernas con ambos brazos, enterrando la cara en sus faldas.

—Buenas noches, tía Jennifer.

Ella le acarició el pelo. ¿Cuándo había empezado a necesitar a esos niños tanto como ellos a ella?

—Buenas noches, Harry. Tú también, Tommy.

Agachó la cabeza y subió las escaleras.

Jennifer volvió a la cocina para terminar de fregar los platos. Alan la siguió. Era consciente de su enorme tamaño en la pequeña cocina, del olor a jabón limpio de su piel. Echó agua en el escurreplatos y fregó un cuenco con más fuerza de la necesaria.

—Buenas noticias sobre la escuela.

Cogió una toalla y secó un vaso.

—Sí. Llevamos tanto tiempo sin maestro que me temo que el Sr. Webster encontrará que los niños tienen mucho que ponerse al día. —Ella fregó la sopera olla y la puso sobre el aparador —. Supongo que estarás ansioso por irte por fin. Te hemos tenido aquí mucho más tiempo del que pretendías.

—Sí, pero no ha sido nada desagradable. He disfrutado con los chicos.

—Te admiran.

—Me gustaría pensar que sí. —La mirada de sus ojos oscuros se suavizó—. Nunca he tenido a nadie que me admirara. Walter, mi hermano menor, siempre miró a nuestro padre, no a mí.

—¿Y a quién admirabas tú?

Se encogió de hombros.

—En realidad nunca miré a nadie hasta la guerra. Entonces fueron los otros corredores de bloqueo a los que llegué a admirar. Pero, por supuesto, para entonces hacía tiempo que había superado la necesidad de héroes.

—No creo que superemos nunca nuestra necesidad de héroes.

—Quizá tengas razón. —Le sonrió y su corazón tartamudeó—. ¿Quiénes son tus héroes, Jennifer?

Ella reflexionó.

—Mi abuela Bell. Mi marido George. Y Michael, por supuesto. No recuerdo mucho de mis padres. Aún era una niña cuando murieron.

La cocina se quedó en silencio.

—Esperaba haber entrado en esa lista.

Su sonrisa hizo que se le cayera el estómago. Por supuesto que le admiraba, tanto como a cualquiera que conociera. Le encantaba todo de él. Pero ahora él la dejaba, se iba para siempre. ¿Por qué decirle lo que sentía?

Una ráfaga de viento sopló a través del agrietado alféizar de la ventana, agitando el farol. Alan pasó los dedos por la madera podrida y suspiró.

Colgó su delantal en una percha y se secó las manos.

—Eso hay que arreglarlo antes de que haga más frío.

El alféizar necesitaba atención, cierto, pero una vieja funda de almohada metida en el agujero bastaría hasta el regreso de Michael. Lo estudió bajo sus pestañas bajas y sintió un aleteo de esperanza. ¿Era posible que Alan estuviera buscando una razón para quedarse?

Capítulo 28

Alan encendió un puro y, con un suspiro satisfecho, se enterró hasta la barbilla en el agua humeante del baño. El personal de la posada de Oakwood Hall sabía ciertamente cómo cuidar a un hombre. Desde que había regresado a la ciudad hacía una semana, había disfrutado de baños calientes, buenas comidas en el comedor y después un coñac ocasional en la sala de fumadores para caballeros.

Alejarse de Jennifer, de su granja y de aquellos chicos hambrientos de padre, había sido una de las cosas más difíciles que había hecho nunca. Pero seguramente fue para mejor. Con cada viaje al pueblo, había sentido la desaprobación de la gente, no sólo hacia él, sino hacia el hecho de que se quedara en la granja con dos mujeres que no eran ni su familia ni su esposa. No sería bueno que su desaprobación manchara la posición de Jennifer en Oakwood Hall. Ella tendría que vivir aquí una vez que él se hubiera marchado.

Además, a decir verdad, el tiempo se había vuelto demasiado frío para seguir durmiendo en el granero de Jennifer, y él disfrutaba de sus comodidades. Aun así, echaba de menos a Jennifer y a los chicos, echaba de menos el esfuerzo necesario para mantener la granja en marcha. Había olvidado la euforia del duro trabajo físico y la tranquila satisfacción del trabajo bien hecho. Echaba de menos ver a Jennifer al otro lado de la mesa por las tardes, la luz del farol convirtiendo su pelo en cobre bruñido. El sonido acampanado de su rara risa. No había habido risas la mañana en que abandonó la granja, con sus pocas pertenencias metidas en un carro alquilado. Ella le había saludado valientemente desde el porche mientras él se alejaba, con un

brazo alrededor del hombro de Harry, pero él sabía que su corazón se sentía tan vacío como el suyo.

Un discreto golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. El ayuda de cámara, un hombre de color alto y de complexión fuerte que vestía una chaqueta blanca, asomó la cabeza al interior.

—¿Desea más agua caliente, Sr. Gallager?

—Gracias, Isaías, pero supongo que debo irme.

—¿Volverá al banco esta mañana?

—Así es. —Llevaba semanas dándole vueltas a sus planes, y se sentía más animado de lo que había estado en mucho tiempo. Pero su sueño seguía siendo demasiado frágil para hablar de él con alguien que no fuera el banquero.

—Le prepararé la ropa.

Alan asintió, y cuando el hombre se retiró permaneció sentado unos instantes más antes de apagar su puro y levantarse de mala gana. Se envolvió en una gruesa toalla, recorrió el pasillo alfombrado del piso de caballeros y regresó a su habitación.

Se vistió y hojeó la última edición del periódico de Knoxville que le habían entregado en la bandeja del desayuno de esta mañana. Sólo faltaban tres semanas para Navidad y el periódico estaba lleno de anuncios de todo tipo, desde arneses hasta bombones. Pensó en las Navidades en Charleston: velas por todas partes, las mesas cargadas de elaborados centros de mesa, reluciente cristalería y vajilla, y una cantidad indecente de comida. Se imaginó a su padre a la cabeza de la mesa de este año, a Walter y Susan disfrutando del feliz resplandor de sus próximas nupcias. Tendría que enviar un regalo, aunque Walter y la señorita Layton apenas necesitaban nada.

Pasó la página y hojeó las noticias nacionales. P. T. Barnum planeaba una gira con Jumbo, el elefante que había adquirido recientemente en los Jardines Zoológicos Reales de Londres.

Alan buscó en el artículo el programa del circo ambulante del showman. Qué regalo sería para Harry y Tommy.

Sonrió, recordando sus serios intentos de aprender a jugar al póquer. Hacía tiempo que había perdonado a Harry por disparar a Majestic con la honda. Aunque aún le dolía el hombro, el accidente había dado lugar a algunos de los días más felices que había conocido en mucho tiempo.

Una fotografía de un potro bayo de medias blancas captó su atención. El titular decía: “Ganador del Derby de Kentucky vendido al Sr. William Astor, hijo, por la suma de 7.000 dólares”. Se preguntó por el tiempo de victoria del bayo. No había cronometrado a Majestic antes del día de la carrera, pero tenía la fuerte sensación de que el elegante potro negro podría mantenerse entre los de la talla de Vagrant. Si sus planes daban resultado, quizá algún día tendría la oportunidad de probarlo.

Abajo, el reloj del vestíbulo daba las campanadas. Alan dobló el papel, cogió su llave y se dirigió al banco.



—Tía Jennifer, ¿vendrá Alan por Navidad? —Harry estaba de pie en un taburete de la cocina, cascando huevos para un pastel de pasas. La cocina estaba cálida y perfumada con olores de especias y humo de leña.

—No lo creo, Harry. Seguro que tiene planes propios.

—Bueno, ¿se lo has preguntado?

Ella dejó de remover. La masa amarillo pálido goteaba de su cuchara de madera al cuenco de loza azul.

—No, no lo hice. Ya le hemos robado demasiado tiempo. Además, tu madre no se encuentra bien para tener compañía.

Suspiró y cascó otro huevo.

—Parece que mamá siempre va a estar enferma.

A Jennifer también le parecía así. En las semanas transcurridas desde el regreso de Alan a la ciudad, el tiempo había avanzado a un ritmo glacial. Su futuro se extendía ante ella, una cadena interminable de días vacíos sólo rotos por las exigencias del deber para con la familia de Michael. Más de una vez se había precipitado hacia la puerta, imaginando el sonido de los cascos en el camino. Pero Alan no la había visitado ni una sola vez.

Tal vez fuera lo mejor. Cada vez que le miraba, cada vez que recordaba el dulce calor de su beso compartido, le resultaba mucho más difícil saber que la alegría que él traía a su vida era sólo temporal. Mejor cortar todos los lazos ahora.

—¿Has terminado de cascar huevos? —Puso los moldes de los pasteles en la encimera, los engrasó y los espolvoreó con harina.

—Sí. —Empujó el bol hacia ella—. ¿Vamos a ir al desfile de Navidad esta noche?

—Ojalá pudiéramos. Echo de menos oír el cuento de Navidad y cantar villancicos, y echo de menos a mi amiga Deborah. Pero tu madre no puede hacer el viaje a la ciudad. Además, está lloviendo en la montaña. —Miró por la ventana al cielo salvaje y oscuro—. No me sorprenderá que aquí también tengamos una noche húmeda.

—¿Puedo ir a jugar con Tommy ahora?

—Sí, pero no vayas muy lejos. Después de cenar vamos a buscar nuestro árbol de Navidad, y quiero estar de vuelta antes de que llegue la lluvia.

—No sé para qué necesitamos un árbol. Mamá dijo que mañana no habrá regalos porque nuestro nuevo papá no nos ha enviado dinero. ¿Por qué no lo ha hecho, tía Jennifer? ¿Es que ya

no nos quiere?

Se le apretó el pecho de tristeza y preocupación. Envolvió al niño con sus brazos.

—Claro que nos quiere. Yo tampoco sé por qué no hemos sabido nada de él, pero estoy segura de que hay una muy buena razón.

Se encogió de hombros.

—Seguro que no parecerá Navidad sin regalos.

Parecía tan abatido que, por un momento, Jennifer estuvo tentada de hablarle de los regalitos que había comprado la semana pasada. El Verandah había adquirido dos nuevos residentes, lo que llevó a la Sra. Sandford a duplicar su pedido de pan fresco. El dinero había sido justo para comprar un regalo para cada uno de los chicos. Pero ella quería darles una sorpresa.

Apartó el pelo de los ojos de Harry e hizo una nota mental para cortarle el pelo al niño.

—Cuando el niño Jesús nació en el establo, al principio no había regalos para él.

—Pero entonces los reyes magos trajeron oro y cosas.

Jennifer sonrió.

—Así fue. E imagino que su madre debió pensar que esos regalos eran otro milagro.

—Una vez mamá dijo que los animales hablan en Nochebuena y que es un milagro. ¿Es cierto? ¿Habla Miranda?

—Nunca la he oído personalmente, pero los milagros hacen que todo sea posible.

—Supongo. Pero...

La tetera silbó.

—Ve a buscar a Tommy. Dile que la cena estará lista en una hora.

Harry salió corriendo. Jennifer terminó la masa del pastel, puso los moldes llenos en el horno y fue a ver cómo estaba Laura. A pesar de las órdenes del médico y de las insinuaciones de Jennifer, Laura apenas comía. Su reticencia era irritante. ¿Cómo tendría fuerzas para dar a luz cuando llegara el momento?

Jennifer se asomó a la habitación. Qué tranquila y santa parecía Laura mientras dormía... qué truculenta en cada hora de vigilia. Bueno, tener que pasar meses y meses en cama era sin duda un asunto tedioso. Tal vez ver a los chicos disfrutando de sus regalos de Navidad mejoraría el humor de Laura y su apetito.

Jennifer oyó el ruido de cascos en el camino y cruzó hacia la puerta, con el corazón palpitante. ¿Había llegado Alan por fin? Pero fue Samuel Chastain quien echó el freno y cruzó apresuradamente el patio, con su abrigo ondeando en el fuerte viento de diciembre.

Jennifer abrió la puerta de par en par y le hizo pasar.

—¿Qué te trae por aquí?

—He oído que las cosas andan un poco apretadas para vosotros estos días.

Le condujo al salón y arrojó un par de troncos al fuego. Saltaron chispas brillantes con un sonido de estallido.

—Oh, Samuel, 'apretado' apenas empieza a describir la situación en la que estamos. No hemos recibido ni una palabra ni un céntimo de Michael desde octubre. Me preocupa que haya ocurrido algo horrible. En su última carta dijo que algunos de los hombres estaban casi listos para amotinarse. ¿Y si está herido? ¿Y si ha perdido su trabajo?

Samuel le acarició el hombro.

—Estoy de acuerdo en que la situación es preocupante, pero no debes pensar lo peor. Si Michael estuviera herido, alguien habría avisado. Debemos esperar lo mejor hasta que haya una razón para no hacerlo,

De su bolsillo sacó dos paquetes pequeños y planos envueltos en papel marrón.

—He traído un par de libros para los chicos. —Sonrió tímidamente, con los ojos sospechosamente brillantes tras sus gafas—. Me doy cuenta de que a Tommy no le gustan tanto los libros como a Harry, pero deben tener algo para la mañana de Navidad, y esto es todo lo que tengo para dar.

Jennifer rodeó con ambos brazos a su viejo amigo.

—Gracias. Y dale las gracias a Heather de mi parte también.

—Heather se ha ido.

—¿Qué?

Se metió las manos en los bolsillos y miró fijamente a las llamas.

—Hizo las maletas y compró un billete de tren a quién sabe dónde. Lo más probable es que a Nueva Orleans. —Chasqueó los dedos—. Así, sin más.

—Oh, Samuel, lo siento muchísimo. ¿Qué vas a hacer?

Se encogió de hombros, con una expresión lastimera como la de una gallina bajo una fuerte lluvia.

—Esperar a que vuelva, supongo.

—¿Pero crees que lo hará?

—No tengo ni idea. Es obvio que se casó conmigo sólo como medio para un fin, pero cuál es ese fin, no puedo imaginarlo.

Parecía tan dolido y desconcertado que Jennifer le contó todo lo que había oído por casualidad el día que Heather vino a ver a Alan.

—Estoy casi segura de que es la madre de Nelly. Vino aquí buscando a la niña y necesitaba alguna forma de pagar sus gastos. —Hizo una pausa, recordando la noche en que Samuel y

Heather habían llegado a Oakwood Hall después de su boda—. Aquella noche, cuando se cruzó conmigo en las escaleras y me dijo que lo sentía, no estaba segura de lo que quería decir, pero ahora…

Samuel se quedó de piedra. Su cara se puso roja como una ampolla.

—A ella no le importaban ni un ápice los libros, ni yo, ni hacerte daño. Está claro que se fijó en mí para que le proporcionara un hogar mientras buscaba a Nelly. Y yo caí en la trampa. —Se lustró las gafas con la manga y volvió a ponérselas—. Indefenso como una mosca en una tela de araña.

Ella no pudo soportar la mirada de dolor en sus ojos.

—Podría estar equivocada. Quizá no debería habértelo dicho.

—No puedo culpar a nadie más que a mí mismo. —Suspiró—. Estaba cansado de estar solo en el mundo. Apareció Heather, y no pensé que tú nunca… —Su voz se suavizó—. ¿Qué nos pasó?

—No lo sé, Samuel. Supongo que ambos hicimos promesas que no pudimos cumplir.

Clavó la mirada en la parpadeante luz del fuego.

—¿Vas a contarle a Ada y a David lo de Heather?

—No estoy segura de qué hacer. Encontrar a la madre de Nelly a estas alturas sería un shock para todos. Pero sigo pensando que la niña merece saber quién es su verdadera madre. ¿No supondría una diferencia para Nelly conocer las razones por las que fue abandonada?

—Estaría de acuerdo contigo si Heather fuera otro tipo de mujer. Ella no dijo mucho sobre su pasado. Quizá nos equivoquemos, pero creo que deberías escribirle a Ada. Eres su mejor amiga. Dile lo que sospechas. Deja que ella y David decidan si decirle a Nelly que su madre puede estar viva y buscándola.

—Hay otro asunto a tener en cuenta. —Jennifer encendió la lámpara y subió la mecha. El viento silbaba montaña abajo y hacía sonar los cristales de las ventanas—. ¿Y si he llegado a la conclusión equivocada? ¿Y si después de todo Heather no es la madre de Nelly? Entonces habré agitado un avispero para nada.

—¿Tía Jennifer? —Tommy irrumpió en el salón, con la nariz y las mejillas rojas por el frío —. El pastel se está quemando. ¿Y adivina quién viene por el camino? Alan Gallager.

Capítulo 29

Samuel recogió su sombrero.

—Me voy, Jennifer. Espero que paséis una feliz Navidad.

—Gracias… por todo. —Ella le puso una mano en el brazo—. Trata de no preocuparte por Heather. Debemos rezar para que al final entre en razón.

Ella y los chicos siguieron a Samuel hasta el porche. Jennifer se asomó al crepúsculo. Enfundado en su abrigo de invierno, con una bufanda azul brillante anudada al cuello, Alan estaba de pie junto a su carro alquilado, desatando un enorme árbol de hoja perenne. Ella le saludó con la mano. Samuel le ofreció a Alan un gesto seco con la cabeza mientras cruzaba el patio hacia su caballo y se alejaba.

Alan arrastró el árbol hasta el porche.

—Me imaginé que los chicos querrían esto.

Harry y Tommy bailaron alrededor del árbol, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas como príncipes ingleses.

—Bueno, pero no os quedéis ahí parados, chicos —dijo Alan—, ayudadme a meterlo dentro.

Jennifer sujetó la puerta y arrastraron el árbol hasta el salón. Alan volvió a la carreta y regresó con dos trozos cortos de madera, un martillo y clavos para construir un soporte para el

árbol. Pronto el árbol se alzó alto y seguro frente a la ventana del salón, llenando la habitación con el olor a cedro fresco.

Los recuerdos de otras Navidades inundaron el corazón de Jennifer. Si tan sólo su familia, su verdadera familia, estuviera aquí ahora para compartir la maravilla que era la Navidad.

Tommy subió corriendo a buscar las guirnaldas de papel en las que Harry y él habían estado trabajando la semana pasada. Mientras Jennifer se deshacía del pastel de pasas estropeado y Alan hacía misteriosos viajes a su carreta, los chicos cubrieron el árbol con las guirnaldas, una ristra de botones y un pequeño nido de pájaros. Alan levantó a Harry para que pudiera colocar una brillante estrella de hojalata en lo alto. Luego Jennifer puso la mesa y fue a despertar a Laura.

—El señor Gallager ha traído la Navidad —susurró cuando Laura se despertó del sueño—. ¿Te apetece cenar en la mesa?

—La verdad es que no. Pero quiero hacerlo, por el bien de los niños. ¿Me ayudas a vestirme?

Jennifer cogió el mejor vestido de Laura. Ahora estaba demasiado ajustado; los botones no cerraban. Pero cubrieron ese hecho con una nueva bata de césped que Laura se había hecho. Jennifer cepilló el cabello lacio de Laura, lo ató hacia atrás con un poco de cinta y la condujo a la mesa.

Alan, que había estado admirando el árbol con los chicos, se levantó y se inclinó sobre la mano de Laura.

—Sra. Bell. Me alegro de verla levantada.

—Gracias. —Al ver el árbol, Laura soltó un gritito de alegría—. Es precioso.

Alan asintió, su expresión inusualmente grave. Algo brilló en sus ojos oscuros y expresivos. ¿Pena? ¿Compasión? Un escalofrío de inquietud recorrió a Jennifer. Pero no dejaría

que la preocupación estropeara este momento.

Dio una palmada.

—Hora de cenar.

Tomaron sus lugares alrededor de la mesa. Jennifer asintió a Tommy. Inclinaron la cabeza.

—Señor, gracias por Alan y su árbol y por tía Jennifer y mamá y por la Navidad aunque no haya regalos. Haz que nuestro nuevo papá vuelva pronto a casa. Amén.

Los chicos se apresuraron a terminar su comida de jamón frito, galletas y manzanas especiadas, y luego se apresuraron a ir al salón para admirar el árbol. Laura, aparentemente a punto de llorar, picoteaba su comida. Jennifer también tenía ganas de llorar. Pero al menos tenían un hogar, un fuego cálido y comida suficiente, aunque no fuera un festín. Y Alan estaba aquí.

Dio un sorbo a su café y él le sonrió al otro lado de la mesa. Verle sonreír era como contemplar el amanecer sobre los Smokies, la luz comenzando suave y tentativa antes de estallar en resplandor. Ella echaría de menos esa sonrisa cuando él ya no estuviera.

—Siento que no haya nada dulce —dijo ella—. Se me quemó la tarta.

—No te preocupes. —Alan se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Discúlpenme. Vuelvo enseguida.

Salió en una ráfaga de aire gélido.

Jennifer apiló sus platos.

—Laura, ¿te sientes lo bastante bien como para sentarte un rato en el salón?

—Me gustaría. —Laura cogió la mano de Jennifer al pasar—. Gracias por…

—De nada.

Jennifer ayudó a Laura a entrar en el salón y subió a por los regalos de Samuel y los que había comprado para los chicos. Regresó justo cuando Alan entraba con una pila de paquetes

alegremente envueltos y una bolsa de papel.

Le guiñó un ojo a Harry.

—¿Quién quiere un regalo?

—Yo. —Harry se abalanzó sobre una caja.

Alan entregó a cada uno de los chicos una caja y observó mientras las abrían, un juego de trenes de madera para Harry y un elaborado rompecabezas para Tommy, y luego Jennifer les dio sus regalos. Harry sonrió al ver el banco mecánico pintado de colores brillantes del mercantil de Jasper Hamilton, pero Tommy parecía menos entusiasmado con su reluciente navaja. Probó la hoja y manoseó el estuche de madera lisa, con expresión sobria.

—Gracias, tía Jennifer.

La decepción brotó en su interior.

—¿No te gusta?

—Me gusta mucho. Pero esperaba un rifle.

—Eres demasiado joven, Tommy —dijo Laura—. Ya hablamos de esto antes, ¿recuerdas?

—Sí, pero eso fue antes de que papá se fuera. Soy el hombre de la familia hasta que vuelva. Necesito un arma para ir de caza. Y para protegerte en caso de que vengan ladrones.

Laura puso a Tommy de rodillas y lo rodeó con los brazos.

—Te lo agradezco, hijo, pero no tenemos que preocuparnos por los ladrones. Y papá volverá pronto a casa, como prometió. Ya lo verás.

Tommy se encogió de hombros y miró al suelo. A pesar de todo lo que había hecho para vejarla, Jennifer no podía soportar la tristeza en los ojos del muchacho. Le dio unas palmaditas en el brazo.

—La primavera llegará antes de que nos demos cuenta.

—¿Por qué no cantamos algunos villancicos? —preguntó Laura—. Es Navidad, después de todo. —Ella sonrió—. Siento que este año nos perdamos el programa de la iglesia. Siempre esperaba con ilusión los cantos.

—Yo también —dijo Jennifer—. Y el desfile. Deborah le pidió a la Sra. Musgrove que ayudara a Amanda Hamilton a coser los trajes después de que el Sr. Musgrove falleciera. Deborah dice que son preciosos.

—Quizá podamos ir el año que viene. —Harry levantó la vista de su nuevo juego de trenes y sonrió—. Quizá Jimmy D. Washburn haga el papel de José. O quizá sea un ángel.

Tommy resopló y rió al fin.

—¿Jimmy D. un ángel? No es probable.

—Bueno, al menos podemos cantar sobre ángeles —dijo Jennifer. Luego, cuando la última nota se apagó, entregó a los chicos los libros que Samuel había traído para ellos. Harry se acurrucó inmediatamente ante el fuego con *el Anuario de Peter Parley* y estudió las fastuosas ilustraciones, olvidado de sus otros regalos. Tommy hojeó *Cuentos de Tanglewood* de Hawthorne y lo dejó a un lado.

—Lo leeré más tarde.

Una vez abiertos los regalos, Jennifer se acomodó con un suspiro de satisfacción, pero Alan tenía más sorpresas. Repartió bombones y naranjas y dio a cada niño un silbato de plata.

—Pero no vayáis a soplar esas cosas dentro, chicos. No querréis dar dolor de cabeza a las mujeres.

Harry apenas levantó la vista de su libro.

—Gracias, Sr. Gallager.

—Fue un placer, Harry.

Jennifer no pudo evitar sonreír mientras observaba a Alan con los chicos. Qué pena que hubiera elegido una vida que le impedía tener una familia. Manejaba a Harry y especialmente a Tommy con la combinación justa de autoridad, afecto y respeto. Habría sido un padre maravilloso.

—¿Sr. Gallager? —Laura cogió su Biblia de la mesa auxiliar—. ¿Le importaría? Leer la historia bíblica de la Navidad es una tradición en nuestra casa.

—Será un honor, Sra. Bell.

Acomodándose junto a Harry y Tommy, sacó sus gafas del bolsillo. Pasó las finas páginas de un lado a otro hasta que encontró el pasaje adecuado y empezó a leer.

—Y sucedió en aquellos días, que salió un decreto de César Augusto para que todo el mundo pagara impuestos. Y José también subió de Galilea… para ser tributado con María su esposa desposada, estando esperando un hijo.

—Como mamá —dijo Harry, sonriendo.

Alan asintió solemnemente.

—Sí.

—No interrumpas, hijo —dijo su madre—. Adelante, Sr. Gallager.

Jennifer escuchó, con un familiar nudo en la garganta. Pensó en la abuela Bell, en sus padres perdidos, en George, a salvo ahora con el Señor, y rezó una oración silenciosa por todos ellos.

Cerrando la Biblia, Alan le dijo a Tommy:

—¿Podrías poner otro leño en el fuego? ¿Y disculparnos a tu tía Jennifer y a mí un momento?

Harry levantó la vista de su lugar en el hogar, con los ojos brillantes de asombro navideño.

—¿Vas a besarla?

El calor subió a la cara de Jennifer. No pudo encontrar la mirada de Alan. Laura se rió.

—Esa es una pregunta impertinente, hijo.

—¿Qué significa impertinente? —Harry cogió otro chocolate y se limpió los dedos en la parte delantera de la camisa.

—No importa. Y no uses la camisa como servilleta.

Alan se puso el abrigo. Jennifer cogió el suyo del perchero y salieron a la oscuridad. Un viento gélido bajaba como una guadaña desde la montaña, trayendo consigo una lluvia ligera y helada que le punzaba las mejillas.

Jennifer volvió la vista hacia la casa. Las ventanas delanteras brillaban con luz propia. El humo del nogal salía de la chimenea como el tubo de escape de un tren antes de disiparse en el viento. Las débiles risas de los chicos bailaban en el aire. Por un momento, el tiempo se deslizó detrás de una cortina y, a pesar de la ausencia de Michael y de sus constantes preocupaciones, se sintió casi feliz.

—Jennifer.

Alan la cogió por los hombros y la giró para que le mirara. Su corazón se aceleró.

—¿Sí?

La humedad le empapó el pelo y se le pegó a las pestañas. Ella temblaba.

Él la miró a los ojos.

—Preferiría que me quitaran la quilla antes que decirle esto. Me temo que tengo muy malas noticias.

Se le cayó el estómago.

—¿Se trata de Michael? ¿Está herido? ¿Es muy grave?

Sacó un telegrama del bolsillo de su abrigo y se lo puso en las manos.

—Estaba en el mercantil comprando juguetes para los niños cuando el operador del telégrafo entró corriendo y me entregó esto. Llegó ayer tarde, pero no había nadie para entregarlo. Me preguntó si yo lo haría. Ya que os conozco a todos.

Jennifer se quedó entumecida. No tenía necesidad de leer el telegrama. La verdad estaba escrita claramente en el apuesto rostro de Alan.

—Mi hermano está muerto.

—Sí, cariño, lo está.

Sus rodillas se doblaron. Alan la cogió, sus brazos fuertes y cálidos alrededor de ella, y la estabilizó contra su pecho. Ella apretó la mejilla contra la áspera lana de su abrigo. No podía pensar, no podía llorar.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Un terrible accidente. Según el capataz del ferrocarril, un enganche se soltó mientras Michael descargaba vagones. Uno rodó sobre él, lo aplastó al instante.

Ella asintió como si fuera lo que esperaba.

—¿Cuándo?

—Hace una semana más o menos. Tuvieron problemas para encontrarle.

—Ya veo. —Si se concentraba en los asuntos prácticos, no tendría que sentir el dolor de otra pérdida. Su mente giraba con las docenas de detalles que había que resolver, las decisiones que había que tomar. ¿Debía enterrar a su hermano en el cementerio del campo o en la montaña con la abuela Bell? Durante un tiempo, tras la muerte de sus padres, la vida en la sencilla cabaña sobre Muddy Hollow había sido tan tranquila y apacible como la propia montaña. Tal vez Michael prefiriera eso. Aunque el largo viaje por el sinuoso camino de tierra dificultaría el

cuidado de su tumba. Pero todo eso esperaría hasta más tarde—. Debemos ir a Chicago y traerlo a casa.

Alan se secó la lluvia de la cara.

—No creo que eso sea posible. Hice algunas averiguaciones, y por lo que tengo entendido, los cadáveres no reclamados se envían de la morgue a un hospital donde son… um… preparados para su uso en la facultad de medicina.

Jennifer no podía dejar de temblar. ¿Cómo se atrevían? Michael no estaba sin reclamar. Tenía un hogar, una familia esperándole.

—¿Preparados para su uso? ¿Qué significa eso?

Sacudió la cabeza.

—Es mejor no saberlo.

—¿Pero cómo pueden llevarse a una persona sin permiso?

—Chicago es una gran ciudad. Un lugar peligroso. Debes comprender que varias personas al día mueren allí o simplemente desaparecen sin dejar rastro. Las autoridades no pueden rastrear a todos los parientes.

—Pero Michael trabajaba para una gran compañía ferroviaria. Seguro que llevaban registros.

—Lo investigaremos, pero no quiero que te hagas ilusiones. Lo más probable es que no podamos traer a tu hermano a casa. —Tiró de ella para acercarla—. Mi querida niña, lo siento profundamente.

Ella se hundió contra él. Nunca se había sentido más sola. No cuando la fiebre amarilla se llevó a sus padres con una semana de diferencia. Ni cuando murió la abuela Bell. En cada ocasión, Michael había estado allí para ayudarla a superarlo todo. Pero ahora…

—Es un error.

La abrazó más fuerte, con los labios en su pelo. El viento cortante azotaba la esquina.

—Ojalá lo fuera. Pero debemos afrontar la verdad.

Entonces llegaron las lágrimas, lágrimas de miedo y de profunda pena. Y lágrimas de rabia. Ella había pedido tan poco a Dios. ¿Por qué la había abandonado?

—¿Qué voy a hacer?

—Ya lo resolveremos.

Sacó un pañuelo del bolsillo. Ella se secó los ojos y miró hacia la casa, una pequeña isla de calma bajo la gran sombra de la montaña. Durante el resto de su vida recordaría este momento, esta franja de tiempo en la que supo lo que Laura y los chicos no sabían. Que todo su mundo, todas sus esperanzas y sueños para el futuro, habían sido destruidos.

—Se lo diremos a Laura cuando los chicos estén dormidos —dijo Alan—. Esperar un día o dos para decírselo no cambiará nada. Y entonces no tendrán que recordar la Navidad como el día en que supieron que su nuevo padre había muerto.

Juntos regresaron a la casa. El farol había ardido poco. Laura y Harry dormitaban ante el fuego. Tommy estaba absorto en su libro. Levantó la vista, con la cara sonrosada por el calor, y marcó su lugar con el dedo.

Alan puso una mano sobre la cabeza del muchacho.

—¿Es un buen libro, hijo? —preguntó, con una expresión llena de pena.

Tommy asintió mientras su mirada se desviaba hacia Jennifer.

—¿Qué pasa, tía Jennifer? Has estado llorando.

—Estoy bien. —Casi se atragantó con las palabras. Ella no estaba bien. Nunca estaría bien. Ojalá hubiera alguna forma de evitarles a todos la pena que se avecinaba.

Laura se revolvió y abrió los ojos.

—Dios mío, debo haberme quedado dormida. Lo siento mucho, Sr. Gallager. No soy muy buena anfitriona.

—Necesitabas descansar. —Miró el reloj de la chimenea—. No me di cuenta de que era tan tarde.

—¿Chicos? —Laura sacudió a Harry para despertarlo—. Es hora de acostarse.

Harry se despertó y parpadeó.

—Pero aún no estoy cansado.

Alan levantó a Harry en sus brazos.

—Vamos, hombrecito. Vamos a arroparte. —Señaló con la cabeza al chico mayor—. Tú también, Tommy.

—Soy demasiado viejo para que me arropen.

Alan sonrió.

—Tal vez lo seas en eso. Sin embargo, es hora de que ambos se acuesten.

Harry apoyó la cabeza en el hombro de Alan.

—¿Me leerás un cuento?

—Esta noche no. Es tarde.

Desapareció escaleras arriba con los chicos. Esperando su regreso, Jennifer se afanó en recoger sus juguetes, añadiendo un leño al fuego.

Laura la observaba, con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? Estás nerviosa como un gato.

Jennifer sacudió la cabeza.

—¿El Sr. Gallager dijo algo que te molestó?

—Laura. —Jennifer miró a su cuñada, deseando poder decir algo para prepararla para la noticia que se avecinaba. Pero las palabras fallaron. Su corazón dio un vuelco. Era cierto que nunca habían estado unidas, pero ambas sabían lo que era perder a un marido. La muerte de George había cambiado a Jennifer. No podía imaginarse lo que sería que le ocurriera dos veces. Laura nunca sería la misma.

Alan bajó las escaleras y envió a Jennifer una mirada interrogante. Ella negó con la cabeza.

Se sentó junto a Laura, con expresión tranquila y grave.

—Sra. Bell.

—No. —Laura sacudió la cabeza. Sus ojos se llenaron, y Jennifer sintió sus propias lágrimas volviendo—. Sea lo que sea, no quiero oírlo. No puedo.

—Lo sé —dijo Alan suavemente—. Pero debe hacerlo. Hubo un accidente donde trabajaba Michael.

Jennifer observó cómo los ojos de Laura registraban miedo, incredulidad y luego una aceptación horrorizada mientras Alan le contaba el resto.

—Pensamos que era mejor no decírselo a los chicos hasta después de Navidad. Dejarles pasar un último día sin tristeza.

—Supongo que eso es sabio.

Laura no lloró. Apoyó una mano sobre la hinchazón de su vientre y contempló la luz danzante del fuego. Finalmente levantó la vista hacia Jennifer, con expresión resignada y tranquila.

—Supongo que querrás que nos vayamos de aquí, ahora que tu hermano nunca volverá a casa.

Jennifer puso la mano en el brazo de Laura.

—No pensemos en eso. Por supuesto que eres bienvenida aquí. Además, no podrías mudarte ahora, en tu estado, aunque tuvieras un sitio adonde ir.

La repentina carcajada de Laura estalló en la habitación como un disparo. Se dobló, se tapó la boca con una mano y aulló.

—¿Alan? —Jennifer levantó la vista alarmada

—Es histeria. La he visto varias veces. ¿Tienes sales aromáticas?

—No.

—¿Algún licor?

—Michael dejó un poco de whisky en el armario. Lo usó para cuando le dio el crup.

—Traelo—

Jennifer se apresuró a través de la oscura casa hasta la cocina. Encendió la lámpara, subió la mecha y rebuscó en el armario el licor y un vaso. Los llevó al salón, donde Alan vertió una pequeña cantidad de whisky en el vaso.

—¿Señora Bell? —Laura no contestó. Él la cogió por los hombros y la sacudió, con fuerza —. ¡Sra. Bell!

Laura se sacudió como si despertara de un sueño febril y los miró fijamente, sin ver. Alan le alcanzó el vaso.

—Beba esto.

Obediente como una niña, Laura se lo bebió todo.

—Ya está. Supongo que eso me hará olvidarlo todo.

—Me temo que tendría que consumir mucho más que eso para alcanzar el olvido—, dijo

Alan suavemente.

—En ese caso —ella volvió a titubear—, tráeme la botella.

—Laura. —Jennifer cogió la mano de su cuñada—. Ven. Debes descansar. Nos esperan unos días duros. Los chicos necesitarán que seas valiente y fuerte.

—Pero yo no soy valiente y fuerte. —Se levantó, balanceándose ligeramente—. Ese es tu departamento. Buenas noches, Sr. Gallager.

Hizo una reverencia.

—Por favor, acepte mis sinceras condolencias.

—¿Alan? —Jennifer lo miró mientras guiaba a Laura fuera de la habitación—. Tómate tu tiempo. Estaré aquí enseguida.

Jennifer condujo a Laura a su habitación y la ayudó a desvestirse. Consumida por la pena y el pavor, Laura se movió aún más despacio que de costumbre. Se arrastró hasta la cama y volvió la cara hacia la pared.

Jennifer mulló las almohadas y levantó las sábanas.

—¿Estás lo bastante abrigada?

La cabeza de Laura se movió contra la almohada.

—No espero volver a estar caliente nunca más.

—Escúchame. Cuando se corra la voz, vendrá todo tipo de gente, diciéndote que entienden cómo te sientes. Pero no pueden, no realmente. —Apartó el pelo de Laura de su cara—. Ahora mismo tú también sientes como si tu vida hubiera terminado. Desearías que hubiera terminado, para librarte de la pena interminable. Pero un día te despertarás y te darás cuenta de que has dormido plácidamente toda la noche, de que tu corazón se siente un poco más fuerte. Y un día reirás sin sentirte culpable de que Michael no esté aquí para compartirlo.

Las lágrimas se filtraron de los ojos de Laura y corrieron sobre la almohada.

—Olvidas que ya he enterrado a un marido. Lo sé todo sobre...

Jennifer se precipitó, las palabras le salían a borbotones.

—Tienes dos hijos que te necesitan… y el hijo de Michael en camino. —Hizo una pausa —. Tienes más suerte que yo. En este bebé, siempre tendrás una parte de Michael. Yo no tenía nada de George, salvo unos pocos objetos personales que me devolvieron del campo de batalla. Y mis recuerdos.

La mano de Laura se movió sobre la colcha.

—¿Me despertarás por la mañana en cuanto los chicos se hayan levantado?

—Sí. Continuaremos con la Navidad lo mejor que podamos. Y después, se lo contaremos juntos. —Levantó la lámpara—. Intenta dormir ahora.

Encontró a Alan en el salón, atendiendo el fuego. El viento cargado de hielo se había levantado, tintineando y golpeando contra los cristales de las ventanas.

—¿Se pondrá bien la Sra. Bell? —Sus ojos eran muy oscuros, sus apuestos rasgos preocupados.

—Ahora está tranquila. Espero que pueda dormir.

—Debería irme. —Recogió su abrigo manchado por la lluvia y se dirigieron a la puerta.

El hielo la había congelado. Alan la abrió de un tirón. A la débil luz de la linterna, el patio brillaba como una lámina de cristal hecho añicos.

—No puedes volver al pueblo con este tiempo —dijo Jennifer, cerrando la puerta—. Puedes dormir aquí, en el salón.

Miró el estrecho sofá.

—Te lo agradezco, pero la verdad es que estaría más cómodo en el granero. —Sonrió—.

Supongo que aún tienes mi viejo colchón.

—Sigue ahí fuera, junto a los cubos de leche extra. Pero, Alan, el establo está helado.

—Si un pesebre fue lo suficientemente bueno para el Salvador. Creo que será bueno para mí.

Alan nunca había hablado realmente de su fe o de lo que significaba para él. Debido a sus antecedentes, ella había supuesto que no pensaba mucho en Dios. Quizás era una persona mucho más profunda de lo que ella imaginaba.

—Te traeré unas mantas.



A pesar de los agotadores acontecimientos del día, estaba muy despierto, inquieto. Leer el cuento de Navidad y ver el vaivén fraternal de Harry y Tommy y las bromas entre hermanos de Harry y Tommy le recordaron cuando él y Walter habían llevado su esquife a las marismas y habían pescado todo el día entre garcetas, caguamas y caimanes. Al atardecer regresaban a casa sudorosos y quemados por el sol, con los brazos cruzados de arañazos de hierba espartina, saciados de una felicidad perfecta.

La puerta del granero golpeó con el viento. Alan se dio la vuelta en el colchón y cerró los ojos. ¿Jennifer seguía despierta? No podía olvidar la mirada de absoluta desolación en sus ojos, el hundimiento de sus hombros cuando él le dio la noticia. Se sentía fatal por ella, por todos ellos. Esperaba que de algún modo ella y Laura pudieran forjar lazos que mantuvieran unidos los restos de su fracturada familia. Porque ver la relación de Jennifer con Laura y los chicos, por muy díscola que fuera a veces, le había cambiado. Le había dejado claro que, al final, la familia y Dios eran lo único que contaba.

Escuchó a los ratones escarbar en el granero y el ronroneo ronco del gato residente. ¿Cómo le iba a su padre? No había habido noticias de Walter desde su breve visita a Oakwood Hall el verano pasado. Por lo que Alan sabía, su padre bien podía estar muerto. Ese pensamiento le heló mucho más que el viento que se colaba en el granero.

No podía abandonar Oakwood Hall ahora, no con su proposición de negocios al banquero aún pendiente. No mientras Jennifer, sumida en el dolor, necesitaba a alguien que la sostuviera. Pero un día no muy lejano haría un viaje a Charleston, intentaría salvar lo que quedara de su familia.

Esperaba no llegar demasiado tarde.

Capítulo 30

La nieve empezó a caer hacia medianoche, finos copos que se convirtieron en copos gordos y húmedos que se pegaban al cristal de la ventana y se amontonaban en el alféizar. Apoyando las manos en el cristal, Jennifer se asomó a la nieve azulada por la noche, escuchando. Afortunadamente, Laura y sus hijos parecían dormidos.

En las siete largas semanas transcurridas desde Navidad, ninguno de ellos había dormido muy bien. Casi al final de su reclusión, Laura se sentía a menudo demasiado incómoda para quedarse en la cama y vagaba por la casa a todas horas. Tommy y Harry, aún conmocionados por la noticia de la muerte de Michael, se despertaban de las pesadillas con interminables peticiones de un cuento o un vaso de agua. A Jennifer le resultaba agotadora su necesidad de consuelo constante.

Temía decirles que su nuevo padre no volvería a casa, ni siquiera para que le guardaran el debido luto, pero habían asimilado la noticia mejor de lo que ella imaginaba. Esperaba lágrimas de Harry, pero fue Tommy quien lloró desconsoladamente antes de salir corriendo de la casa. Harry volvió a arrastrarse bajo las sábanas con su libro ilustrado. Y ahora habían vuelto a su rutina diaria y a su ruidosa y áspera rivalidad. Salvo por las pesadillas, parecían haber olvidado su pena. Quizá no habían vivido con Michael el tiempo suficiente para darse cuenta de lo mucho que habían perdido.

Pero la muerte de Michael era una fuente de tristeza siempre presente para Jennifer.

Metidas en la parte de atrás de su Biblia había dos cartas de Patrick Sullivan, el capataz de Michael, en las que expresaba su profundo pesar por su pérdida y confirmaba que, a falta de información sobre la familia de Michael, su cuerpo había sido efectivamente donado “a la ciencia médica”.

¿Qué consuelo había en no tener un lugar donde ir a llorar a Michael? Tal vez en primavera plantaría un jardín de sus lirios favoritos y comenzaría una nueva enredadera de glorias de la mañana en el enrejado. Algo que le recordara que, a pesar de su terrible pérdida, la vida continuaría.

Apartándose de la ventana, se arrastró bajo las sábanas y cerró los ojos. Por ahora, tenía suficiente comida para pasar el resto del invierno. Parte de la carne del cerdo que habían descuartizado aún colgaba en el nuevo ahumadero. Y cuando se corrió la voz de la muerte de Michael por el pueblo, casi todo el mundo en Oakwood Hall había venido a visitarlo, trayendo lo que tenían de sobra: un saco de manzanas secas o castañas asadas, jamón y salchichas, tarros de judías y ciruelas, y suficientes pasteles de colibrí y tartas de vinagre para abastecer una panadería de buen tamaño.

Pero, ¿cómo demonios iba a seguir manteniendo a Laura y a tres hijos en crecimiento? Aunque ella y Michael habían sido en gran medida autosuficientes en la granja, seguiría necesitando comprar semillas y pagar a alguien para que la ayudara con la siembra y la cosecha. Su empresa de panadería por sí sola nunca ganaría lo suficiente para comprar ropa, zapatos y libros para los niños mayores, medicinas y mantas para el bebé y alimentos básicos como azúcar, harina y sal.

Aunque tenia otra opción. Podía vender la granja. Hacía tiempo que Stephens le había echado el ojo a los veinte acres de tierra de los Bell que daban a Owl Creek. Aunque le dolía siquiera considerar la posibilidad de vender un solo acre, especialmente a Stephens, la dura verdad era que necesitaba dinero, y pronto.

El reloj del salón dio la hora. Jennifer se tapó y pensó en Alan. Durante las dos primeras semanas de enero, había cabalgado hasta la granja cada pocos días para traer el correo. Nunca llegaba sin alguna pequeña baratija para los chicos, chocolate para ella y Laura, y noticias de la ciudad. En la última visita, se enteraron de que once alumnos se habían presentado para la apertura del nuevo curso bajo la dirección del señor Webster y otros dos nuevos inquilinos se habían mudado al Verandah.

Jennifer pensó en su breve estancia en el hotel, cuando tenía un trabajo propio en la librería de Samuel y la vida le había ofrecido más posibilidades. Ahora sólo le quedaba un camino: cuidar de la familia de Michael.

Alan también había dicho que uno de los hombres que habían venido a Oakwood Hall para la carrera de caballos, un tal Sr. Blakely de Lauraland, se había enamorado de las montañas y estaba pensando en construir un lujoso complejo turístico justo al final de la línea férrea desde el pueblo. Eso significaría un aumento de la demanda de madera y de hombres que pudieran desbrozar, construir una carretera y levantar el propio complejo turístico.

—Si Blakely sigue adelante —le dijo Alan, con sus ojos oscuros encendidos por la emoción—, éste podría ser el comienzo de tiempos mejores para Oakwood Hall” —Él también había insinuado planes propios, pero a pesar de la esperanzada insistencia de Jennifer, no había querido compartirlos.

—No quiero decir demasiado hasta estar seguro.

Últimamente sus visitas habían sido menos frecuentes. Lo más probable era que estuviera ocupado con sus propios planes, pero por Dios, ella le echaba de menos. Quizá algún día, pronto, él…

—¿Jennifer? —La voz urgente de Laura subió las escaleras—. Despierta.

Jennifer cogió su bata y salió corriendo al pasillo. Laura estaba de pie al pie de la escalera, sosteniendo en alto una lámpara de canalón que proyectaba sombras atenuadas sobre la pared. A

la luz parpadeante, su rostro brillaba pálido como una flor de luna.

Jennifer se apartó el pelo de la cara.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez calambres en las piernas?

—Es la hora.

Desorientada y agotada por las largas noches sin dormir, Jennifer frunció el ceño.

—¿La hora?

—El bebé está al llegar.

—¿Ahora?

—Los bebés no tienen en cuenta el reloj. Vienen cuando se les antoja. —Laura se apretó el vientre—. Voy a necesitar tu ayuda.

—Engancharé la carreta y traeré al doctor Spencer.

—Está nevando —dijo Laura con calma—. Y de todos modos, no hay tiempo… oh!

—Ya voy. —Jennifer se apresuró a bajar las escaleras—. ¿Qué debo hacer?

Ella había ayudado a Michael a parir un ternero una vez y, en otra ocasión, una camada de lechones. Pero un bebé, el bebé de Michael, era un asunto totalmente distinto. ¿Y si cometía un error? Los nervios le recorrieron la columna vertebral.

—Ayúdame a volver a la cama. —El rostro de Laura se puso blanco de dolor—. Y hagas lo que hagas, no dejes que los chicos entren aquí. Necesitarás mucha agua caliente. Y el cuchillo.

—¿Un cuchillo?

—Para cortar el cordón, Jennifer. Y toallas. Espero que no seas aprensiva a la vista de la sangre. Puede que haya mucha.

Laura parecía sobrenaturalmente tranquila, pero a Jennifer se le revolvió el estómago.

Tragó saliva.

—Será mejor que encienda el fuego.

Laura jadeó cuando otro dolor se apoderó de ella.

—Por favor, date prisa.

En la cocina, Jennifer metió leña en la estufa, encendió una cerilla y la echó dentro, luego añadió un par de pequeños palos de madera. La leña prendió, enviando humo gris a la habitación. Llenó la tetera y una cacerola de agua y las puso sobre el fuego.

—¿Tía Jennifer?

Ella saltó al oír el sonido y se dio la vuelta.

—¿Tommy?

—¿Cómo es que estás levantada? —Parpadeó—. Es medianoche.

—Tu madre va a tener el bebé.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿No necesitamos al doctor para eso? Nos dijo a Harry y a mí que tiene una medicina que hace desaparecer el dolor.

—Suena bien pero no hay tiempo, así que voy a ayudar.

Él frunció el ceño.

—¿Alguna vez has ayudado a nacer a un bebé?

—No, pero he asistido partos de bebés animales, así que más o menos sé qué esperar. Y tu madre me dirá qué hacer. —Ella sonrió para tranquilizarlo—. Ella os trajo al mundo a Harry y a ti, después de todo.

—¿Se va a morir?

—Por supuesto que no. Se pondrá bien. El bebé también. Ya lo verás.

—La madre de Jimmy D. Washburn tuvo un bebé y murió. —Un sollozo se le atascó en la garganta.

Jennifer abrió un armario, buscando una toalla.

—No te mentiré, Tommy. A veces ocurre. Pero tu madre ha estado en cama todo este tiempo, descansando, así que estará fuerte para cuando llegue el bebé. No debes preocuparte por eso.

Asintió y la rodeó con ambos brazos.

—Siento haberte pegado aquella vez. Siento haberle enseñado a Harry cómo encender un fuego, y no haberte tenido en cuenta. Intentaré hacerlo mejor.

Acarició el pelo revuelto de Tommy.

—Crecí con un hermano mayor. Sé cómo se comportan los chicos.

Apretó la cara contra su bata.

—No sabes qué más he hecho. Tiré la mejor caña de pescar de papá.

—Oh, Tommy.

—Cada vez que pasaba junto a ella en el granero, pensaba en él. —La miró, con los ojos húmedos—. Pensé que, si me deshacía de ella, podría olvidarme de él, y entonces quizá no me sentiría tan mal. Pero no funcionó.

—No. Pero sé cómo te sientes.

La tetera chilló. Jennifer preparó té y le tendió una taza.

—Sólo tenía unos años menos que tú cuando murieron mis padres. Me dolió tanto que yo también quería olvidarlos. Pero mi abuela hablaba de ellos todos los días. Contaba historias sobre mi madre y cómo le gustaba cantar y recoger las flores silvestres que crecían por todo Muddy

Hollow. Cómo mi padre vino a cortejarla una vez montado en la mula vieja más triste que la abuela había visto nunca.

—Debería haber tenido un caballo como Majestic.

Jennifer sonrió mientras cogía el cuchillo de cocina de la alacena.

—Muy pronto empecé a esperar con impaciencia las historias de la abuela. Me hacían sentir más cerca de mis padres. —Le dio unas palmaditas en el brazo—. No era olvidar lo que me hacía sentir mejor. Fue recordar.

Tommy sorbió su té e hizo una mueca.

—¿No estás enfadada conmigo por haber tirado la caña de pescar?

—Ojalá no lo hubieras hecho. Pero entiendo por qué lo hiciste. —Ella le puso una mano en el hombro—. Ahora, necesito que vuelvas arriba y te quedes con Harry. No bajes hasta que te llame. No importa qué sonidos oigas, quédate ahí. ¿De acuerdo?

—Supongo.

—No es suficiente. —Se cubrió el brazo con una toalla y levantó la olla de agua hirviendo del fogón—. Necesito tu promesa solemne.

—Lo prometo. —Salió corriendo de la cocina.

Cuando Jennifer regresó al dormitorio, los ojos de Laura brillaban de dolor, su piel reluciente de sudor. Su bata húmeda se le pegaba a los muslos.

Jennifer dejó la toalla y el agua a un lado.

—¿Cómo estás? ¿Es muy fuerte el dolor?

Laura asintió.

—¡Peor que cuando Tommy y Harry estaban… ahhh! —Se agarró a las sábanas y se puso rígida hasta que se le pasó el dolor. Luego se recostó contra la almohada, con la respiración

agitada y el cuerpo flácido—. No creo que pueda soportar esto.

—Sé que duele. Pero no pasará mucho tiempo hasta que tengas al hijo de Michael en tus brazos. Volverás a tener una parte de él.

—Sí, pero… ¡oh Dios mío! —Laura apretó los dientes. Remolinos de sudor corrían por su cara.

Instintivamente Jennifer agarró la mano de Laura.

—Aguanta. Sólo un poco más…

La criatura arrugada y deforme entró en el mundo de golpe. Con las manos temblorosas, Jennifer cortó el cordón y levantó al niño, que yacía silencioso e inmóvil en sus brazos.

—¿Jennifer? —ronroneó Laura.

El mundo retrocedió. El corazón de Jennifer latía con fuerza. ¿Qué hacer? No podía perder a este bebé. *Por favor, Dios. Por favor, ayúdame*.

—No oigo ningún llanto —susurró Laura—. El bebé está muerto, ¿verdad? Y es culpa mía.

Jennifer palpó el pecho del niño. Un latido aleteaba, pero la piel se estaba poniendo azul. Sopló en las fosas nasales del bebé, pequeñas bocanadas de aire. Nada. Sujetando con fuerza al bebé, lo balanceó en un amplio arco, hacia delante y hacia atrás, rezando para que la ráfaga de aire llenara sus diminutos pulmones. Seguía sin haber nada. Jennifer se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Entonces, por fin, lo oyó: un débil maullido que rápidamente se convirtió en un llanto lujurioso y con cuerpo. Jennifer bañó al pequeño, con lágrimas de tristeza y alivio cayendo sin control por su rostro. *Es un niño, Michael. Y gracias a Dios que está bien.*

Envolvió al niño en pañales y se lo entregó a su madre.

—Laura, aquí tienes a tu hijo.

—¿Otro niño?

Jennifer sonrió.

—Michael estaría orgulloso si lo supiera.

Laura apretó la mano de Jennifer.

—Me gusta pensar que lo sabe, de alguna manera.

—A mí también. —Ayudó a Laura a bañarse y cambiarse, y se fue a comprobar el fuego de la estufa. Ahora que el niño había nacido sano y salvo, estaba débil de alivio y agotamiento pero demasiado nerviosa para dormir. Preparó té y llevó una bandeja a la habitación de Laura.

Madre e hijo dormían. Observando el subir y bajar de la respiración de Laura, Jennifer sintió que sus viejos resentimientos se desvanecían. Puede que nunca fueran las mejores amigas, pero Laura y ella eran ahora verdaderamente una familia, unidas para siempre por la niño que ambas amaban. Le deseó a Laura un descanso tranquilo, libre de la añoranza de la vida que ahora había perdido.

La vida de Laura no había resultado como ella quería. Quizá la de nadie lo había hecho. Quizá el secreto de una vida feliz era querer la que se tenía.

El Atlántico yacía quieto y gris peltre, reflejando el cielo de finales de febrero. Enfundado en su abrigo, Alan estaba de pie en la batería, observando cómo un barco pesquero se acercaba al puerto. Se le hizo un nudo en la garganta. Había olvidado cuánto echaba de menos las vistas y los olores de la tierra baja, la emoción de los viajes nocturnos sin luna en tiempos de guerra a bordo del *Nightingale*. También había echado de menos Charleston, como un hombre echa de menos a una mujer bien amada.

En otro tiempo había conocido todos los rincones de la ciudad: las ornamentadas mansiones de las calles Queen y Meeting, construidas con el dinero de las plantaciones de arroz que salpicaban las orillas del río Pee Dee. Las casas de juego, el concurrido muelle, los elegantes teatros.

Pero Charleston era ahora un lugar cambiado. Las campanas de San Felipe ya no daban las horas, tras haber sido fundidas en cañones durante la guerra. Vastas extensiones de la ciudad desde la calle Hassel hasta Tradd habían ardido en el sesenta y uno, dejando una franja de ruinas humeantes, sus entrañas abrasadas hasta la nada. Aquí y allá aún quedaban fantasmagóricos cascarones de casas, recordatorios de un modo de vida que ahora se había perdido irrevocablemente. En su opinión, era esta pérdida, más que cualquier dolencia física, lo que había enviado a su padre al lecho de enfermo.

Se metió las manos sin guantes en los bolsillos, dio media vuelta y caminó por la calle Meeting hacia la casa de su padre. Inseguro del recibimiento que le esperaba después de tan larga ausencia, había dejado sus maletas en la estación de tren. Si le rechazaban, una clara posibilidad, simplemente regresaría a Oakwood Hall.

Lamentó no haber cabalgado hasta casa de Jennifer antes de salir de la ciudad. Pero el telegrama de Walter, con su lacónico mensaje “Vuelve a casa, había llegado el mismo día de su encuentro con Peterson en el banco. Un viaje a casa de Jennifer habría significado perder el tren de la tarde y luego una espera de dos días para el siguiente. Distraído, había garabateado una nota apresurada para ella, con la intención de dejársela al jefe de correos, sólo para encontrarla más tarde en el bolsillo de su abrigo. Qué estupidez. Esperaba que Jennifer lo entendiera. A pesar de lo inseguro que estaba de su acogida en Charleston, quería tener la oportunidad de despedirse de su padre. Temía que ya fuera demasiado tarde.

Al llegar a la casa de los Gallager, empujó la verja de hierro forjado, pasó a toda prisa junto a la maraña de jardines descuidados y subió los escalones hasta la veranda. Antes de que

pudiera llamar al timbre, la puerta se abrió. Allí estaba su hermano menor, con los ojos desorbitados y sin afeitar.

Walter hizo señas a Alan para que entrara.

—Gracias a Dios que has venido. Padre ha estado preguntando por ti.

Alan se quitó el abrigo, lo colgó en la percha del vestíbulo y se sopló en las manos para calentárselas.

—Entonces no está...

—Todavía no. Pero pronto, creo. El Dr. Pettigrew estuvo aquí ayer. —La voz de Walter se quebró—. No nos ofreció muchas esperanzas, me temo. —Alan asintió.

—Susan estuvo aquí casi toda la noche. Al final la envié a casa para que descansara un rato. ¿Necesitas café?

—Si no es mucha molestia. —Alan miró alrededor de la casa de su infancia. Nada, ni siquiera las cortinas, había cambiado. Sobre la mesa del recibidor había un cuenco de plata lleno de manzanas. Retratos al óleo de su madre aún colgaban sobre la enorme chimenea y a lo largo del rellano de la escalera. Un pequeño bosque de candelabros de plata abarrotaba la repisa de la chimenea. El mobiliario brillaba y olía ligeramente a cera de abeja. Le dolía el corazón por la pérdida.

—¿Sigue Calpurnia cuidando la casa de padre?

—¿Calpurnia? —Walter la condujo al comedor, donde un servicio de café de plata esperaba sobre el aparador de mármol—. Has estado fuera mucho tiempo, hermano. Cal falleció, hizo una pausa mientras servía café en dos tazas de porcelana, hace cuatro o cinco años. Su hija Daisy viene un par de veces a la semana a limpiar. —Le tendió una taza a Alan—. Por lo demás, Susan me ayuda a cuidar las cosas.

Alan dio un sorbo a la amarga infusión.

—Susan es una buena mujer.

—Pero no lo bastante buena para ti —dijo Walter sin rencor.

—No habríamos sido compatibles. No tiene nada que ver con su carácter. Estoy seguro de que serán muy felices juntos.

Sonó el débil tintineo de una campana. Walter dejó su taza.

—Está despierto. ¿Listo para subir?

Alan asintió, con el corazón palpitándole. Era estúpido temer la opinión de su padre a estas alturas. Ya no era un joven insensible de catorce años. Había hecho una fortuna más que respetable durante la guerra y estaba a punto de emprender una nueva empresa que le parecía desafiante y excitante. Según su propia medida, que era lo único que debía importarle a cualquier hombre, era un triunfador. Y sin embargo, había un lugar vacío en su interior al que pertenecía la aprobación de su padre.

Siguió a Walter por la escalera curva hasta la habitación de su padre, que daba a la cocina de verano y a la casa de carruajes donde hacía mucho tiempo Alan le había robado su primer beso. Ahora le parecía otra vida, como si aquellos lánguidos veranos en los bajos fondos le hubieran sucedido a otra persona.

Entraron. Las cortinas estaban abiertas a la débil luz invernal. En la rejilla, un fuego saltaba y crepitaba. En una mesita auxiliar había una jarra de agua medio vacía, un vaso, varios frasquitos marrones de medicina y un pañuelo arrugado. Una pila de libros yacía desordenadamente en el suelo.

—¿Padre? —dijo Walter en voz baja—. Ha estado preguntando por Alan, y aquí está.

Su padre, consumido y pálido, parpadeó y luchó por incorporarse.

—¿Alan? —Alan se movió hacia el lado de la cama.

—¿Cómo está, padre?

—No pensé que vendrías.

—Quería verme. Ha pasado mucho tiempo.

Su padre asintió y extendió una mano moteada, como una garra.

—Me alegro de verte, hijo.

A pesar de todas las luchas entre ellos a lo largo de los años, los ojos de Alan se llenaron de lágrimas. Este caparazón marchito y desvalido de hombre era el hombre que le había dado la vida. Y ahora todo en lo que Alan podía pensar era en los buenos tiempos. Aquellos años antes de que las expectativas de su padre chocaran con los propios deseos y sueños de Alan.

—Siéntate. —Mathew Gallager indicó a su hijo mayor que se sentara en una silla—. Dime… ¿dónde… has estado?

—Aquí y allá. Más recientemente en Tennessee.

—¿Fuiste… fuiste a esa carrera de caballos en Kentucky la primavera pasada?

Alan sonrió. Los caballos y las carreras de caballos siempre habían sido lo mejor que compartían.

—El Derby. —Alan sacudió la cabeza—. Pero monté en una carrera el otoño pasado. Un magnífico potro llamado Majestic. Dieciséis manos de alto, de grupa ancha y testarudo, pero rápido de pies. Y una zancada como nunca había visto. Le habría encantado.

El chirrido de las ruedas de los carruajes sonó en la calle de abajo. Walter se levantó y miró hacia fuera.

—Susan ha vuelto. ¿Me disculpa, padre? —Walter buscó la mirada de Alan—. Toque el timbre si me necesita.

Su padre le hizo un gesto para que se fuera. Cuando Walter se hubo ido, se volvió hacia

Alan.

—Me alegro de tener unos minutos a solas, Alan. No tengo mucho tiempo y… —Tosió e hizo un gesto para que le dieran un vaso de agua. Alan sostuvo el vaso mientras su padre sorbía, el agua goteando por su barbilla barbuda.

—Quizá no debería intentar hablar, padre.

—Pero es importante que entiendas por qué le dejo… todo a Walter.

Los viejos resentimientos volvieron corriendo. La ira sustituyó a la lástima que había sentido momentos antes. Pero, ¿cómo podía discutir con un moribundo?

—No tiene que dar explicaciones. Lo hecho, hecho está. Y no necesito el dinero de los Gallager. De todos modos, nunca lo quise.

—Exacto. —La mirada azul aguada del viejo sostuvo la de Alan—. Tú siempre fuiste el emprendedor. Desde que eras pequeño, tuviste los instintos de un superviviente. Walter, en cambio, necesitaba mucha más dirección.

—Y también es más maleable. —El fuego había ardido poco. Alan añadió otro tronco y lo golpeó con el atizador—. Tengo entendido que va a casarse con Susan Layton. Supongo que debo felicitarlos a los dos.

Su padre suspiró.

—La unión de fortunas familiares es una forma de vida consagrada en el Sur.

Alan permaneció de espaldas al fuego, con las manos entrelazadas detrás de él.

—Soy muy consciente de ello. Y cuando me negué a seguirle el juego a esta tradición consagrada por el tiempo, fui repudiado.

Mathew tosió y balbuceó.

—¿Repudiado? Tal y como yo lo recuerdo, te levantaste y abandonaste a la familia, hijo. Y

le rompiste el corazón a tu pobre madre.

—Lo siento por eso. Pero dejó claro que aquí no había sitio para mí.

Una mirada de dolor cruzó el rostro del hombre mayor.

—Ningún lugar... ¿es eso lo que pensabas? ¿Que te estaba echando?

—¿No lo hacía? —Incluso ahora, ese pensamiento le hizo un agujero en el corazón. Recordó los años pasados en salas de juego, en barcos fluviales, en ciudades anónimas, añorando sus raíces y solo. Su padre, tan empeñado en moldearle para convertirle en el hijo que quería, se había perdido por completo al que realmente tenía.

—Intenté darte lo que querías. —El anciano cogió el pañuelo de la mesa y se lo apretó contra los ojos llorosos—. La libertad de vivir la vida en tus propios términos. Es lo que tu madre me instó a hacer. Pero yo… lo manejé todo mal. Nunca pretendí que no te sintieras bienvenido. Nunca quise eso.

Alan sintió que se le partía el corazón. Todo este tiempo había asumido que Walter era el favorecido y él la oveja negra, incomprendido y sin amor. ¿Era posible que se hubiera equivocado? ¿Que lo que había parecido indiferencia era, en realidad, la forma que tenía su padre de demostrarle amor?

—Pero, padre, cuando me fui estaba tan enfadado conmigo. Tan crítico. Pude ver lo decepcionado que estaba, y no pude soportarlo.

—Decepcionado, sí. ¿Juzgador? Probablemente. —Su padre hizo una pausa para respirar —. Pero sólo porque te echaba de menos, hijo. Walter no es ni la mitad de jinete que tú, ni la mitad de hombre de negocios tampoco. Estaba enfadado por mi pérdida. No contigo.

—Pero...

—En cierto modo, te envidiaba. Pero nunca dejé de quererte. Nunca dejé de intentar averiguar cualquier noticia sobre dónde estabas y cómo te iba.

—No lo sabía.

—En cierto modo fue peor que si hubieras muerto. Al menos entonces podría haberte llorado y… haber hecho las paces con tu ausencia.

Alan se secó los ojos. Que su padre lo amara lo suficiente como para darle el regalo más costoso imaginable, una vida libre de las obligaciones con la plantación y el modo de vida que engendraba, estaba más allá de su comprensión. ¿Cómo demonios había tardado hasta ahora en comprender que las cosas no son siempre lo que parecen?

—¿Por qué no dijo nada, padre? Todos estos años cuando pensaba…

Las lágrimas corrieron por el rostro del anciano.

—¿Puedes perdonar a un viejo tonto testarudo y arrogante por equivocarse en todo?

La puerta se abrió y entró Walter.

—¿Padre? El doctor Pettigrew está aquí.

Su padre frunció el ceño y agitó una mano.

—¿Para qué? Todos sabemos que me estoy muriendo. Dile que se vaya. El poco tiempo que me queda quiero pasarlo con mi familia. ¿Está claro?

—Pero...

Alan vio el pánico genuino en los ojos de Walter. Su padre tenía razón. Walter estaría completamente perdido a la hora de dirigir las cosas. Al menos Susan estaría allí para sostenerlo en los días venideros.

—Ahora vete —le dijo su padre a su hijo menor—. Si quieres ser útil, dile a Susan que me traiga un poco de té. Siento un gran escalofrío.

Alan tomó asiento junto a la cama. Su padre se quedó dormido, con la respiración lenta y superficial. En la habitación en penumbra, Alan estudió las mejillas hundidas y el ceño arrugado

del anciano y sintió que un sollozo se le atascaba en la garganta. Se había equivocado completamente en todo. Vagó por el mundo en busca de lo que necesitaba y volvió a casa para encontrarlo. Se agachó para estrechar una mano nudosa.

—Te perdono y espero que me perdones.

Susan entró en la habitación balanceando la ornamentada bandeja de té de plata que Alan recordaba de su infancia, un regalo de boda a su madre transmitido a través de generaciones. La dejó sobre la mesa junto a la chimenea y se volvió hacia Alan, con los dedos trenzados con fuerza. Su aspecto era lo que él recordaba. Ojos grises solemnes, pelo enroscado en tirabuzones apartados de su cara con peines de plata. Iba vestida con gusto con un sencillo vestido de lana gris. Un pequeño broche de diamantes en su hombro parpadeaba a la luz.

Alan se levantó y tomó las manos de ella entre las suyas.

—Querida Susan. ¿Cómo estás?

—Muy bien. —Sus ojos se llenaron—. No esperaba volver a verte.

—Yo también estoy un poco sorprendido de estar aquí. —Le apretó las manos—. Tienes buen aspecto.

—Estoy preocupada por Walter. Él no tiene tu fuerza, Alan. Perder a su padre, ser responsable de las posesiones Gallager... me temo que no está a la altura. —Ella suspiró—. Aunque tú y yo no nos hubiéramos casado, si tú y tu padre os hubierais reconciliado, al menos Walter te tendría ahora a ti.

Alan miró a su padre dormido.

—Hemos hecho las paces. Sólo lamento que no ocurriera antes.

—¿Entonces vendrás a casa? ¿A ayudar a Walter?

—Ayudaré en lo que pueda, pero no volveré aquí. Al menos no permanentemente. He

hecho planes allá en Oakwood Hall. Planes emocionantes. Espero que tú y Walter me visiten el año que viene y echen un vistazo.

Ella se alejó girando.

—¿Vas a desperdiciar tu vida en algún remanso de los Apalaches? Vaya, Walter dice que apenas es más que un campamento maderero.

Alan sonrió.

—Walter no estuvo allí el tiempo suficiente para apreciar todo lo que ofrece. Es un pueblo pequeño, es cierto, pero no puedo elogiarlo lo suficiente.

Buscó su rostro.

—Seguro que es una mujer lo que te causa tan buena opinión del lugar. Espero que no espere demasiado de ti.

No tenía ni idea de lo que Jennifer esperaba de él, pero tenía la intención de averiguarlo lo antes posible. Suponiendo que ella siguiera hablándole después de su abrupta partida.

Otro carruaje pasó traqueteando. El fuego estalló y silbó. Miró por la ventana.

—Ya veo —dijo Susan en voz baja—. Realmente estás enamorado de ella.

Las palabras le sorprendieron y le aterrorizaron a la vez. Pero era cierto que estar cerca de Jennifer había suavizado los bordes duros de su corazón y le había dado la esperanza de que su vida aún podía redimirse. Que incluso un hombre con su pasado, con sus pasiones, podía transformarse en la clase de hombre que ella merecía.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Nunca me había dado cuenta del todo hasta hoy. Pero sí, creo que lo estoy.

Capítulo 31

Sujetando con fuerza la brida de Iris, Jennifer sacó a la yegua del establo y la hizo retroceder entre los ejes del carro. Forcejeó con el arnés, con los dedos agarrotados por el frío húmedo de la mañana de principios de marzo. Penachos de humo gris se elevaban de los campos adyacentes donde los granjeros estaban quemando los rastrojos del invierno pasado en preparación para la siembra de primavera. La nube acre se mezclaba con la niebla que aún flotaba en los valles y a lo largo de las crestas de las montañas. Pronto tendría que averiguar cómo preparar sus propios campos, pero ese era un problema para otro día.

Se ajustó la martingala y comprobó la correa del vientre antes de volver a la casa a por las seis hogazas de pan que había horneado antes del amanecer. Depositándolas en su cesta de mimbre, cubrió las fragantes hogazas con paños de cocina limpios y recogió su retícula vacía. Gracias a Dios, la señora Sandford había doblado su pedido semanal de pan. El dinero les mantendría un poco más. Intentó no pensar en cómo vivirían hasta que se pudiera plantar y cosechar el huerto o de dónde demonios sacaría zapatos para Tommy y Harry. La semana pasada había cortado un trozo de arnés viejo para tapar los agujeros de las suelas, pero crecían deprisa y no podrían llevar los viejos mucho más tiempo. Y ahora debía mantener al único hijo de Michael.

Bueno, ésta era la tarea que Dios le había encomendado y ella haría todo lo posible por cumplirla. Pero, ¿por qué todo tenía que ser tan difícil?

Anoche había tomado una dolorosa decisión. Por muy reacia que fuera a vender sus tierras, era su mejor esperanza. Además, con sólo Tommy y Harry para ayudarla, no podría arar, sembrar, azadonar y cosechar todo. Planeaba hacer una visita a Wat Stevens esta misma mañana. Tal vez aún estuviera interesado en la sección junto a Owl Creek.

Pensó en Alan. Cada día que pasaba lo echaba más de menos. Estaba claro que estaba demasiado ocupado para seguir cuidando de ella. ¿Cómo podía ella esperar que lo hiciera? Su familia y sus problemas no eran responsabilidad suya. Aun así, no podía evitar la esperanza de encontrárselo en la ciudad, aunque no tenía mucho tiempo para buscarlo. Desde la llegada del bebé, sus viajes al pueblo sólo duraban lo suficiente para entregar el pedido de pan a la Sra. Sandford y recoger el correo y las provisiones.

La semana pasada, dos días de lluvia la habían retenido en casa, dejándole demasiado tiempo para preguntarse por él, para recordar su único beso, tan cargado de calor y anhelo. Aunque sabía que eran inútiles e insensatos, no podía detener sus sentimientos por él. Cinco minutos en su compañía podían levantarle el ánimo y mantenerla así durante días.

—¿Jennifer? —Laura apareció en el umbral de la puerta, con el pelo revuelto, la parte delantera de la bata rígida y oscurecida por la leche, el bebé dormido sobre su hombro—. Siento haberme quedado dormida. James Michael estuvo inquieto la mitad de la noche. Apenas he dormido. ¿Se han levantado los niños?

Conteniendo su enfado, después de todo, ella también estaba cansada, Jennifer miró el reloj.

—Son casi las ocho. Se fueron a la escuela hace una hora.

—Oh. —Laura se hundió en una silla y pasó al bebé a su otro hombro. Empezó a alborotarse y ella le dio unas palmaditas en la espalda hasta que se calmó—. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

—Hay café en el fuego y restos de galletas en el horno. —Jennifer recogió su cesta de pan

—. Debo irme. A la Sra. Sandford no le gusta que llegue tarde.

—Seguro que entiende lo ocupadas que estamos estos días.

¿Nosotras? Jennifer se mordió una réplica y cogió su chal de lana del árbol del vestíbulo.

—Volveré esta tarde, después de ver a Wat Stevens.

Laura asintió.

—He estado pensando en eso desde que lo mencionaste, y no creo que Michael lo aprobara.

—Por supuesto que no lo haría. Pero tampoco aprobaría que nos muriéramos de hambre. —Jennifer se dirigió a la puerta.

—Espera. —Laura se levantó y corrió hacia su dormitorio. Jennifer la oyó tranquilizar al bebé, arrullándolo mientras lo acostaba. Un cajón se abrió con estrépito. En un momento Laura regresó y entregó a Jennifer un estuche de terciopelo negro cerrado por un pestillo deslustrado—. Llévate esto. Véndelos en su lugar.

Dejando su cesta, Jennifer abrió el estuche. Dentro de la caja forrada de satén había un collar de rubíes, una pulsera a juego y un par de pendientes engastados en delicada filigrana de oro. Las joyas eran bastante pequeñas, pero aun así… Levantó el collar y observó cómo las gemas de color rojo sangre captaban la luz.

—Son preciosas. ¿De dónde demonios han salido?

—Eran de mi madre y de su madre antes. Mi madre dijo que mi abuela las llevaba a las cenas en Magnolia Hall antes de que yo naciera.

—¿Los has tenido todo este tiempo, mientras nos moríamos prácticamente de hambre, ¿y nunca dijiste una *palabra*?

—Quizá fue egoísta por mi parte. Pero estas piezas son todo lo que me queda de mi

familia. —Laura se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos—. Son tan importantes para mí como esta tierra lo es para ti. —Envió a Jennifer una mirada suplicante—. No te culpo por estar enfadada conmigo, pero intenta comprenderlo.

Jennifer sintió que su enfado se suavizaba. Podía entender la reticencia de Laura a desprenderse de los últimos vestigios de la historia de su familia. Todo el mundo necesitaba algo a lo que aferrarse. ¿No había guardado las cartas de George, el peine de carey de su madre, la colcha favorita de la abuela Bell?

Laura continuó.

—Anoche me di cuenta de que si no hubieras vuelto aquí para cuidar de mí y de los niños, quizá ahora no tendría a mi bebé. Mis chicos valen para mí más que nada. —Cogió el brazalete y se lo colgó del brazo—. Además, no hay ningún sitio por aquí para llevar esto.

—Exacto. —Jennifer volvió a colocar el collar en su nido de satén—. Aunque lo hubiera, nadie en Oakwood Hall tiene tanto dinero.

—El Sr. Peterson tiene mucho dinero, y a su mujer le gustan las cosas bonitas. ¿Viste ese alfiler de zafiro que llevaba en el sombrero en la fiesta de la cosecha? Le dijo a todo el mundo que venía de la mejor tienda de Nashville. Seguro que costó una fortuna. —Laura volvió a colocar la pulsera en la caja y cerró la tapa—. Cógelos, Jennifer. Véndelas por lo que puedas conseguir. Si el Sr. Peterson no las compra, prueba con Jasper Hamilton en el mercantil.

Jennifer pasó los dedos por el estuche.

—No me imagino que al Sr. Hamilton le vayan a servir, pero yo...

El bebé gimió. Laura lo cogió en brazos y Jennifer vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Vete ya —susurró—. Llévatelos antes de que cambie de opinión.

Jennifer metió el joyero en la cesta del pan, cogió su retícula y salió corriendo hacia la

carreta que la esperaba. La niebla se había disipado, revelando un cielo azul brillante que le levantó el ánimo. Subió y se dirigió al pueblo.



Una larga fila de dolientes se unió a Alan, Walter y Susan en el cementerio. El tiempo era crudo. Un fuerte viento, cargado de sal, azotaba el cementerio. Apartado del nudo de dolientes en la tumba abierta, Alan saludó con la cabeza a los miembros de la sociedad de Charleston que habían venido a presentar sus respetos y a una procesión aparentemente interminable de primos Gallager y Venable vestidos de negro que no había visto desde su niñez.

Mientras la tierra caía sobre el pulido ataúd de caoba de su padre, Walter lloró abiertamente. Siempre había sido menos inhibido que Alan cuando se trataba de muestras de emoción. Lo que Alan sentía, en lo más profundo de su alma, era una mezcla de arrepentimiento por los años que había desperdiciado, operando desde la falsa suposición de que su padre había dejado de amarlo, y una profunda gratitud por haberse enterado de la verdad antes de que fuera demasiado tarde. A pesar de la pérdida, sintió una sensación de paz.

El servicio terminó. Alan subió al carruaje envuelto en crespón con Walter y Susan, y regresaron a la casa para saludar a los demás dolientes, que llegaban con ofrendas de comida y recuerdos de Mathew Gallager. Durante un rato la casa zumbó con sonidos mientras se compartían historias y se ofrecían condolencias. Cuando se marchó el último de los invitados, varios primos Venable se quedaron para preparar un almuerzo tardío para la familia. Luego, con una ráfaga de abrazos y últimas palabras de condolencia, ellos también subieron a sus carruajes que los esperaban y se marcharon.

Los tres se sentaron en el comedor y hurgaron en su comida. Walter, con los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar, miraba fijamente las llamas danzantes, con el tenedor

posado sobre un plato de jamón y sémola. Finalmente miró a Alan al otro lado de la mesa.

—Susan me ha dicho que no piensas volver a casa.

—Charleston no ha sido mi hogar desde hace mucho tiempo. Incluso durante la guerra, me sentí como un extraño aquí. —Bebió su té y dejó la taza—. Demasiado inquieto, supongo.

Walter asintió.

—¿Sigues planeando tu viaje a Australia?

—Ahora no. Me quedaré en Oakwood Hall.

—¿Y vivir en ese hotel destartalado?

—No por mucho tiempo. —Cogió una pequeña tarta de limón—. Estoy trabajando para conseguir mi propia casa. Volveré allí mañana, de hecho. En el tren de la tarde.

—¿Tan pronto? ¿Pero qué pasa con el testamento de papá? Los abogados…

—Es sólo una formalidad, Walter. Ambos sabemos lo que dice. —Agitó una mano, contemplando la casa y su mobiliario—. Estoy perfectamente en paz con ello.

Walter apartó su plato.

—Lo suponía, sobre todo porque ya posees una gran fortuna gracias a tus días de corredor de bloqueos.

Alan se rió.

—Lo hice bien, pero los rumores sobre mi gran fortuna son muy exagerados. Por suerte, ya tengo todo lo que necesito para ser feliz.

Walter fue al estudio y regresó con un papel que tendió a Alan.

—Aquí tienes una lista de cosas que mamá quería que tuvieras. Padre insistió en que las guardáramos aquí hasta tu regreso.

A Alan se le hizo un nudo en la garganta al ver la letra pequeña y pulcra de su madre, la tinta descolorida ahora por la edad. No se había permitido pensar mucho en ella en los últimos años, pero ahora recordaba a su madre como el epítome de una dama sureña: sumisa, delicada y, salvo en raras ocasiones en las que intentaba influir en las decisiones de su marido, silenciosa hasta la médula. A los diecinueve años se había casado con Mathew Gallager y había pasado su vida en la esfera separada de las mujeres, una presencia etérea en la vida de sus hijos, pero siempre cariñosa.

Ojeó la lista de piezas de plata, joyas y objetos personales. Charlotte Venable Gallager había querido que Alan tuviera las pequeñas cosas que más significaban para ella. Ese legado era más que suficiente para él.

—Tienes derecho a todo. —Walter atizó el fuego—. Eres el hijo mayor. Madre te lo dejó. Pero me gustaría que no te llevaras el anillo de zafiro y diamantes. —Sonrió con cariño a Susan —. Tengo planes para ellos.

Alan sintió una punzada de consternación. Su padre apenas tenía frío y ya se estaba gestando una discusión. Odiaba parecer avaricioso y poco complaciente, pero su madre había llevado ese anillo hasta su muerte. Era un trocito de ella. Y las piedras le recordaban los claros ojos azules de Jennifer. Últimamente no podía dejar de pensar en ella.

Sacudió la cabeza.

—No quiero parecer egoísta, pero no puedo separarme de ellos. —Sonrió cuando le asaltó un pensamiento extraordinario—. Resulta que puedo tener planes para ellos.

Capítulo 32

—Entra, niña. —La Sra. Sandford mantuvo la puerta abierta e hizo un gesto a Jennifer para que entrara en el polvoriento salón del Verandah—. Por Dios, pero si eres un regalo para la vista.

Jennifer entregó a la mujer mayor las hogazas de pan. Cubrió el joyero con la toalla y dejó la cesta a un lado.

—Yo también me alegro de verte.

La Sra. Sandford se dejó caer en el sofá del salón y cogió su labor de punto.

—Las cosas no han sido iguales por aquí desde que tú y Heather os fuisteis.

El corazón de Jennifer dio un vuelco. Con todo lo que había pasado últimamente, no había tenido tiempo de pensar en Heather. Sobre la casi certeza de que aquella mujer era la madre de Nelly. Sobre el efecto que esa noticia tendría en Nelly y en Ada. Sobre lo que Samuel debía estar sintiendo.

—¿Has sabido algo de Heather desde que se fue de la ciudad?

—Ni una bendita palabra. —La señora Sandford sacudió la cabeza—. Podría retorcerle el cuello a esa mujer por la forma en que trató a Samuel Chastain. Lo utilizó. Y el pobre hombre se lo está tomando mal. —Palmeó la mano de Jennifer—. Pero no hablemos de ella. Dime, ¿cómo están Laura y el bebé?

—Están bien. James Michael está creciendo como una mala hierba.

Las agujas de tejer de la Sra. Sandford chasquearon al empezar una nueva hilera de puntos.

—Es una pena que tu pobre hermano no viviera para ver a ese niño. Dime, Jennifer. ¿Cómo te va?

—A decir verdad, las cosas están tan mal como pueden estar. Voy a vender algunas tierras... si Wat Stevens todavía las quiere.

—Qué lástima. Michael Bell le daba mucha importancia a esa granja suya. —Miró a Jennifer por encima de sus gafas—. Hagas lo que hagas, no dejes que Wat te engañe, muchacha. Es muy astuto. Y tiene los escrúpulos de un comerciante de caballos.

Jennifer asintió.

—Voy de camino al banco. Espero que el Sr. Peterson me aconseje sobre lo que vale la tierra.

La Sra. Sandford se levantó.

—Es una idea inteligente. Ese hombre tiene un corazón de piedra cuando se trata de prestar dinero, pero no te aconsejará mal. ¿Tienes tiempo para el té?

—Me encantaría, pero me temo que no tengo mucho tiempo. ¿Quizás otro día?

—Cuando estés en la ciudad, pasa por aquí. Mis nuevos inquilinos son muy reservados. Se está muy sola aquí desde que Emma se mudó a Carolina del Norte y Josie partió hacia el oeste.

Jennifer sonrió ante la mención de la irreprimible Josie.

—¿Es feliz en Montana?

—Sólo he recibido una carta. —La Sra. Sandford rió entre dientes—. Creo que eso puede significar que está demasiado contenta para escribir o demasiado abatida. Pero sospecho que está ocupada. La ganadería no es una vida fácil, como estoy segura que Ada Foreman puede decirte.

—Sin embargo, a Ada le encanta.

—A Ada le encantaría cualquier lugar donde David Foreman cuelgue su sombrero. Lo juro, nunca he visto a dos personas más enamoradas que ellos dos. Bueno, cuídate y te veré la semana que viene. Quizá entonces puedas quedarte más tiempo.

Al salir del Verandah, Jennifer se apresuró por la acera hacia el banco, con la cesta golpeándole la cadera. Cuando pasó por delante de la oficina de correos, el empleado dio unos golpecitos en la ventanilla y le indicó que entrara. Ella empujó la puerta.

—Tengo un paquete para usted, señora Stewart. De ese fotógrafo de Buffalo. —Le entregó un sobre plano—. El que estuvo aquí haciendo fotos a la gente durante el día de la carrera.

—Lo recuerdo. —Tanto ella como los chicos habían estado muy animados ese día. Es increíble cómo la vida de uno puede pasar de la luz a la oscuridad en un abrir y cerrar de ojos. Metió el paquete en su cesta—. Gracias.

—De nada. ¿Y, señora Stewart? Quiero decirle de nuevo cuánto siento lo de Michael. Era un buen hombre.

—Sí, lo era. —Salió de la oficina de correos y se dirigió al banco.

—¿Jennifer? —Deborah Patterson cojeó hacia ella, con el brazo bueno extendido en señal de saludo—. Intenté alcanzarte en el Verandah hace un momento, pero ya te habías ido.

Jennifer estrechó la mano buena de su amiga. Se habían visto demasiado poco estas últimas semanas.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. Es el Sr. Chastain quien me preocupa.

—¿Qué le pasa a Samuel? ¿Está enfermo? —Con un sobresalto se dio cuenta de que no lo había visto desde Navidad. Ni siquiera cuando murió Michael. Realmente extraño.

Deborah la atrajo hacia el banco de fuera de la barbería.

—Está bien de cuerpo, por lo que sé. Es su espíritu lo que me preocupa. —Señaló con la cabeza a una campesina que se dirigía al mercantil—. Durante un tiempo, después de que su mujer se marchara, empezó a venir a la iglesia todos los domingos. Pero no ha ido a los servicios desde hace casi un mes.

—Yo tampoco he ido. Sé que debería. Laura y yo nos turnamos para leer las Escrituras los domingos, pero no es lo mismo.

—Nadie esperaba que vinieras tan lejos en pleno invierno, sobre todo con un bebé. —Deborah palmeó la mano de Jennifer—. Además, nuestro Señor dice que cuando dos o tres se reúnen en su nombre, él también está allí. Pero ahora que el tiempo está mejorando…

Sonó el silbato del tren. El Sr. Peterson condujo hasta el banco y bajó de su carreta. Jennifer estrechó la mano de Deborah.

—Me encantaría hablar más tiempo, pero tengo negocios en el banco.

Deborah asintió.

—Me gustaría que fuera a ver al señor Chastain. Necesita un amigo.

—Lo haré. Pronto.

—Pero ahora está sufriendo. Por favor, diga que irá, sólo un momento.

Jennifer estudió el rostro de Deborah.

—Está bien. Me iré ahora. Antes de ver al Sr. Peterson.

—Sabía que lo harías. —Deborah sonrió y se levantó—. Debo irme. Daniel me está esperando para ayudar a preparar la iglesia para el servicio del domingo. Seguro que se pregunta qué me ha pasado.

Saludó con la mano y se dirigió calle arriba. Jennifer recogió su cesta y cruzó hacia la

librería. El timbre de la puerta sonó suavemente cuando ella entró. Miró a su alrededor. La cortina estaba corrida contra la luz. Los libros yacían en pilas desordenadas contra las paredes. Las estanterías albergaban un revoltijo de libros, tazas de café desconchadas, papeles, cartones aplastados y sacos vacíos. Faltaban la mitad de las etiquetas escritas a mano que había hecho. Se quedó mirando, enferma de incredulidad. Todo su trabajo, destruido.

—¿Samuel? —Poniéndose de puntillas, se asomó a la penumbra.

Se acercó arrastrando los pies al mostrador, con India pisándole los talones. Tanteó en el bolsillo en busca de sus gafas y se las puso.

—Jennifer. ¿Qué quieres?

—No quiero nada. Estaba en la ciudad y me di cuenta de que hacía tiempo que no te veía. ¿Cómo has estado?

Agitó una mano.

—¿Qué te parece?

Ella quería llorar.

—Oh, Samuel, ¿qué te ha pasado?

—Me ha pasado lo de Heather Dupree, eso es todo.

—Supongo que no ha vuelto.

—No, y espero que no lo haga. —Indicó una gruesa pila de papeles en el escritorio bajo la ventana—. No puedo hacer ni pies ni cabeza con mis libros de cuentas. Y también falta dinero de mi cuenta bancaria.

—¿No creerás que lo robó?

—Tal vez ella pagó a mis acreedores con él, pero estoy seguro de que no puedo encontrar un registro de eso.

—Bueno, si ella no les pagó, te enterarás tarde o temprano. —Abrió la cortina, ordenó una pila de libros y rozó con los dedos los mostradores polvorientos. Qué desorden.

—Déjalo. —Samuel le cubrió la mano con la suya—. Tengo café atrás. ¿Quieres?

Deborah tenía razón. Samuel la necesitaba. El Sr. Peterson y Wat Stevens esperarían.

—De acuerdo.

Les llenó las tazas y se sentaron junto a la ventana, ella en la silla, él encaramado a la esquina del escritorio. Ella no pudo evitar fijarse en las ojeras de él. Él también había perdido peso.

Echó un vistazo a su cesta.

—¿Sigues haciendo pan para la Sra. Sandford?

—Sí. Entregué un pedido esta mañana.

—Siento lo de Michael. Debería haberte visitado. —Tragó su café—. No sé por qué no lo hice.

—No pasa nada. Deborah Patterson entregó el jamón que enviaste. Te lo agradezco, Samuel.

Él asintió.

—Debería haber hecho más para ayudarte. No es que tenga dinero, pero hay otras cosas…

—No me debes nada.

Jugueteó con su taza vacía.

—¿Alguna vez te arrepientes de cómo salieron las cosas? Entre nosotros, quiero decir.

Recogió a India en su regazo.

—La noche que trajiste a Heather al Verandah…

—Hice mal con ese matrimonio. Me he arrepentido desde entonces.

—Fue un shock. Pero luego me di cuenta de que los planes que hicimos surgieron de las expectativas de otras personas y no de las nuestras.

—Yo también pensé eso al principio. Pero ahora me doy cuenta de lo mucho que me importabas.

Ella sonrió.

—Pero de verdad, está bien. Supongo que yo también te di por sentado.

Él asintió.

—Es espantoso, ¿verdad? Estar sin la persona que amas. Nunca entendí cuánto echabas de menos a George, pero ahora…

Le cogió la mano, y las alarmas sonaron en su cabeza. ¿Estaba a punto de besarla? Dejó a India en el suelo y se levantó.

—Samuel, no debes…

—¿Jennifer?

—Ahora estás casado. Y yo...

—Lo sé. Estás enamorada de Gallager. Lo vi en tu cara el día que Michael y Laura se casaron. Cualquier oportunidad que pudiera haber tenido contigo desapareció el día que se bajó del tren.

—Iba a decir que espero que no dejes que la ausencia de Heather arruine la buena vida que has construido aquí. Que te aprecio como el bueno y querido amigo que siempre has sido. Como espero que sigas siendo.

—Ya veo. —Parpadeó como si despertara de un sueño y recogió sus tazas—. Bueno. Sólo… mira este lugar, ¿quieres? Será mejor que me ponga a trabajar. Poner en orden el libro

mayor.

—Ojalá tuviera tiempo para ayudar.

—No. Una vez me salvaste el pellejo y dejé que todo tu duro trabajo se echara a perder. Es hora de dejar de compadecerme de mí mismo y ponerme manos a la obra. —Sonrió, pareciéndose más al antiguo Samuel—. ¿Amigos?

—Siempre. —Le besó la mejilla y recogió su cesta—. Debería irme.

Cinco minutos después estaba sentada frente al Sr. Peterson. Él la escuchaba atentamente mientras ella esbozaba su plan para vender unas tierras.

—Necesito consejo sobre cuánto cobrar.

Se pasó una mano por la cara.

—Es una pregunta difícil. Bea Goldston vendió su tierra en Two Creeks por seis dólares el acre. Pero eso fue antes de que esta depresión se agravara tanto. Hoy en día hay mucha gente que ya tiene más tierra de la que sabe qué hacer con ella. No tiene sentido cultivarla con los precios tan bajos como están.

—Ya veo. —Abrió el joyero y lo dejó sobre su escritorio—. Entonces necesito venderlas. Nosotras, Laura y yo, pensamos que serían un bonito regalo para la Sra. Peterson.

Cogió la pulsera y la giró hacia la luz que entraba por la ventana de su despacho.

—Es una bonita baratija.

—¿Una baratija? Estas han estado en la familia de Laura Russell durante tres generaciones.

Tocó con el dedo uno de los pendientes.

—Eso no hace que valgan nada.

—Pero son rubíes. Engarzados en oro. Deben valer algo.

Sacó un par de gafas del bolsillo y se las puso. Colocó el collar sobre su pañuelo blanco, desabrochó el cierre y le dio la vuelta. Cogió su abrecartas e hizo una pequeña marca en el cierre. Una astilla del metal se enroscó en el pañuelo. Señaló.

—Vea, debajo de esta placa de oro hay estaño común y corriente.

—Pero los rubíes...

—Están hechos de pasta de color. Lo siento. No tienen ningún valor. —Falsificaciones. Ella tragó saliva—. ¿Está seguro?

Devolvió las joyas al estuche.

—A lo largo de los años he comprado más de unas cuantas chucherías para mi señora. He aprendido a distinguir las imitaciones de las auténticas.

Se levantó.

—No le entretengo más.

—Hay una cosa que deberías considerar si quieres vender esa tierra a Stevens.

—No *quiero* venderla, pero tengo otras cuatro bocas que alimentar. Además, dijo que la tierra no vale nada.

—No, dije que un agricultor podría no necesitarla para los cultivos. Se rumorea que los planes para construir un complejo turístico aquí podrían funcionar. Ese tipo Blakely de Baltimore está entusiasmado con la idea. Si decide construir, esa tierra valdrá diez veces más de lo que vale hoy...

Ella le vio dudar.

—¿Pero?

—Podrían pasar años antes de que el complejo se construya realmente. Pero Wat Stevens no es tonto. Sabe lo que valdrá esa tierra entonces. —Juntó los dedos y le sonrió—. Me suena

como si no pudieras permitirte esperar. Necesitas dinero ahora mismo.

—Sí. Desesperadamente. No puedo ganar lo suficiente horneando pan.

—Stevens puede permitirse comprar esa tierra y conservarla. Si llega el complejo, puede venderlo y obtener un buen beneficio. Si no lo hace, seguirá sentado sobre algunas de las mejores tierras de labranza del condado. Cuando termine esta depresión, duplicará su rendimiento. Si fuera yo, pediría diez dólares por acre. Firme.

—¿Diez dólares? —Era una fortuna.

—Puede permitírselo. No deje que le diga lo contrario. —Su voz se suavizó—. Siento mucho lo de la joya.

Salió del banco y se dirigió a la granja Stevens. Situada en un sinuoso camino de tierra a medio camino entre el pueblo y el aserradero, se encontraba en un amplio valle que bordeaba el río. Una serie de vallas de madera marcaban los límites y conducían hacia arriba, a la granja de troncos de los Stevens.

Jennifer detuvo la carreta en el patio lateral y bajó. El olor a campo quemado burló su nariz. A lo lejos, Wat Stevens caminaba detrás de una yunta de caballos laboriosos, levantando una nube de polvo negro.

Rodeó la casa. La Sra. Stevens, una mujer descolorida con un vestido marrón y un raído delantal azul, estaba en la parte de atrás echando de comer a los cerdos. Gruñían y hozaban en el largo comedero de madera cercano al granero. Un tendedero ondeaba en el viento de marzo.

—Jennifer Stewart. —La Sra. Stevens dejó el cubo de bazofia a un lado y se quitó la redecilla de la cabeza—. Hacía mucho que no te veía. ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito hablar con su marido. Si puede disponer de tiempo.

—¿Sobre qué?

—El año pasado le preguntó a mi hermano sobre la compra de unas tierras.

—Entonces quizá debería ser su hermano el que hablara.

—Mi hermano está muerto.

La mujer frunció el ceño.

—¿Michael Bell está muerto? ¿Cómo demonios...?

—Un accidente en el ferrocarril. —Brevemente Jennifer la puso al corriente—. No lo supimos hasta Navidad.

—Bueno, si eso no lo supera todo. —Ella sacudió la cabeza—. Viviendo aquí fuera, somos los últimos en enterarnos de algo. Siento mucho oírlo.

Se llevó los dedos a la boca y emitió un silbido penetrante que reverberó por todo el valle. Wat detuvo el equipo y levantó la vista. Su mujer le hizo un gesto para que se acercara.

Se quitó el sombrero y se secó la cara con un pañuelo arrugado.

—Señora Stewart.

—Michael Bell fue y se hizo matar en Chicago —le informó la esposa de Wat—. Ocurrió allá por diciembre y debemos de ser las últimas personas del condado en enterarse. Le declaro, Wat Stevens, que tiene que hacer algo para conseguirnos otro predicador. Sin iglesia los domingos, no nos enteramos de nada.

Wat miró a Jennifer con los ojos entrecerrados.

—Eso sí que son malas noticias. Pero no ha venido hasta aquí sólo para contárnoslo.

—Voy a entrar en casa a buscarnos algo de beber —dijo la Sra. Stevens—. Tengo la boca seca como el polvo.

Jennifer la miró irse. Su propia boca también se sentía seca. Negociar con Wat Stevens no sería fácil. Pero no tenía sentido andarse con rodeos.

—El año pasado usted estaba interesado en comprar los veinte acres que poseemos junto a Owl Creek. Ahora que mi hermano se ha ido, la granja es demasiado para mí. Me pregunto si sigue interesado.

—Tal vez. —Se apoyó en un poste de la valla, cruzó los tobillos y la estudió con los ojos entrecerrados—. ¿Cuánto pide por ella?

—Doce dólares el acre.

—Doce… ¿en qué demonios está pensando? No hay una extensión de tierra en todo este condado que valga esa cantidad de dinero.

—Puede que ahora no, pero seguro que ha oído hablar del complejo turístico que viene a la ciudad.

—He oído *que tal vez* haya un complejo turístico que se construya en la ciudad. Esa es una gran diferencia.

—¿Pero supongamos que ocurre? Podría vender esa tierra por el doble de lo que pido.

—¿Entonces por qué está dispuesta a dejarlo ir?

—Mi hermano está muerto. Tengo que mantener a su esposa enferma y a sus tres hijos en crecimiento. No puedo plantarlo todo y no puedo permitirme esperar. —Se cruzó de brazos—. Es la mejor tierra del condado. Sabe que vale la pena.

—No compraría el mismísimo cielo por doce dólares el acre.

Jennifer esperó. Seguramente él haría una contraoferta. Tanto si Michael vendía una cosecha de maíz, una cerda o una carreta, siempre partía de un precio más alto del que estaba dispuesto a aceptar. Regatear era una parte esperada de hacer negocios. Pero a medida que el silencio se alargaba, sólo roto por el canto de los pequeños pinzones que revoloteaban por el seto, se fue preocupando. ¿Y si había desperdiciado su mejor oportunidad de vender la tierra a cualquier precio?

—Nueve dólares el acre —dijo por fin Wat—. Pero el Sr. Peterson dijo...

—Yo no le escucharía si fuera usted. Aún no he conocido a ningún banquero en el que pueda confiar. Todos tienen mala reputación. Quizá tuviera buenas intenciones, pero doce dólares por acre es una barbaridad. Sería el hazmerreír del condado si pagara tanto por tierras de labranza en tiempos como estos. —Dio una patada a un terrón de tierra—. Ahora le he hecho una oferta justa. Puede aceptarla o no.

—Esa tierra vale diez dólares el acre, con complejo turístico o sin él. Valdrá más cuando termine la depresión.

—Peterson dijo eso, ¿verdad?

—Es sólo sentido común, Sr. Stevens. Pero veo que no está dispuesto a hacer un trato justo. Tal vez alguien más esté dispuesto a aceptar mi precio—. Se dirigió a la carreta, decidida a no dejar traslucir su decepción. No se dejaría engañar por su derecho de nacimiento. Encontraría otra forma de llegar a fin de mes.

—De acuerdo. —Wat la alcanzó—. Diez dólares por acre. Para ayudar a un par de viudas y a un puñado de niños. Entre y redactaremos un contrato de venta. Podemos reunirnos el viernes para firmar la escritura y transferir el dinero.

Jennifer le siguió al interior de la casa aturdida. Lo había conseguido. Doscientos dólares bastarían para mantener la granja durante mucho tiempo.

Wat acercó una silla y garabateó una escritura de venta, luego él y Jennifer la firmaron. La señora Stevens sirvió suero de leche y porciones de tarta. Jennifer terminó ambos y se levantó.

Los Stevens la siguieron fuera. Jennifer subió al carro.

—¿Digamos a las diez el viernes, Sr. Stevens?

—Es tan buena hora como cualquier otra, supongo.

—Hasta entonces. —Se dirigió al pueblo muy animada. En la posada Oakwood Hall, se detuvo a buscar a Alan. Tal vez él estaría demasiado ocupado para dedicarle tiempo, pero ella estaba tan aliviada por haber vendido sus tierras que era incapaz de contener sus buenas noticias.

El dependiente levantó la vista cuando ella entró en el vestíbulo.

—¿Puedo ayudarla, Sra. Stewart?

—Me gustaría hablar con el Sr. Alan Gallager.

—A mí también, pero no está aquí.

—Oh. ¿Sabe cuándo volverá?

El empleado resopló.

—No estoy seguro de que vuelva. Lleva fuera más de dos semanas, y se fue de aquí debiéndome su habitación. Se levantó y se fue en mitad de la noche. —Sacudió la cabeza—. Supe que no era bueno en cuanto le vi.

Jennifer se apoyó en el mostrador. ¿Alan se había ido sin siquiera despedirse?

—Seguro que hay una buena explicación.

—Claro que la hay. Es un jugador inútil que va y viene como el viento. Bueno, nada puedo hacer salvo esperar a ver si aparece. ¿De qué quería hablar con él? ¿Quiere dejarle un mensaje por si aparece?

Entumecida por la decepción, Jennifer sacudió la cabeza. Qué tonta había sido. Durante un tiempo había sentido como si ella y Alan fueran ya un equipo. A pesar de su reciente ausencia, se había permitido creer que entre ellos se había formado algo fuerte y real. Pero no había significado nada.

Salió de la posada, subió a la carreta y sacudió las riendas. Las lágrimas llegaron entonces... porque Samuel tenía razón. Ella amaba a Alan Gallager. Con todo lo que había en

ella, le amaba.

Si tan sólo él pudiera amarla también.

No era como si él no se lo hubiera advertido. Pero ella se había lanzado de cabeza a una relación con él, dispuesta a arriesgarse a que le rompieran el corazón por unos meses de sentirse deseada y admirada. ¿Qué esperaba ella que pasara? Por lo que ella sabía, él podría haberse marchado a Australia. O ido tras su vieja amiga Heather.

No importaba. Alan no era el tipo de hombre que se asienta, por mucho que ella pretendiera lo contrario. Su sueño se había acabado. Y sólo podía culparse a sí misma.

Capítulo 33

Con una hora de retraso, el tren entró resoplando en Oakwood Hall, con el silbato chillando. Alan arrastró sus maletas por el estrecho pasillo del carro de caballeros. Miró el reloj del ferrocarril y gimió. Peterson estaría furioso por tener que esperar.

Dejó sus maletas en la posada, se disculpó con el iracundo empleado por su abrupta marcha y liquidó su cuenta pendiente. Una generosa propina mejoró considerablemente el humor del empleado, y Alan extrajo la promesa de que un baño caliente y sábanas limpias esperarían su regreso. Tras un rápido aseo y un cambio de camisas, recogió su aparejo en la caballeriza de Tanner y se dirigió a casa de los Peterson, ansioso por cerrar el trato antes de que el banquero cambiara de opinión.

Al pasar por delante del mercantil, pensó en Jennifer. Cómo le había cambiado aquella mujer. Una vida solitaria y sin compromisos ya no le atraía. Su breve estancia en la granja con ella le había despertado a las alegrías de la vida familiar. Jennifer era una madre natural. Podía verlo en la forma en que trataba a Harry y Tommy, que no eran los chicos más fáciles que había conocido. Ella no sólo sabía mantener una casa, sino hacer de ella un hogar. En la granja Bell, había sentido una sensación de paz que de otro modo le era esquiva.

Más adelante en la calle, olió a pan horneándose y sonrió para sí. Jennifer Stewart era la mejor panadera del condado, para colmo. Se le hizo la boca agua al recordar los desayunos en su acogedora cocina, cuando toda la habitación olía maravillosamente a galletas y mermelada de fresa caliente.

También era guapa, con esos ojos zafiro y esos rizos rojizos. No había nada que no le gustara de ella. El recuerdo de su beso le abrasaba el corazón. Durante el largo viaje desde Carolina del Sur, se había imaginado envejecer con ella. Viendo cómo los años cambiaban su rostro, caminando con ella por su propio pedazo de tierra, sabiendo que se pertenecían el uno al otro. Quizá todo fuera un sueño sentimental. Quizá ella ni siquiera le dirigiera la palabra tras su inexplicable ausencia. Pero él no podía evitar lo que sentía.

La cuestión era si una mujer de principios tan firmes podía pasar por alto su pasado. No le había hablado de su conexión con Heather. Quizá cuando ella lo supiera, se negaría a tener nada más que ver con él. Pero él no le mentiría. Si iban a tener un futuro juntos, quería empezar de cero, sin secretos entre ellos.

Al día siguiente del funeral de su padre, había ido a la oficina de telégrafos, con la intención de enviar un telegrama a Jennifer. Estuvo allí media hora, componiendo mensaje tras mensaje. Pero por mucho que intentara explicarse, el lenguaje lacónico de un telegrama le parecía incorrecto.

Hacía mucho tiempo que no rezaba por sí mismo, pero mientras el caballo *se* dirigía a la casa de los Peterson, pidió a Dios que le diera el corazón y las palabras adecuadas para conquistar a la mujer que amaba.



Laura y el bebé dormían. Jennifer se movía por la casa en silencio, agradecida de que los chicos aún no hubieran regresado de la escuela. Aunque sus preocupaciones por el dinero pronto serían cosa del pasado, seguía afligida por su sueño perdido. No tenía futuro con Alan. Su futuro estaba aquí, cuidando de esta familia improvisada.

Se quitó el chal y el sombrero, y subió a cambiarse de vestido. A través de la ventana,

vislumbró un diminuto ramito verde entre las parras marrones del enrejado. La gloria de la mañana que había dado por muerta estaba volviendo a la vida. Qué bonita había quedado el verano pasado, el día de la boda de Michael.

Ese día le había pedido a Dios la gracia de aceptar a Laura y a los chicos en su familia. Quizá la muerte de Michael, y la ausencia de Alan, fueran su forma de responder a su plegaria.

Abajo, la puerta se abrió de golpe y Harry entró corriendo, gritando a pleno pulmón. Se apresuró a bajar las escaleras, con un dedo en los labios.

—Shhh. No despiertes a tu mamá y al bebé.

—Lo siento. —Harry le puso un libro en las manos—. Puedo leerlo yo solo. El Sr. Webster dice que soy uno de los mejores lectores de toda la clase. —Señaló con el pulgar a su hermano —. Y dice que Tommy es el mejor en aritmética. ¿Puedo leerte el poema de las gotas de lluvia?

Jennifer sonrió y le alisó el pelo.

—Después de cenar. Ahora mismo necesito leña y agua. Iris necesita comer y la pobre Miranda necesita ser ordeñada.

Tommy tiró sus libros sobre el sofá.

—No te preocupes, tía Jennifer, yo me encargo.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó Harry—. Tengo hambre.

—Si traes ese jamón del ahumadero, freiré un poco y haré la salsa que te gusta.

Los ojos de Harry se abrieron de par en par.

—¿Jamón? Creía que lo guardábamos para cuando Alan Gallager viniera a cenar.

—El Sr. Gallager se ha ido. —Intentó sonreír, pero las lágrimas amenazaban—. Además, ésta es una ocasión especial. Has traído a casa un libro para leerlo tú solo.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Estoy muy orgulloso de ello, pero aún así me gustaría que Alan estuviera aquí.

Los mandó a hacer sus tareas y se fue a la cocina a pelar patatas. Al menos ahora podía comprar toda la comida que necesitaban. Y semillas para plantar. Y zapatos para los chicos, tal vez unos cuantos rollos de tela. Desde el bebé, la figura de Laura se había suavizado, se había redondeado. Su ropa vieja ya casi no le quedaba, y los chicos necesitaban camisas nuevas para la escuela.

—¿Jennifer? —Laura entró en la cocina y cogió una pila de platos de la estantería—. ¿Qué ha pasado en la ciudad? ¿Compró el Sr. Peterson mis joyas?

Jennifer hizo una pausa en sus preparativos. ¿Debía decirle a Laura que las gemas no valían nada o conservar la ilusión? La abuela Bell siempre decía que la honestidad era la mejor política. Pero, en realidad, ¿por qué decirle la verdad a Laura si sólo la perjudicaría?

—No las compró, pero no pasa nada. Vendí veinte acres de tierra a Wat Stevens. Firmaremos los papeles el viernes.

Laura asintió, con expresión sobria.

—Siento que hayas tenido que vender parte de la granja, pero sinceramente... Me alegro de tener mis joyas, aunque no vuelva a ponérmelas.

—Llegó nuestra fotografía —dijo Jennifer, ansiosa por dejar el tema de las joyas falsas—. La dejé en la mesa del salón.

Laura se apresuró a cogerla y volvió sonriendo.

—Es maravillosa. Mira cómo han crecido mis dulces hijos. Ojalá Michael hubiera tenido la oportunidad de verlo.

Jennifer cortó las patatas y las puso en una olla con agua fría.

—Al menos los chicos lo tendrán como recuerdo del día de la carrera.

Laura sonrió.

—Alan Gallager también la disfrutará, sobre todo cuando la vea en el marco de plata que me regaló.

—Se ha ido de la ciudad. —Jennifer se esforzó por mantener la voz firme—. El empleado de la posada me dijo que se fue sin decir una sola palabra. —Levantó la sartén de hierro fundido sobre el fuego y echó una cucharada de manteca—. No espero volver a ver a Alan Gallager.

Laura pareció quedarse atónita en silencio. Momentáneamente.

—Bueno, si me lo preguntas, es lo mejor. No tiene madera de marido. Es una lástima que dejara escapar a Samuel Chastain. Ahora, hay un hombre fijo para ti.

Laura dejó los platos sobre la mesa y fue a buscar a James Michael, que había empezado a llorar.

—Deborah Patterson dijo que el pobre Samuel se está muriendo de pena por esa inútil de Heather Dupree.

—Le he visto hoy en la ciudad. Ha hecho las paces con la situación y está volviendo a ocuparse de su tienda.

Mientras Laura atendía al bebé, Jennifer freía las patatas. Harry y Tommy entraron en la cocina con el jamón y un cubo de leche fresca. Jennifer cortó unos trozos de jamón y los frió, hizo salsa y sacó media tarta de vinagre de la caja fuerte para tartas.

Después de cenar, Jennifer lavó los platos mientras Laura cuidaba a James Michael, y Tommy y Harry se inclinaban sobre sus lecciones. Ella esperó pacientemente mientras Harry leía el poema sobre las gotas de lluvia, ayudó a Tommy con un problema de división larga y, por fin, regresó a su habitación para escribir su tan demorada carta a Ada Foreman. No podía mantener en secreto por más tiempo sus sospechas sobre Heather Dupree. Por el bien de Nelly, esperaba que Heather no fuera la madre de la niña. ¿Qué clase de mujer regalaría a una niña, atraería

deliberadamente a un hombre al matrimonio y luego lo abandonaría?

Se sentó en su tocador y sacó su caja de escritura. ¿Qué relación tenía Heather con Alan? No le había dado esa información voluntariamente y, en realidad, no era asunto suyo. Además, ¿qué importaba ahora? Ella siempre amaba a la persona equivocada... o amaba demasiado tarde... o no amaba en absoluto. Obviamente, el amor no era lo que Dios tenía pensado para ella.

Mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir. Fuera, la pálida luz primaveral se filtraba desde el cielo. Profundas sombras se deslizaban a lo largo de las lejanas montañas y se adentraban en el valle. Una bandada de gorriones pasó junto a su ventana en una mancha marrón y se posó en los árboles. Suspiró, una sensación de paz se mezcló con su melancolía.

Abajo se oyó un alboroto, seguido de pasos que subían las escaleras. Harry irrumpió en su habitación y corrió hacia la ventana.

—¡Tía Jennifer! ¡Tía Jennifer! Viene alguien.

Capítulo 34

Harry pasó a empujones junto a Jennifer y acercó la nariz a la ventana de su habitación.

—¿Ves? *Viene* alguien.

Ella miró hacia fuera. Un caballo y un jinete galopaban entre los árboles y se adentraban en el sombrío camino que conducía a su casa. A pesar de sí misma, la esperanza revoloteó en su pecho. Tapó su frasco de tinta y siguió a Harry escaleras abajo. Se adelantó corriendo y abrió la puerta de golpe, despertando a James Michael, que empezó a gemir.

Alan se reincorporó y cruzó el patio a grandes zancadas. Tommy dejó sus libros en la mesa de la cocina y siguió a Harry fuera.

—Hola, Sr. Gallager. Ha traído a Majestic.

—¿Podemos darle una golosina? —preguntó Harry, rodeando con sus brazos las piernas de Alan—. Le extrañé muchísimo. Pero, ¿dónde has estado?

—Es una larga historia, hijo. —Alan rió y se zafó del agarre del muchacho. Le entregó a Harry una manzana para el caballo—. ¿Qué os parece si le hacéis compañía a Majestic mientras hablo con vuestra tía Jennifer?

La miró entonces, sus ojos oscuros vivos e interrogantes.

—¿Puedo pasar?

Ella quería gritar de alegría y arrojarse a sus brazos, pero asintió, ocultando el intenso anhelo que crecía en su interior.

—Por supuesto. Pasa, por favor.

Ella se hizo a un lado mientras él entraba. De la habitación de Laura llegaban los suaves sonidos de una nana. Una sonrisa se dibujó en el atractivo rostro de Alan.

—Es un sonido encantador, ¿verdad? Una madre canturreando a su hijo.

—Sí. —Estaba tan llena de preguntas como Harry. ¿Dónde *había* estado Alan todas estas semanas? ¿Por qué se había ido de Oakwood Hall sin despedirse? ¿Y por qué estaba aquí ahora... con el premiado pura sangre del Sr. Peterson?

En el salón se quitó el abrigo y lo tendió sobre el respaldo de una silla. Añadió un leño al fuego e indicó a Jennifer que se sentara a su lado. A la suave luz, su rostro parecía infantil e inseguro. Ella se encaramó al borde del sofá, intentando mantener la distancia, pero su cercanía era imposible de ignorar. Recordó la calidez de sus labios sobre los suyos, la firme fuerza de sus brazos rodeándola.

Se aclaró la garganta.

—Tengo tanto que contarte que apenas sé por dónde empezar.

—Sé que has estado fuera. Me dijeron que te fuiste de repente.

Asintió con la cabeza.

—Mi hermano, Walter, me telegrafió que nuestro padre estaba a punto de morir. Pensé que debía ir a Charleston de inmediato.

—Por supuesto. ¿Tu padre...?

—Expiró la mañana siguiente a mi llegada. Te escribí una nota el día que me fui y luego olvidé dejársela al jefe de correos. Fue desconsiderado por mi parte y te pido sinceras disculpas.

—Estaba confusa cuando me enteré de que te habías ido de la ciudad, pero lo comprendo. Y siento lo de tu padre.

Le agarró la mano y miró fijamente al fuego.

—Yo también. Resulta que le había malinterpretado por completo todos estos años. Agradezco haber tenido la oportunidad de conocer la verdad. Me liberó para seguir adelante con los planes que había estado haciendo aquí. —Hizo una pausa, sus ojos escrutando su rostro—. Quiero compartir esos planes contigo, si estás dispuesta. ¿Vendrás conmigo?

—¿Ahora? Está casi oscuro.

—Conozco un atajo, y espero que pienses que el viaje merece la pena.

Parecía tan lleno de entusiasmo y esperanza que nada podría haberla alejado de él.

—Déjame decirle a Laura que nos vamos.

Sonrió y cogió su abrigo.

—Llevaré a los chicos adentro. No olvides tu abrigo. Hace frío esta noche.

Jennifer llamó a la puerta de Laura e hizo su explicación lo más breve posible.

—No estaré fuera hasta tarde.

Laura acunó a James Michael y sacudió la cabeza.

—La gente hablará.

—Quizá lo hagan, pero ¿sabes una cosa? Estoy tan contenta de ver a Alan Gallager que no me importan ni un comino los chismes ociosos.

—Obviamente. Te has encaprichado de él desde el primer día que le viste. Siempre te has preocupado más por tus propios deseos que por el bien de los demás.

Jennifer mantuvo la voz baja.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Después de todo lo que he hecho por ti y por tus hijos.

Sin esperar más argumentos, cogió su sombrero y su chal del árbol del vestíbulo y salió.

—Harry y Tommy, por favor, entrad y terminad vuestras lecciones. El Sr. Gallager y yo vamos a salir un rato.

—¿No podemos ir nosotros también? —preguntó Harry.

—Esta vez no, hijo —dijo Alan—. Ir ahora y cuidar de vuestra madre. —Los chicos entraron arrastrando los pies y cerraron la puerta. Alan se subió a la silla de montar y le tendió la mano. Jennifer le dio la mano, puso el pie en el estribo, y saltó a la silla detrás de él.

—¿Todo listo? —Giró a Majestic hacia la carretera.

—Sí. —Ella le rodeó la cintura con los brazos, apoyó la mejilla en su espalda y aspiró su aroma, una mezcla de lana, heno y caballos. Su irritación ante Laura se disipó como una nevada primaveral. Se sentía como una princesa en uno de los cuentos de hadas de Harry. Cualquier cosa que Alan quisiera que ella viera no podría superar este momento, cabalgando a través de la creciente oscuridad con él y Majestic.

Alan instó al potro a un suave galope. Abandonaron la carretera y cortaron a través de un rodal de cedros rojos y robles viejos, siguiendo una valla rota que bordeaba el bosque. El frío aire primaveral le refrescó la cara. En lo alto, la luna se alzaba llena y brillante, y las estrellas, esquirlas de pura luz blanca, brillaban en el cielo añil.

Salieron del bosque. Más adelante, brillando blanca a la luz de la luna, estaba la casa de los Peterson. Todas las ventanas brillaban con una luz amarilla que se extendía en rectángulos por la amplia extensión de césped. Al otro lado del prado se alzaba el granero, iluminado por un único farol.

—Aquí estamos.

—¿En los Peterson? ¿Estás entrenando para otra carrera?

Alan desmontó y le tendió los brazos. Ella se deslizó de la silla de montar y entró en su fuerte abrazo. Él le ahuecó la mejilla con la mano.

—Jennifer.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pensé que te habías ido para siempre —susurró ella—. Pensé que nunca volvería a verte.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara.

—No te librarás de mí tan fácilmente. Convencí a Peterson para que me vendiera una parte de este lugar. Planeo establecerme aquí.

—¿Pero qué pasa con Australia? ¿Qué pasa con...?

—Me has cambiado, Jennifer. Me has estropeado para cualquier tipo de vida excepto la que planeo construir aquí.

Él también la había cambiado. Antes de Alan, había vivido una vida de silencioso deber, resignada a estar sola. Él le había permitido albergar la esperanza de que tal vez algún día podría vivir una vida de alegría. Quería decirle lo que sentía, pero su corazón estaba demasiado lleno.

Alan le ofreció su brazo.

—Ven. Deja que te lo enseñe.

Cruzaron el prado y llegaron a una pequeña casa de campo, bien escondida del camino principal. La luz de la luna se derramaba por el amplio porche delantero e iluminaba un pequeño jardín a un lado de la casa.

—No es gran cosa ahora —dijo Alan—, pero planeo arreglarla, construir una cocina mejor en la parte de atrás. Quizá también ampliar el jardín. Ya hay un buen pozo en la parte de atrás, y un arroyo para pescar, y treinta acres para criar y entrenar a la prole de Majestic.

Jennifer le miró fijamente, apenas capaz de asimilarlo todo.

—También lo compré. —El orgullo de Alan era evidente—. Me costó el rescate de un rey, pero vale cada centavo. En unos años tendré una de las mejores granjas de caballos del sur. Quizá con el tiempo produzca un ganador del Derby de Kentucky.

—Eso es maravilloso. Pero me sorprende que el Sr. Peterson estuviera dispuesto a desprenderse de Majestic.

—Llevo los caballos en la sangre, Jennifer. Criarlos, entrenarlos y hacerlos correr es lo que siempre estuve destinado a hacer. Peterson entiende eso. Por eso estaba dispuesto a esperar hasta que yo pudiera conseguir mis fondos en Londres. Además, no es como si no pudiera ver a Majestic cuando quisiera.

—Me alegro mucho. Sé que convertirás esto en un lugar maravilloso. Quizá algún día Oakwood Hall sea famoso gracias a ti.

—Eso no me importa. Ya tengo todo lo que podría esperar. Sólo falta una cosa.

Él la acercó y su corazón pataleó dentro de su pecho. Apenas podía respirar. Aquí estaba por fin todo lo que siempre había deseado, justo delante de ella.

—Mientras estuve fuera me di cuenta de que te había amado desde el primer día que nos conocimos —dijo—. Pero entonces no tenía nada que ofrecerte.

—Tu corazón es más que suficiente.

—¿Entonces te casarás conmigo?

—Sí, Alan. Lo haré.

Le estrechó las manos, con una expresión seria en los ojos.

—Entonces hay algo más que necesito aclarar. Sobre Heather…

Por supuesto que ella se preguntaba sobre la conexión entre ellos, pero ¿por qué estropear este momento de perfecta felicidad?

—Eso no importa ahora.

—Me importa a mí. No empezaré un matrimonio con preguntas y secretos entre nosotros.

—De acuerdo. —Se ciñó el chal sobre los hombros y se apoyó en la valla.

—Nos conocimos en un salón de juegos de Nueva Orleans poco después de la guerra. Era la cosita más bonita que jamás había visto. Inteligente como un látigo también. Me ganó tres manos seguidas de triple empate antes de que se le acabara la suerte y abandonara el juego. Cuando me fui esa noche, ella estaba de pie en la calle, llorando. Me dijo que no tenía dónde dormir, ni qué comer. Dijo que se dirigía a la casa de deportes de Madame Rochard para ganarse unos dólares. Sentí lástima por ella, una chica joven y guapa, con mala suerte y lo bastante desesperada como para... —Sacudió la cabeza—. Le di veinte dólares y le dije que se alejara de las cartas y se olvidara de trabajar para la madame.

—¿Estabas… ¿la amabas, Alan? —Por doloroso que fuera, ella tenía que saberlo.

—Durante un tiempo. Era hermosa, coqueta, de aspecto exótico, las cualidades que atraen a un hombre joven. Todos los hombres de Nueva Orleans que la conocieron quedaron prendados de ella. Supongo que eso también formaba parte de la atracción, que ella me hubiera elegido a mí. Me sentía orgulloso de llevarla al teatro y a las cenas. Pero…

—Pero ella no renunció a las cartas.

—No, y tampoco era exactamente una extraña en casa de la madame.

La conmoción y la repulsión la recorrieron. Rezó para que Heather no tuviera ninguna relación con Nelly Robillard Foreman.

—Una mañana, cuando salía de mi hotel, vi a Heather en compañía de un hombre al que conocía de las mesas de póquer. Le triplicaba la edad y era más rico que Creso. Resultó que se conocían desde hacía tiempo y estaban llevando a cabo su propio pequeño plan para hacer dinero. Sus lágrimas eran todo un acto, una jugada para ganar simpatía.

—¿No estaba realmente desesperada por dinero?

—Ni mucho menos. —Se frotó la pequeña cicatriz del labio superior—. Como un tonto, intenté convencer a la vieja cabra de que se alejara de ella y recibí un puñetazo en la cara por las molestias. Un mes más tarde, más o menos, admitió su engaño con el viejo Creso, dijo que la había dejado tirada, que su hermana estaba enferma y que necesitaba un préstamo. Le puse un tipo de interés exorbitante para desanimarla, pero se creyó mi farol y firmó un pagaré, y le di el dinero.

Sacudió la cabeza y alargó la mano para rascar la oreja de Majestic.

—A lo largo de los años los intereses se fueron acumulando hasta convertirse en una suma considerable. Luego, la primavera pasada, los fondos de mi banco en Londres se retrasaron y yo mismo me quedé un poco corto de efectivo. Fui a Nueva Orleans para cobrar lo que me debía, pero Heather hacía tiempo que se había ido. Así que contraté a Pinkerton para encontrarla.

—Y la encontraste aquí, en el Verandah.

—Sí. Al final perdoné la deuda, pero he terminado de rescatar a esa mujer de sus propias malas decisiones. Heather no conocería la verdad aunque se levantara y la mordiera. Le han contado tantas historias que dudo que recuerde cuáles son ciertas y cuáles no—. Le quitó una ramita del hombro y le sonrió a los ojos.

—Me alegro de que me lo hayas contado.

—Espero que no hayas cambiado de opinión sobre mí.

—¿Por intentar ayudar a alguien que creías que tenía problemas? Nunca. —Ella enlazó su brazo con el de él. El alivio, la alegría y la gratitud brotaron en su interior—. Ahora estás conmigo.

Alan la besó con fuerza. Jennifer le rodeó con los brazos y le devolvió el beso, con lágrimas goteando de sus ojos.

Alan parecía aturdido, como si no pudiera creer su buena suerte.

—Imagíname a mí, de toda la gente, a punto de convertirme en un viejo casado. —Echó la cabeza hacia atrás y se rió—. Jennifer querida, ¿no es increíble la vida?

Capítulo 35

Asombrosa, decidió Jennifer mientras removía la masa de un pastel, no empezaba a describir el giro que había dado su vida. Los dos meses transcurridos desde la proposición de Alan habían pasado como un borrón.

Primero había llevado su vestido de satén azul a Amanda Hamilton para que le pusieran una sobrecapa de encaje y le había enviado un telegrama a Ada Foreman con la noticia:

—Me caso con Alan. Necesito sombrero de novia.

Luego ultimó la venta de las tierras a Wat Stevens y cedió el resto de la granja a James Michael, bajo la tutela de Laura hasta su mayoría de edad. Renunciar a su hogar de toda la vida fue agridulce, pero en el fondo de su corazón sabía que era lo que Michael habría querido. La granja Bell, aunque disminuida de tamaño, seguiría adelante.

Tal vez fuera el saber que siempre tendría un lugar donde vivir lo que había suavizado la actitud de Laura hacia Alan. Al enterarse de la inminente boda, insistió en celebrarla en la granja, y luego se puso a limpiar y pulir con una energía que Jennifer no sabía que poseía. Ahora las ventanas del salón, cubiertas con cortinas recién lavadas y planchadas, brillaban. El suelo de madera relucía. Harry y Tommy habían machacado las alfombras hasta que parecían casi nuevas.

Lo mejor de todo era que la gente de Oakwood Hall estaba aceptando poco a poco a Alan. Quizá el hecho de que hubiera comprado un terreno, vinculando su futuro al de ellos, les había hecho cambiar de opinión. Tal vez por fin apreciaban su papel en el regreso del Sr. Webster a la

escuela.

Jennifer también había cambiado. Lenta pero seguramente, Dios le había concedido la gracia por la que había rezado, convirtiendo sus viejos sentimientos de resentimiento y resignación en gratitud y alegría, moldeándola poco a poco hasta convertirla en la mujer que él quería que fuera. Siempre sentiría cierta culpa de que ella y Michael nunca hubieran arreglado su último desacuerdo. Siempre lamentaría que él hubiera muerto sin saber cuánto se había esforzado ella por hacer lo correcto. Pero el perdón era más grande que sus propias dudas. Podía decir honestamente que estaba en paz con el mundo.

Un grito llamó su atención. A través de la ventana observó a Harry y Tommy jugando bajo el cálido sol de mayo y sonrió ante su desenfrenado entusiasmo. Qué profundamente los amaba ahora.

Una carreta avanzaba a empujones por el camino. Jennifer dejó su tazón de mezclas y salió.

—¿Samuel?

Detuvo la carreta y bajó de un salto.

—Hola, Jennifer.

Ella no pudo evitar sentirse un poco incómoda. Sólo le había visto de pasada desde su último encuentro en la librería, y el recuerdo de aquel encuentro aún perduraba.

—¿Qué te trae por aquí?

—Este paquete vino en el tren de anoche. Estaba en la estación para recoger un cargamento de libros y no pude evitar darme cuenta de que era de Ada Foreman. Supuse que podría ser importante.

—Mi sombrero. —Cogió el paquete y pasó los dedos por encima—. Empezaba a preocuparme que no llegara a tiempo. Gracias, Samuel. Ha sido muy considerado por tu parte

traerlo hasta aquí.

Se encogió de hombros.

—Venía hacia aquí de todas formas. No sé si te has enterado: Wat Stevens ha puesto el dinero para un nuevo predicador en la iglesia.

Jennifer sonrió.

—Supongo que la Sra. Stevens finalmente lo agotó.

—Eso creo. De todos modos, el nuevo reverendo estará aquí dentro de una semana, el domingo, y estoy limpiando un poco la iglesia. Ha estado desocupada por mucho tiempo.

—Por demasiado tiempo. —Jugueteó con el cordel de su paquete—. ¿Cómo estás, Samuel? ¿Cómo van las cosas en la tienda?

—Casi todo arreglado. Tu visita ese día fue una pura bendición para mí. Me hizo darme cuenta de que no puedo seguir pensando en los errores que cometí y añorando lo que podría haber sido.

Se hizo un largo silencio entre ellos. Finalmente, Samuel dijo:

—Creo que debería irme.

—Bueno, gracias de nuevo.

—Que tengas suerte, Jennifer. Si alguien merece ser feliz, esa eres tú.

—Oh, Samuel, tú también te mereces la felicidad. Sólo deseo que Heather...

—Yo también. —Subió al carro y cogió las riendas—. ¿Te veré mañana? Estás invitado, ya sabes.

Vaciló.

—Te lo agradezco, pero… creo que no. Estoy muy ocupado en la tienda. Espero que lo

entiendas.

Giró el carro y se alejó. Llevó la caja al interior y levantó la tapa. La carta de Ada descansaba encima del sombrero.

Queridísima Jennifer,

David y yo no podríamos estar más contentos con tus maravillosas noticias. Ojalá pudiéramos ir a Oakwood Hall para la boda, pero yo también tengo noticias emocionantes. Un nuevo bebé está en camino, que nacerá en octubre. David está fuera de sí por tener otro hijo, y aunque no lo diga, creo que Nelly también se alegra.

Gracias por tu carta sobre Heather Dupree. David y yo hemos decidido no decirle nada a Nelly hasta que estemos seguros. David ha empezado a hacer averiguaciones discretas y, desde luego, os avisaremos a ti y a Alan si hay noticias. Mientras tanto, no deseo que esta situación empañe la felicidad que tanto te mereces.

Sé feliz, querida Jennifer. David y yo esperamos volver a visitar Oakwood Hall una vez que nuestro nuevo pequeño Foreman haya nacido sano y salvo. Tal vez nos visitemos el año que viene cuando, quién sabe, tú puedas estar esperando un hijo propio.

Tu Ada

Jennifer levantó el sombrero de su nido de papel, una confección típica de Ada Wentworth de encaje, plumas y lazo, perfecta para una boda. Se lo probó ante su espejo.

Un sentimiento de tranquila paz invadió su corazón. Incluso en medio del dolor y la pérdida, Dios la había bendecido más allá de todo lo imaginable. Y mañana se convertiría en la

esposa de Alan Gallager.

—¿Jennifer? ¿Estás lista? —Laura asomó la cabeza en la habitación—. El Sr. Gallager está aquí con los Patterson. Deborah está fuera de sí, esperando verte. Y el hermano del Sr. Gallager también está aquí.

Jennifer sonrió. Ayer por la tarde, ella y Alan se habían reunido con Walter y los tres habían disfrutado de una cena en la posada. Aunque Walter Gallager carecía del encanto confiado de su hermano mayor, a Jennifer le cayó bien de inmediato.

—Pasa —le dijo a Laura—. ¿Puedes ayudarme con estos botones?

Laura entró vestida con el vestido de encaje azul oscuro que había llevado en su boda con Michael. Gracias a la hábil remodelación de Amanda Hamilton, volvía a quedarle bien, y ahora Laura tenía un aspecto muy parecido al que había tenido antes de que les sobrevinieran tantas penurias. Sus dedos trabajaron los pequeños botones del vestido de Jennifer.

—Ya está. Pareces una princesa.

—Me siento como una. —Jennifer dio una vuelta y recogió su sombrero—. La gente dice que Dios se mueve de formas misteriosas sin pensar realmente en lo que eso significa, pero yo soy la prueba de eso. —Se prendió el sombrero en su sitio y esponjó la cinta—. Nunca pensé que volver aquí cuando mi corazón realmente no estaba en ello me llevaría al amor de mi vida.

La mirada de Laura sostuvo la de Jennifer.

—Dios nos ha cambiado a las dos.

Dos pares de pies retumbaron a lo largo del pasillo, luego Tommy y Harry irrumpieron en la habitación. Tommy se detuvo en seco y miró fijamente a su tía.

—Tía Jennifer, ¿eres tú? Santo cielo, eres preciosa.

Jennifer sonrió.

—Intenta no hacerte el sorprendido.

Harry la miró, con su carita restregada y brillante.

—No me sorprende. Siempre supe que eras más guapa que un cachorro moteado.

Jennifer y Laura se rieron.

—¿Cuándo vamos a comer ese pastel? —preguntó Harry—. Tengo tanta hambre que estoy a punto de desmayarme.

—No tardaremos mucho. —Jennifer dejó caer un beso sobre su cabeza—. Tú y Tommy ir a decirle al Sr. Gallager que bajo enseguida.

Cuando se fueron, Laura sacó un pequeño paquete de su bolsillo y se lo entregó a Jennifer.

—Quiero que te quedes con esto.

Jennifer desenvolvió los pendientes de rubí y sintió una punzada de culpabilidad. ¿Debería haberle dicho a Laura la verdad sobre su valor? ¿Pero de qué serviría desilusionarla?

—Sé que no son valiosas—, dijo Laura en voz baja.

—Pero ¿cómo...?

—Después de que los trajeras de casa del Sr. Peterson, noté un pequeño arañazo en el cierre del collar. Intenté pulirlo y se desprendió más pan de oro. Fue entonces cuando me di cuenta de que sólo eran imitaciones.

—Pero siguen siendo importantes para ti.

—Sí. —Laura agitó una mano—. No te culpo si no quieres ponértelos. Pero quería darte algo, y son todo lo que tengo para dar.

—Claro que quiero ponérmelos. Son preciosos. —Inclinándose hacia el espejo, Jennifer los colocó en su sitio y los observó captar la luz. —Gracias, Laura. Quizá algún día mi hija se los ponga.

Laura asintió hacia la puerta.

—Será mejor que bajes. No hagas esperar al Sr. Gallager.

Jennifer bajó la escalera. En el salón Alan estaba de pie junto a Daniel Patterson, mirándola con tanta devoción en sus ojos oscuros que se le cerró la garganta. Deborah, con los ojos brillantes por las lágrimas, sonrió mientras Jennifer caminaba hacia su prometido. Laura siguió a Jennifer escaleras abajo y se colocó junto a Deborah. Harry y Tommy se apiñaron junto a Walter.

Daniel abrió su Biblia e hizo un gesto a Alan.

—Cójale la mano, señor.

Alan sonrió y estrechó ambas manos en su cálido apretón, enviando su fuerza y su amor fluyendo hacia ella.

—Alan Gallager, ¿tomas a esta mujer, Jennifer Louise Bell Stewart, como tu legítima esposa? ¿Para amarla todos los días de tu vida?

—Claro que sí—. Los ojos de Alan no se apartaban de su rostro.

El predicador sonrió.

—Jennifer Louise Bell Stewart, ¿aceptas a Alan Gallager como tu legítimo esposo? ¿Para amarlo todos los días de tu vida?

Jennifer asintió.

—Lo acepto.

Alan le soltó las manos y sacó un anillo de su bolsillo.

—Mi querida Jennifer, este anillo ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Te lo doy como muestra de mi fe y devoción.

El oro relucía, el zafiro y los diamantes centelleaban a la luz del sol primaveral que entraba

por la ventana del salón. Alan se lo deslizó en el dedo.

El predicador comenzó una oración, pero el corazón de Jennifer ya estaba lleno a rebosar de amor y de gratitud.

Tenía una segunda oportunidad para amar y comenzar una nueva vida, y estaba decidida a vivirla plenamente y a ser feliz cada día.

Nota

[1] El Texas Longhorn es una raza de ganado vacuno de origen estadounidense, que se caracteriza por sus largos cuernos, que pueden medir más de 2,5 metros de punta a punta. Proviene del ganado traído desde la península ibérica a América por los conquistadores españoles desde la época del segundo viaje de Cristóbal Colón hasta aproximadamente 1512